Biblioteca de Ingenieros del Ejército.

Inscripción... { Folio..... 658
Número..... 19691

Clasificación.. { División..... J
Subdivisión i - 12

Colocaciòn.... { Estante..... C
Tabla..... 11ª
Número..... 16

V

68 - 11

46

BD2-15579
BC-302

OBRAS DE AUGUSTO VIVERO

Cómo cae un Trono: La revolución de Portugal.— Editorial Renacimiento; Madrid, 1910.

La indefensión militar de España y su Presupuesto.— Editorial Monclús; Tortosa, 1919.

España y Francia en Marruecos: La cuestión de Tánger.—Ediciones de «Africa Española»; Madrid, 1919.

El extravío sexual de los Bonaparte: Una familia extraña. — T. I. Madrid, imprenta de *El Imparcial*, 1921.

EL DERRUMBAMIENTO

ES PROPIEDAD

DERECHOS RESERVADOS

PARA TODOS LOS PAÍSES

COPYRIGHT BY

RAFAEL CARO RAGGIO

1922

IMPRENTA DE CARO RAGGIO: MENDIZÁBAL, 34, MADRID

ML- R-302

AUGUSTO VIVERO

EL DERRUMBAMIENTO

LA VERDAD SOBRE EL DESASTRE DEL RIF

PRÓLOGO DE RAFAEL GASSET

SEGUNDA EDICIÓN



CARO RAGGIO, EDITOR
MENDIZÁBAL, 34, MADRID

PRÓLOGO

¡CUALQUIERA cree en la Historial Al ver cómo se prepara y fabrica hoy, llégase a pensar, no sólo que hechos y personajes fueron muy otros de los conocidos, sino cabalmente todo lo inverso de lo que rezan crónicas y narraciones. Estamos a muy corta distancia de Abarrán y de Annual; nos separan unos pocos meses de aquellos desoladores y cruentos sucesos; cabe interrogar testimonios vivientes; nos es dable valernos de las que pudieran llamarse actas de presencia, siempre de eficacia infinitamente superior a las de referencia, y... asistimos a la elaboración de una historia truncada, inexacta, falsa, contraria por entero a la verdad.

Ya no semeja quimera imaginativa e irónica el célebre cuento del no menos célebre humorista Marc Twain. ¿Quién no lo recuerda? Se rinde en el cielo homenaje al más insigne guerrero de la Humanidad, y ello no va en honor de Alejandro, de César, de Gonzalo de Cór-

doba, ni de Napoleón. Como allí se sabe cuán mentira es la Historia, no se le hace maldito el caso y viene a consagrarse a quien de verdad tiene positivas condiciones de excepcional caudillo militar, que resulta, por cierto, ser un sastre de Connecticut.

Se nos ha asegurado, y camino anda la especie de llegar a convertirse en verdad histórica, que hace un año teníamos en Marruecos dos preeminentes figuras militares: Berenguer, político, cauto, reflexivo, previsor; y Silvestre, impetuoso, pasional, atropellado, sin otra condición que la de saber despreciar la vida. Y sobre la memoria del infortunado Comandante general de Melilla caen todos los desaciertos y errores de dilatada etapa, sin que un solo cascote de aquel tremendo derrumbamiento alcance a empañar el brillo de los áureos entorchados del Alto Comisario y General en jefe.

Augusto Vivero, en su libro, toma de la mano a la Verdad, y, sin otras armas ni arreos, sale al camino de la Historia para hablarle de esta guisa a la mentira en marcha:

«Detente, falaz aseveración que tratas de sublevar el espíritu justiciero de quienes sabemos lo acontecido, y de inducir a error las generaciones venideras tocante a sucesos cuyo cabal y exacto conocimiento importa mu-

cho para preservarnos en lo futuro de parecidas desventuras.

»Colmo es de artificio poco generoso, cargar a la cuenta del muerto todo el capítulo de culpas.

»Censuráis en Silvestre la política invasora de cábilas, y el establecimiento de posiciones y más posiciones, premisas militares del avance sobre Alhucemas. Y ello no es justo. Ahí está para acreditar la injusticia el elogio escrito, imborrable, de Berenguer a Silvestre y a sus tropas por los terrenos adquiridos; alabanza que espera poder completar muy luego en la campiña de Alhucemas. ¿De quién la responsabilidad? Del General en jefe, que aprueba las operaciones, primero, y después las sanciona con efusivo, ditirámbico aplauso.

»Esto, por lo que corresponde a la causa predisponente del desastre. Pero, vamos a la determinante.

»Respecto a ella, esta verdad que me acompaña os dice, con fechas precisas, datos comprobados y documentos oficiales, cómo el irreflexivo, el imprevisor, el arrojado, señala en sus comunicaciones telegráficas y postales, la gravedad de la situación; y cómo, para salvarla, solicita reiteradamente, por todos los medios, refuerzos de hombres y mejora de elementos guerreros.

»¿Qué hace ante tales demandas el sesudo, cauteloso y prudente general Berenguer? Transmite, sí, a Madrid la opinión de su inmediato subordinado; pero incidentalmente, «sin darle más importancia a Melilla que al Quert», y cuidando bien de situar, a modo de colofón, su criterio personal, criterio que alejaba toda idea de alarma y de riesgo con el siguiente categórico aserto: «Estimo que Melilla tiene fuerzas suficientes, tanto europeas como indígenas».

»Suficientes, ¿eh? Bien pronto nos lo dijo la rota de todo el frente.

»Aquella idea de lo suficiente inspiró la declaración malaventurada del entonces Ministro de la Guerra, anunciando que antes de enviar «un soldado más» dimitiría. Los que a tales errores indujeron, no pueden quedarse al margen de las responsabilidades.

»A vosotros, que traéis amañado cartel con la aspiración de fijarlo como capítulo de historia, os consta por manera indubitable el número y calidad de los desaciertos que siguieron al día aciago de Annual, desaciertos que completaron la inmensa desventura de julio.

»Quedáis descubiertos: yo seré bastante a evitar que salgáis con vuestro dañado intento.»

Así habla la Verdad a la Historia en el libro de Vive-

ro, escrito con ese léxico amplio, jugoso y hospitalario para todas las ideas, del ilustre periodista.

En punto a equivocaciones directivas, ninguna tan colosal como aquella orden que inmoviliza a Navarro y sus tropas en Bátel, los días en que pudo salvar su columna.

De ahí se derivan las trágicas escenas de la retirada a Monte Arrui, descritas con intensa emoción por Vivero, y que dicen a la posteridad cuán caras se pagan, en sangre de soldado, las ofuscaciones de los superiores.

¡Los errores del que manda! ¡Cuán abrumadoras responsabilidades traen consigo!

¡Cuando el zar pensara, en sus soledades de monarca destronado, sobre las demasías de su política, generadoras de la Revolución!

¡Cuando el ex kaiser rememore sus ansias bélicas, segadoras de millones de vidas jóvenes y lozanas!

¡Cuando alguien recuerde el mandato de permanecer en Bátel!

Lo inspiraría el patriotismo, nadie lo pondrá en duda; pero, en ocasiones, ¡cómo se perturban los ánimos más serenos y los espíritus más selectos! Espanta imaginar las consecuencias.

Los manejos del colonismo galo destacan con trazos vigorosos y acabadas demostraciones, que invitan a la meditación de nuestros gobernantes, para lo presente y para un porvenir más lejano. Este extremo, cuya trascendencia para la actuación de España en Marruecos es ocioso subrayar, deben conocerlo cuantos ejercen algún influjo en nuestra política.

Aspectos de importancia tan definitiva trata Vivero en su obra. El patriotismo demanda una lectura detenida y un subsiguiente propósito reflexivo.

Por mi cuenta debo decir que si no conseguimos imponer la justicia entre los de casa y lograr el respeto de los extraños, nos faltarán las dos firmes bases de sustentación que necesitamos para impedir que la empresa africana sea descrédito hoy y bancarrota mañana.

Los pueblos pueden salvar momentos difíciles, penurias económicas, reveses militares (las victorias, dijo el prior de Crato, las preparan los capitanes y Dios las da), periodos revolucionarios, trastornos sociales: todo eso cabe reducirlo a desventuras episódicas; la injusticia, en cambio, acarrea daños definitivos.

Apenas tengo amistad con el general Berenguer; rindo todos mis respetos a sus condiciones de talento y

patriotismo; creo, sin embargo, que desde la iniciación del plan de operaciones con la mira puesta en la ocupación de la costa de Alhucemas, la fortuna, que hasta entonces le fué propicia, mostróse esquiva y se alejó de su lado.

Y pienso que cuando los pueblos dejan paso franco a la injusticia, abren la compuerta a todos los elementos que precipitan la decadencia.

Si tuviera autoridad para ello, diría a los legisladores de mi país: «Leed lo escrito por Vivero; pensad acerca de lo que ese libro plantea y resolved, cerrando los ojos ante el interés político, de acuerdo con vuestra conciencia.»

RAFAEL GASSET.

CAPÍTULO I

La enemiga de Francia.

Nuestra estada en Marruecos tiene dos órdenes de motivos fundamentales, concernientes unos a la economía patria y otros a la independencia nacional.

Son los productos del Norte marroquí análogos, en muy buena parte, a los propios de las comarcas levantinas y andaluza; tanto por ello como por el menor costo de la tierra, del bracerismo y del transporte, pueden constituír rivales temibles para espléndidos ramos de la riqueza agraria peninsular. Casi todo lo que de ésta enviamos a otros pueblos, críase también en la zona española o es susceptible de cultivo: baste mencionar los corchos, aceites, naranjas, limones, vinos y granadas de Yebala; las hortalizas, cereales, tubérculos, vides, legumbres y frutas del Rif. Imagínese a otra nación señoreando aquello; supóngasela beneficiadora de los formidables cotos metalíferos rifeños y yeblíes, y piénsese en la magnitud del daño causable a nuestras exportaciones. Un error inverosímil nos impuso el abandono del Oranesado, y hoy sirven los vinos de Argelia para expulsar de Francia los peninsulares o para que, a trueque de modestísimas concesiones aduaneras, busque la República arrancarnos ventajas absurdas. ¿Qué no fuera si, además, contase con medios positivos de anulación contra Vizcaya, Levante y Andalucía? ¿Y

si pudiese establecer un puerto franco y depósitos comerciales frente por frente del litoral comprendido entre Cádiz y Cartagena?

Necesitamos impedir que otros vuelvan dañosa para España la similitud de producción hispanomagrebina, y en parejas proporciones, aunque por más causas, nos conviene evitar que la costa sur del Estrecho contenga bases mercantiles o militares extrañas. Un futuro ministro de la Guerra, más señalado por su bravura que por sus estudios técnicos, patrocina parecer distinto; mas necesitó desentenderse de dos razones claras: que el mar no es foso, antes bien, camino, y que nunca fué análogo para cualquier fortaleza que la arremetida contraria se inicie junto a la cava o encuentre escolleras por delante. Joaquín Costa averiguó en la Historia que el antemural hispano era el Atlas. Y aun no discurría nadie lo de túnel gibraltareño, que suprimirá el imaginario foso, dándole a Marruecos valor mercantil, político y estratégico de enorme importancia. ¿Puede sernos igual que pertenezcan o no a España las dos bocas del túnel? ¿Nos es indiferente que la ferrovía cruce o no por un Marruecos hispano?

Fuimos allá, por tanto, en defensa de nuestros presente y porvenir; mas con tan triste fortuna, que, sin quererlo ni buscarlo, cayó sobre nosotros la enemiga ajena. De Francia, diréis. ¿Y por qué? Según atestiguan cien textos diplomáticos, jamás adujo otra razón para sus primordiales dentelladas marroquíes .que serle perentorio fortalecer la frontera argelinomagrebí; como lo conseguía en la partición, llevándose por añadidura 572.000 kilómetros cuadrados de 600.000, era lógico que quedase ahita. ¿Entonces...? ¡Ay! Es que descabalábamos deseos insaciables de unas gentes de presa que, antes de volver a Marruecos país protegido, diéronse el gusto de trocar a Francia en país de protectorado.

Para el observador somero es la República francesa una democracia, regida libremente por sus Cortes y ministros. Mas, a poco que se mire, contemplamos otro panorama. «Una cuadrilla de plutócratas asumió los

Consejos administrativos en las grandes Sociedades capitalistas, y tiene por suyos los Bancos, minas y ferrocarriles, las Compañías navieras, de gas, agua y electricidad; en resumen: el mecanismo económico nacional. Ya he demostrado cómo domina el Parlamento, dispone de los ministros y retribuye a la Prensa importante, formadora del sentir común; así, pues, escondida tras del biombo democrático, ella es quien rige, en realidad, los destinos patrios» (1).

A tanto llega en su poder, que incluso encamina las relaciones exteriores. He aquí las curiosas denuncias expuestas en *L'Humanité* del 25 de febrero de 1920 por don Andrés Morizet, bajo el título: «La Diplomacia dirigida por los Bancos»:

«Mientras los periódicos políticos refieren las negociaciones que, por cuenta de Francia, efectúa en Londres don Julio Cambon, los periódicos rentistas apuntan la entrada del mismo personaje en el Consejo administrativo del Banco de París y de los Países Bajos. Tan grata mezcla de política y negocios es tradicional en el Quai d'Orsay. Trazaron el camino los Chodron de Courcel, Renato Millet, D'Ormesson, De Reverseaux, Revoil y Henry, poniendo su título de embajador al servicio del Orleáns o de los Omnibus; ya de la Compañía Parisiense de Tranvías o de la Unión Parisiense; bien del Banco Otomano y del Banco Franco-servio. Y aun vibra el alboroto producido por el ingreso del embajador en Viena, señor Crozier, en la Sociedad General (2).

»Formóse en su escuela una legión de jóvenes diplomáticos para quienes resulta «la carrera» antesala natural de las Sociedades capitalistas, y cuyo anhelo se reduce a conseguir, lo antes posible, honorífico diploma trocable por un acomodo en cualquier gran Consejo de Administración. Verbigracia: al subir en 1911 a ministro plenipotenciario el señor Dutasta, vímosle romper

(1) Francis Delaisi: *La guerra que se avecina*. París, 1911; trad. esp.ª, pág. 27.
(2) El caso presente del señor Berthelot constituye otra prueba clarísima.

su espadín de puño nacarado para consagrarse al Crédit Mobilier, al Crédit Foncier Cubain, a la Banque L'Union, de Moscú; a la *Banque Comerciale du Maroc*, a los establecimientos Osrodi-Bak, a otras varias empresas... Sin duda, al verles operar cambian de pensamiento los «antiguos», que permanecían reacios a las mañas de sus segundones, y como empiezan tarde, emprenden el camino con ímpetu de rezagados. Don Julio Cambon reemplazaba en 1918 al señor Guillain en el Consejo de Suez y se volvía administrador del P. L. M. Y antes de entrar ahora en el Banco de París, nombrósele administrador del Orleáns en 27 de marzo del 1918.

»Sábese, de muy atrás, que el Ministerio de Negocios Extranjeros está convertido en simple hijuela de los grandes Bancos; mas nos cabe derecho para inquirir si el tráfico que ejercen los señores de la «carrera» presupone una contrapartida en deservicio del país. Algo implica que el señor Dutasta, secretario de la Delegación francesa en la Conferencia de la Paz, pudiese ejercer amplio comercio con Alemania en el curso de la guerra... Y, cuando menos, parecida gravedad reviste el último nombramiento del señor Cambon, dado el enlace que con negocios públicos tiene la entidad financiera a que acaba de unir su suerte. El Banco de París y de los Países Bajos —al que incumbe primacía en el de Estado marroquí— amenaza con trocar aquellos parajes sin ventura en feudo personalísimo, dominándolos a su antojo si obtiene, según pide, cuantas participaciones tenían Alemania y Austria en dicho establecimiento. Con todo, y pues no se alzó las hipotecas magrebinas para regodeo de una banda financiera, ha de suponerse que los negociadores de Versalles no recogieron para sí algunos de los beneficios embolsables».

¡La Diplomacia francesa, dirigida por los Bancos! ¡Qué revelación! ¿Explicará ello ciertas nebulosidades incomprensibles de las negociaciones franco-españolas relativas a Marruecos? Porque el embajador Renato Millet confiesa sin escrúpulo que en la pugna de 1912 nos

negaba el Quai d'Orsay derechos ya reconocidos por Francia y, con mengua de la lealtad, pretendía eliminarnos del Magreb mediante «una a modo de penetración clandestina» y «un movimiento envolvente de amplio vuelo» fructificable entre 1922 y 1927 (1). ¡Los Bancos, directores de la Diplomacia francesa! ¡Cuánta pesadumbre trae tal declaración cuando vemos que se nos impide ejercer nuestro derecho en las instituciones internacionales marruecas! ¡Qué amargura engendra cuando se lesionan los Convenios para destruír la proporcionalidad pactada entre las Potencias accionistas del futuro puerto; para suprimir los depósitos que garantizaban el papel del Banco; para efectuar la turbia desvaloración de la plata jassani; para imponer reformas aduaneras ilegítimas; para buscar adueñarse de los aledaños tangerinos con el reglamento minero de la zona francesa; para constituír el tábor de Artillería en Tánger!

Contender con la oligarquía plutocrática que tiene en protectorado al país vecino, es malquistarse con la opinión francesa. Parlamento, ministros, periódicos, diplomacia, están allí en manos del grupo avaricioso que, imponiendo a la República sus designios y procederes, hace dudar al mundo «que subsistan las virtudes democráticas con que obtuvo lo mejor de su renombre» (2). «Francia —insiste Delaisi— es ajena a sus destinos. Una camarilla irresponsable y poderosa actúa con todas sus fuerzas sobre la Diplomacia... Ella es la que nos ha comprometido en la aventura marroquí; y harto sabemos que los generales obececen sus órdenes con mayor frecuencia que las del Gobierno. El mismo señor Ribot se ha quejado de ello en la tribuna parlamentaria» (3). A confesión de parte...

Pero, ¿acaso ceden todos al poderío del dinero? No, sin duda. Mas el que oponga conveniencias de la nación protegida al interés del grupo protector, pronto resulta

(1) René Millet: *La Conquete du Maroc*. París, 1913; pág. 35, 54 y 84.
(2) Ivon Delbos: *La Dépeche*. Toulouse, 9 de diciembre del 1921.
(3) Delaisi: loc. cit., pág. 29.

arrollado. Cuenta *La Revue* (1) que en cierto asunto de rentas extranjeras, donde había un milloncete de corretaje para tal ex ministro de Hacienda, ponía estorbos la persona que ocupaba el Quai d'Orsay. Pero como el embajador de Francia llevase en el negocio 250.000 francos, éste siguió las conversaciones a hurto de su jefe, comunicándose con el ex ministro y los banqueros de París para sugerirles precauciones contra el titular de Negocios Extranjeros. «En aquella ocasión, como en otras muchas, tuvo que transigir el recalcitrante. Arremetió con él la oligarquía plutocrática, y como posee servidores en el Parlamento y la Prensa, hízole imposible la vida al ministro. Fué atropellado, tapósele la boca y, al fin, quedó triunfante la fuerza del dinero».

Ese poder formidable, «más voracidad que estómago», arrastra el peor de los males: son sus individuos «demasiado impotentes de intelecto, demasiado pobres de iniciativas e ideas, demasiado incapaces de tesón y esfuerzo para crear en Francia cosa alguna» (2). Y pues son así, «la oligarquía plutocrática, árbitro de tan gigante influjo, abandona la Industria, el Comercio, el Trabajo y, en vez de favorecerlos, impulsa masas enormes de capital a empleo en tierra extraña» (3). Según el fundador del Crédit Lyonnais, de los 2.000 millones llevados a la Bolsa anualmente por el ahorro francés, invertíanse 1.500 en valores extranjeros. Los cuales, en vísperas de la guerra, habían absorbido ya 40.000 millones.

Como cumple imaginar, es en las colonias donde mejor florece la industria del préstamo. Sobre que nunca pasman por su ética administrativa, poco estorbo han de poner sus administradores ante quienes dan pingües propinas y mandan en la Metrópoli; allí caben apañejos que suelen ser difíciles con los Estados soberanos.

(1) *La Revue:* «Contre l'Oligarchie financière en France». París, 15 de noviembre del 1907.

(2) «Contre l'Oligarchie financière en France». *La Revue*. París, 15 de febrero del 1907.

(3) Ibid.; 15 de noviembre del 1907.

¿Cuáles? Escúchese al señor Fabré, autor de *Les Sauterelles*, magnífico drama colonista cuyo valor documental reconocen los propios diarios parisienses:

«*Sourician* (banquero).—Los franceses son banqueros del mundo; mas se niegan a emplear diez céntimos en sus colonias. Por suerte, un grupo de capitalistas patriotas ha establecido el Banco de las Colonias, al cual represento, y en cuyo Consejo de administración figuran dos diputados, un senador, tres ex ministros y el honorable señor Dupont Dutertre. Nuestro Banco se compromete a buscar en su propia clientela, y en un abrir y cerrar de ojos, los 225 millones que usted (el Alto Comisario) necesita... Pagadas las deudas, ¿no estima usted deba constituír su primer cuidado el establecimiento de otra vía férrea que enlace a Shong-Hoi con las provincias remotas del Imperio? Provisionalmente estudié el trazado y... Pero aquí, por lealtad, debo exponer que quien habla no es el señor Sourician, representante del Banco, sino el señor Sourician, representante de la Sociedad de Puteaux, a cuyo frente, además del honorable señor Dupont Dutertre y los administradores de ciertos diarios de París, se hallan...

»*Labras* (Alto Comisario).—Primero que pensar en invertir los caudales del empréstito, conviene saber cómo atenderíamos sus cargas. Nuevos tributos serían impopulares... Estos individuos quieren disfrutar de administración francesa, pechando menos que al administrarse por sí mismos...

»*Sourician*—¡Oh! Bastaría con que regularizase usted la percepción de los impuestos de ahora. Asuma en monopolio el Protectorado la venta del alcohol, de la sal, del opio, y transfiéralo a una Compañía arrendataria que se comprometa a dar los diez millones anuales precisos para intereses y amortización del empréstito. En cuanto a la Compañía arrendataria, sé que nacería con prontitud. Voy a decirle qué personas, a más del honorable señor Dupont Dutertre, veo entre sus venturosos accionistas...»

He aquí cómo opera el partido colonial en nombre del

progreso, de la civilización y del espíritu colonizador francés. Y así en Marruecos como en Argelia, en Indochina como en Túnez. ¿Se vislumbran sus fabulosas ganancias? ¿Se comprende por qué exigen colonias, más colonias, siempre colonias? ¿Se deduce ya por qué pide todo el Magreb para Francia?

Esa oligarquía dinerosa tomó el gusto a los negocios marroquíes en 1904. Bajo la égida del señor Delcassé, el Sindicato de metalúrgicos, contratistas y cuponistas constituído en torno al Banco de París y de los Países Bajos, obtuvo la exclusiva de un empréstito xerifiano, servible para pagar las deudas contraídas por el Majcen con Inglaterra y España. La «Banque de Paris et des Pays-Bas», con la «Société Générale» y el «Comptoir d'Escompte», diéronle al monarca marroquí 400 francos por cada título de 500; cobráronselos después al público a 462,50, y pronto los tuvieron a 535 francos. En los sesenta y dos millones y medio ganaban, pues, trece y medio. ¡Era para arregostarse! Y falta saber si, como de costumbre, la Banca francesa no recogía, chiticallando, otra comisión de los acreedores que cobraban merced al empréstito. Hay quien lo asegura.

A mayor abundamiento, proclamaron jubilosas las publicaciones rentistas haber conseguido «Francia» el monopolio de los futuros préstamos al Majcen y el de cuantas obras públicas hiciese el sultán. ¡Qué perspectiva de espléndidas ganancias! ¡Todo Marruecos enviando a París millones y millones para mayor gloria de quienes gobiernan la República desde sus Consejos administrativos! Una nación encadenada íntegramente a las industrias prestamista y contratista! Empero, lo más apetitoso del festín era imaginarse ellos monopolizando las minas del ficticio imperio. ¡Qué júbilo para la metalurgia, célula del grupo director y explotador de Francia! Estudiaron los periódicos algunas comarcas marruecas mineralíferas, y pronto fué verdad incontrovertible que la metalurgia patria, volviéndose productora y transfor-

madora, conseguía plenitud de independencia. ¡No más compras de mineral férrico a España y otras naciones! Cuanto fuese preciso vendría del solar de los xerifes. Midiéronse distancias, calculáronse costos del transporte y voló por los aires un ¡hosanna! El Rif, tan cercano a Marsella, venía a pedir de boca: primero, por la baratura de los fletes; después, por asomarse al Mediterráneo... Sin pérdida de tiempo, comenzaron sus estudios los prospectores del Creusot, internándose por la raya argelina en territorio rifeño.

Mas, ¡oh, malaventura!, con el estruendo había despertado Germania, y tras el «hecho de Tánger» vino cederle la «Deutsche Bank» a Abd el Azis doce millones y medio de marcos para romper la coyunda francesa. ¡Imagínese la rabisca de quienes consideraban a Marruecos coto cerrado suyo! Alborotáronse sus publicaciones, a la vez que sus políticos, y la palabra «guerra» sonó como clarín vibrante en los reductos financieros. Mas, ¿qué hacer si el Este andaba mal de defensa y faltába artillería? Votó el Parlamento 223 millones para cosas militares; y pues no cabía sino someterse, hubo que ir a Algeciras. Para mayor afianzamiento, el mismo Gabinete francés, que cebaba las ambiciones de metalúrgicos, prestamistas y contratistas sigilándoles el Convenio francoespañol de 1904, quiso asegurarse el voto de España y reiteró correspondernos todo el Norte magrebino como sobreviniese el reparto.

Fué la Conferencia un desastre para la oligarquía francesa, pues dispuso transferir el monopolio de los empréstitos a un Banco de Estado (donde Francia tenía 3 votos entre 13), y conceder las obras públicas por concurso, mediante inspección del Cuerpo diplomático de Tánger. ¡Entonces sí que se pensó en las armas! Quien rememore la furia de los plutócratas galos en aquellos días, reconocerá con qué exactitud los estimaba Delaisi capaces de provocar una guerra «para sacudirse un socio molesto y recoger la exclusiva» (1).

(1) *La guerra que se avecina*. París 1911; pág. 29.

Ahora, dicho esto, aparece claro el origen del frenesí colérico que produjo a los mediatizadores de Francia la aparición del Convenio hispanofrancés de 1904 y, aun más, el tener que admitirnos por coprotectores del Magreb. Se les escapaban las minas norteñas y hallaban otro Protectorado libre de sus empréstitos y contratas... Seamos justos: tenían motivo para el enojo. Porque, aunque no pudiera quedarse la República con todo aquel país, bien mostraba el Quai d'Orsay sus intenciones de conseguirlo mediante la «penetración clandestina», burladora de nuestros derechos. ¿Para qué repartos, para qué respetar solemnes compromisos si, con ayuda de desórdenes providenciales, resultaba hacedero ocupar a Beni Snassen, ocupar a Casablanca, ocupar a Uxda, querer ocupar el Rif hispano, a Larache y Alcázar, e irse bonitamente a Fez?

«Tiene el Quai d'Orsay una covachuela —decíase en 1903— que, desde hace medio siglo, evita la revisión del Tratado de límites entre Argelia y Marruecos y, por ende, que haya segura paz entre Francia y Marruecos. Viven en ella, sucediéndose, ciertos individuos que gustan de «la cuestión marroquí» como de un eczema rascable, y a esos chupatintas, imposibilitados de ir allá por sus hemorroides, ¡cómo les alegra mantener vivo un pleito que, entre retumbos de pólvora, hace fluir la sangre! (¡Qué capítulo le ofrece oficina de tal jaez a un escrutador de almas!) Hanse aferrado a que su covacha debe entregarle Marruecos a Francia, y ahí laboran. ¿Una guerra vecina? No. *Es razón que Marruecos tenga la culpa. Precisa que el mismo Marruecos se ofrezca en holocausto. Hay que engañar al público francés y embaucar a las cancillerías extranjeras*» (1).

Sin más que atenerse a semejante dogma, iba todo al pelo para el Sindicato rentista diplomático político. Pruebas cantan.

1.ª Dan los buscadores de minas del Creusot con

(1) Jean Hess: *La Question du Maroc*. París, 1903; pág. 196.

magnífico yacimiento minero en Ras Fural, pero como Ras Fural radica en Beni Snassen, territorio marroquí cuyos pobladores impiden los trabajos mineros, sobrevienen oportunos desórdenes, y los 11.000 hombres de Lyautey necesitan garantir la seguridad fronteriza conquistando a Beni Snassen.

2.ª Diputan los Bancos franceses que en cuanto finiquite sus labores la «Compagnie Marocaine», hijuela del Creusot y constructora del puerto de Casablanca, constituirá la Chauia espléndido coto de especulaciones territoriales. Mas, ¿qué hacer si impera el orden, si los paisanos, sumisos de por siempre, muéstranse conciliadores y quietos? No se hace nada; pero el azar quiere que la «Compagnie Marocaine» necesite echar su ferrocarrilillo por un cementerio moruno, revolver las tumbas, esparcir las osamentas; entonces nacen tumultos, acude Francia (llevándonos a contrapelo de testigos), invade la Chauia y... en 1922 perdura aún la francachela del negocio en aquellos terrenos.

3.ª Cohibido por la Conferencia de Algeciras en su propósito de encaminarse a Fez desde la costa, discurre el Sindicato «establecer una pista caravanera entre Tlemecén y Fez, por Uxda y Tazza; celar el tráfico con tropas entre francesas y marroquíes, pagables por Francia, si fuere preciso; y luego, cuando las relaciones mercantiles estén seguras, reemplazar la pista por una carretera, y la carretera por un ferrocarril». Pero como el Majcen pone impedimentos, sobreviene en Marraqués otra algarada oportuna, y porque sucumbe en Marraqués el bullicioso doctor Mauchamps, tiene Francia que apoderarse de Uxda.

4.ª Ya están señaladas en el este y el oeste las dos líneas invasoras; pero ¿acaso va a respetarse el Rif español? Tampoco. Pues que hay en Monte Afra una mina de hierro, francesa; pues que la rebelión de los naturales contra el Rogui evita beneficiarla, cabe atenazarnos con injusta alternativa: o se arroja España a someter por la fuerza el indómito macizo minero, o admite que lo ocupe Francia con sus tropas, so color de ampa-

ro a intereses suyos. Aquello implica dura contienda; estotro, perder la zona que nos corresponde; duda España, y de El Asin Sidi Meluck parte un «gum» argelino, esguaza el Muluya y cae junto a Zeluán. Para que Francia no la expolie, emprende España la cruenta lucha de 1909...

5.ª El Sindicato famoso toca al término de su pugna. Francia ha tenido que adueñarse de Fez para seguridad —¿cómo no?— de los europeos allí avecindados. Acaba en cambalaches el jolgorio del *Panther*. Y pues la República padece dolor infinito por el desasosiego que entrevé, entreoye y entrebarrunta en el bajalato de Larache, prescinde del Convenio francoespañol de 1904 para meter por tierras de Alcazarquivir las mejalas de Moreaux y del Amrani. Unos días más, y consiguen despojarnos los metalúrgicos, contratistas y cuponistas que gobiernan a los gobernantes franceses.

Es, pues, naturalísimo que la ocupación de Larache, mandada entonces por el señor don José Canalejas, encendiese en cólera a los que tan bien barrían hacia dentro. Liquidábase con ella el ciclo de confusiones y logomaquias creado por «la penetración clandestina», en perjuicio nuestro. Hacíase perentorio tratar con España sobre la base de lo convenido, o pretender reducirla violentamente, con atropello de la fe jurada y escándalo del mundo. Al fin, aunque entre vociferaciones y matonismos, dominó la prudencia en la falange plutocrática. Hubo parlamento.

¿Para qué describir la inverosímil energía desplegada contra nosotros en la controversia? Baste saber que si algún político galo adujo la probabilidad de una revolución contra la monarquía española, hemos hallado en periódicos parisienses que la escuadra estuvo en Tolón a la expectativa de órdenes para manifestarse en la Península. Todo era querer recortar la estrecha zona que teníamos reconocida por Francia. Dos, tres veces, pudo producirse el estallido; pero cedió España por evitarlo. Y aquí ajusta expresar que hubo alguien cuidadoso de

traernos «la penetración clandestina». Narraba el señor don Santiago Mataix —y vivos están sus escuchantes— que un publicista domiciliado en París le ofreció para *El Mundo* una muy razonable ayuda pecuniaria en nombre de varios «hispanófilos» franceses; no más pedían que defendiera la amistad común «sobre el principio de ser Marruecos país mísero, de difícil sometimiento y que, por tanto, conseguida la faja costera indispensable para nuestra tranquilidad, debiéramos ceder en lo del Uarga por convenirnos la fructuosa relación con Francia, nuestro primer cliente, antes que el regateo de tierras estériles». Falló el enjuague con *El Mundo;* mas, atendiendo a las muestras, quizá sirviese con otros (1). Entretanto, preconizaba el señor Delcassé, desde *L'Echo de Paris*, vencer la resistencia española, «si no hubiese otro medio, por la modificación de las tarifas de Aduanas».

Tal vez lo hubieran hecho, pues a los once meses de diligencias, notas y coacciones públicas, resistía aún el Ministerio Canalejas frente a demandas inadmisibles. Sí; tal vez lo hubieran hecho: ¿no miramos reforzar el gravamen de nuestros vinos en 1920, precisamente cuando más pugnaba el Gobierno del pobre Dato contra la captación de Tánger por el colonismo? Algo, que fué para nosotros sañuda desgracia, dispuso las cosas en diverso rumbo el 12 de noviembre del 1912. Asesinado por un anarquista el señor Canalejas, su Gabinete, puesto en situación de interinidad, tuvo que acoger bruscas normas resolutivas, allanarse, dejar en las zarzas del camino nuevas concesiones; el 27, quince días después de la tragedia, firmábase el Convenio hispano-francés.

Fué embrollón, caótico, muy del Quai d'Orsay, el estatuto ejecutivo del protectorado en mancomún. Quedaba el Imperio; mas partido en dos zonas independientes, regible una por España y otra por Francia, con

(1) Por lo que valga, diremos que ahora el servicio de propaganda del ministerio de Estado francés dispone de 19 millones de francos anuales.

absoluta paridad de atribuciones. Quedaba el Sultanato; pero distribuído entre dos xerifes, independientes e iguales entre sí, con plena similitud de perrogativas. Quedaba el doble protectorado; mas desenvuelto con independencia en las dos porciones zoneras. Unicamente un engarce, nuncio de nuestra facultad coactiva: cuando indiquemos persona para el cargo de Jalifa (nombre que en árabe expresa «sucesor»), como tal ha de recibirlo el otro príncipe, reconociéndole sin excusa ni demora cuantas preminencias le otorgamos con el Convenio. En resumidas cuentas, sólo España desde el Muluya al sur de Alcazarquivir. Los negociantes en su casa, y Alá en la de todos.

¿Supo avenirse la plutocracia insaciable? No. Frente al pacto de 1912, abiertas las fauces, tendidas las garras, vimos revolotear el dogma de que «la consolidación y AMPLIACIÓN de un imperio francés en el norte africano debe constituír el grande y sólido ideal de la raza al comienzo de la vigésima centuria (1)». Y en pos suyo, rastreando, rastreando, mostróse aquel sentir de la covachuela del Quai d'Orsay. «¡Que tenga Marruecos la culpa! ¡Que él mismo se nos entregue!» España —escribía en 1913 un ex ministro francés (2)— sólo ha conseguido ocupar 4.000 kilómetros cuadrados en diez y ocho meses de esfuerzo, y *puede que alguna vez necesite pedir la colaboración militar y económica francesa. Aquel día cabrá sin duda un arreglo que, permitiéndole desenvolver sus intereses legítimos en el Magreb* (¿?), *elimine el sistema dualista.*» ¿Está claro?

Mientras llegaba la hora en que, ruinosos y exangües, cederíamos el Protectorado a la República, tornamos a padecer la «penetración clandestina». Fundada en tiquismiquis, puso pleito la República sobre el Guerruau, y cuando los rebatimos con fortuna, compareció en escena el general Lyautey. ¿Qué quería? Poca cosa. Asen-

(1) Palabras del señor Caillaux en su prefacio al libro del señor Besnard, *L'Oeuvre Française au Maroc;* París, 1913.
(2) Besnard: loc. cit., pág. 30.

tarse en la cordillera de Ziata, que yergue sus picachos entre Zeluán y los confines zoneros. ¿Para qué? ¡Oh asombro! ¡Para apoyarse allí en la conquista de Tazza! Iba a meterse en nuestra zona con tan pobre disculpa, cuando el general Jordana, sin prevenir al Gobierno, echó sus tropas sobre el macizo y lo redujo a la obediencia. Entonces, para que no tuviésemos duda sobre el propósito, tropas francesas pasaron un día los lindes fronterizos, adelantaron por el Guerruau, estableciéronse en Jachi Uenzga, y allí siguen. Ahora, con el Guerruau, se nos disputa asimismo la fértil comarca de Beni Zerual.

Paralelamente con la penetración militar hubo intentos de penetración económica buscando lo conocido por *main mise* en jerigonza diplomática. Hay en Melilla una Compañía colonizadora; la plutocracia francesa, siempre en lo suyo, quiso convertirla en garfio de sus fines; ofrecióle un dineral por las acciones, y aquella Compañía, poseedora de poblados, de la llanura del Gáret y de otras tierras junto al Muluya, metida en contratas de carácter público, hubiese sido instrumento extranjero en el Rif al no interponerse varios patriotas para frustrar el propósito.

Triple ofensiva: la diplomacia nos discute regiones, el ejército nos quita parte de ellas y el capitalismo quiere atornillarse en el resto. ¡Con qué dolor asoma en la memoria aquel proverbio del siglo XVIII: *Ayez le François pour ami, ne l'ayez pas pour voisin!...*

Torpe será quien extrañe el rencor que nos tienen los apóstoles del «Imperio uno e indivisible», aunque jamás uno e indiviso. Digerían en 1912 las escurrimbres de aquellos 242 millones prestados al Majcen para obras públicas, según el método de Juan Palomo. En 1920 habían ingerido un conjunto de 370 y presupuesto 220 más para concluír el puerto de Casablanca. Lanzábanse sobre las urbes: Casablanca, empréstito municipal de 50 millones para los contratistas; Marraqués, 14; Fez, 10; Quenitra, 8; Rabat, 66; Fedala, 8. Hincaban el diente en

los presupuestos, asignándose un total de 685 millones para sus negocios (caminos interminables, puertos inconcluibles, etc.). Picoteaban en las reservas del Tesoro cinco más, y, previsores del porvenir, apercibían una cáfila de combinaciones símiles que les dará, entre 1920 y 1925, la friolera de 1.500 millones en préstamos. Ante tal panorama, ¡qué dolor hallarse desposeídos de Tetuán, Tánger, Larache, Alcazarquivir, Arcila y Xexauen! ¡Qué pena no poder contratar en las provincias del Norte carreteras de oro, ferrocarriles de oro! ¡Cuánto empréstito municipal malogrado! ¡Qué de terrenos libres tocante a la especulación parisiense!

Para explicarnos mejor sus iracundias, veamos lo que han hecho del Magreb suyo. Lo describen dos hombres honrados que, al ir allá, no llevaban el cerebro en la cartera.

«Rendido el general Lyautey por el esfuerzo considerable de su gloriosa carrera, es hoy gobernador nominal en Marruecos; de hecho ejerce el mando una camarilla que le circunda, le muestra los asuntos conforme ella quiere, recoge su firma y le aparta de los testimonios que conviene desconozca. ¿Advierte el general dicha situación? No, por seguro, aun cuando adora demasiado a «su querido Marruecos» para hacer ver que comprende. De ahí fluyen consecuencias lamentables, por más que la camarilla —grupo de negociantes por el estilo de los que ya analizamos— enhieste luminosas banderas de «civilización», «expansión francesa» y «adelanto». Tal retórica, que hinche programas de Exposiciones y discursos oficiales, es *bluff*, en jerigonza moderna; aquellos prójimos necesitan mucho reclamo para maravillar a Europa, porque la fachada espléndida que con tantísimo celo mantienen en pie, es lo que les sirve de escondedero en sus demasias» (1).

Ved ahí cómo aparece la gusanera en seguida que

(1) Marcel C. de Lamazière y Alexandre Léty: *L'Hallali, Moeurs Européennes au Maroc*, 1912-1919. París; pág. 54-55. Entrambos autores acopian gran número de casos inmorales demostrativos de sus acusaciones. *L'Humanité* ha culpado directamente a Lyautey por otros.

levantamos la costra artificial. Muchos Anuarios, rebosantes en embustes numéricos; muchas revistas, preñadas de ficciones; muchas estadísticas maravillosas, donde son franceses los españoles asentados en las ciudades; donde son francesas las mercaderías llegadas en buque francés, y donde los productos que van de tránsito constan como importaciones definitivas cuantas veces entran en puertos del Protectorado. Pero detrás de los telones, el uñilargo Maese Pedro mueve las marionetas. «¿Que estorba una ley metropolitana? Pues se la esquivá con un dajir. ¿Que molesta un dajir? Se le anula y sustituye. ¿Que conviene prorrogar un dajir luego de prometido lo contrario? ¿Pues se pergeña otro semejante, que haga sus veces» (1).

Medra la voraz pandilla. Nadie se lo impide. Le es propicio el ambiente. «En todos los escalafones jerárquicos, indiferencia para el bien común, egoísmo impúdico o encubierto, desapoderada comezón de lucro, nociva para la equidad y la ética; escandaloso favoritismo. Este es, en cifra, el régimen marroquí. Eclipsóse a escape el galano plan primitivo, nacional, civilizador, y lo encubre recia fronda de vicios, ambiciones desenfrenadas, obscuros compromisos y villanías odiosas. En la espesura del extenso bosque —idéntico al de Bondy— efectúan su labor innoble partidas de facinerosos, cuyos crímenes no extrañan quienes conocen sus calidades, usos, ideal y pasado» (2).

No es el Marruecos galo tierra de civilización y de moral, sino de negocios. Allí «sólo predomina el ansia de enriquecerse, sea como sea, y aun obsesiona a los que deberían vivir más inmunes por su profesión». Jefe militar hay que cuando visita la más importantes de sus posiciones, «trinca del brazo al colono que le sirve de testaferro y, durante horas y horas, los consocios van y vienen, discutiendo, por el prado vecino». «Abundan los empleados que, por quedárseles cortas sus pingües

(1) *L'Hallali*, pág. 26.
(2) Ibid., pág. 27.

obvenciones, tienen que *vivir a expensas del país.* Criticad a esos insignes señores y les oiréis que ningún provecho es desdeñable». «Más que garantía de costumbres calladas y modestas, suelen ser los títulos oficiales peso caíble en la balanza de los negocios. Cuando, para besar las posesiones de un político poderoso, el ferrocarril de C... a M... describe inmenso arco por la montaña en vez de recorrer cuerdamente la llanura en línea recta, ¿quién censuraría abusos de que dan ejemplo los más encumbrados?» (1) Con tal ambiente y aficiones tales, es obvio el fruto: «bajo la tutela administrativa engordan los tunos y se atascan los hombres de bien (2)». «Vano fuera querer resistirles las personas decentes dispersas en Marruecos, pues sobre constituír aquéllos reales cuadrillas, que se conciertan para saquear a otros, tienen también el amparo del Poder público» (3).

Cuando el comentarista de buena fe averigua que en 1920-1921, con una copiosa cosecha, los 572.000 kilómetros cuadrados del Marruecos francés tan sólo consiguieron expertar 250.000 quintales de trigo; cuando observa que en la producción agrícola del Edén marroquí incumbe a los europeos un imperceptible 2 por 100 (4), le aturde el asombro. ¿Es el formidable *essor* tan cacareado? Sí, es ése.

«En Ducala, Chauia, Garb o Beni Ajsán, cítanse los colonos que, rompiendo con los usos agrarios indígenas, poseen instalaciones europeas, aparatos aratorios modernos, susceptibles de facilitar rendimientos máximos... ¡Valorización! ¡Cómo osan pronunciar el vocablo unos sujetos que no tienen de colonos sino el nombre y son, en primera línea, negociantes más desvelados por henchir pronto la bolsa que por cogerle al suelo utilidades legítimas con labores apropiadas! Así como la mayoría

(1) *L'Hallali,* pág. 40.
(2) Ibid., pág. 23.
(3) Ibid., pág. 33.
(4) Suplemento económico de *France-Maroc;* julio de 1921. Estadística oficial.

de los colonos son, en general, buscadores de pecunia, la mayoría de las Sociedades llamadas agrícolas son, en general, Sociedades capitalistas, y su ocupación predilecta consiste en adquirir vastas extensiones territoriales, no para darles fecundidad —empeño difícil y meritorio—, sino para revenderlas, granjeando mayores ganancias que en el laboreo razonable de razonables fincas. Todo el labrantío está en poder de los traficantes; quien acude allí tiene que pasar por sus horcas caudinas: o irse, o pagar horriblemente caros terrenos que en ocasiones valen poco» (1).

¿No han de asomarse con ansiedad a la zona española, vedada a sus codicias y abusos? ¡Lo que cobrarían ellos por las fecundas tierras de Tetuán y Larache, si ya exigen por hectárea 7.000 francos en Uxda y 10.000 en Chauia! (2). ¡Y qué gentezuela, Señor, para vecinos! «Colonos y Sociedades indeseables se conchaban para impedir establecerse a los que no son como ellos». ¡Ay del que estorbe! «Acredítalo el asesinato de aquel colono, importuno con sus planes expansivos, y que amaneció estrangulado, con todo su dinero en el cofre, mas limpio de títulos posesorios» (3). ¿Por qué asombrarse? «Cuando en 1918 quísose concederles el Uisam Alauita a unos quince colonos de Ducala, Chauia y del Garb, hubo que ver sus antecedentes. ¡Oh estupor! Trece tenían condenas varias, y fué necesario excluírlos» (4). «El fomento de los negocios disculpa todas las ruindadades: ni aun la correspondencia —oficial o privada— constituye secreto para individuos tan sin escrúpulos, liberales en la propina y ganosos de hacer fortuna, sea como sea» (5).

Adonde volvamos los ojos, allí podredumbre, lucrosidad, ficción y salvajismo, porque «arriba y abajo imperan las mismas condiciones morales, esto es, la misma

(1) Loc. cit., pág. 13.
(2) Suplemento de *France-Maroc;* julio de 1921.
(3) *L'Hallali,* pág. 43.
(4) Ibid., pá5. 48.
(5) *L'Hallali,* pág. 50.

falta de moralidad» (1). Espeluzna el cuadro que trazan Lamazière y Léty, describiendo la orgía muy al pormenor; y de él se colige por qué quiere el colonismo un solo imperio, un sultán único, una potencia protectora y una camarilla devoradora; mas como no podemos transcribirlo, bástenos recoger, para remate, ciertas aseveraciones que nos importan en calidad de vecinos molestos:

«Hay en Marruecos muchas gentes, civiles y militares, preocupadas por modo exclusivo de satisfacer sus pasiones. Las almas, como el suelo, semejan endurecidas por el sol. Ni arranques nobles, ni generosos sentimientos. Cada uno piensa en agenciarse lo máximo del bienestar, aunque sea hollando los derechos del vecino. Témese a las personas honradas que, en el roce, representarían molesto contraste y acusación viviente. Anhélase que muera aquel que hace sombra, y es verdad marroquí lo dicho por un periodista al coronel que acompañaba la carroza fúnebre de un colega, rival suyo para el ascenso: «El cadáver de un enemigo nunca huele mal». El enemigo es, en Marruecos, quien dificulta combinaciones de negocios» (2).

¡Pobre España, pues, que tantísimas impide!

(1) Ibid., pág. 38.
(2) Ibid., pág. 30.

CAPÍTULO II

¿Somos colonizadores?

APARTE lo antedicho, tiene el consorcio capitalista otra razón para mirar de través la diminuta zona hispánica. Al dejarnos únicamente 26.000 kilómetros cuadrados, de los 600.000 que abarcaba en teoría Marruecos, el Quai d'Orsay desmembró tribus, rajó comarcas indesunibles, violó la lógica para ceñir con el Muluya y cierta línea fantástica el *hinterland* melillense; pero como no pudo arrebatarle a la hermosa ciudad mediterránea sus privilegios geográficos, triunfa la hegemonía mercantil española en parte del Marruecos galo. Entre Melilla y Fez median 270 kilómetros, en tanto que Fez dista 297 de Casablanca, 518 de Orán y 380 de Nemours. Y mientras medimos 170 desde Melilla a Uxda, cuéntanse 385 desde Fez a estotra localidad. Vemos, por ende, que nuestra línea de penetración es más corta. Y resulta notorio que el influjo español tiene que crecer entre Uxda y Tazza conforme alleguemos hacia el oste más territorio sometido.

Vínose neutralizando tal realidad, hasta ahora, mediante artificios mañosos, que estorban las comunicaciones zoneras, con burla de los tratados. Ya, vimos desgravar las mercaderías francesas arribantes a la Aduana de Uxda, y ponerles innúmeros entorpecimientos a las españolas; ya, contemplamos frustrarse la solicitud de España respecto a la construcción del puente inter-

nacional sobre el Muluya, evitada con pueriles evasivas. ¿Más? El prurito de aislarnos llega a impedir que las aguas muluyenses fertilicen en ambas zonas grandísimas extensiones de terreno, cifrables en 20.000 hectáreas, sólo para nuestras planas del Zebra y del Zubia. Pero, ¿acaso podían ser eternos tan endebles ardides? En 1921 era ya inevitable el tendido del puente, pues se deshizo la postrer disculpa (carencia de numerario), ofreciendo el gabinete de Madrid la cantidad necesaria. Iguales pasos seguía el artificio aduanero, porque la magna Asamblea de Uxda, fruto de briosa acción emprendida por la Cámara Comercial de Casablanca contra los adeudos especiales argelino-marroquíes, reclamó un régimen arancelario uniforme en el mismo 1921...

Recobrados los lugares que en julio perdió España, vuelve el negocio a los términos antiguos. Hay que resolver. ¿Qué harán los que temen nuestro influjo en las regiones de Uxda y Tazza, por donde atraviesa el ferrocarril de Fez?

Con todo, y pese al arbitrario bloqueo francés, Melilla ha conseguido gran auge en sus contrataciones. No hay sino comprobar que, viéndose durante 1905 en 60.000 toneladas de compras y 459 de ventas, cerró el año de 1920 con 88.642 toneladas de importaciones frente a 435.496 de exportación; en total, 524.138; por las cuales visitaron su puerto 1.149 buques mercantes (1). Quien quiera saber qué significan dichos pormenores, equipárelos con el tráfico tenido en 1920 por los puertos del Protectorado francés, cuyas estadísticas no excluyen las importaciones militares como en el Marruecos español (2). Casablanca, 404.400 toneladas; 119.738 menos que Melilla. Rabat-Salé, 48.700; 475.438 menos. Mazagán, 76.600; 447.538 menos. Quenitra, 92.800; 431.338 menos. Safí, 85.200; 438.938 menos. Mogador, 49.700; 474.438 menos. Esto es, Melilla sola

(1) Memoria de la Junta de Fomento de Melilla, en 1920.
(2) Suplemento económico de *France-Maroc;* marzo de 1921. Estadística oficial.

equivale en tráfico a Casablanca, Quenitra, Rabat-Salé y Mogador juntos.

De ahí que, en continuo adelanto, se vuelva la urbe más linda, salubre y segura de Marruecos. Los 17.000 vecinos de 1909 eran 53.563 a fines del 1920; las 1.500 casas, 4.856; los 300.000 metros cuadrados de superficie, un millón. Calles rectas, anchurosas y limpias. Paseos como el Parque Hernández. Plazas como la suntuosa de España. Tal parvedad en delincuencia, que el Juzgado civil tiene en 1919 la cifra máxima de sumarios juzgables, 93. Tan sólido apego a la instrucción, que reúne 24 escuelas públicas. Tan vivaz, que el Centro formado por la Cámara de Industria y Comercio registra: 426 comerciantes, 294 industriales, 13 compañías mineras y 37 sociedades mercantiles, cuando toda la industria de la mirífica zona francesa está representada por 185 establecimientos con 3.256 trabajadores (1).

Habrá quien dipute nadería semejante obra, que contradice tópicos muy resobados. Mas no debe ser tan trivial, puesto que Casablanca, la perla colonista, aparece con otros visos delante del observador sincero. Escúchese al señor Charles Petit, que los describe en *Le Journal* parisiense:

«Comienza el señor Martín por atravesar en la urbe antigua el dédalo de callejuelas sórdidas y hediondas, y al cabo sale del recinto. Por doquier mira inmuebles de todas clases, al azar erigidos en obediencia a intereses tan varios como sus dueños. Explícanle que después habrá calles por allí, cosa que maravilla un poco al señor Martín, que imaginaba preciso comenzar una población trazando sus vías públicas. Adelanta el coche hasta el límite de las construcciones nuevas; párase entre dos pilas de basura y puede el señor Martín admirar el panorama. En toda la redondez de la vista, aridez uniforme: ni un árbol, ni un tallito herbáceo. Pal-

(1) Suplemento económico de *France-Maroc;* enero del 1921. De esos 185 establecimientos, 82 pertenecen al ramo de alimentación, 24 al de carpintería y 21 al de construcción. Todo el capital industrial del Marruecos francés se cifra en 56,3 millones de francos; poco más de 28 millones de pesetas.

meras enanas, con 30 centímetros de altura, constituyen toda la vegetación en radio de 10 leguas. Alguien le indica al señor Martín un trozo de aquel desierto: «Vea —le dice—, a veinte francos el metro. Es regalado: de aquí a seis meses valdrá eso cien francos». Y le explica que la población continuará ensanchándose con vertiginosa rapidez.

»Evidentemente no existe en Casablanca ninguna Sociedad mercantil importante, ni hay industria; pero, en trueque, alberga 30.000 europeos, de los cuales son franceses 20.000. ¿Y qué hace tal muchedumbre —pregunta alarmado el señor Martín—. Negocios —le responden—. Es verdad, tampoco le cabe a él otra preocupación. Y añaden, para convencerle: Indicio de la notoria riqueza de Casablanca es que tendrá un gran puerto, que acaso cueste 200 millones, pero demostrativo de cómo domina el hombre los mayores obstáculos de la Naturaleza.

»Si aquí no hay casas de comercio, ni industria —inquiere el señor Martín—, y si esta planicie parece estéril, tocante al cultivo, ¿para qué servirá el puerto? Encógense de hombros y apuntan que el construírlo traerá millones, y que, por consiguiente, aumentarán las cantidades en las estadísticas, justificando ser preciso el puerto.

»Después de medianeja comida —pues la carne es malísima, faltan las legumbres y dan campeche por vino—, desea nuestro señor Martín tomar el fresco. En cuanto asoma a los suburbios sufre la curiosa ilusión de estar en la zona fortificada de París: por dondequiera le acometen mozas del partido, cuyos amigotes aguardan su estipendio en bodegas de mala nota; y si no le atropellase algún camellero con su cuadrúpedo, ni le bañase un aguador de los de odre en bandolera, sin duda para restablecer el colorido local, olvidaría hallarse en Marruecos.

»Por caso impensado va a la judería, que sigue intacta; pero la hediondez de sus callejas abominables repele a quien más aficione lo pintoresco. Busca, pues, el señor Martín, barrios mejor civilizados; por todas

partes ve casas de noche, más o menos sospechosas tabernuchas y cafés cantantes, ofrecidos a los nuevos millonarios. Topa al revolver de una esquina con su antiguo amigo de Francia señor Durán, el cual, beodo y alegre, deambula por Casablanca. «Si me haces caso —dícele éste—, tendrás millones cual yo». Acuden ambos en solicitud de champaña a un establecimiento nocturno, hijuela ejemplar del Montmartre juerguista, y el señor Durand se franquea, refiriendo cómo, en próximo garito, varios facinerosos desvalijaron noches atrás a los puntos, amenazándoles con sus revólveres».

¿Que nuestra magnífica labor tiene lacras? ¡Quién lo duda! Pudo ser más rápido el desenvolvimiento de Melilla si la Junta de Arbitrios no dedicara a personal las cuatro quintas partes del Presupuesto, que pasa de dos millones; si conservándole a la ciudad su condición de puerto franco, buscara recursos económicos el Municipio en el valor de la tierra; si buena parte del vecindario, la que succiona seis millones por año en la propiedad urbana, fomentase con mayor ímpetu otras industrias que la del rentismo parasitario; si el puerto —que cuesta ya 14 millones— se hubiese creado donde aconsejaban la ciencia y la experiencia para contrarrestar los 142 días anuales de marejada, mar gruesa y temporal que dificultan las comunicaciones marítimas...

Hay, además, otras culpas. El ramo de Guerra ha puesto dificultades enormes al ensanche y hermoseamiento de la población, a par que descuidaba fortificar el Gurugú para ponerla a salvo de asedios terrestres; y a él se debe que aun no esté consolidada la propiedad en los campos de labor circunvecinos a la urbe. La burocracia ha eternizado asuntos como el de los muelles de ribera o favorecido dilaciones en cosas como la construcción del tranvía. Empero, ¿quién podrá sorprender en Melilla el sucio espectáculo que describe Petit al mostrarnos la verdadera Casablanca? Hablábase en las Cortes de las posadas de amor, de los merenderos y garitos melillenses, diputándolos causa del de-

sastre militar; pero, ¿cómo no produce Casablanca iguales frutos con su enorme desbordamiento de inmoralidad, mil veces más agudo que el de Melilla? ¿Cómo Uxda, hormiguero de prostíbulos y chirlatas, no hace derrumbarse el collar de posiciones que ciñen el Atlas, impenetrable para Lyautey?

Es curioso, muy curioso, que la catástrofe militar sobreviniera donde teníamos más labor colonizadora, donde allegaba la pacificación más seguros motivos de solidez. La «Fatalidad», esa oportuna fatalidad que siempre utilizamos por cabeza de turco, acertó a ser entusiasta colaboradora de quienes juzgan que desempeñamos en Marruecos «el cometido del periódico o de los guantes que se arrojan a un rincón del coche ferroviario» (1).

Porque, aunque estuviéramos en 1921 a punto de ocupar todo nuestro Protectorado, el Rif y Yebala ofrecen visos contrapuestos en orden a la valorización. Mientras Melilla acopia brazos y pecunia por ser el puerto natural del Oriente magrebino, reunir más tierras libres y estarse a 83 millas de las costas patrias, la situación es diversa al Occidente. Allí padecemos doble mal, propicio a las conveniencias transpirenaicas. De una parte, y favorecida desde Tánger y Uasán, la terca rebelión del Raisuli contuvo el desenvolvimiento del país e impidió hasta ahora el enlace ferroviario de Tetuán con Xexauen, por donde han de ir a la comarca francesa de Uasán los productos europeos. De otro lado, Francia ahogó a Larache al erigir su puerto de Mejedia, que dista de Fez 41 kilómetros menos. Por ahora no constituye Yebala competidor temible para el influjo galo. No así la zona melillense.

Hace pocos años aún, el Rif español, hosco, bravío, dilataba sus amplias sequedades desde el cinturón de huertas que envuelve a Melilla. Ni un camino, ni un sembrado valioso, nada que describiese vitalidad ro-

(1) *Au Maroc*, por Gustave Babin. París, 1912.

busta: algunos chumberales; chiquitines caseríos, achaparrados y sucios; tal cual rebañejo de cabras, guardianes con fusil al hombro, merodeo, crímenes... En 1921, los risueños valles de Farjana y Beni-Chícar —surcados de acequias y provistos de modernísimas norias— parecen trozos de las vegas valenciana y murciana, honrando las lecciones de la Granja agrícola y de nuestros agricultores. Cultívase con profusión el boniato, ayer desconocido. El viñedo, que comenzó a plantarse en 1912, produjo cuatro años después 1.613 quintales métricos de uva alargada y rolliza, y más del triple en 1920. Comienza en gran escala la sembradura del ricino, fuente de pingües provechos; ensáyase con tanta brillantez el cultivo olivarero, que una extensión arbórea de 52 hectáreas da 704 quintales de aceituna; es decir, 13,54 quintales métricos de rendimiento por hectárea. Entran en valorización las 25.000 hectáreas de espartales. Pueden decir los mazuci que en su tribu no hay pobres, y los benibuifrur, que ganan jornales desconocidos hasta en Argelia...

Al deshacerse en 1909 el asedio de la plaza, no producían un solo grano de trigo aquellas tierras. He aquí unos índices de su evolución próspera en el trecho comprendido desde el Muluya al Quert (1).

	1912	1918
Hectáreas de superficie sembrada.	1.368	7.130
Producción media de grano por hectárea.....	6,65	7,10
Idem total de grano, en quintales métricos.....	9.108	43.550
Idem media de paja por hectárea.	13,08	8,13
Idem total, en quintales métricos.	103.612	167.900

(1) Aunque fué mucho mayor la superficie sembrada en 1920, la pérdida total de las cosechas impide conocer con exactitud el progreso habido. La colonización europea del Marruecos francés, única estimable desde la ocupación, tuvo la siguiente sembradura en 1920: 10.000 hectáreas de trigo, 8.000 de cebada y 2.000 de maíz. (Suplemento económico de *France-Maroc;* abril de 1921.) Comparemos, pues.

Otros guarismos, que quizá asombren a quienes hablan de la improductividad rifeña, denotan también los adelantos del territorio. Véaselos:

	1912	1918
CEBADA:		
Hectáreas sembradas.....	8.236	30.200
Producción total de grano, en quintales métricos.....	60.759	167.900
Idem media de paja por hectárea.	12,58	5,56
Idem total, en quintales métricos.	103.612	167.912
AVENA:		
Hectáreas sembradas.....	50	1.075
Producción total de grano, en quintales métricos.....	500	8.615
Idem media de paja por hectárea, en quintales métricos.....	25	8,93
Idem total de paja.....	1.250	9.610

Ha de advertirse, porque es extremo importantísimo, que el año de 1918 tuvo implacable sequía en la sazón donde más convienen las lluvias, lo cual trajo grandes reducciones en las cosechas tempranas. Durante 1916, y con plantaciones que medían 540 hectáreas, rindió la avena 4.229 quintales métricos; la cebada, con tener sólo 17.900 hectáreas de sembradío, produjo 146.590 quintales métricos de grano. ¿Qué no será cuando Francia deje de impedir el aprovechamiento de aguas del Muluya?

Examínese ahora otros pormenores acreditativos del adelanto que logra la colonización agraria; provienen de la Granja Agrícola, cual los anteriores, y enseñan qué progresos consigue el cultivo invernal.

CEREALES DE INVIERNO	PORCENTAJE DE LA COSECHA DE 1918 Por 100 con 1917.	Por 100 con el quinquenio.
TRIGO:		
Hectáreas cultivadas.....	113,65	200,60
Producción de grano en quintales métricos.....	128,96	98,70
Idem de paja ídem.....	122,44	80,97
CEBADA:		
Hectáreas cultivadas.....	101,65	123,17
Producción de grano, en quintales métricos.....	141,12	84,75
Idem de paja ídem.....	138,30	47,12
AVENA:		
Hectáreas cultivadas.....	167,97	346,77
Producción de grano, en quintales métricos.....	94,46	97,80
Idem de paja ídem.....	83,30	55,81
CENTENO:		
Hectáreas cultivadas.....	116,66	No se cultivaba en años anteriores.
Producción de paja, en quintales métricos.....	104,07	
Idem de grano ídem.....	102,94	

Porcentaje total de hectáreas cultivadas en el quinquenio, 189,94

No es esto, sin duda, lo que puede encontrarse en los libros franceses, donde muchos españoles estudian «el problema de Marruecos». Tampoco lo dicen las revistas que subvenciona el partido colonial francés e inspira su Ministerio de Negocios Extranjeros. Y, sin embargo, constituye cosa tan visible y comprobable, tan añeja, que en 1916 se cultivaban ya 285 hectáreas de maíz, 119 de garbanzos, 170 de habas, 38 de almortas y 106

de yeros, con una producción respectiva de 3.846, 579, 1.419, 235 y 458 quintales métricos. ¿Es que no pudo ver nadie, de entonces acá, el enorme crecimiento de estas plantaciones? ¿Por acaso ignoran nuestros políticos lo que será el Rif, relativamente a producción triguera, cuando utilice para sus sembradíos la variedad de grano duro y grandes espigas copiosas que ha seleccionado la Granja Agrícola y da fruto en cuatro meses y medio?

Pues hay españoles que lo saben. De ahí la inmigración continua de colonos argelinos y el quedarse por allá no pocos licenciados del ejército, que en las planicies de Bu Erg, Zebra, Zubia, Arquemán, Nador, Jaraig, y Gáret, labraban la tierra por sí o combinados con los nómadas mediante el acuerdo de «bel joms», por el cual recibe el indígena simiente y la torna aumentada en un quinto al hacer su recolección. En torno a tal riqueza, naciente y ya espléndida, han ido surgiendo poblados tan lindos como Nador (que tenía casi 4.000 moradores), Zeluán, Monte Arrui, Segángan, San Juan de las Minas, Bátel, Zoco del Arbáa de Arquemán, Cabo de Agua y Zaio; formábanse otros en Dar-Drius, junto a Curiat Luta, en el Gáret, cerca de Sebt... Y allí, en la zona agrícola, veíanse en manos del moro los utensilios motocultores de la Colonizadora o de la Granja Agrícola, cuyos arados modernos iban al territorio insumiso sin que jamás se los sustrajese o deteriorase. Y ahora mismo, al surgir el hundimiento, la Cámara Agrícola creaba una sociedad para adquirir motoarados y tractores con destino a esos campos que, según Francia y algunos políticos nuestros, no sabe colonizar España; pretendía para ellos el libre cultivo del tabaco y laboraba en la mejora de la ganadería rifeña.

No sabemos colonizar... Pero el moro que vendía en 1909 la hectárea de tierra en Nador o Tauima a 200 pesetas, no la entregaba a los agricultores españoles, en 1920, por menos de 1.600.

No sabemos colonizar... Mas, entretanto que los colonizadores exprimen al moro argelino o abandonan a su

desventura al «felaj» de Marruecos (1), España ponía las bases del pósito agrícola con préstamos de simiente para la siembra. En Nador, Zeluán, Monte Arrui, Bátel —y ahora en Dar-Drius, Izúmmar y Annual—, repartíanse anualmente entre los agricultores rifeños de 5 a 7.000 quintales de grano; y, en los días tristes de escasez, cuando la pérdida de cosechas atenazaba con hambre a las tribus, allá iban sus generosos dones en especie para que el indígena tuviera pan abundante.

No sabemos colonizar... Mas los pescadores de Yazanen, conviviendo meses y meses con sus asociados andaluces, han aprendido el manejo de artes pesqueras perfeccionadas, y, abandonando antiguos usos, compran material moderno, hácense independientes y acuden a la plaza para subastar su mercancía. Da el campo oficiales y peones a muchos oficios y es frecuente ver moros labrando grecas o estucando. Hay un buzo marroquí, que en las obras del puerto gana 18 pesetas por día. Salen del retraimiento las muchachas jóvenes y, sin cubrirse el rostro, acuden a los zocos o curiosean por las calles de la ciudad; sirven no pocas de criadas y lavanderas.

No sabemos colonizar; pero ahí, en medio del antiguo Blad es Siva, hormiguean las demostraciones en contrario. Si acudimos al Gáret vemos que antes de la ocupación española había 15 pozos morunos, y a la presente son 46, en su mayor parte con motores que elevan hasta 10.000 litros de agua por hora. Si inspeccionamos los zocos, nos mostrarán cerramientos, lavaderos, abrevaderos, mataderos, fuentes, pozos y otras instalaciones con que les suprimimos su antigua condición salvaje. Si preguntamos al marroquí, nos dirá que antes debía andar leguas en busca de aguada, y que nosotros las multiplicamos; que entonces le era imposible des-

(1) Ahora mismo se ha descubierto en Argelia lo siguiente: La Comisión de abastecimiento de Tiare rechazaba, por malo, el trigo que traían los árabes del interior. Imposibilitados éstos de llevárselo, lo daban baratísimo a ciertos agentes, que, a su vez, lo vendían caro a la citada Comisión. *Le Progrés Civique* (3 de diciembre del 1921) calcula en bastantes millones lo estafado así al indígena, sin que el Gobierno «ose toucher aux voleurs metropolitains».

prenderse del fusil y que ahora había seguridad absoluta; que quien no quisiere moler su grano, tenía aquí y allá fábricas modernas, algunas de las cuales, como la de Arquemán, suministraba fluido eléctrico al zoco y al caserío; que menudeaban carreteras y cortijos...

Porque esa es otra. Sin haberse valido de prisioneros para construír vías de tránsito, atiende España esa necesidad con esplendidez. En Tres Forcas, extremo septentrional de Beni Chícar, nace la hermosa carretera en donde anudan cuantas dan paso a los parajes más valiosos; cruza por Melilla, va por Nador y Zeluán, tuerce en demanda de Monte Arrui, llega al Bátel, recorre la llanura de Metalza y se une en Dar-Drius al camino militar de Ben Tieb, Izúmmar y Annual. De ella arrancan: 1.°, la carretera Melilla-Jidun-Yazanen-Tifasor-Sámmar-Quert; 2.°, Melilla-Zoco del Jad benisicareño-Tizza-Yazanen; 3.°, Melilla-Taguel Manin (ahora dilatada a la meseta de Jaddú); 4.°, Segunda Caseta-Sidi Ajmed el Jach; 5.°, Nador-Atlaten; 6.°, Nador-Collado de Atlaten-Caddur-Quert-Beni Said; 7.°, Nador-Collado de Atlaten-Sidi Embarec e Isjafen (unida a Sámmar por camino militar); 8.°, Nador-Segángan-San Juan de las Minas-Zoco el Jemis de Beni bu Ifrur (prolongada hasta Zeluán); 9.°, Zeluán-Muley Rechid-Zaio-Muluya; 10.°, Zeluán-Montes de Ziata y Reyen, al límite sur de la zona; 11, Zeluán-Monte Arrui-Ergada-Afsó-Guerruau; 12, Bátel-Canduchi-Tisingar-Yarf el Baax y desembocadura del Quert. Luego viene el conjunto de caminos militares y carreteras que, únicamente en Guelaia y Beni bu Yaji, mide más de 600 kilómetros. Y es de notar que, en 1918, cuando la plenitud del maravilloso protectorado francés tenía 1.496 kilómetros de caminos (1), contaba ya nuestro departamento oriental con casi 800. ¡Y no somos colonizadores ni valorizadores.

Tenemos tres ferrocarriles: dos particulares que enlazan a Melilla con Nador, Segángan y San Juan de las

(1) *Le Temps;* 16 de octubre del 1919. Estadística oficial.

Minas; otro, perteneciente al Estado y que corre entre Nador y Bátel. ¿Por ventura pregonan la incapacidad española tan ponderada por los ignorantes? Veamos. En 1918, la red ferroviaria de la zona contigua (800 kilómetros en sus tres líneas de Rabat a Uad Zan y empalme con Ber Rechid; Uxda a Tazza y Salé a Fez) transportó 205.699 viajeros y 43.424 toneladas de productos (1). Pues bien: ese mismo año, sólo el ferrocarril Nador-Tistutin condujo 195.287 viajeros y 20.311 toneladas de mercancías. En cuanto a los particulares, transportaron en 1919: el de vía estrecha, 508.011 viajeros y 43.086 toneladas; el otro, 1.545 viajeros y 115.233 toneladas (2).

Por lo que toca a otros particulares del tráfico interior, baste una noticia. Hojeando en febrero de 1917 los registros de la Policía indígena en Zeluán, comprobamos que desde noviembre anterior habían pasado por allí 2.900 caravanas (7.369 camellos, 3.728 mulos y 2.777 asnos) con destino a la provincia de Uxda y a diversos lugares del Rif rebelde.

Los que leen aprisa, y los que hablan sin leer, dicen con pompa que en Melilla no alumbramos riquezas que apeguen al pueblo a nuestra obra. Pues bien: ¿qué cábila fué la que cometió mayores desafueros? Beni bu Ifrur. Pues de Beni bu Ifrur, de las minas que contemplan con ojos tamaños los codiciadores del Protectorado español, embarcáronse en 1920 las siguientes toneladas de hierro: 305.475 de la Compañía Española de Minas del Rif; 57.212 de la de Setolázar; 59.178 de la Norte Africano, Alicantina y Haschaonan; más 671.433 kilos de plomo perteneciente a la Norte Africano. Visto tal, la afirmación induce a risa: otras deben ser las causas internas del movimiento.

¿Que todavía no es esto colonizar ni valorizar? En julio del 1921 recorrió la contornada melillense el diputado inglés capitán sir Colin Coote y, vuelto a Inglaterra,

(1) *Le Temps*, 16 de Octubre del 1919. Estadística oficial.
(2) Estadística de la administración del Estado español. — Memorias de la Compañía de Minas del Rif.

donde tuvo la nueva del desastre, escribió en el *Manchester Guardian:* «No se trata aquí de estimar la justicia y eficacia de la Adminisiración española, que, en realidad, representa copia exacta de la nuestra. España creó allí un ejército indígena, trazó carreteras y ferrocarriles, auxilió a los labradores moros, estableció servicios médicos y escuelas, evitó cuidadosamente toda intervención en las prácticas religiosas de los marroquíes. Ha terminado con el bandolerismo y las arbitrarias exacciones de los cabecillas locales (1). Y es su espíritu de equidad, no su injusticia, lo que la hizo impopular en las tribus guerreras».

Cierto y muy cierto, aunque pueden señalarse tristes excepciones. Quienes fingen creer que España ha omitido allí elementos de penetración pacífica, tienen que borrar muchas cosas para no exponerse a la befa. ¿Háblase de consultorios indígenas? Pues en la región oriental había nueve: los de Nador, Monte Arrui, Zoco el Arbáa de Arquemán, Zaio, Yarf el Baax, Sámmar, Caddur, Zoco el Jad de Beni Chícar y Jachi Bercán, más los de Cabo de Agua, Alhucemas y Peñón de la Gomera. Cada mes contaban por millares las consultas; no pocas veces prestaron asistencia a marroquíes venidos para ello desde Uxda, Fez y Marraqués, y sus médicos visitaban los aduares, yendo con frecuencia a los insumisos, llamados por los propios naturales. Igual obra fecunda puede señalarse en los facultativos de las Mías, que también daban medicamentos gratis. Júzguese del resultado por una noticia: el Consultorio de Nador tuvo en 1919, 10.300 asistencias, de las cuales 354 fueron a domicilio. Ya aceptaba el moro la jeringuilla hipodérmica. Llevaba a sus mujeres e hijas, incluso para reconocimientos vaginales. Aveníase a las intervenciones del cirujano...

Dícese que si la Escuela... Pues también teníamos Es-

(1) *La Petite Gironde*, de Burdeos, noticia que el 5 de diciembre del 1921 se han sublevado los habitantes de Chleuhs Amismiz (distante 60 kilómetros de Marraqués) por «las desvergonzadas exacciones de su caid».—La respuesta ha sido enviarles un escuadrón de *espais* argelinos y encarcelar a los notables de la aldea.

cuelas indígenas en visible florecimiento: la espléndida de Melilla, las de Nador, Monte Arrui, Tauriat Jamed, Zoco el Jad de Beni Chícar, Sengángan, San Juan de las Minas, Yarb el Baax, Chafarinas, Alhucemas y Peñón de la Gomera, adonde acudían hasta 600 arrapiezos morunos. ¿Que son pocos? Sin duda, mas no debe de ser tan fácil su desenvolvimiento cuanto que la zona francesa, pese a su vastedad y recursos, no ha conseguido reunir más de 3.365 párvulos en sus 54 escuelas (1).

Predícase la santa virtud de la tolerancia; pero son tan ociosas las exhortaciones, que, sin necesidad de ellas, cumple España según debe. Vive tan a su gusto la conciencia marroquí, que hasta perdona el Gobierno los estudios de Religión a cuantos musulmanes y judíos cursan la carrera del Magisterio. No pasa año sin reedificar o construír morabitos; entre los catorce o quince cuya edificación o mejora corresponde a 1920 y 1921, recordamos los tres puestos en el Zoco del Jemis de Yazuren, el de Sidi Atzmán, vecino al Zaio; el de Muley Bagdad Abd el Cáder Yilali, en Nador; el de Sidi Alí Musa, en Monte Arrui; los de Sidi Jassán y Sidi Alí Gali, en tierras de Beni Sidel. Acabábamos de establecer una zauía en la Alcazaba de Farjana, y el donativo de dos preciosos estandartes al santuario de Sidi Alí el Jassani reunía junto a Zeluán, en animadas fiestas hispanomoras, sobre 10.000 cabileños del contorno. ¿Cabe más de lo que hacíamos?

Que si algún capitán de Mía compra moras, que si otro comete abusos en la imposición de multas, que si aquél incurre en desatinos como el encarcelamiento del Jach el Arbi, jefe religioso en la Zauía de Muley Querquer... Sí, hay casos particulares, excepciones merecedoras de vituperio. Excepciones, casos particulares —tres, cuatro, cinco— idénticos a los que acaecen en Argelia, en Túnez, en la zona francesa, y casi nunca

(1) Boletín del Comité de *L'Afrique Française;* septiembre del 1921. Estadística oficial.

tan odiosos. ¿Se ha registrado aquí hecho alguno semejante, con remota semejanza siquiera, a lo del oficialito que, en el Congo francés, solemnizaba el 14 de Julio deshaciendo indígenas con un cartucho de dinamita puesto en la región anal...? La obra de conjunto peca más bien de excesiva blandura con los autóctonos.

En la norma general, siempre, siempre, lleva razón el moro; siempre, siempre, se condena al acusado por él. Así, en la zona contigua, teme; en la española, desdeña.

¿Se quiere más? Mientras Francia estruja su Protectorado con una máquina fiscal feroz, para extraerle, aun en días de escasez, 270 millones de francos, nosotros hemos incurrido en la exageración opuesta. Desde 1909 a 1912 pasamos sin imponerle al Rif pecho ninguno. En 1912 nació el arbitrio de zoco, tan tenue, que su cuota máxima —entrada y venta de un caballo— subía a 3,20 pesetas. Así estuvimos hasta 1920, en que hubo de ensayarse el tertib. Pues bien: oigan los que hablan por hablar de la penuria rifi: ese impuesto sobre cosechas y ganados produjo en la zona de Melilla, sólo en los productos primaverales, 327.036 pesetas, por pagos de 5.975 contribuyentes.

¡Nador! ¡Zeluán! ¡Monte Arruit! En todos esos lugares, cuyo nombre suena a horror y que evocan asesinatos en masa de infelices españoles, desenvolvíase sin tregua ni regateos la acción civilizadora. Y, sin embargo, los que debían la salud a nuestros dispensarios, los que miraban instruírse su prole en nuestras escuelas, los que recibían de nosotros el grano para la sembradura y el pan en los años de hambre, los que alcanzaban remuneradores salarios en las minas y segura venta para sus productos, cebáronse de pronto en lo que les daba holgura, bienestar y progreso. Arrasaron caseríos, factorías, escuelas y consultorios, granjas y huertas, volaron puentes, cortaron caminos y líneas telegráficas, destruyeron la maquinaria agrícola y las instalaciones mi-

neras. En obra de semanas desapareció el fruto de doce años de labor ininterrumpida, como si precisamente se quisiera borrar lo que aseguraba al Rif magnífico desarrollo. Hízose en la región melillense lo que el ejército alemán efectuó en Bélgica, y hoy ha de reconstruírse todo, todo, todo...

Quid prodest?

CAPÍTULO III

La obra de un buen general.

Nuestros políticos, que, por regla general, hablan mucho y estudian poco, plantearon desde 1909 un tema: «atracción, sí; conquista, no». Pero la realidad, más sabedora, nos dice desde mucho antes que la atracción (fin político) es fruto de la conquista (fin militar) y a las veces su acompañante; nunca sustituto suyo. Bugeaud, el conquistador, pacificador y colonizador de Argelia, advierte que, en comarcas berberiscas, «antes de administrar, antes de colonizar, es preciso que los moradores reciban el peso de nuestro poder; probándose con mil ejemplos que sólo se someten a la fuerza, la cual resulta impotente como no les alcance en sus personas e intereses».

Para atraerse el cabileño, precisa dominarlo; para dominarlo, hay que suprimir las líneas extremas inmóviles. «Las condiciones básicas de nuestro poder —añade Bugeaud— consisten en la ofensiva, lo más frecuente posible, o, cuando menos, en la fuerza mostrada frecuentemente a lo lejos». Y Lyautey, discípulo de nuestro coronel Palanca, vota asimismo por la necesidad de los avances, de la posesión continua y alerta. Suya es la expresiva fórmula de «guardarse por el movimiento».

Pero, ¿es que huelgan las posiciones? Así lo imaginan ciertos discípulos de Lyautey... que ignoran lo que Lyautey hace. Escuchémosle a él mismo: «Si los automóviles van sin peligro desde Argel a Fez, ello dimana de tener nosotros un frente (blocaos, posiciones continuas trabadas con trincheras y alambres espinosos) a

20 kilómetros al sur de Taza, y a que lo custodian 16 batallones, en íntimo contacto, combatiendo día tras dia. Para que el comercio, la industria y los negociantes valoricen el país, una muralla de carne y hueso arrostra diariamente a los insumisos; por la sangre vertida a diario puédese allí ganar dinero, hacer negocio...» (1).

Bugeaud (a quien siguen los partidarios de la candorosa «línea costera radiante», creyendo que las posiciones costeras pueden servir para lo que no sirvieron en siglos Melilla, Ceuta, Alhucemas y el Peñón de Vélez) también nos dice algo muy estimable: «Fijo puestos en las líneas paralelas al mar, no para guardarlas contra las invasiones enemigas, empeño imposible, sino para acercar mi base de operaciones a la zona sur del Tell y al Desierto» (2).

He ahí, pues, dos criterios que nos dan clarísima norma de lo que son las posiciones adelantadas: apoyos defensivos y bases de movimientos, no arcas santas de la espera, ni simples irradiadores de persuasión pacífica. Por algo asegura De Torcy, al comentar aquella estéril labor atractiva que intentamos de septiembre a noviembre del 1909, que el programa de «la ocupación completa» fué lo único «claro, lógico y seguro» que tuvimos (3). Como que al enfrentarnos con tribus por siempre idómitas a la autoridad de los Sultanes, no más cabe un medio de pacificar: combatir avanzando.

Para desenvolver su acción colonizadora y civilizadora tuvo que aplicar España incesante esfuerzo belicoso. No desfalleció ni un día, pese a sacrificios. Francia tuvo enfrente, en dos tercios de su zona, tribus majcen, apacibles siempre; el resto, parecido al Rif, la mantiene in-

(1) Discurso de la Liga Marítima y Colonial. Boletín de *L'Afrique Française.* París, junio del 1921. Pese al *bluff* de Lyautey, es lo cierto que de las seis subdivisiones militares en que se distribuye el Marruecos francés, sólo una, la de Casablanca, está pacificada. Véase *Le Protectorat Marocain;* Réginald Kann. París, 1921; pág. 23 y siguientes.

(2) M. Autrand: *La Conquete d'Algerie.* Burdeos, 1898; t. II, pág. 54.

(3) General de Torcy: *Los españoles en Marruecos, en 1909,* traducción española. Madrid, 1911; pág. 206.

móvil hace años, cogida al cinturón de fuertes, fortines y trincheras que bordean el macizo bereber. Pugnando nosotros desde el primer instante con cábilas bravías, y sin pedirle a la República aquel concurso económico y marcial que imaginaban los colonistas, íbamos adelante, si poco a poco, muy más de prisa que van nuestros vecinos por tierras de los xilojes, zayanes y beniuarain. Libres del estrago que produjo la guerra europea, tonificada la economía nacional, convertidos de importadores en exportadores, podíamos con la carga (1), aunque misteriosa asociación terrorista destruyera fábricas y talleres, contrayendo la productividad y encaminándonos a una como convalecencia de destructiva campaña.

Durante la pugna mundial estuvimos quietos, evitando acrecer las gravísimas inquietudes del otro país protector, aun a sabiendas de que no allegaban entonces armamento ni proyectiles los rifis y yebalas rebeldes (2). Pensábase, incluso, llevar a término secundario, sin remisión, la obra de las armas. Así, en 11 de diciembre del 1918, don Dámaso Berenguer, ministro de la Guerra, suprimía por inútil el cargo de general en jefe. «La experiencia de nuestra acción de Protectorado —rezaba el decreto— aconseja dar mayor flexibilidad a la organización del mando militar en nuestra zona, en armonía con las exigencias geográficas, facilitando sus relaciones con este Ministerio y descargando a la autoridad del Alto Comisario de una intervención de detalle en las funciones del mando y administración de las tropas de aquel Ejército, que puede apartar su atención de la la-

(1) Durante el período del general Berenguer, han sido nuestros gastos militares marroquíes: 1919 (año económico), 29.258.916 pesetas; 1919-20, 130.458.826 pesetas; 1920-21, 173.569.858 pesetas. Total: 332.784.600. Francia pagó en 1920, para gastos marciales en Marruecos, 447 millones de francos (informe de Calaray de Lamacière), y les asigna en el presupuesto para 1921, 524.182.490.

(2) Francia tuvo que mudar de destino en Tánger a un subteniente argelino, atrapado *in fraganti* en plena labor agitadora. Nuestro tábor captó innumerables escritos, avivadores de la rebelión yeblí o que anunciaban remesas de fusiles. Y era público que ciertos individuos, pagados como jornaleros por la Caja de Obras públicas, pasaban el tiempo en las tribus montañesas, incitándolas contra nosotros. En Melilla, después de los combates, se halló varias veces, sobre indígenas muertos, subidas cantidades en papel moneda argelino.

bor política y administrativa del Protectorado, base del éxito en su gestión».

Desenlazada en Europa la contienda, posibilitada la República para atender a su zona, había que infundirle renovados bríos a nuestro empeño marroquí. Para que desenvolviese el dogma de que «la labor política y administrativa» constituye, para el Comisario, «base del éxito de su gestión», llevóse a tal destino, en 25 de enero del 1919, a don Dámaso Berenguer.

Con todo, el general Berenguer, alto comisario, disentía del general Berenguer, ministro de la Guerra. Y recabó todas las prerrogativas militares que había diputado superfluas o dañosas en su antecesor.

En 25 de enero del 1919, visto que «la unidad de acción y el desenvolvimiento de una misma política en el Protectorado de España en Marruecos hacen precisas y absolutamente necesarias una íntima dependencia y compenetración entre el Alto Comisario de España en Marruecos y las autoridades que se encuentran, no sólo en aquel Protectorado, sino en los territorios de soberanía que pertenecen a España», un decreto de la Presidencia conferíale al Comisario «la inspección sobre todas las autoridades y servicios de orden civil, militar y naval, no sólo en las zonas del Protectorado norte y sur de España en Marruecos, sino en los territorios de soberanía de España en ellas enclavados».

En 24 de agosto del 1919, y porque «será indispensable revestirlo (al Comisario) de atribuciones que, sin mermar las de los Comandantes generales, permitan la unidad de acción a que obliga el desarrollo de la política del Protectorado», un decreto de Guerra determinaba otro ensanche de autoridad. He aquí lo más expresivo:

«*Operaciones.*—Bajo el principio establecido de la unidad de acción y de dirección en el concierto de la actuación política y militar, *corresponde al Alto Comisario la iniciativa en las operaciones y la aprobación de los planes para ellas, siendo de la incumbencia y responsabilidad de los Comandantes generales y jefes militares cuanto concierne a su ejecución.*

»*Asuntos y fuerzas indígenas.—Como responsable de la política que se sigue en la zona del Protectorado, tanto del orden militar como administrativo,* será el jefe directo de las oficinas y servicios de información y de Policía, que se regirán por las instrucciones que él les transmita, por sí o por conducto de los Comandantes generales de las regiones, en quienes podrá delegar dichas facultades de mando e inspectoras. Cuantos asuntos se relacionen con la *organización y función de las oficinas y fuerzas indígenas, así como en el destino y reclutamiento de estas tropas, y con la propuesta de destinos de jefes y oficiales, dependerán del Alto Comisario,* quien atenderá *con interés preferente a la actuación de este instrumento* político y administrativo de su gestión, así como a la creación del Ejército xerifiano.

»*Créditos.*—Se cursarán por su conducto aquellas peticiones de material que por su importancia lo requieran y no constituyan reposiciones ordinarias, y se cursarán por conducto del Alto Comisario las propuestas de inversión de los créditos de ingenieros y todas las eventuales que modifiquen las anteriores. Tendrá también el Alto Comisario intervención directa *en el uso de los fondos para obras de campaña y caminos militares, que no podrán emplearse sin su previa aprobación, estando por su parte autorizado para disponer de ellos cuando lo estime oportuno,* dentro del fin para que se destinan.

»El Alto Comisario, por su carácter de inspector del Ejército de Africa, que *le obliga a conocer en su parte esencial todos los servicios,* podrá ordenar a los comandantes generales le faciliten cuantas noticias *estime oportunas para dicho conocimiento, respecto a efectivos de tropas, su distribución, situación y servicios, y lo mismo con relación al armamento y material.*»

Era ello, en suma, ser general en jefe. Sólo faltaba el título. Lo alcanzó don Dámaso Berenguer mediante otro decreto de Guerra, que, en 1.° de septiembre del 1920, dispuso que «el Alto Comisario, mientras sea un general, tendrá mando en jefe de todas las fuerzas que constituyen el Ejército de España en Africa, tanto para la

dirección de las operaciones... como para vigilar la administración y régimen interior de las tropas y servicios de las distintas Armas, Cuerpos e Institutos».

Puestas así las cosas, incumbíale al Comisario: 1.° La responsabilidad absoluta de cuanto aconteciera en la zona, política y militarmente. 2.° No poder delegar en los Comandantes generales más atribuciones que las «inspectoras y administrativas que sobre los diversos servicios militares tienen conferidas o se les confieren por este Real decreto» (1.° de septiembre de 1920). 3.° Hallarse obligado a conocer la distribución, servicio y situación de los efectivos militares, material y armamento.

¿Es que había cambiado de pensamientos el general Berenguer? Parece que no. Oigámosle:

«Mi plan —dijo— depende del estudio previo que voy a hacer; pero, desde luego, le diré a usted que juzgo acertadísima la conducta puesta en práctica por el general Lyautey, que va avanzando poco a poco, arañando con prudencia, pero resueltamente, los territorios que Francia está encargada de abrir a la civilización y al tráfico europeo. Procuraré, pues, ensanchar la zona de nuestra infuencia práctica, *encomendando estos servicios a la Policía, al* gum, *para alcanzar el objeto con más facilidad y menos sacrificios. Sé, porque la experiencia me lo ha enseñado, la alarma un tanto pueril que las bajas producen en la opinión del país, mal preparada para estas cosas, peor informada de lo que es el problema de Africa. No hace falta pedir un solo soldado más, porque con los que hay sobra para realizar estos objetos.*

»¿Quién ha dicho que en Africa existe o ha existido alguna vez una política militar? Ya he dicho que el problema de Africa no es problema militar. Por suponerlo así se han dicho muchas cosas inexactas y se han hecho críticas y censuras sin fundamento. Mi política, si quiere usted llamarla así, consiste en restablecer en todo su vigor la administración indígena, colocando siempre a los moros, a los delegados del Sultán, en primera línea, en la línea más visible. La única garantía será poner al

lado de estos funcionarios los funcionarios españoles que sean necesarios para inspeccionar sus trabajos y obtener la seguridad de que cumplen con su deber» (1).

Empero, y por bien de España, don Dámaso Berenguer, alto comisario, tampoco se mantuvo concorde con el alto comisario don Dámaso Berenguer. Lo de «avanzar poco a poco, arañando con prudencia», tan útil a Lyautey cuando lidiaba sólo con tribus majcen, pasó a la Historia en seguida, cuando pudo colegir el ex Ministro de la Guerra que las cábilas bereberes ensangrentaban demasiado semejante lentitud. A los dos meses rompía el *statu quo*. Y sin arañazos, con ataques a fondo, la política militar fué extendiendo con rapidez el perímetro ocupado. En la gestión del Residente, las funciones del mando constituían ahora cualidad principal del éxito.

Se operaba bien, desechando el añejo sistema del brinco semestral de monte a monte. Dominaba el parecer lógico de encomendarse para el buen suceso a la maniobra, con movimientos impensados y veloces de columnas combinadas. Usábase con más tino el lubrificante de la corrupción, tan fecundo en el Marruecos hispano como en el francés; tan admitido contra la hosquedad de Yebala como en el indoméstico Rif...

«Los indígenas —escribe el famoso Frisch (2)— se impresionan siempre desfavorablemente ante los procedimientos atrevidos y resueltos. Toda la historia de la conquista de Argelia prueba que la osadía y la impetuosidad, más que la superioridad numérica, han decidido el triunfo; como quiera, tanto árabes como berberiscos muestran mucha mayor energía en la organización de sus fuerzas, una vez las operaciones comenzadas, que cuando son sólo inminentes. El espíritu de ofensiva debe dominarlo todo; en consecuencia, débese desde el principio tomar la iniciativa en los movimientos y conservarla para forzar al adversario a subordinar los suyos

(1) *España en Africa*. Madrid, 26 de febrero del 1919.
(2) R. J. Frisch: *La guerra en Africa*, traducción española. Madrid, 1913; página 46.

a los nuestros y hacerle sentir su inferioridad moral. No dejarle jamás tiempo de rehacerse, ni reposo, ni siquiera tiempo de respirar.»

El 10 de enero del 1920, a propuesta de don Dámaso Berenguer, el Gobierno encargó al señor Fernández Silvestre de la Comandancia general de Melilla. Un escritor de gran talento dice: «Silvestre no podía ir a Melilla mas que con un fin y una ilusión: la conquista del campo de Alhucemas. En la zona de Melilla sólo quedaba eso por hacer» (1). Es verdad.

En 22 de febrero comunicaba a *Las Noticias*, de Barcelona, su corresponsal melillense señor Ferrín:

«Desde esta mañana es nuestro ilustre huésped el alto comisario, general Berenguer. Le acompaña el jefe del Gabinete Militar, coronel de Estado Mayor señor Gómez Souza. ¿Qué motiva este viaje? Para nadie es un secreto que en este territorio se van a efectuar importantes operaciones que nos darán el dominio de extensa zona, cercana a nuestras plazas de Alhucemas y el Peñón. Los generales Berenguer y Silvestre celebrarán varias conferencias, excursionarán juntos hasta los límites de la zona pacificada..., y después irá el segundo a Madrid para recabar la sanción del Gobierno. Puedo anticipar que en abril y mayo próximos, Melilla, y quizá Alhucemas, serán muy llevadas y traídas por la Prensa».

Cuatro días después daba el Ministro de la Guerra una expresiva nota oficiosa:

«Se encuentra ya en Melilla el Alto Comisario, que sobre el terreno estudiará, de acuerdo con el general Silvestre, la situación de dicho territorio, que, admirablemente preparado por el general Aizpuru, se presta a realizar una feliz y desenvuelta marcha de nuestra acción.

«Para recoger el fruto de la intensa y acertada política seguida, nos detiene principalmente la falta de elementos de transporte y alumbramiento de aguas, que no existen allí con la cuantía necesaria en las líneas avan-

(1) Ruiz Albéniz: *España en el Rif*. Madrid, 1921; pág. 207.

zadas. Se asegura que *los planes del Alto Comisario están ya perfectamente definidos, estudiados y en vías de ejecución en su aspecto político, y, por su orientación,* deben conducir a resultados sumamente beneficiosos.»

En 11 de marzo llegaba a Madrid Silvestre con «los planes perfectamente definidos y estudiados» del general Berenguer. Pocas novedades. Seguían siendo los que el señor Gómez Souza, jefe del Gabinete Militar de la Comisaría, trazó para el señor Gómez Jordana, su padre, cuando éste era Comandante general de Melilla, y aquél jefe de la Sección de Campaña: «Descarnar» a Beni Uriaguel, aislándolo. Primero, deslizarse entre los insumisos de norte y sur, adelantando por la llanura metalzi, en dirección al oeste, para de seguida ocupar los territorios comprendidos entre la línea de avance y el límite zonero. Ya en Tafersit, al final del llano, embestiríase a las dos tribus norteñas, reduciendo antes la más débil y remota, Beni Ulixex, para encerrar a Beni Said en un cuadrilátero de fuerza. Puestos así en las lindes de Tensaman y Beni Tuzín, con la campaña de primavera se infiltrarían las columnas entre una y otra, para llegar al Necor, colocarse en su orilla derecha y salir a la playa de Alhucemas. Había bastantes tropas y material. Pero faltaba atender las indicaciones presentadas por el jefe de la Sección automovilista; otorgar créditos para caminos y alargar el ferrocarril para que siguiese los adelantamientos militares.

Aprobados «los planes perfectamente definidos y estudiados» de Berenguer, conferida su ejecución a Silvestre, en 5 de mayo sacó el Comandante general sus tropas de Canduchi, Bátel y zoco del Telata de Bu Becquer, llevándolas a Jamán, Tamasusin, Arreyen y Jaf, con lo que sujetó el valle de los Quelatchas, más los caminos que llevan del Guerruau a Bátel y Tafersit; recoger aquellos 150 kilómetros cuadrados nos estuvo en un muerto y dos heridos. Diez días después, el 15, a costa de ocho bajas, ocupáronse Tamasusin Norte, Dar Drius y Uestia, en Metalza. Poco más tarde, en 24 de junio, caían Ain Quert, Carra Midar y Chaif de Abadda; tres

muertos y diez heridos costó quitarle así a Benid Said los caminos llaneros y acercarnos a las sierras de Beni Ulixex y Beni Tuzín.

Pausa. El Comisario dispone que ceda el puesto la acción militar a la política. Y acude allí con el vizconde de Eza, ido a Marruecos después de recibir un mensaje donde la Junta de Defensa de Infantería le señala urgentes necesidades del Ejército de Africa. La excursión del ministro sólo tiene una consecuencia inmediata: erigir general en jefe a don Dámaso Berenguer. ¿Por indisciplina de los Comandantes generales? ¿Por ir ellos demasiado a la carrera contra la voluntad del Residente? El ministro de la Guerra, vizconde de Eza, le escribía entonces al marqués de Lema, ministro de jornada:

«Como resultado de mi viaje, adquirí la convicción de que el Alto Comisario carece de algo difícil de definir, pero palpable en la realidad, que le dé esa personalidad indispensable para tener una iniciativa tan absoluta *como plena sea la responsabilidad que le incumba.* Así, en la práctica he observado, por múltiples conversaciones entre él y los Comandantes generales, que Berenguer no se atreve, por delicadezas muy laudables, pero que perjudican al mando, a tomar iniciativas terminantes por sí mismo, y a usar de su autoridad cerca de los Comandantes generales. Estos, a su vez, acatando al Alto Comisario, creen tener alguna facultad iniciadora; pero al propio tiempo, por respetos personales y por adhesión de camaradas a Berenguer, no se atreven a dar paso alguno sin la última aprobación de aquél. De todo esto resulta algo de imprecisión en las atribuciones de unos y otros y, lo que es peor, una no escasa vacilación, precisamente en el momento decisivo, cual es el de determinar un plan y ejecutarlo rápida y prontamente. Estoy, por consiguiente, convencido de la necesidad de robustecer al Alto Comisario con esas últimas atribuciones decisivas y terminantes, de que tal vez hoy carezca legalmente y de las que luego no usa en la realidad» (1).

(1) *Diario de las Sesiones del Congreso:* 23 de octubre del 1921.

Es decir, se nombra General en jefe para que las cosas vayan de prisa y sin titubeos. Y van. El 5 de agosto entra Silvestre en Tafersit (Metalza), y en Azrú (Beni Tuzín), sin otro quebranto que un muerto y cinco heridos. El 6, con jarca metalzi, Regulares y Policía, señorea sin sangre el Azib del Midar, adonde acuden sumisos los jefes benimelull y benibuyajis que, poco antes, tiroteaban a nuestros convoyes. En 6 de septiembre, en nuevo empuje venturoso, llega a cuatro kilómetro al sur de Midar. Con 30 bajas ha sometido Silvestre más de 600 kilómetros cuadrados: todas las planicies del sector insurrecto y las montañas divisorias. «Sólo queda la línea costera, Beni Said, Beni Ulixex, con parte de Beni Tuzin y Metalza —escribía *El Telegrama del Rif*— para dar por terminada la obra pacificadora y *acometer con decisión la del territorio de Alhucemas.*»

Ha terminado la primera parte del plan. Pero como la ocasión, por lo que pronto veremos, resulta propicia para proseguirlo, Silvestre propone seguir adelante. Archisatisfecho el Comisario, telegrafía al Ministro de la Guerra en 13 de noviembre:

«Comandante general de Melilla tiene ya estudiadas y organizadas una serie de operaciones sobre las cábilas de Beni Ulixex y Beni Said, por cuyo plan de desarrollo estimo no ha conseguido neutralizar en su totalidad la intransigencia de algunos elementos de Beni Ulixex, por lo que es de esperar que a ellos se sumen algunos contingentes de Tensáman y de Beni Uriaguel. Los benisaid parece se conservarán neutrales. Estima Comandante general que en momento actual sería oportuno aprovechar cualquier circunstancia favorable tan pronto el tiempo lo permita, pues teme que, de retrasarse actuación, algunos elementos de los que tienen contacto con Oficina se retraigan. Aunque *en mis proyectos no entra el intensificar por ahora la acción en Melilla, como siempre es conveniente ir ganando el terreno que se pueda en las ocasiones favorables, autorizaría al general Silvestre para hacer lo que pro-*

pone, si V. E. no ve en ello inconveniente de momento.»

El Ministro de la Guerra responde sin demora:

«Consultado con Presidente Consejo de Ministros telegrama de V. E., en que consulta al Gobierno con respecto a operaciones en Melilla, me cumple significarle que dejamos, como siempre, a su claro juicio apreciación circustancias que aconsejan autorización solicitada, limitándome a reiterarle plena confianza Gobierno en sus determinaciones, y solidaridad perfecta con resolución que V. E. adopte, y que de antemano hacemos nuestra.»

Berenguer estima que «el plan de operaciones está bien trazado y es de esperar que la resistencia sea poca» (1). En efecto, el 6 de diciembre, merced a dos combates, cinco muertos y veintitrés heridos graves, quedaban por nosotros los 120 kilómetros de Beni Ulixex con sus 11.000 pobladores. El 11, sin un tiro, flameaba nuestro pabellón en Ulad Aicha, cumbre del formidable monte Mauro y, con las posiciones de Dar Quebdani, Sidi Abdalá, Tuguntz y Alcazaba Roja, cogíamos todo Beni Said, ampliando a 437 kilómetros el área de ocupación en la línea costera. El 13, de palique don Dámaso Berenguer con los periodistas, alababa en Madrid lo hecho:

«De las operaciones que se están efectuando en Melilla, señaló la importancia de la ocupación del monte Mauro, que nos da el dominio de una zona que estaba como muerta para nuestra acción, y que es seguro escalón para la conquista de Alhucemas. Un periodista le preguntó si íbamos pronto a Alhucemas, y repuso el Alto Comisario que ésta era una operación que, por su importancia, necesitaba gran preparación y labor política. Todo en Marruecos se hace por etapas, y este año el Ejército ha tenido labor muy ruda, llegando a sitios donde hace meses no se soñaba que pudiéramos ir, y hemos demostrado una gran superioridad moral, que

(1) Carta política al Ministro de la Guerra en 30 de noviembre.

hoy nos reconoce sin distingo el enemigo. Se le preguntó si *para las nuevas operaciones necesitaría nuevas fuerzas europeas, y contestó que no; que bastaba con las que continuamente estaba creando el Majcen y las nuestras de índole indígena*» (1).

Es momento propicio para operar. Hambreado el Rif por la ruina de tres cosechas, pocos pueden mercar fusiles y cartuchos. A Melilla afluye el doliente oleaje de los «mesquines». Bandos de niños esqueléticos recorren las calles, ansiosos de «zadaca» (limosna), y remueven las basuras buscando desperdicios que despreciaron los canes. Llorosas cabileñas piden, «por Mulana», pan para sus cachorrillos; se las ve, con zagalones flácidos, con viejucos temblones, recoger en los estercoleros granos de cebada no digeridos por los cuadrúpedos.

Melilla, generosa, abre una suscripción para socorrerles; da raciones de pan y queso, ofrece rancho en el Comedor Popular. Sólo en un mes nutre a 14.143 indígenas. A otros 507 les habilita refugio en la Bocana, dándoles allí mantenimientos y vestidos. Los poblados —Nador, Zeluán, Monte Arrui, Bátel, Segángan— distribuyen por centenares porciones de condumio. Dan trabajo los colonos del Gáret y del Zaio a quienes piden acomodo. Y el Estado, que ya diera 6.500 quintales de cebada, concede ahora un pan de 200 gramos, por día, a los menesterosos de las tribus.

¿Cómo van a guerrear los moros cuando limosnean? ¿Qué trabas han de ponernos si, ínterin hacen la siega, necesitan atenerse a la caridad española? Por las posiciones delanteras pululan tensamanes pidiendo socorros...

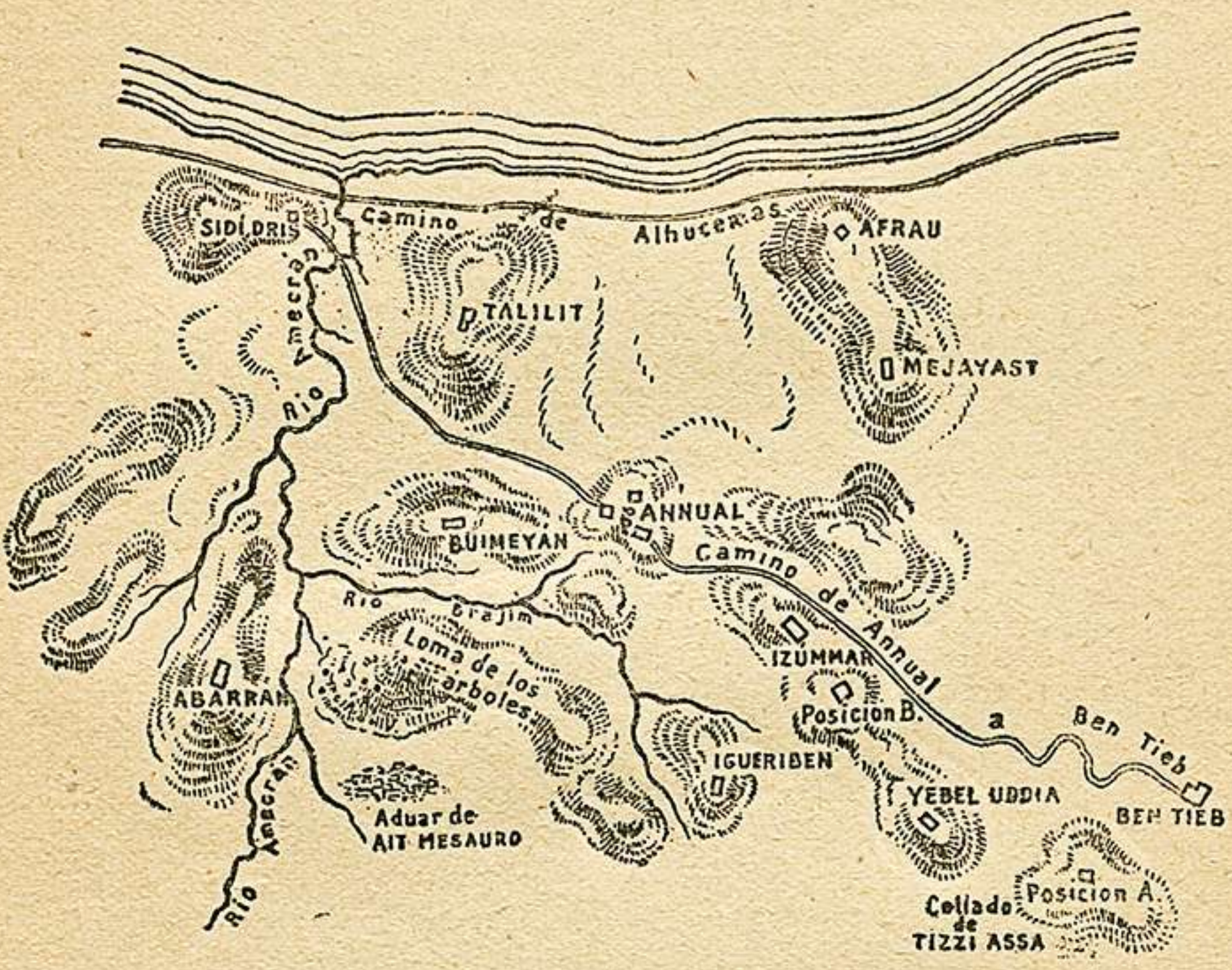
Caídos Beni Said y Beni Ulixex, baluartes del Rif central, es lógico que Tensáman ceda. ¡Y cuánto importa para los planes del Comisario y de Silvestre! Porque el territorio de Tensáman, lindante con Beni Tuzín, coge

(1) *El Imparcial;* 14 de diciembre de 1920.

hasta la desembocadura del Necor, en la bahía de Alhucemas... En 1 de enero de 1921, los principales de Tensaman acuden a Dar Drius y, con repetidos conceptos afectuosos, piden que vayamos a sus tierras.

Antes hay que redondear la ocupación de Beni Ulixex, tribu ahora tan bonancible que, sin contratiempo ninguno, el capitán Longoria, el médico D'Arcourt, más otros oficiales, han recorrido por ella y Beni Said unos ochenta kilómetros. Como Berenguer tiene autorizadas estas operaciones, 500 europeos y 600 indígenas toman a Monte Mejayast, frente por frente a las lomas de Annual y por encima de Ben Tieb, que demedia el camino hasta Chaif. El 13, salen de Yarf el Baax (Beni Said) 75 áscaris conducidos por el teniente Purón y los jeques comarcanos; con las claras del día ocupan el castillete de Aicha ben Mojamed, en Monte Afrau, sobre la ensenada y río de Sidi Josain, cara al morabito que da nombre al paraje. Luego frontean la costa el *Gandía* y la lancha *Europa* con infantes e ingenieros; en seguida comparece el *Lauria* con Fernández Silvestre, Navarro y los jeques benisaides Caddur Amar, Tajar ben Alal, Abd es Selam el Jadi, Sald u Jaddu. Ni un tiro. Ni un ademán hostil. Desenfadadas moras, envueltas por aullante chiquillería, ponen zoco junto al cerro donde los ingenieros alzan una murallita pedrera y adonde han de subirse los dos vetustos Krupp recién desembarcados. No muy lejos, asoman las rugosidades en que descansa el santuario de Sidi Dris; en último término, emerge la borrosa línea del Cabo Quilates. ¡Allí está Alhucemas!

El 15, nuevo salto hacia los confines de Beni Ulixex Tensaman. El jefe de la Policía, coronel Morales, con dos Mías, un tábor y un escuadrón de regulares, una compañía de San Fernando, una batería de montaña y una compañía de zapadores, sale de Ben Tieb cuando amanece, se interna en angosto y quebradísimo desfiladero, recorre en cinco horas diez y seis interminables kilómetros, y cae en Annual, poblado puesto sobre un cerrillo, a la margen derecha del Guadalquivir (Igsar Amecrán, en xelja), entre Beni Ulixex y Tensáman.



LÍMITE EXTREMO DEL AVANCE. (La loma de los Árboles y demás posiciones que no se dejó ocupar a Silvestre después de lo de Abarrán.)

Allí, como a siete kilómetros de la costa y a 10 de Mejayast, asentóse la posición en un montículo; quedaron para guanecerla: la compañía de San Fernando, los cuatro cañones de montaña y fuerzas de la 11 Mía. Todo paz; si las mujeres acudieron con sus productos hortícolas, los jefes de las aldeas contiguas saludaron horas después a Silvestre, manifestándole el gusto con que veían llegar a los españoles.

Es Annual importantísimo para el avance sobre Alhucemas, porque representa un asomadero a la última cábila interpuesta entre Beni Uriaguel y nosotros. Pero tiene dos puntos flacos: quedar con la aguada en un hondón frontero y verse con comunicaciones difíciles. Entre ella y la costa, áspera serranía; entre ella y Ben Tieb, la asperísima angostura, dominada por fragosas cumbres. ¿Cómo remediarse? ¡Bah! Todo está tranquilo; en las regiones fronteras sólo hay dos inofensivas jarcas; una, de tensamanes, en la fracción de Trugut, cercana a Beni Uriaguel; otra, de beniuriaguelis, en Azilaf, al sur de su tribu; ninguna de ellas se mete con nosotros. No hay amenaza ninguna, pues, y la posición, más que dique, es descansadero en el avance hacia Sidri Dris, desde donde saldremos por la costa.

Aquélla, por ende, es línea transitoria, momentánea En «plazo próximo» se irá adelante, merced al sosiego con que Beni Uriaguel nos mira, para asentarnos en firme a la otra banda del Amecrán; saldremos al Mediterráneo por sitio que consienta abastecer el frente con transportes marítimos... Entretanto, como hay que servirse de la vía terrestre, es juicioso asegurarla. El 21 se toma a Izúmmar, en la salida del paso; ocúpase el 22 un morabito que hay dentro de la garganta; plántase el 28 una posición en Yebel Uddia, sobre el collado de Tissi Assa. Y se habilita un caminejo desde Ben Tieb a Annual, en espera de cantidades que permitan construir un camino seguro.

Ya estamos en los linderos de Tensáman. Conforme al plan del General en jefe, «perfectamente definido y estudiado», ahora se penetra en la cábila, para salir a la

marina. Tres columnas parten de Annual en 12 de marzo. Una, de policía, mandada por el benemérito coronel Morales, cruza el Guadalquivir (Igsar Amecrán), y sus avanzadas suben al macizo que envuelve la bahía de Alhucemas. Otra —el regimiento de Ceriñola, con el teniente coronel Marina— sigue hacia el mar por Beni Ulixex. La tercera —Núñez de Prado, con sus Regulares— toma el camino directo hacia Sidi Dris. Calma absoluta. Enmudece la pólvora.

En la meseta, distante como 100 metros de la playa, discurren con Silvestre los notables de Beni Said, Beni Ulixex y Tensáman, mientras arriban los vetustos Krupp, arrastrados con penalidades inauditas desde Annual. Quieren los benisaides hacer gala de sumisión: «Tenemos 1.000 fusiles a tus órdenes y te ayudaremos a entrar en Beni Uriaguel». «Fuisteis enemigos leales —responde su interlocutor—, como sois ahora leales amigos. Os lo agradezco, porque España no quiere que corra sangre. Dejad que obre mi política para que los locos vuelvan a la razón y comprendan la inutilidad de resistir. Ahora bien: si Beni Uriaguel no depone su actitud levantisca, si llegada la hora opone resistencia, yo, que también soy hombre de guerra, pediré vuestro concurso y constituiréis mi guardia personal (1).

Estamos a seis kilómetros del Cabo Quilates. Jubiloso el Comisario, telegrafía al Comandante general:

«Felicito calurosamente a V. E. y fuerza a sus órdenes por la brillante ocupación de Sidi Dris, que ha dado ocasión a tan sufridas tropas para poner una vez más de manifiesto sus ejemplares virtudes militares y sólida resistencia al realizar tan penosa marcha, teniendo que vencer las extremas dificultades del terreno y violencias del fuerte temporal, por lo que merecen el más caluroso elogio».

Antes, el 21 de enero, a raíz de ocuparse Annual, había felicitado a Silvestre por carta, apellidando «admirable» su labor.

(1) *El Telegrama del Rif;* 15 de marzo del 1921.

CAPÍTULO IV

El Comisario, el Ministro y la bahía de Alhucemas.

Para explicar el gozo que la entrada en Sidi Dris produjo al director de nuestra política mora, hacen falta algunos antecedentes. Su propósito, según escribe al Ministro de la Guerra en 4 de febrero de 1921, es «resolver este verano los problemas militares inmediatos que tiene pendientes nuestra acción en Marruecos, que son: ocupación de Beni Arós, Ajmás y costas de Gomara, para los territorios occidentales; *ocupación de la bahía de Alhucemas*, para el territorio oriental.

Atenido a estos fines de su superior jerárquico, Silvestre pide informe al coronel Morales, quien lo evacua sin demora. El escrito, muy extenso, reviste importancia cierta. Principia con un resumen de lo ejecutado desde el 5 de diciembre al 27 de enero, sin el menor percance, para ocupar a Beni Said y Beni Ulixex, y añade:

«El problema está, pues, satisfactoriamente resuelto en su parte más importante, por lo que a las mismas se refiere, y ahora hay que pensar en Tensáman y Beni Tuzín, cábilas que nos separan aún de los beniuriaguel, con la que limitan. La primera está virtualmente sometida, pues a fines del pasado enero vinieron todos los jefes importantes, que concurrieron a Dar Drius el día 1.°, y reiteraron personalmente ante V. E. sus deseos de servir lealmente al Gobierno y de llevarlo a su territorio; y tal confianza tenemos en que son sinceras estas manifestaciones, que V. E. sólo espera para avanzar a que queden vencidas las dificultades materiales que se

presentan, y abastecida Annual *para servir de base eventual en la marcha a Sidi Dris.* Al par se realizan gestiones, que V. E. conoce, por medio del chej X... X..., para que la fracción de Trugut venga a presentarse como las demás, expulsando la jarca que se ha establecido en su terreno; el comandante Villar y el capitán Margallo trabajan mucho y bien.

»De esperar es que la ocupación de Sidi Dris por tierra —que es la única forma en que en esta época del año se puede tener confianza de conseguir el objetivo señalado— se haga sin la menor oposición, pues aunque la jarca de Beni Uriaguel no se disuelve, no parece probable que se decida a atacar a las tropas que efectúen la operación.

»Una vez establecidos en aquel puesto de la costa, habrá que creer que se ha llegado al límite de elasticidad de las fuerzas de que V. E. dispone, pues allí se ha de reunir considerable núcleo, tanto indígena como europeo, y esta consideración y la necesidad de efectuar rápidos e importantes trabajos *para establecer en Sidi Dris la base para nuestro futuro avance en Tensáman y llegar al Necor*, obligarán forzosamente a suspender los movimientos hasta que, terminada la instrucción de reclutas a fin de abril, cuente V. E. de nuevo con los medios indispensables para continuar.»

Aduce despues diligencias en curso con un valioso jefe de Beni Tuzín, y continúa:

«La ocupación de esta cábila es indispensable como preliminar de nuestra marcha a Alhucemas, pues no podemos emprender ésta dejando en nuestro flanco izquierdo ese gran entrante, tan bien situado para servir de base a continuos ataques a nuestra zona.

»Por las mismas razones expuestas al hablar de Tensáman, no hay que contar con que podamos hacer allí nada serio, salvo pequeñas operaciones de policía, hasta el mes de mayo, y aun suponiendo que en uno y otro lado la labor política se realizara con tal éxito que no tuviéramos que vencer resistencia alguna de tuzanis y tensamanis, la sola ocupación pacífica de las dos cábilas

invertiría todo el verano; *hay que tener presente que las jarcas de Azilaf y de Trugut no podrían menos de hacer acto de presencia cuando nos aproximáramos a los lugares que ocupan* en la inmediación de Guezennaya y de Beni Uriaguel.

»Suponiendo, pues, que estas operaciones se realicen con la misma tranquilidad que las de Beni Said y Beni Ulixex —lo que, como queda dicho, *no es probable*—, no las terminaríamos hasta julio o agosto, cuando menos, y en esa fecha, por tanto, es cuando estaremos en contacto pleno con los de Beni Uriaguel. ¿Podríamos entonces pensar en continuar pasando el Necor? El jefe que suscribe cree sinceramente que no.

»Los avances realizados en el ciclo de operaciones comenzado el 7 de mayo de 1919 han sido extraordinariamente rápidos, y aunque todas las cábilas sometidas se hallan satisfechas, como lo prueba la absoluta tranquilidad de la zona, no es eso suficiente: *es preciso algún tiempo para consolidar esa situación*, y que se pueda pensar, *sin riesgo de hallarse con una sorpresa desagradable, en dejar desguarnecido todo el territorio ocupado y llevar las fuerzas a vanguardia al emprender las operaciones;* y esta consideración ha de imponerse con mayor fuerza al tratarse de Tensáman y Beni Tuzín.

«Es seguro que en ninguna de esas cábilas ocurriría nada, al encontrarse las fuerzas más allá del Necor, *mientras las cosas marcharan bien; pero si hubiera algún combate, no digamos desgraciado, sino duro, que nos obligase a hacer alto, pudieran las cosas variar.*

»Es preciso, además, dar tiempo: *se trata de realizar una penetración política, auxiliada por las armas en los casos indispensables*, y esa actuación política, real e intensa, cerca de los beniurriaguel, *no ha de comenzar hasta que no estemos en las orilias del Necor:* la realizada hasta ahora desde la Plaza, por circunstancias de todos conocidas, no ha sido de la mayor eficacia, y no se obtendrá de ella el rendimiento a que podemos aspirar, dados los esfuerzos económicos empleados, hasta

que la acción se ejerza con la fuerza, más el que ha de darnos ante esos cabileños vernos a las puertas de sus casas, potentemente organizados, sin necesidad de aquellos *desembarcos proyectados y de éxito tan problemático*».

Anota en seguida algo importantísimo, que en su lugar recogeremos, y prosigue:

«En cuanto al camino que se debe seguir para ir a Alhucemas, no hay más que uno: el de la costa. Las observaciones de los aviadores y las numerosas investigaciones realizadas cerca de los indígenas, acreditan que no hay otro camino practicable por fuerzas europeas más que el indicado, que es, dicen los naturales, el que ha seguido siempre el Majcen para ir a Beni Uriaguel y el que ellos siguen normalmente.

»Pero, aunque así no fuera y existiera otro camino interior practicable, creo que nuestra línea de invasión debía ser siempre la de la costa, por ser la más corta y la que con menos esfuerzo nos permite disponer, por las bases secundarias de Sidi Dris y Alhucemas, de los recursos necesarios para movernos. Ella nos lleva a darnos la mano con la parte de la cábila que ofrece más probabilidades de servirnos lealmente, y, efectuada la unión, queda cerrada la costa para el resto de la cábila, que queda de esa manera bloqueada y no puede recibir ni los artículos de preciso consumo entre los indígenas, ni contrabando de armas, ni pueden exportar sus ricos productos: se alcanzaría la unión con nuestra Plaza de Alhucemas y se obtendría un resultado moral que repercutiría muy favorablemente en el Rif y en España.

»Este resultado nos permitiría, además, estimular la tendencia amiga de España que se manifiesta en Bocoia; y si la suerte nos favorece como hasta ahora, podría ser, en breve plazo, un hecho la ocupación de la costa hasta el Peñón, nuevo e indiscutible triunfo de gran trascendencia.

»Dominada la costa hasta Alhucemas, podríamos elegir libremente las líneas de penetración hacia el interior que más nos convinieran, sin alejarnos gran cosa de la

Plaza, que sería nuestra base; y eso, unido a la intensa labor política que nuestra favorable situación nos permitiría llevar a cabo, facilitaría la ocupación completa de la cábila, con esfuerzo mucho menor del que exigiría nuestra acción militar desde Beni Tuzín, a más de 100 kilómetros de Melilla.

»Cierto que tendríamos así una línea que presentaría su flanco al enemigo; pero esto no es una novedad para nosotros, pues siempre nos ha ocurrido lo mismo, sin que haya sucedido nada de particular, teniendo en cuenta que no luchamos con un enemigo organizado y que éste, desde el año 1912, si bien sigue defendiendo, con todo el tesón que sus recursos le permiten, la integridad de su territorio, no toma la ofensiva sino para casos de agresiones aisladas: las jarcas de Chaif, Tafersit, Tauarda, Azilaf y ahora la de Beni Uriaguel, así lo demuestran.

»Además, esa línea tendría su flanco izquierdo apoyado en Beni Tuzín y el derecho en las alturas inmediatas a Bocoia (fracción de Ismorin, con la que sostenemos trato), de modo que no es tampoco demasiado extensa; y opina el que suscribe que con la Mía de Beni Uriaguel, que habrá que crear en cuanto lleguemos al Necor, y con el *Grupo de Regulares de Alhucemas, en el que también hay que pensar para que quede organizado antes de que penetremos en la cábila ya citada,* está más que asegurado ese flanco de nuestra línea Melilla-Alhucemas.

»Eso no impide, naturalmente, que desde nuestras posiciones de Beni Tuzín podamos amenazar el interior de Beni Uriaguel, haciendo alguna demostración que tenga en respeto parte de la cábila, impidiendo que concentre sus esfuerzos en la costa, y aun aprovechando alguna ocasión favorable que se puede presentar para ocupar posiciones convenientes para nuestros avances» (1).

(1) Esta carta, verdaderamente trascendental, es la a que se refirió don Melquiades Alvarez en su formidable e incontestado discurso del Congreso en el último debate sobre Marruecos. Tiene fecha del 16 de febrero.

Silvestre ha solicitado el informe de Morales —tan lógico, tan sesudo, tan profético— para conocimiento de Berenguer. Se lo remite y aguarda. Mas el Comisario, que tiene también sus planes, contradictorios con los tan prudentes de Morales, escribe en 27 de marzo al Ministro de la Guerra participándole su propósito de ir a Melilla: «para concertar el plan de operaciones para este año, que *según tuve el honor de esbozarle en mi último viaje (diciembre del 1920),* tendrá por objetivos, a ser posible, terminar la ocupación del macizo de Yebala por la dominación de Beni Arós, y expulsión o captura del Raisuli; *ocupación de la bahía de Alhucemas, y, si es posible, las cábilas de Beni Tuzín y Beni Uriaguel,* y la de los puertecillos de Gomara y del Rif, en forma que quede guarnecida toda la costa entre los dos territorios».

Con cabal conocimiento del vizconde de Eza respecto a sus fines, el 1.º de abril sale de Tetuán el señor Berenguer, a bordo del *Giralda.* He aquí lo habido:

Día 2.—Conferencia en el Peñón y en Alhucemas con algunos moros comarcanos, a quienes declara su arbitrio de hacer un desembarco y ocupar la costa frente a las dos plazas.

Día 3.—Llega a Melilla, y descansa.

Día 4.—Inaugura la carretera desde Bátel a Dar-Drius. Visita a Dar-Drius, Tafersit, Midar y posiciones del sector más avanzado en Beni Tuzín, cuyo valor estratégico y condiciones defensivas aprecia directamente. Recibe el saludo de los notables. Pernocta en Dar-Drius.

Día 5.—Visita a Annual, recorriendo en automóvil parte del camino, y a caballo, el terrible desfiladero, cuyas condiciones militares juzga de viso. Revista la columna Riquelme y los Regulares allí destacados. Acude a Dar Buichán, cabecera de la 15 Mía y distante cinco kilómetros de Annual, cuyo valor defensivo estima por visión de ojos. Departe allí con los jeques de Tensáman, torna a Ben Tieb y recibe a los principales

de Beni Ulixex. Va en automóvil a Canduchi (Metalza) y a Dar Quebdani (Beni Said), donde recoge el homenaje de los jeques. Y bien contemplada la línea, bien visto el número de hombres que la guarnecen, retorna a Melilla, entrada la noche, tras cuarenta horas de ausencia y haber recorrido 300 kilómetros.

¿Qué impresión ha recibido? ¿Reconoce la necesidad de atender las sensatas normas de Morales? ¿Modifica sus proyectos, conocidos por el Ministro de la Guerra desde diciembre? ¿Reputa necesario desdecirse de sus peligrosísimas declaraciones a los moros del campo de Alhucemas? No. Más bien las agrava con otras que, para su inserción en el *El Telegrama del Rif*, otorga al director de éste, don Cándido Lobera, quien las publica en dos artículos, los días 7 y 8 de abril.

En el primero, relativo a Yebala, anuncia que «antes de emprender nuevos avances hacia las fuentes del Lucus, quiere suprimir el peligro de Beni Arós, señorío del Raisuli, y dar el golpe de gracia al xerif, poniéndole en trance de huír o de someterse. Esa será la primera operación en occidente, la más inmediata, y para la que todo está preparado.»

Respecto a Melilla (segundo artículo), «el general Berenguer habla con entusiasmo de la labor aquí desarrollada desde su último viaje»; «su admiración por lo conseguido es grande y tributa merecidos elogios al Comandante general, a sus colaboradores y a estas sufridas tropas». Y hace más. Lanza a los cuatro vientos el plan de las próximas operaciones:

«En el sector de Ain Zoraj se hará alguna pequeña operación para extender el contacto con los puestos franceses, y *esta primavera salvaremos la divisoria de los ríos Necor y Amecrán. Es probable que ciertas fracciones de Beni Uriaguel traten de disputarnos el paso y haya algún combate; pero, una vez en la vertiente norte, rápidamente nos extenderemos por la bahía de Alhucemas, que puede considerarse fruto maduro.* El general Fernández Silvestre realizará esos avances con las mismas pericia y economía de sangre que los que

hasta aquí llevó a feliz término... Una vez ocupada Alhucemas, los acontecimientos dirán el plan de las sucesivas operaciones y quedará marcada la línea de puestos avanzados, a fin de suprimir posiciones de retaguardia. El licenciamiento impidió en occidente el desarrollo de las operaciones que ahora han de realizarse. En el territorio de Melilla no se han interrumpido; pero *sin él, ya estaríamos en Alhucemas.*»

Estaba, pues, satisfecho el Comisario por la forma en que tenían desarrollo sus planes en el Rif y Yebala. El, a quien dieron por querelloso con los continuos adelantos de Silvestre, mostrábase un sí es no es dolido porque el licenciamiento retrasó ir a Alhucemas, «fruto maduro». El, a quien imaginamos ajeno a las promesas enunciadas en Valladolid por Silvestre, decía el 7 de abril, un mes antes, ser cálculo suyo que aquella misma primavera pasaran los nuestros la divisoria del Guadalquivir y el Necor, aledaño aquél a Annual, desembocante éste en la bahía de Alhucemas. El, a quien teníamos por quejoso del ciego ímpetu de Silvestre, confiaba en la pericia del Comandante general para las próximas operaciones. Y él, tan afamado de cauteloso, sobre decir a los fronteros de Alhucemas que ocuparíamos en breve su costa, ni aun callaba la ruta de nuestro avance hacia el oeste...

Había unidad de mando, unidad de pensamiento y unidad de acción. Berenguer mandaba; Silvestre ejecutaba. Y aquel clarísimo enlace tuvo resalto en la ruidosa orden del 9 de abril, dedicada al ejército de Melilla:

«Vuestra labor, al sumar en la forma perfecta que lo habéis hecho, a la zona pacificada de nuestro protectorado las cábilas de Beni Said y Beni Ulixex, en su totalidad, en parte las de Beni Tuzín y Tensáman, y casi por completo la de Metalza, os honra y demuestra hasta dónde puede llegar una política hábil e intensa, predominante, secundada por una acción militar aquilatada en su desarrollo hasta llegar sólo al empleo indispensable de las armas.

»Tal éxito, en el que se señalan como notas de gran

relieve lo rápido, incruento y eficaz de vuestra actuación, es consecuencia, indudablemente, de las admirables cualidades de vuestro Comandante general, honra del generalato español, y a quien tal vez mi fraternal cariño impida prodigar los elogios que merece; lo es, igualmente, de la competencia suma de los que en su labor política y militar de mando le secundan, y de las valerosas y brillantes tropas que ejecutan sus planes con perfección admirable y trabajan con el máximo amor en la obra de pacificación; es, en una palabra, la obra de todos, que poniendo al servicio de esta ardua empresa cuanto son y cuanto pueden, se han hecho beneméritos de la Patria.

»Recibid por tanto acierto la más efusiva felicitación, que *espero reiteraros pronto en la bahía de Alhucemas, perseverando en vuestra actuación, que colma las aspiraciones del que se honra siendo vuestro Alto Comisario y General en jefe.*—BERENGUER.

El mismo día, a propuesta del Comisario, otorgaba el Gobierno la gran cruz del Mérito Militar, roja, a los generales Silvestre y Navarro.

CAPITULO V

Iniciativa funesta.

Más adelante diremos lo que el General en jefe debió ver y no advirtió en aquellas sus idas y venidas. Cúmplenos ahora decir lo que no ignoraba: que las circunstancias políticas de 1921 eran muy otras que las de 1920. Una fatalidad inaprehensible, desencadenada en cuanto pareció hacedero dejar resueltas las dificultades militares de nuestro territorio, producía súbitos peligros. Mientras los avances galos de diciembre autorizaban a *L'Eclair* para decir que *l'ocupation d'Ouezzan* (Uasán) *va nous permêtre de faire une politique musulmane*, nosotros hallábamos impedimentos dondequiera.

Referíase el Comisario, en sus declaraciones abrileñas de *El Telegrama del Rif*, a cierta «activa propaganda», cuyo origen y tentáculos esperaba conocer, y que, sobre producirnos agitación en torno de Xexauen, había sublevado la costa gomari, no lejos de Alhucemas. Y dijo verdad, porque desde mucho antes sintióse inquieta España por algunas cosas incomprensibles. En 5 de enero escribía *El Imparcial:* «Por Madrid, y entre personas autorizadas, viene circulando una noticia de interés. Dícese que ciertos elementos europeos laboran en las proximidades de Xauen, con el designio de soliviantar las cábilas recién sometidas y aliviar los decaídos ánimos de otras que se mostraban dispuestas a someterse. Aparte lo que pueda haber relativamente a Xauen, lo cierto es que estos días se efectúa activísima campaña antiespañola en el territorio argelino contiguo

al Rif. Poseemos un ejemplar del injurioso folleto que por allí circuló con el título de: *Petite leçon d'histoire et de savoir vivre.* Es un engendro despreciable, escrito en francés colonial, y que va firmado por *Untel, de la Catalogne Française,* aunque el pie de imprenta es de Orán.» Aquel villano papelucho aconsejaba la rebelión a los rifeños, recordándoles la independencia de Cuba y Filipinas.

No mucho más tarde cayó en nuestra zona, procedente de la vecina, un extraño moro que laboraba por la creación de flamante secta religiosa, la Cofradía Alauita, con sede en Fez y poco claras inclinaciones. Abastecido de abundantes medios económicos, sembrando el dinero sin cortapisas, aquel sospechoso fomentador de la sospechosa hermandad obtuvo pronto lo que buscaba: su influencia anuló en brevísimo plazo la de los santones rifeños, y fué difícil encontrar en la zona ocupada un indígena inobediente a sus órdenes. Veíanlo las autoridades, recelosas de él; pero, ¿cómo inmiscuírse en materias de índole confesional? Por suerte fué la obra del pródigo propagandista menos cauta de lo que supuso, pues alteró en sus costumbres a los seguidores de Abd-el-Cáder y otros jefes amigos, los cuales, inquietos, estudiaron los dogmas del apóstol de Fez y dieron en denunciarle por hereje y nocivo para la paz pública. Invitado a marcharse, desapareció del Rif el peregrino personaje. ¿Cuándo? A fines de junio (1).

Sin duda interesaba mucho el campo melillense a los devotos musulmanes de la otra zona, pues aun aconteció un caso digno de estudio. Cuando el general Berenguer aprestaba en abril su visita al Peñón de Alhucemas, presentóse a bordo del *Giralda*, en Río Martín, un arrogante moro desconocido. Solicitaba le llevasen a Alhucemas para irse a Beni Uriaguel, que debía visitar en peregrinación. Era un hijo del xerif de Uasán, aquel que tiene en la zona tangerina un guerrero somatén; llevaba pasaporte visado por un cónsul francés...

(1) Aunque resulte duro de creer, los adeptos de la Cofradía Alauita siguen teniendo reuniones en la zona ocupada de Melilla.

Podíamos tener, sin embargo, cierta relativa confianza. Los años anteriores fueron terribles para los campesinos que, malogradas las cosechas, miseriosos, hambrientos, mal habían de agenciarse fusiles y municiones cuando finaban de inanición. Mas también proveyó a ello la fatalidad. En 24 de marzo capturaba el *Bonifaz*, junto a la desembocadura del Lau, una gasolinera británica y tres lanchones morunos repletos de armas y municiones. ¿Quién podía regalarles a los marroquíes lo que estaban imposibilitados de adquirir? Los fardos tenían aún el rótulo del puerto mediterráneo de origen, no inglés ni español.

Poco después principió a formarse una jarca en las inmediaciones del puesto de Jachi Uenzga, ocupado por los franceses en nuestro Guerruau. ¡Cosa rara! Oíase en las escaramuzas el seco restallar del lebel, no muy frecuente hasta entonces en el Rif, y que ahora, según las confidencias, pululaba en las tribus interiores. ¿Quién les traía a los moros el «arbaia», según nombran ellos tal fusil por sus cuatro tiros? (1). Pronto se despejó el misterio. Les venía de Uxda y Beni Snassen, zona francesa. Les venía de Saint Etienne y Marsella, merced a Port-Say (Argelia).

Dos años antes, el capitán francés Moiran hubo de perder su plaza en el parque automovilista de Uxda por lucros con el utensilio puesto a su cargo. En vez de abrirle sumaria, llevósele al más peligroso destino de celador en el parque de armamento, y aunque perdía entre tahures cuantiosas dineradas, ni le investigaron la conducta, ni tuvo visitas de inspección. Pero, cuando más seguro estaba, cátate que un oficial empleado en la Oficina indígena de Reggú (Muluya central), le denuncia como jefe de una banda contrabandista, aduce contra él pruebas abrumadoras, impone su captura, y por ahí se da con un núcleo exportador de armas, conexo con gentes que las introducían en zona española. «Actuaban

(1) La zona rebelde posee también fusiles mauser del mismo modelo que los con que armó Francia a la legión siria.

con tal actividad —escribe *L'Echo d'Oran* en 14 de abril— que asombra haya podido tardarse tanto en poner la vista sobre ellos». Detúvose a 38, entre militares y paisanos, y se comprobó faltar centenares de lebel. «Cada fusil —dice *L'Echo de Marnia*, en 12 de mayo— les valía 3.000 francos; cada paquete de cápsulas, 10». ¿Cómo así, con el hambre rifeña? Fuese como fuese, los lebel menudeaban en las tribus por donde teníamos que adelantar aquella primavera.

Reapareció en escena Abd-el-Crim.

Si-Mojand Uld Abd-el-Crim el Jetabi, hijo de un jeque de Ait Ali, minúscula fracción de Beni Uriaguel, llega en edad temprana a Melilla. Medra entre españoles, cepillándose al roce con nosotros. Va desenvolviendo sus luces, lee, escribe, hácese «taleb». En 1907 es secretario árabe en el negociado de Asuntos Indígenas, y enseña tal idioma en la Escuela moruna. Con los sucesos de 1909 consigue dos cruces del Mérito Militar, pensionadas; en 1912 sube a asesor en la Oficina Indígena —y aun dicen, ignoramos con qué exactitud, que a caballero de Isabel la Católica—; en 1914 trepa a Cádi el codat (juez de jueces); en 1915 obtiene la cátedra de xelja, creada para él en la Academia árabe; reune mil pesetillas mensuales entre sueldos y gratificaciones; escribe en *El Telegrama del Rif*...

Por la Oficina Central de Asuntos Indígenas va y viene Si-Mojand como por su casa de Axdir; mira expedientes, curiosea informes, da parecer en asuntos políticos y en negocios mineros; averigua toda la urdimbre de nuestra labor y la formidable importancia de aquellas minas cuyos agentes le acosan con ofrecimientos de pingües dádivas. Españolista acérrimo, labora por nosotros con brío, diciéndoles a los beniuriagueles que Marruecos, montón de tribus sin enlace real y divididas por odios feroces, ha de caer en manos de Francia o de España: por ello son preferibles los españoles, menos despóticos y brutales; por ello debe impedirse que los buscadores franceses de minas pongan la planta en aquellos riscos. Y, al prepararse Jordana el desembarco fren-

te a Alhucemas, los Abd-el-Crim son pródigos en diligencias con sus paisanos.

De pronto, por si es o no simpatizante con los tudescos, el amigo de España, el juez de jueces, da consigo en Rostrogordo. ¿Qué ha hecho? Nada. Lo pide Lyautey, el mismo Lyautey, a quien *L'Hallali* describe prisionero de una camarilla de negociantes. Si-Mojand quiere huír, y no más alcanza quedarse cojo. Después, ya libre, vuelve a las tertulias periodísticas y marciales, carrilludo, alegre, calmoso; pero ya no pone rotunda línea divisoria entre España y Francia: sabe que por ahí le vino el daño y rehuye disgustos con la poderosa nación que le hace a España considerar punible el españolismo. Torna a su puesto, y entonces, troquelado por el minerismo que asalta a Melilla, echa resueltamente por el rumbo del mercanceo. Su hermano Mojamed cursa estudios en la Escuela de Minas; su compinche «Pajarito» recorre a Europa con muestras de minerales beniuriagueles, buscando socios capitalistas. Anhela ser rico, muy rico.

En diciembre de 1918, nuevo susto. El comandante general Aizpuru entrega a Lyautey varios fugitivos de una jarca benisnassen que, con su jefe Hermann, buscaron refugio en nuestra zona. ¿No lo reclamarán a él, tildado en Rabat de germanófilo? Pide un mes de licencia en enero de 1919; llama a su hermano, se va y no vuelve. Pero sin combatirnos, que es poco dado a las armas y, además, cobra su padre pensión de España. Quiere vender su valimiento, aspira a enriquecerse con las Empresas que pujan su patrocinio para ejercer exploraciones mineras en la cábila, conseguir prioridad en las denuncias o demarcar cotos con exactitud. Y pues vive tranquilo, contemplando las montañas metalíferas de su feudo, seguro de cobrar así que se piense en la toma de aquellos magníficos filones, a él no llegan las complicidades de la fatalidad que nos ronda. Duerme sus ensueños en el tabuco de Axdir, y acaso piensa que le nombraremos caid de Beni Uriaguel, quizá aguarda que las tropas no entren allí y le reconozcamos derechos a pactar sin trabas con las Compañías mineras...

Cuando halla ocasión de publicar su afecto a España, escribe misivas como ésta:

«Axdir, 15 de septiembre de 1920.—Sr. D. Cándido Lobera, director de *El Telegrama del Rif.*

»Nuestro estimado amigo: Le enviamos estas líneas para expresarle nuestras más sentidas gracias por su pésame y buen consejo que nos envía en *El Telegrama del Rif*, con motivo de la muerte de nuestro querido padre (q. e. p. d.) Estudiando bien, y a fondo, la política y el pensamiento de nuestro finado padre, se convencerá de su concurso a la acción civilizadora de España —nuestra causa común—, y apreciará los esfuerzos que hizo en favor del desarrollo de la influencia española en el Rif. Trabajó en una dirección determinada y humanitaria; estudió y comprendió la misión de España, y apreció las grandes ventajas que para los rifeños, nuestros hermanos, tiene.

»El sentido de su política fué siempre pacífico. Sabía muy bien que para vivir en estado tranquilo, fraternal y duradero, es preciso que los dos pueblos se quieran, y la confianza los una. No fué enemigo de la acción española, como últimamente pretenden algunos. Nosotros —hijos de ese Abd-el-Crim, que no olvidan los beneficios particulares que España les proporcionó— hacemos votos por la prosperidad de España y de su zona de Protectorado, y anhelamos el rápido desenvolvimiento de ésta. A la vez, aseguramos nuestro concurso más activo a dicha obra.—Sus afectísimos amigos y seguros servidores, hermanos *Abd-el-Crim.*»

La «fatalidad», que nos acecha, ve aquello y pasa de largo. Si-Mojand continúa tranquilo, echando cuentas con sus minas, sin sobresaltarse porque entremos en Tensaman...

La cosa va bien, muy bien. Sus consocios de Tetuán le transmiten buenas noticias. Uno de ellos, don Antonio Got, persona de gran influjo —como que el Residente le ha hecho director de la Escuela de Artes y Oficios—, vendrá a verle ahora, en los primeros días de abril. Y el otro, ¡oh, el otro sí que vale! El señor Berenguer lo

sacó de prisiones, a los tres años de clausura, para concederle toda su confianza en el puesto de secretario árabe de la Alta Comisaría. ¡Idris Ben Said es una perla!

Abd-el-Crim piensa con deleite en aquel amigo que la fortuna le ha deparado en semejante puesto. Es Dris Ben Said oriundo de Salé, donde el padre ejercía cargo en la corte del Sultán. Dícese que su progenitor lo puso en la calle al verle con manía de contraer deudas para jolgorios (1) y se añade que anduvo luego a la ventura; es lo cierto que cayó en el campo de Melilla y que «entonces tuvo excelente amistad con Abd-el-Crim el Jetabi, que le protegió con largueza». En 1915, hizo entrada en Tetuán, diciéndose íntimo del alfaquí gomari Ben Saddic el Darcaui, residente en Tánger, y enemigo del Raisuli. Ofrecióse por mediador con el Darcaui contra el Xerif, consiguiendo para aquél considerable *muna;* y «entabladas negociaciones con los nuevos aliados, hubo de darlas por fracasadas, porque exigían como primera condición que nuestras tropas no avanzaran un paso ni tomasen posiciones, garantizando ellos la seguridad del territorio».

Cierto día supo el alto comisario Jordana cómo Ben Said, en público feroz enemigo del Raisuli —quien aspiraba a proclamarse sultán por nuestra zona—, se entendía en secreto con él. «Llamó a Idris, el cual negó su intervención y ofreció romper las relaciones con Raisuli; pero, poco después, un experto intérprete que intervenía las conversaciones telefónicas con el campamento del cabecilla, sorprendió una que, en árabe literario, sostuvo Idris con Muley Josain, primo de Raisuli, y en la cual fué descubierto todo el plan que para elevar a éste se había tomado». Ben Said dió con sus huesos en Chafarinas; registrósele la casa y le hallaron «una clave, varios documentos en los que Raisuli aparecía como sultán, y un dajir por éste firmado y con el sello grande

(1) Seguimos la curiosa biografía que traza el talentudo de Hernández Mir en *La Libertad;* 7 de enero del 1922.

de los sultanes, en el que se nombraba cadi de todo el Rif a... Ad-el-Crim el Jetabi».

¡Oh, sí, es hombre de pro el secretario árabe de Berenguer! Abd-el-Crim tiene en él absoluta confianza. Se lo confía todo, seguro de que, si le pregunta el Comisario, no le recatará nada. «El interés de Abd-el-Crim —dice Ben Said (1)— era el de todos los jefes que, por su situación y posición, pueden facilitar el libre acceso a su cábila, permiso que hubiera cobrado». «La intercesión de Abd-el-Crim —añade, refiriéndose al asunto minero— era, simplemente, permitir en su territorio, adonde aun no llegaba la autoridad del Protectorado, el estudio y planteamiento de la explotación de las minas». Ni más, ni menos. Se arrullaba con la idea de cobrar algún día —lo más tarde posible— la entrada española en Beni Uriaguel y, entretanto, exprimir a los mineros...

A la sazón, sus dos consocios, el secretario árabe de la Residencia y el director de la Escuela de Artes y Oficios, iban a dejar los cargos oficiales para sumergirse con él en negocios de minas. ¡Qué regocijo! Su fortuna estaba hecha como consiguiese retardar un poco la ocupación de aquel territorio.

Un notición le arrebata de pronto sus dulces ilusiones. De paso para Melilla en el *Giralda*, Berenguer ha recibido en Alhucemas (2 de abril de 1921) a varios notables gomaris, bocoias, y beniuriagueles, presentados por el capitán de la Policía don Juan Soler. Y les ha dicho, sin ambages, tanto su propósito de ocupar la costa, desde Cabo Quilates a Cabo Morro, como el anhelo de conseguirlo en paz. Es decir, que le eliminan y que van a metérsele de rondón en el coto minero. ¡Ah, no! ¡Blo-quearle sus minas! ¡Ya verán quién es él!

Mientras se preocupa en hacerles imponer un multazo a los traidores que menoscaban tan grandes intereses, llega su amigo Got que, precisamente, y como para re-

(1) Declaraciones de Idris Ben Said al señor Hernández Mir: *La Libertad;* 19 de noviembre de 1921.

mediar el olvido del Comisario, viene a hablarle en nombre de Silvestre.

«Salí en mi falucho el día 6, a las siete de la mañana —escríbele al coronel Morales el señor Got—, camino de la bahía de Alhucemas, doblando Cabo Quilates al obscurecer. A las nueve de la noche desembarcaba en la desembocadura del Necor, donde celebré una detenida conferencia, hasta las dos de la madrugada, con Mojamed-ben-Abd-el-Crim el Jetabi y su tío Abd-el-Selam el Jetabi, no concurriendo a ella Mojand Abd-el-Crim por celebrar aquella noche una importantísima junta *con los demás jefes de Beni Uriaguel sobre la imposición de multas a los que concurrieron a saludar al Alto Comisario a su paso por Alhucemas*, asunto del cual le supongo enterado.

»Tío y hermano me dijeron llevaban plenos poderes de su hermano y jefe para cuanto trataran conmigo. Terminado el asunto particular referente a las minas, abordé la cuestión política, del modo y forma que creí más prudente, y sus manifestaciones no pudieron ser más satisfactorias. Paso a la ligera las protestas que me hicieron de su amor a España, junto a la cual hubieran querido siempre trabajar; los motivos principales que les obligaron a alejarse de nuestro lado se refieren al temor que abrigaban después del nombramiento del general Berenguer para Alto Comisario de que, dado el apoyo que prestaron siempre a la causa alemana, les fuera a suceder lo mismo que a los partidarios de Abd-el-Malec, que, según parece, fueron entregados a los franceses.»

En suma, «que se hallan dispuestos a tratar directamente con el general Silvestre sobre el reconocimiento del Majcen y sumisión a España, considerando al Alto Comisario y al Comandante general de Melilla como hombres de corazón y de palabra, en quienes tienen plena confianza de que han de portarse con la misma lealtad que ellos tienen», y que, «dada la situación de Beni Uriaguel, estos tratos deberán llevarse a cabo con la mayor reserva y discreción por el inmenso perjuicio que

pudiere acarrearles el que se sospecharan en el campo tales andanzas antes de su debido tiempo» (1).

Confiado en esto, Abd-el-Crim aguarda tranquilo. Se pactará con él. Habrá secreto para las negociaciones.

Permítasenos una digresión. Para conocer lo entonces absurdo del desembarco y lo peligroso de aludir a él, según hiciera el Residente, precisa examinar un trozo del informe suscrito en 16 de febrero por el coronel Morales. Dice:

«Cuando estemos acampados, *con fuertes núcleos*, en el límite de Tensaman, es cuando conseguiremos, probablemente, uno de los objetivos más importantes y necesarios para nuestro avance en Beni Uriaguel, que es la adhesión sincera y leal de la fracción de Axdir, que ocupa la costa.

»Esta fracción sostiene, desde hace años, cordiales relaciones con nuestras autoridades: en ella se distribuyen casi por completo las 10.000 pesetas, próximamente, a que alcanzan las pensiones asignadas a la cábila; hacen constantes protestas de amistad y de sus deseos de que desembarquemos; pero no es difícil comprender que, por buena que sea su voluntad y grande su lealtad, no podrían cumplir sus ofrecimientos cuando sintieran la presión enorme de sus conterráneos de la montaña. Estos los dejan hoy en paz porque ven que no hacen más que recibir beneficios a cambio de una platónica adhesión. *El día que quisieran llevar a la práctica lo que ofrecen los de Axdir, se les echaría encima la cábila y, a la fuerza, les obligarían a revolverse contra nosotros, que no podríamos prestarles apoyo eficaz, pues las escasas fuerzas que, en circunstancias absolutamente favorables de toda índole, pudiéramos desembarcar por sorpresa, más necesitarían de apoyo en los primeros momentos, que podrían prestarlo.*

»Otra cosa será cuando estemos en el Necor: enton-

(1) Carta del señor Got al coronel Morales, en 9 de Abril; *El Sol*, 3 de noviembre del 1921.

ces sí podrán esperar un auxilio eficaz, oportuno y suficiente y, por tanto, es de suponer que los jefes verdaderamente amigos consigan en esa ocasión arrastrar a toda la inmensa mayoría de la fracción, para que se unan a nosotros, prestándonos un apoyo material y moral de gran consideración y que ha de ejercer gran influencia en la lucha que con las fracciones enemigas sostengamos. Esta labor, y la de atraernos jefes y grupos de las otras fracciones de la cábila, hoy hostiles, necesita algunos meses.»

A los cincuenta y tres días, sin hallarnos en el Necor «con fuertes núcleos», sin otra labor política que la consentida por las 10.000 pesetas de marras, sin cuidarse de que los montañeses irán sobre los costeros en cuanto sepan lo que se urde, el señor Berenguer anuncia el desembarco. Así que llega a Melilla, todo el mundo conoce su resolución de ocupar la costa desde Cabo Quilates (Beni Uriaguel) a Cabo Morro (Bocoia), para entrecoger la bahía de Alhucemas. «Muéstrase —telegrafía un corresponsal (1)— muy satisfecho del resultado de las visitas realizadas al Peñón y Alhucemas, pues aquellos cabileños se hallan muy propicios a secundar la causa española. Parece ser que en las conferencias con aquellos indígenas *quedaron determinados los lugares que habían de ser ocupados y los campamentos que se establecerán* en los dominios de los cabileños de Alhucemas y del Peñón.»

El 7 por la mañana aparecen en *El Telegrama del Rif*, con el título de «Importantes declaraciones del Alto Comisario», las que quedan copiadas en el anterior capítulo. Allí se lee: «Es muy interesante situarnos en la costa mediterránea, tomando las pequeñas ensenadas de Gomara y del Rif occidental hasta el Morro de Alhucemas. *Las cábilas de ese litoral* están perfectamente dispuestas a recibir fuerzas de la Policía o de la mejala jalifiana, pues aun existen algunos disidentes. A bordo del *Giralda* cumplimentaron al Alto Comisario comisio-

(1) *El Imparcial;* 5 de abril del 1921.

nes de notables, y en el viaje de regreso continuará conferenciando con los principales jefes rifeños (¿? ¡!) y gomaris. En otoño estará sometido al Majcen todo el litoral mediterráneo de nuestra zona de influencia, y podrán los barcos aproximarse a tierra sin riesgo de ser tiroteados.»

Es alarmar, sin duda, a los que Abd-el-Crim contempla receloso; es echarle encima los disidentes que el Comisario confiesa existen; es someter la costa a «la enorme presión de la montaña» que Morales teme... Y, en efecto, Beni Uriaguel se alarma, bulle, pregona traiciones, requiere los fusiles. Sin embargo, el 8 vuelve al Peñón el Comisario, da otra vez la campanada de reunir a los jeques vecinos («pseudo caides», llama Got a los idos de Beni Uriaguel), les explica de nuevo sus intenciones de ocupación costera, y pasa de largo.

Mientras, Silvestre desconoce el resultado de la visita de Got a Abd-el-Crim. El agente minero no torna a Melilla para decírselo; va a Tetuán, y el 9, al otro día de volver el Comisario, escribe al coronel Morales la carta cuyos son los párrafos que transcribimos antes. El 10, hace Berenguer nuevas declaraciones: «El problema de la ocupación del territorio costero de Alhucemas no presenta ahora grandes dificultades militares. Hizo notar el hecho de que *la fuerte cábila de Beni Uriaguel, que se opuso siempre al desembarco de nuestras tropas, se siente ahora indecisa, por estar amedrentada ante el avance que se inicia sobre la misma desde las cábilas de Tensáman y Beni Tuzín*, y también por la actitud de la cábila fronteriza de Bocoia, que *nos es favorable*» (1). Ello, a la hora misma en que Beni Uriaguel multaba a los cuatro «pseudo-caides» que fueron a Alhucemas, advirtiéndoles Abd-el-Crim que si no pagaban las 3.000 pesetas «a las veinticuatro horas, ascendería la multa a 6.000; al tercer día pasaría a 12.000, y al cuarto... ¡serían condenados a muerte!» (2).

(1) Telegrama a *El Imparcial* del 12 de abril del 1921.
(2) Declaraciones del señor Got. *El Sol;* 3 de noviembre del 1921.

Era más de lo preciso para revolver a Abd-el-Crim, receloso de un engaño, y soliviantar a los guerreros de la tribu, no ya por apellidarles medrosos, sino por descubrirles el peligro del avance por Tensaman, que hasta allí los tuvo indeferentes. Si-Mojand, que ya soporta la presión montañesa, reúne sus parciales, da órdenes, llama gente y, a partir del 13, sufre Alhucemas largo y violentísimo tiroteo. Hay que repostarla de noche, bien protegido el *Gandía* con sacos terreros. Hay que cubrir de igual manera los edificios que miran a la playa, poner un muelle transitorio de desembarco, cañonear la zona facera. Es preciso el concurso del *Lauria* y después el del *Laya*. Y el capitán de Estado Mayor que acude a informarse, tiene que estar una semana en el islote, disparando un fusil desde el parapeto, entre los soldados de Ceriñola.

Ya tenemos en franca rebeldía al antes pacífico Abd-el-Crim. Ya tenemos en armas a Beni Uriaguel...

Sin embargo, el 17, en pleno fragor de la algarada, el Comisario escribe al Ministro de la Guerra. ¿Para advertirle las resultas de su traspiés? No. El vizconde de Eza adujo en el Congreso (sesión del 21 de octubre de 1921) que, según esa carta, «la situación en Melilla era normal, y militarmente se apreciaba que no ofrecía dificultades la ocupación de Alhucemas». Entretanto, todos los diarios de Madrid reseñaban los tiroteos...

Aquella agitación traía cambio pleno en las condiciones políticas del territorio, donde hasta allí avanzara sin percances el general Silvestre. Poníamos alerta al único enemigo temible. Irrealizable el desembarco, hacíase también imposible la sorpresa terrestre, por saber los moros que «esta primavera salvaremos la divisoria de los ríos Necor y Amecrán», y que el General en jefe esperaba reiterarles «pronto» su felicitación a los soldados en la bahía de Alhucemas.

Dicen los íntimos de Silvestre que el Comandante general de Melilla lloró de rabia entonces. Ni lo creemos ni lo negamos. Lo positivo es que en abril sabía el

Residente cómo acababa de asomar un contratiempo grave.

¿Pudo maravillarse Berenguer? No debió sorprenderle. En las postrimerías del 1920 érale ya notoria la infertilidad del plan suyo (1). Entabladas negociaciones en Tetuán con jefes ribereños, había oído su parecer: nada de ocupación; nada de tropas europeas en aquellos parajes. En cambio, una oferta rotunda: como les consintiesen ver al Rey y organizar la Policía indígena, garantizaban el libre tránsito, las explotaciones mineras y el aprovechamiento de los recursos naturales comarcanos. Un xerif, jefe de cierta importante fracción beniuriaguel y enemigo personal de Abd-el-Crim, escribió en nombre de todos a determinadas personas de Madrid y, por indicaciones del marqués de Valero de Palma, a don Gabriel Maura y al señor Ventosa. Fué imposible la entrevista; sobrevino el furor minero, lanzóse el propio secretario árabe de la Alta Comisaría a negociar cosas de minas con Abd-el-Crim, y quedó frustado el designio del xerif y de sus compañeros.

Querían los moros ir a la parte en los beneficios mineros, sentirse seguros de suspender los trabajos en las minas donde y cuando les conviniese; en suma, entendérselas con las Sociedades que rondaban sus yacimientos. Abd-el-Crim y todos. Aunque cada cual procediese *pro domo sua*, debía unirlos, a la postre, ver amenazados los anhelos comunes con el anuncio de la ocupación costera.

En lo que atañe exclusivamente a Abd-el-Crim, pacífico hasta el viaje del Comisario, ¿cómo no atendió éste las recomendaciones de sigilo transmitidas por Got? ¿Cómo tuvo a bien no enterarse tampoco por Ben Said, consocio del cabecilla insurrecto? Aunque, bien mirado, hubo falta más grave que omitir los informes de Idris. Fué consentirlo en la secretaría árabe de la Residencia. Fué dejarle pasar a tan estrechas relaciones de negocios

(1) Sobre esta negociación dijo el marqués de Valero de Palma cosas muy interesantes y leyó cartas de gran valía en la sesión del Senado correspondiente al 13 de diciembre del 1921.

con Si-Mojand, que la malicia pudo suponer, sin duda con desacierto (1), que Ben Said envió 30.000 duros a Axdir, una semana antes de los disturbios, por cuenta de ciertos mineros.

(1) Don Horacio Echevarrieta desmintió en redondo que sus agentes Ben Said y Got hubiesen llevado por cuenta suya tal cantidad a Abd-el-Crim. Este asunto de las minas de Beni Uriaguel hubiese debido originar una información parlamentaria; pero nuestras Cortes han perdido la sensibilidad y el sentimiento de sus deberes.

CAPÍTULO VI

Ceguera e irreflexión de Silvestre.

Cuantos enjuician respecto a la tragedia melillense forman dos distintos grupos contradictorios; pero que coinciden en suponer estímulo de ella una rivalidad sorda en Berenguer y Silvestre. Para unos, traían el pique puras emulaciones de gloria: la sumisión de Yebala, presea del Comisario; el salir frente a Alhucemas, lauro del Comandante general de Melilla. Para otros —porque la malicia siempre vuela bajo—, con el deseo de gloria emparejaban prosaísmos, fruto de estar Silvestre en el escalafón primero y con más antigüedad que Berenguer; por tanto, en aptitud de conseguir antes el ascenso.

Apoyados en una y otra versiones —que no nos importan sino porque nos confirman la frialdad de afectos entre ambos militares—, cada cual sustenta su juicio en la tesis que diputa lógica. Con todo, justo es decir que, desde el primer momento, predominó la idea contraria a Silvestre. Quién más, quién menos, todos le tuvimos por solo y único responsable. «Sigilaba la situación», «discurría el avance hacia Alhucemas a hurto de Berenguer», lo fiaba todo a su bravura personal», «¡era tan díscolo!...»

Para ser francos diremos que, hasta aquí, con aludirse tantísimo a la insumisión del impetuoso soldado en orden su general en jefe, no hubo quien aportara una prueba. Ni una sola. Recúrrese a episodios de épocas anteriores; mas de 1920 a 1921 nadie aduce un caso pre-

ciso que resista el cotejo con los papeles aquí reproducidos. En trueque, nos cumple alinear en contra varios hechos incontrovertibles.

Primero. Ibase al Fondac. Silvestre, comandante general de Ceuta, tenía en su campamente de Regaia alegre cónclave de corresponsales periodísticos. De súbito, una orden del Comisario: ningún cronista debe asistir a las operaciones. Silvestre obedece y, generoso, echa sobre sí toda la culpa. Los burlados acuden iracundos a Tetuán y ¡oh, suerte! Berenguer los acoge con sumo afecto, disculpa las rarezas de su subordinado, los lleva consigo al Fondac. Y aunque es Silvestre quien ocupa aquel paraje, los periódicos atribuyen la gloria a Berenguer y Barrera. La víctima, calla.

Segundo. Movido por saludables fines emprende tratos el general Barrera con Raisuli; pero en vez de contestarle el xerif, escribe a Silvestre con el mediador (vivo aún). Decíale que, aun siendo enemigos antaño, reconocía el fondo noble de su condición, causa de preferir entenderse con él para la paz. Ni dinero, ni preeminencias oficiales, nada: que le dejasen vivir tranquilo. ¿Dónde? Donde España quisiera, vigilado o sin vigilar. Leyó Silvestre el mensaje y, doblándolo con lentitud, lo devolvió al emisario. Sí, era gran ventura para él conseguir la pacificación de Yebala, pero... ¿y Dámaso? Fué el mensajero a decirle a Raisuli que tratase con el Comisario; pero Raisuli optó por dirigirse a Barrera. Súpolo Berenguer, y, encolerizado, hizo parar las negociaciones: y ahora, junio de 1922, todavía sigue cosechando laureles en Yebala al frente de sus tropas.

Tercero. Silvestre es ya jefe de la Comandancia general de Melilla, adonde le enviaron en vísperas de las operaciones con que hubiera ido a Xexauen. Y como se barruntan discrepancias entre su jefe y él, dice el 23 de marzo del 1920, en *El Eco de Tetuán:* «Afirmar eso constituye error manifiesto, que equivale al desconocimiento total de la dependencia en que se encuentran todos los organismos respecto del Alto Comisario, que es quien representa al Gobierno en Africa y el que asume los

más altos poderes, *sin que se pueda hacer nada sin su aprobación*».

Cuarto. Ha sometido casi toda la llanura de Metalza. Mejdi Ben Chocrón, y otros musulmanes de Melilla, desean brindarle una fineza: López Mezquita pintará al caudillo entrando en el Fondac. Mas el caudillo se entera y escribe al excelso artista que «*habiéndome propuesto desde mis nombramientos de Comandante general de Ceuta, primero, y ahora de Melilla, en esta mi segunda etapa en Africa, ser un soldado más a las órdenes del Alto Mando, y no destacarme ni ser motivo de notoriedad alguna*», le haga merced de interrumpir el trabajo.

Quinto. En 17 de agosto de 1920 los agricultores de Melilla agasajan con un banquete al Comandante general. A los postres, alguien indica que debe pedirse para él la gran cruz del Mérito Agrícola. Silvestre responde: «Cuanto se hace en Melilla y en el Protectorado, es por iniciativa del Alto Comisario, del ilustre general Berenguer. Los demás somos sus entusiastas colaboradores. Por consiguiente, si los agricultores creen que existen méritos para ello, propongan también al Alto Comisario; será el único modo de que yo no rehuse el inmerecido galardón».

Este es el hombre indisciplinado. Miremos al irreflexivo.

Cuando Silvestre estuvo en Valladolid el 4 de mayo del 1921, los planes del director de la acción política y guerrera en la zona llevaban veintiséis días publicados en *El Telegrama del Rif*, y veinticinco en los periódicos madrileños. En Valladolid, departiendo con el redactor del *A B C* señor Blanco Belmonte y algunos parlamentarios, dijo Silvestre sin ambages que sería contraproducente esconder al conocimiento de los ciudadanos la verdad; y la verdad era que la empresa que se quería acometer estaba erizada de peligros y llena de dificultades *casi* insuperables.

—Fíjense ustedes —afirmó— en que digo *casi*. Para nuestro Ejército no hay nada insuperable, nada impo-

sible... Ahora bien: conviene que se sepa que estamos ante un macizo montañoso, sólo comparable a la sierra de Gredos; agazapadas en los repliegues de las vertientes, escondidas en barrancos que son abismos, atrincheradas en las cumbres y en las defensas naturales del terreno, hay una docena de cábilas que no han tenido relación con España. En esas cábilas existen miles de hombres valientes, fanáticos y fanatizados, que opondrán resistencia al avance de nuestras tropas. Según informes dignos de crédito, esas cábilas se encuentran divididas en bandos, que se hostilizan frecuentemente y que viven imponiendo la ley del más fuerte. Cabe muy en lo posible efectuar una política de atracción y de amparo con los oprimidos y de rigor con los que se opongan al cumplimiento de nuestra misión...» (1)

Conocía las dificultades del empeño, y aun hubo de estimarlas mayores al restituírse a su destino. Todo ha cambiado en Beni Uriaguel desde abril. Si-Mojand, sacudiendo su antigua modorra, se apresta a combatirnos, le acuden otros que temen lo que él, y la fatalidad, esa fatalidad que actúa incansable desde principios de año, le auxilia pródiga. En mayo le llegan a Abd-el-Crim tres cañones Schneider de tiro rápido, dos fusiles-ametralladoras y abundante cartuchería. Como desconoce su manejo, la propia fatalidad hace que el búlgaro Dimitri Grigof y tres compatriotas suyos deserten de la Legión extranjera de Argelia, caigan en Beni-Uriaguel y enseñen a los moros —obligados, eso sí— a servirse de aquellas armas (2). Y también dispone la fatalidad que Abd-el-Crim consiga dinero para darle bríos a la jarca que instruye a la europea, con sus búlgaros y algunos Regulares desertores, enseñándola el asalto a una posición mediante oleadas sucesivas y a toque de corneta (3).

(1) *A B C;* 24 de julio de 1921.

(2) Dimitri y sus compañeros se apartaron de Abd-el-Crim el misno día del primer ensayo artillero moruno contra Monte-Abarrán; fuéronse a Alhucemas, y el 3 llegaron a Melilla. No han sido los únicos.

(3) La Oficina Central de Asuntos Indígenas tuvo confidencias, a últimos de mayo, sobre este hecho. Nos consta.

«Yo no sé si hago bien o mal en decir esto —declaró en el Congreso el marqués de Valderrey (1)—: yo digo lo que siento y, francamente, debo decir que entonces me enteré de que se estaba formando una jarca, la de Abd-el-Crim; oí quejas de que los moros de Abd-el-Crim ganaban 1,50 pesetas más que nuestros Regulares, y entonces no era secreto para toda la oficialidad y para todos los jefes de Mía que Abd-el-Crim era un agente francés. Así, terminantemente, se creía en toda la Policía».

Acepte semejante parecer quien guste, deséchelo quien a bien lo tenga; mas era tan visible la anomalía del caso, que el ilustre general Sarrail expuso su asombro en las columnas de *Le Rappel*, y aun estimó preciso añadir: «Estoy seguro de que, pese a todas las intrigas internacionales de la diplomacia secreta, no hemos querido suscitar estorbos al Rey de España» (2).

Silvestre ve los extraños manejos de la Cofradía Alauita en la zona ocupada; contempla los otros manejos en la zona rebelde, y él, el hombre impetuoso, el ciego e irreflexivo guerreador que oculta la verdad a su jefe para lanzarse sobre Alhucemas, escribe la importantísima carta que va a leerse:

«Melilla, 29 de mayo de 1921.

»Excmo. Sr. D. Dámaso Berenguer.

»Querido Dámaso: La última carta política que has recibido es la que en 26 del pasado te dirigió el general Navarro, y voy a comunicarte lo que desde entonces ha ocurrido en esta zona. En la ocupada es inmensa la satisfacción por la magnífica cosecha que se presenta.

(1) *Diario de Sesiones del Congreso;* 15 de noviembre del 1921.—En 5 de junio telegrafiaban desde Melilla a *El Imparcial* que la agitación en Beni Uriaguel «estaba fomentada por elementos extraños y con dinero de cuya procedencia se tienen noticias».

(2) 19 de agosto del 1921.

Algo han perjudicado las fuertes lluvias de la semana anterior en la parte segada; pero, en cambio, aseguraron las siembras tardías, aquí muy grandes, y beneficiaron mucho el trigo y el arbolado.

»No basta, sin embargo, el fruto de este año para compensar las enormes pérdidas experimentadas en los años anteriores, pues no ha podido aprovecharse la bondad del actual todo lo que hubiera sido de desear por falta de grano. En Guelaia, Beni Said, Beni Ulixex, Beni Tuzín y Tensáman se ha sembrado casi todo; pero en Quebdana, Ulad Settut, Beni bu Yaji y Metalza, no, porque gran parte de la cebada facilitada por el Gobierno han tenido que emplearla para comer, que era la nesidad más apremiante. Si el año próximo fuera bueno, se sembraría mucho más que éste, y faltaría poco para restablecer la normalidad agrícola.

»A primero de mes comenzaron las faenas de recolección, y esto dió lugar a que emplearan en ellas gran parte de las mujeres y de los niños que venían siendo alimentados con los socorros que les concediste, y que tanto han agradecido todos. El refugio de los pobres de Melilla, que se había trasladado a la Bocana, dejó de funcionar por falta de refugiados; disminuyó extraordinariamente el número de los socorridos en las cábilas, y hoy apenas se da socorro a alguno que otro, socorros que cesarán en absoluto para fin de mes.

»A la jura de la Bandera concurrieron cerca de 200 jefes de toda la zona sometida, a caballo; sólo de Beni Said había 26, y faltaban bastantes que se vieron precisados a vender los suyos por no poder mantenerlos. Les obsequié con un té en el local de los Centros Hispano-Marroquíes, y marcharon muy satisfechos. Concurrieron también 226 niños de los que reciben instrucción en las Escuelas de la Policía, a los que se tuvo aquí dos días, atendiéndoles y llevándolos a todas partes; se les dió una chilaba blanca con una cinta y con las borlas de los colores nacionales y marcharon encantados.

»Beni Said y Beni Ulixex siguen completamente tran-

quilos, al parecer, sin que se observe el menor síntoma de disgusto, pues si bien se han cometido por algunos europeos actos reprobables, han sido castigados, y se ha dado al elemento indígena justa y pública reparación; tal sucedió con una mora de Beni Said, que fué violada por un soldado. Este ha sido procesado, y a la perjudicada se le dió una indemnización de 500 pesetas a presencia de los jefes de la cábila.

»*La nube que se presenta en la zona, nube negra y que inspira seria inquietud, es la cuestión de la Secta Alauita;* pero de ella me ocuparé en carta aparte, para mayor claridad en el archivo y clasificación de los documentos.

»Vamos ahora a la zona insometida: Tensáman y Beni Uriaguel. Está tan íntimamente unida la política de las dos cábilas, que no cabe separarlas y hay que exponerla en conjunto. Figura preeminente de ella es Si Mojand Abd-el-Crim, antiguo Cadi Codat, que si en vida de su padre, dicen, no se atrevía a hacer nada, al quedar libre, por la muerte de aquél, se atreve a todo, y, prescindiendo de hábitos adquiridos en su vida entre nosotros, anda sucio y tostado por el sol, como cualquier montañés.

»Poco a poco se ha ido abriendo lugar entre los suyos, y a pesar de no ser guerrero y de la desconfianza que inspira su anterior convivencia con los cristianos, hoy puede decirse que es el jefe indiscutible de la jarca, a la cual trata de organizar en cierto modo a la europea. Ha buscado a aquellos indígenas que han servido en Regulares y en Policía, para que sirvan de instructores; los ha dividido en grupos más ó menos numerosos, que hacen instrucción guiados por sus jefes; les ha dado bandera; ha construído trincheras; *ha recogido dos o tres cañones y dos fusiles ametralladoras,* que *había en las cábilas cercanas* (1), y los ha emplazado: unos en Yub

(1) El auxilio francés a los rebeldes sigue aún a más y mejor. Una información de Tetuán, semioficiosa, dice el 13 de marzo del 1922 que «la cantidad enorme de armas y municiones existentes en el Rif proviene del constante contrabando que se hace por la zona francesa, lo que ha determinado (hogaño) una gran

el Cama; otros, frente a Alhucemas; ha prohibido el comercio con Alhucemas; puso también las hostilidades contra la plaza, y, en una palabra, ha tomado una serie de medidas que, *elevando al grado máximo la moral y el entusiasmo de todos los beniuriagueles, acrecienta notablemente las dificultades de una actuación armada, y dificulta en grado sumo la política.*»

»Paralelamente a esta conducta belicosa, que le granjea el respeto y la adhesión de la cábila, ha iniciado una gestión cerca de nosotros, que hoy por hoy no podemos calificar bien, pues lo mismo puede ser una habilidad para cubrirse si las cosas salen mal, que hija del convencimiento de que al fin España ha de ir a Beni Uriaguel, y quiera que vaya, habiéndose reconciliado mediante la prestación de un servicio más importante que lo fué su defección; yo no tengo aún criterio formado y espero que los hechos demuestren a qué lado debo inclinarme.

»En su segunda entrevista con Got, fué bastante explícito. Le dijo que él quería organizar una fuerza de Policía de 500 a 1.000 hombres a su devoción, para con ella imponer el orden y la tranquilidad de la cábila, y entonces tratar con España; es una fantasía, *pero fantasía peligrosa por lo mucho que nos entorpece.* A los dos días de esta entrevista, con fecha 18, escribió al coronel Morales la carta que en copia te acompaño, escrita toda ella, firma inclusive, por su hermano, y el 19, otra, en la que pedía una clave para entenderse. El coronel le ha contestado, previa aprobación mía, animándole y enviándole la clave-carta, que llevará «Pajarito», que fué el que trajo la suya el pasado lunes.

»Dejando ya a un lado a Abd-el-Crim, la situación es la siguiente:

»En Yub el Cama hay una jarca, según todas las pro-

baja en los precios, hasta el punto de que un mauser vale ya 20 duros y 11 pesetas un centenar de cartuchos. También abunda el lebel francés.»

Refiriéndose a las actuales operaciones en Yebala, el parte oficial del 19 de junio declara haber recibido el enemigo «contingentes de refresco, procedentes en su mayoría de la zona francesa.»

babilidades superior a 500 hombres, que ha colocado guardias en Azdrú Yidar, al SO. de *Abarrán* y en Sidi Chaib. Esta jarca, y sobre todo las guardias, han influído poderosamente en Tensáman, y aunque sigue amiga, vacila, sobre todo Beni Bexir y Beni Taaban, que se ven directamente amenazados; también parece *que se trata de poner otra en Abarrán, y de lograrlo harían más difícil la situación de la cábila y podrían amenazar las comunicaciones entre Dar Buimeyán y Sidi Dris.*

»Por otra parte, los de Beni Tuzín del Norte (Beni Belaiz y Beni Acqui), limítrofes con Beni Uriaguel y Tensáman, siguen reservados, y si bien mandan cartas y recados, no acuden a entrevistas, fundados en que estamos lejos y que la jarca está cercana y tienen miedo. Además, la jarca de Iyarmauas ha sido reforzada un poco, y aunque sigue diciendo que no es contra nosotros, no estoy seguro de que sea así.

»*En estas condiciones hay que pensarlo mucho antes de efectuar un avance. Por ello he mandado al comandante Villar a Dar Buimeyán, para que sobre el terreno trate con los jefes de Tensáman, y sólo si logramos la seguridad de un franco y completo apoyo,* PREVIA TU AUTORIZACIÓN, OPERARÉ EN AQUELLA ZONA (1); *caso contrario, lo pensaré mucho, porque tendríamos una serie de combates sangrientos, muy distintos de los que hasta ahora hemos sostenido en este territorio.*

»En Gueznaya y Marniza se mueve de nuevo Abd el Malec, con una jarca que es una incógnita para todos, según opinión general, siendo frecuentes las preguntas de los moros para saber por cuenta de quién obra aquel jefe.

»Como curiosidad te envío copia de una carta del chej de Gueznaya, Amed Ben Amar Ben Alí. Claro que no la he contestado, por esperar tus disposiciones y, entre otras cosas, porque no sé qué contestar. Sin más por

(1) En esa zona donde no operaría Silvestre «sin previo permiso» de Berenguer, hállase Abarrán.

hoy, recibe un abrazo de tu buen amigo y compañero, *Manuel F. Silvestre* (1).

Este clarísimo mensaje llega a Tetuán el 30 por la mañana. Don Dámaso Berenguer coge la pluma y el mismo día 30 escribe al Ministro de la Guerra para comunicarle... ¿Qué? ¿La mudanza habida? ¿El acuerdo suyo de suspender las operaciones contra Cabo Quilates, pródromo de las operaciones contra la bahía de Alhucemas? ¿Que conviene «pensarlo mucho», primero de operar en la cordillera de Quilates, donde radica Monte Abarrán? El vizconde de Eza habló de tal carta en el Congreso. Berenguer le dice que *nada hay que obligue a cambiar el juicio que se tenía;* que *militarmente es fácil la operación;* pero que la obra política, preparatoria de la acción militar, ha adelantado poco (2).

¡Cuántas versiones injustas, cuántos ardides maliciosos destruye la carta silvestrista del 29! Aventa el aserto de ocultarle Silvestre la verdad a Berenguer para guerrear a su antojo. Pulveriza la aseveración de que, a rastras de sus ímpetus, atropella con todo por seguir adelante. Tritura el dicho de que Silvestre obra por sí, a espaldas de su jefe, de aquel su jefe para quien es tan nimio cuanto ocurre en Tensáman, que escribe al ministro: *Nada hay que obligue a cambiar el juicio que se tenía.*

Estudiemos la carta. Cuando el lugarteniente de Berenguer enuncia que «hay que pensarlo mucho antes de efectuar un avance, porque tendríamos una serie de combates sangrientos», le incumbe emprender un avance, desenvolviéndolo entre el Necor y la línea Sidi-Dris-Buimeyán-Annual. Aun no se movieron nuestras fuerzas de las posiciones que revistara el comisario en abril y cuya toma se hizo a plena satisfacción de éste; pero ya

(1) Quiso el señor Companys leer esta carta reveladora en el Congreso, y no le dejaron. Vió la luz en el *Heraldo de Madrid;* 12 de noviembre del 1921.

(2) Naturalmente; la poca conseguida hasta abril desapareció con la ida del Comisario al Peñón y Alhucemas, así como con sus locuacidades de aquellos días.

no está libre el territorio donde ha de operarse. Desde que el general en jefe divulgó sus proyectos en *El Telegrama del Rif*, Abd-el-Crim ha trazado trincheras, puesto cañones en sitios dominantes y cerrado con jarcas el desfiladero de Tizi Zebid, que une la llanura de Tensáman a Beni Ulixex, y el de Beni Acqui, que pasa por el zoco de Iyarmauas y conduce hasta el Necor. Enterado de nuestros planes, Si-Mojand ocupa dos montes, revuelve a Tensáman y discurre coger la loma de Abarrán, a seis kilómetros de la posición de Buimeyán, para amenazar las comunicaciones entre Annual y Sidi Dris.

Esto último resulta decisivo en la situación creada, que ni es obra de Silvestre, ni fruto de irreflexiones suyas. Hubiéranlo visto las gentes a no ser por la modestia con que calla el Alto Comisario, mientras los consocios de Abd-el-Crim arremeten con el que fué Comandante general de Melilla.

Estatuye el plan berenguerista que «salvaremos esta primavera la divisoria de los ríos Amecrán y Necor», cruzándola, conforme propuso Morales, por el camino que surca el litoral, desde el Quert a la bahía de Alhucemas. Han de cogerlo las tropas en Sidi Dris y seguirlo hasta ponerse en Cabo Quilates (1); pero el adelantar de ese modo, con una comarca enemiga al costado, impone necesariamente precauciones. Es la primera tener seguros los enlaces con retaguardia; la segunda, cubrirse contra una acometida lateral. Si la jarca se adueña de Monte Abarrán, peligran las comunicaciones de Sidi Dris con el resto de la línea y quedan amenazadas de revés las columnas que desde Sidi Dris caminen por la orilla del mar hacia Cabo Quilates. De ahí el dilema: o se coge primero Yebel Abarrán, o se desiste del avance. ¿Se ve ahora el nexo de Monte Abarrán con los planes del Comisario? ¿Se comprende por qué no es su ocupación antojadizo arrechucho de Silvestre, antes bien necesidad impuesta por aquéllos? Desde que surge en Tensáman una rebeldía actuante, la toma de Aba-

(1) Véase el croquis, pág. 53.

rrán es imprescindible anillo en la cadena del plan que Berenguer bosquejó ante Eza en diciembre del 1920, y que en Marzo del 1921 nos llevara a Sidi Dris.

Mas Silvestre —el ciego, impetuoso e irreflexivo— conoce la dificultad que entraña moverse por allí desde el doloroso viaje del Comisario a Alhucemas. Por eso, ateniéndose a su norma —«realizar una penetración política, auxiliada por las armas en los casos necesarios»—, busca en los jeques de Tensáman aquel «franco y completo apoyo» que tuvo hasta abril, y dice a su superior que, si lo rehusan, prevé en las operaciones proyectadas «una serie de combates sangrientos» y que, de todas maneras, «hay que pensarlo mucho antes de efectuar un avance». Así, aunque logre la asistencia buscada, necesita «previa autorización» de Berenguer. ¿Está claro? Previa autorización.

Son justas las inquietudes dal mando ejecutivo. Lleva Silvestre mucho tiempo pidiéndoles en vano a sus superiores que alivien los apuros de la Comandancia general de Melilla. Nadie le escucha. Lo en que más hincapié hizo, creación del grupo de Alhucemas, yace arrumbado, aunque Silvestre diga cómo cada indígena que alistemos vale por tres soldados: uno que se ahorra España, otro que pierde el enemigo y otro que nos sirve contra éste. El proyecto duerme en los archivos de la Alta Comisaría, junto con los proyectos concernientes a recompensas para el Ejército de Africa y fundación de un ejército colonial, sometidos por las Juntas de Defensa a informe del señor Berenguer. No le dan pecunia para las necesidades políticas que engendra Abd-el-Crim con su conducta, y si consigue acudir a ellas en parte, es *con préstamos de la Comandancia de Ingenieros*, no muy boyante de fondos. En orden a pertrechos, mira faltar a sus tropas lo más preciso, desemejándose esto de lo que acontece en Yebala (1).

(1) Pueden los curiosos salir de dudas con los relatos de las operaciones desenvueltas por entonces en Yebala. El 5 de julio operaron contra Tazarut 12.000

Cansado de dirigirse en balde a su superior jerárquico, el 30 de mayo, a otro día de escribir la carta que hemos visto, dice al Ministro de la Guerra:

«Mi respetable y querido amigo: *En repetidas ocasiones, y por conducto del Alto Comisario, se han expuesto las necesidades de este territorio, para que el desarrollo de la actuación a que está obligada esta Comandancia General se desenvolviese con la eficacia debida.*

»El no haberse visto atendidas en los pasados tiempos, debió obedecer a la forma en que fué preciso ir legalizando la situación económica, pues acordes sus antecesores con la realidad de las deficiencias que era preciso subsanar, no se logró verlas corregidas. Confiaba en que al promulgarse los Presupuestos figurasen en ellos, o en las disposiciones para su aplicación, los recursos que han de aplicarse a las referidas atenciones; pero como hasta la fecha no tengo conocimiento de que se haya hecho y, más bien, *juzgando por la distribución asignada al material de Ingenieros* (1), es de temer pudiera continuar la actual situación, *agravada por la natural inutilización del material y el crecido aumento del territorio que desde abril último a la fecha se ha logrado,* me creo obligado *a reproducir a usted algo de lo solicitado,* para que vea lo fundado de las peticiones hechas, las cuales tengo la seguridad que deseará conocer íntegramente; mas juzgo del caso sea la Sección del Ministerio quien le presente completo el expediente, para que aprecie cuán justas, y hasta parcas, han sido las peticiones formuladas.

hombre, con 12 baterías. Ya veremos con qué elementos afrontó Silvestre la rota de Annual.

(1) La distribución correspondía al Comisario. Estos recursos eran el paño de lágrimas de Silvestre al producirse apremiantes necesidades de índole política. Hacíase tan absurda distribución, que del crédito de 20 millones otorgado a la zona en 6 de julio, diósele 50.000 duros a Melilla para caminos. Por esto no pudo convertirse en carretera la pista de Annual a Ben Tieb, factor poderoso en el desastre. Berenguer reconoce en su carta a Eza (4 de febrero del 1921) que el disponer él «de un remanente de fondos reservados del Ministerio de Estado», le permite «hacer algunos adelantos de dinero, que ampliamente utilizó la Comandancia General de Ceuta». La misma anómala distribución se advierte en los fondos secretos destinados a labor política.

»*Material de Artillería.*—Los 24 cañones de montaña, que llevan más de nueve años en continuo servicio de campaña, adolecen del natural desgaste, y conviene sustituírlos, así como debería disponerse en este Parque del material correspondiente a dos baterías de esta clase, para, sin pérdida de momento, poder en todo tiempo salvar la contingencia de reemplazar una batería ligera. Análogamente debería tenerse el material de una batería ligera, para lo que bastaría se remitiese por otros Parques cinco cañones de montaña y tres de campaña.

»Resulta escasa la dotación de artillería ligera, pues debía tener el grupo las tres baterías de que normalmente consta. Asimismo resulta muy perjudicial que estos grupos no tengan el escalón columna de municiones.

»*Material de Ingenieros.*—Por real orden de 17 de junio de 1919 fué aprobado el proyecto para el alojamiento de las fuerzas en barracones semipermanentes y desmontables, previniéndose que su presupuesto, importante 362.090 pesetas, fuese cargo al Material de Ingenieros, sin que se haya consignado nada ni figure siquiera en el adelanto comunicado por la Sección de Ingenieros; omisión que crea una situación difícil, al par que antieconómica, pues, por una parte, origina llegue el momento de tener que permanecer las fuerzas a la intemperie, y, de otra, a recurrir al alojamiento de tiendas que, aparte carecerse de ellas, supone un gasto de 1.000 pesetas por tienda, y este material puede decirse no dura más allá del año.

»*a)* Para obras de campaña se pidieron 375.000 pesetas y se consignaron únicamente 100.000, cantidad que casi resulta insuficiente para adquirir el material de fortificación más indispensable para las futuras operaciones.

»Y de este modo podría ir anotando y reproduciendo cuantos asuntos hubieron de incluírse *en el plan de necesidades a satisfacer,* dando origen a una muy extensa carta que, por mi parte, he de reducir, deseando no molestar su atención, aun cuando confío encontrará bien

justificado lo que haga quien, con este motivo, se reitera de usted afmo. amigo y subordinado. — *Silvestre*» (1).

¡Singular estilo para un hombre que nos pintan los mineros atropellando con todo, ensoberbecido por ciertas relaciones personales suyas! Y ¿qué demandas tenía pendientes de antiguo? ¿Qué era lo que «en repetidas ocasiones pidió por conducto del Alto Comisario?». ¡Misterio! Es costumbre hispana envolver en sombras los orígenes de las desdichas, y habitual que los muertos pechen con todas las culpas. Mas este escrito demuestra que así como exponía Silvestre delante de don Dámaso Berenguer la situación del territorio, decíale al Alto Comisario y al Ministro de la Guerra la situación del ejército melillense en vísperas de las operaciones proyectadas.

Y es hora de decir que el Estado Mayor Central, creado para preparar la guerra, no tenía acción ninguna en el territorio magrebino. Quitósela un decreto, y, desde entonces, cuanto competía a la obra militar marroquí fué privativo del Ministro de la Guerra, con su 5.° Negociado, y del Residente, con su Gabinete de campaña.

Así fué posible ir a entendérselas con las tribus más belicosas del Rif, sin material, sin tropas peninsulares aptas para el choque y sin dinero. ¿Por culpa de quién? Como si presintiese lo porvenir, había hablado Fernández Silvestre de «la dependencia en que se encuentran todos los organismos respecto del Alto Comisario, que es el que representa al Gobierno en Africa, y el que asume los más altos poderes, sin que se pueda hacer nada sin su aprobación».

(1) *Diario de las Sesiones del Congreso;* 25 de octubre del 1921.

CAPÍTULO VII

El zarpazo de Abarrán.

Desde que dispuso quien podía hacerlo que aquella primavera salvásemos la divisoria del Necor y el Amecrán —para ocupar el territorio comprendido entre Sidi Dris y cabo Quilates, al norte; el Amecrán y el Trifa, al sur, estudiáronse los medios de ejecución. Era conocido el territorio por referencias de los aviadores y de la policía; así, el jefe de ella, coronel Morales, propuso en la segunda semana de abril que ocupásemos un contrafuerte en la cordillera del cabo Quilates: el luego famoso Monte Abarrán, cuya cumbre surgía a setecientos metros de altura, al otro lado del Amecrán y bien visible desde Annual.

Fué imposible en aquellos días. Sobre estar los quintos en instrucción, vibraba Beni Uriaguel con las declaraciones del Comisario. Dogma irrevocable de éste no pedir refuerzos, dogma suyo servirse de «policía y *gums* para alcanzar el objeto con más facilidad y menores sacrificios», incluso se le negaba a Silvestre convertir en regimiento la Brigada disciplinaria, llevando a ella con algunos beneficios, los corrigendos de Mahón. Frustrábanle lo del grupo de Alhucemas, aunque se supiese que los Regulares, por su mayor estipendio y disciplina, eran más seguros que las otras instituciones indígenas. Tan sólo a últimos de enero dijo el *Diario Oficial* se organizasen con nombre «de Mías de contacto, números 14 y 15, dos nuevas Mías de policía indígena, que prestarán sus servicios en los territorios de Beni Tuzín y Tensáman, respectivamente». A mediados de abril estaban

formándose aún estos núcleos; no había, pues, elementos de qué valerse, y quedó aplazado ir a Monte Abarrán.

Teníase un proyecto del teniente coronel Dávila, jefe meritísimo de la Sección de campaña: establecernos con reciedumbre entre los tensamanes merced a una línea de tres posiciones, que abarcara desde zoco del Jemis de Tensáman a Monte Abarrán. Pero Silvestre, vacilante por la situación política del campo operativo, temeroso por la escasez de fuerzas y pésimo estado del material, seguro de que podía haber una «serie de combates sangrientos» sin «el franco y completo apoyo» de Tensáman, limitó el primer empuje, reduciéndolo a un sólo punto. Y ni aún ése, si los notables de la tribu eludían darnos asistencia o si negaba el Comisario su previa autorización.

En vez de operar con grandes masas —que tampoco había— y promover desde luego el choque con las concentraciones rebeldes, se atuvo al parecer que, según dicen, patrocinaba el comandante diplomado Villar: ponerse en Monte Abarrán por sorpresa, a las cuatro de la mañana, con efectivos indígenas y algunos cañones. Hoy dicen muchos que la cortedad de tropas y lo de la sorpresa fueron insignes locuras; mas, aparte de que el yerro fuese otro, ninguno de entrambos pormenores constituía heterodoxia en los métodos apadrinados por el general Berenguer. ¿No se tomó Xexauen merced a la habilísima marcha nocturna de Castro Girona, que fué a ponerse detrás de la urbe moruna? ¿No se reconquistó Sidi Salaj, en Yebala, mediante otro empuje nocturno?

«La jarca —escribe Berenguer (1)— no es madrugadora; pasa muchas horas de la noche discutiendo las menudencias de su política interior, haciendo cálculos sobre el futuro botín... oyendo relatar las hazañas de guerreros célebres, hasta quedarse dormidos ante las vacías teteras, atontados por los vapores del kif; nuestras

(1) General Berenguer: *La guerra en Marruecos*. Madrid, 1918, pág. 35.

columnas madrugan, casi siempre se ponen en marcha antes de ser de día...; cuando la jarca viene a darse cuenta, ya nuestras tropas han rebasado el sitio que se quiere fortificar...»

Y luego: «Todo lo cual induce a recomendar que se despliegue para el combate el menor número de gente posible, compensando su menor densidad por una dosificación muy estrecha en el terreno; manteniendo a retaguardia, perfectamente a cubierto del fuego, los elementos de que disponga, en condiciones de acudir al sitio amenazado en caso necesario, requisito que, además de facilitar el mando y la realización de una eventual maniobra, lleva seguramente a la economía de bajas (1)».

Acogida la idea, fué a Buimeyán el comandante Villar para darle redondeo y después acometerla, si asentía el Comisario y daban apoyo los jefes de Tensáman. Ofreciéronlo ellos cumplido, brindando una jarca que cooperase en el designio y, entre fórmulas de amistad, pactaron abastecer la futura posición mediante convoyes libres, es decir, de una acémila conducida por un moro. Esto, el 30. ¿Solicitó Silvestre la venia por radiotelegrafía? Permite suponerlo la rotunda aseveración de su carta. ¿Cabe otra cosa, luego de los temores que apunta y de escribirle a Berenguer que necesita su beneplácito?

Hay, además, otros motivos. Contra el plan aceptado militan opiniones valiosas. Morales, desde la aparición de la jarca, juzga oportuno envolver el macizo. Tampoco asiente Dávila a la toma de un puesto aislado. Y Fernández Tamarit, el talentoso teniente coronel de Africa, le dice «al general, al compañero o al amigo», nobles y agrias verdades sobre la situación y las operaciones. ¿No es lógico, pues, que quien escribe el 29 que «conviene pensarlo mucho» antes de operar en aquella

(2) Ibid., pág. 100. «—El sitio que ocupaba la posición —dice Berenguer luego de contemplar a Abarrán desde Sidi-Dris—, examinado a distancia, parece de buenas condiciones defensivas; su guarnición, lo suficientemente fuerte». (Carta al vizconde de Eza.) *Diario de Sesiones del Congreso;* 27 de octubre del 1921.

zona, busque confortativo en el asentimiento de quien le lleva a Monte Abarrán con sus planes? Y ¿por qué ha de negárselo Berenguer si estima que «militarmente es fácil» el conjunto de la operación sobre Alhucemas y que «nada hay que obligue a cambiar el juicio que se tenía?»

El día 1.° de junio, ya concentradas fuerzas en Annual, sale de allí, entre sombras, la columna Villar: Regulares, la Mía de Tensáman, la jarca adicta de tensamanes, ingenieros, cuatro piezas de montaña, veintidós artilleros. Silvestre queda en Annual, vigilante (1). Las tropas se deslizan en silencio por ásperos caminos de montaña, que convierten en quince kilómetros de recorrido los seis que dista Abarrán en línea recta. Van subiendo el fragoso contrafuerte, empujan los cañones, ya están en la cima. Ni un tiro. Ningún barrunto de alarma. Cuando clarea, trabájase en la fortificación hasta murar el recinto; uno de los frentes queda con parapeto bajo para poder batir un espacio muerto muy próximo.

Entra el día. Desde Annual, donde aguardan tropas de socorro, los prismáticos escrutan con inquietud el extenso cuadrilongo de la nueva posición. Se la ve tranquila, y con ello desaparecen temores y zozobras. Luego, parpadea el heliógrafo sobre el obscuro borde del cercado: «Sin novedad». De puesto en puesto llega a Melilla la alegre frase, brinca al telégrafo sin hilos y reaparece en la Alta Comisaría: «Se ha ocupado Monte Abarrán sin novedad». Y como el Comisario sabe que ha de irse allí, los periódicos madrileños publican el día 3 la siguiente nota oficiosa:

«El Alto Comisario participa al Ministro de la Guerra que el Comandante general de Melilla le anuncia que, de acuerdo con jefes de Tensáman, ha ocupado

(1) ¿Ocultó a su jefe la salida? «Es público en Melilla» —dijo el señor Prieto en el Congreso (27 de Octudre del 1921)— que Silvestre telegrafió en síntesis al Comisario, general en jefe: «Salgo á tomar Abarrán». Cierto. El Comandante general no hacía nada a hurto de su superior jerárquico. Podría resolver las dudas el Comandante Villar; pero ha muerto asesinado en Axdir, cautivo con el heroico Navarro.

Monte Abarrán mediante operación policía, habiendo alcanzado tal objetivo sin novedad.»

Con todo, por confusa intuición, manda Silvestre que la columna Villar continúe allí por si ocurriera algo; libre ya de recelos, toma el automóvil y regresa a Melilla. Mas, al punto de transmitirse la orden —es hecho público, notorio, demostrable—, núblase el sol; cuando pasa la nube, ha partido Villar con sus fuerzas. No le hallan. Precaviéndose de los jarqueños, soslayó el camino; retorna a campo traviesa, por abruptos abajaderos, y a vista de Annual despide a la jarca de tensamanes. Ha dejado allí al pie de 300 hombres: un tábor de policía, la Mía de Tensáman, cuatro piezas de montaña, veintidós artilleros y tres telegrafistas. Queda al mando de la posición el capitán Salafranca, de Regulares: a sus órdenes, el capitán Huelva, del mismo Cuerpo; los tenientes de Regulares don Vicente Camino y don Antonio Reyes; el de Artillería don Diego Fernández Flomestá, y el alférez don Luis Fernández.

Mientras, en la apacible serenidad del día, corre suelta la traicion. Tensáman está entendido con los de Beni Uriaguel. Sabe Abd-el-Crim que aquella primavera salvaremos la divisoria del Necor y del Amecrán y, ducho en topografía, enteradísimo de los lugares por donde es imprescindible pasar, ha tomado sus precauciones. La primera, es conchavarse con los de Tensáman, en cuyas tierras operaremos. Y en tanto que Berenguer comunica al ministro que «militarmente es muy fácil» llegar frente a Alhucemas, los de Tensáman, acordes con Abd-el-Crim, nos brindan ayuda, ponen su jarca a nuestra devoción y reiteran las seguridades de amistad: quieren que vayamos a Monte Abarrán, cuya importancia estratégica conoce el caudillo beniuriaguel, que discurre convertirlo en bárbaro cepo.

Al desprenderse Villar de la jarca «amiga», vuelve ésta a Monte Abarrán, pide cartuchos remington para ocupar una loma contigua, los recoge y, a poco, desde la contigua loma, abre vivísimo fuego sobre la posición.

Así una hora, dos horas, tres, casi cuatro. De repente, asoman por la otra parte nutridas masas de jarqueños. No vienen desperdigados, sino en oleadas de guerrillas; primero, una línea con intervalos; otra a cincuenta metros; después, otra, y otra, y otra. Disparan contra ellas los pobres Krupp, y allá enfrente rugen los Schneider enemigos, cuyos proyectiles desmoronan el parapeto. Óyese en el campo moro el crepitar de las ametralladoras, enfiladas contra nuestros cañones. Cae Huelva herido de muerte; Salafranca se desploma, inerte. También caen jarqueños; mas sus oleadas corren celerosas, llegan al barranco tendido al pie de la batería, y, aun cuando los Krupp disparan a cero, suben, suben.

Entretanto, sólo los regulares contienen al grupo traidor que sigue en el montecillo frontero. La Mía de Tensáman se agazapa sin querer disparar. Mas apenas escucha el cañoneo, o bien corre a abrirle paso al enemigo, o acomete a los regulares, matando a unos y dispersando a los demás (1); artilleros y telegrafistas huyen por las breñas, aunque únicamente hay cinco bajas peninsulares. Llegan unos a Sidi-Dris; otros 90 a Annual, y entonces, sólo entonces, saben allí lo ocurrido. Abarrán fué atacado a la una; cayó a las cinco.

«Desde las posiciones próximas —dice el Comisario (2)—, aunque se oyera fuego, no fué con aquella desesperada intensidad que caracteriza un combate violento, lo que seguramente hubiera sido comunicado al Comandante general durante su trayecto para regresar a Melilla.»

Silvestre se halla con la terrible novedad. ¿Qué hacer? Sin demora apercibe un rápido movimiento de fuerzas. La columna Fernández Tamarit que, en cumplimiento

(1) Casi todos volvieron después. Las bajas del tábor fueron: un capitán, dos tenientes peninsulares, el oficial moro Jaidra, dos sargentos, cinco cabos y diez y siete soldados muertos; dos sargentos, cuatro cabos y treinta y ocho soldados heridos. En total, 72.

(2) «En el sector de Ain Zoraj —dijo Berenguer desde *El Telegrama del Rif*, enunciando su plan de primavera— se hará alguna operación para extender el contacto con los puestos franceses.» También, pues, sabían los jarqueños de aquel lado a qué atenerse.

del plan que trazó el Comisario, espera en el zozo del Telata (Metalza) la orden de seguir hacia aquella Ain Zoraj, cuyos aledaños nos disputan los franceses (1), pasará a Annual, recogiendo en Ben Tieb cinco compañías de San Fernando. Para cuidarse del grupo rebelde que bulle por junto al puesto de Jachi Uenzga, establecido por Francia en nuestro Guerrau, deja Tamarit en el zoco cuatro compañías de Africa, a las cuales deben unirse otras dos procedentes de la ciudad, dos escuadrones de Alcántara, una Mía y una batería. De Beni Ulixex no puede sacarse un soldado; está insegura. Tampoco cabe mermar en un hombre la columna Araujo (seis compañías y una batería), asentada en Dar Quebdani y Canduchi (Beni Said). ¡Y ya no hay más tropas de qué valerse!

Según hace todas las tardes, sin faltar una, el Comandante general telegrafía al Comisario; después le escribe largamente. ¿Se queja? ¿Acusa? ¡Ay! Misiva y telegrama siguen bajo siete llaves en la Alta Comisaría; las Cortes no han querido verlos para conocer las raíces del desastre.

Entonces encarga Silvestre al segundo jefe, general Navarro, comunique a Berenguer lo que ocurra, y, anochecido, vuelve a Annual. Como la Alta Comisaría —¿no es cierto, señor vizconde de Eza?— invierte hasta cuarenta y ocho horas en reexpedir al Ministerio los partes de Melilla, España conoce el percance algunos días después. Pero una nota oficiosa, dada el 8 por el Ministro de la Guerra, adormece los temores:

«Es muy difícil —reza— precisar todavía las causas exactas que motivaron la defección ocurrida, que se atribuye a la jarca de Tensáman, *añadiendo el Alto Comisario que, como las noticias particulares han podido, por su exageración, ocasionar alguna inquietud, confirma la impresión optimista que comunicó ayer, estimando que nada ocurre que pueda ocasionar la menor*

(1) Comunicación al Ministro de la Guerra. *Diario de las Sesiones del Congreso;* 21 de octubre del 1921.

alarma, considerando la situación restablecida y sin ninguna repercusión en las cábilas.»

¿Era así? ¿Lo dicho por el Comisario al Ministro casaba con lo que Silvestre sugirió al Comisario contándole el suceso? Por inverosímil que parezca, sólo es conocida una porción microscópica de las comunicaciones cambiadas entre el Comandante general y el General en jefe, y aún porque en defensa propia la adujo ante las Cortes el vizconde de Eza. A tal minúscula porción corresponde el parte que dió Silvestre en 5 de junio, y es como sigue:

«Pérdida de Abarrán (1) *contraría momento* PROSECUCIÓN DEL PLAN A REALIZAR SOBRE QUILATES, pues, como *primera consecuencia que previ fué que se adhiriese Beni Tuzín a los Beni Uriaguel, como es segura defección de las fracciones de Tensáman que figuraban estando a nuestro lado, y probable repercusión* EN BENI ULIXEX, esto unido a circunstancia de no haberse presentado ocasión de contrastar de modo conveniente hasta qué punto fuesen ciertas las reiteradas manifestaciones de absoluta adhesión de BENI SAID a nuestra causa, por lo que *no convenía mermar las fuerzas asignadas a su zona*, ORIGINABA SITUACIÓN DELICADA, a la que procedí a hacer frente sin perder momento, trasladándome en la noche del día 1 a Dar Drius, donde di orden de suspensión operación sobre Beni Melis y se procediera a desplazamiento de fuerzas a Annual, adonde proseguí, acompañándome hasta Izúmmar general segundo jefe, a quien en el trayecto di instruccioues para que al día siguiente estableciese dos posiciones, con miras a dejar más garantizada comunicación Annual-Drius y línea que determinan posiciones Yebel Uddia y Yudait. Al salir de Melilla ordené al cañonero *Laya* zarpase con rumbo a

(1) *Diario de las Sesiones del Congreso;* 21 de octubre del 1921. Este comienzo del parte acredita hasta la saciedad que, antes, había dado cuenta Silvestre de lo sucedido. Tan es así, que el señor vizconde de Eza dijo en el Congreso (21 de octubre de 1921) que «EL DÍA 4 el Ministro de la Guerra solicitó del Comandante general de Melilla pormenores de LO OCURRIDO A PARTIR DEL DÍA 2». Como la pérdida de Abarrán fué el dia 1.°, es notorio que el 4 sabía ya Eza lo ocurrido en Abarràn.

Sidi Dris, adonde debía llegar a las cinco horas del día 2, pues supuse que la jarca intentaría atacar tal posición.»

Vuelto a Annual, Silvestre confía a Tamarit el mando y las obras de defensa ejecutables y, con aquel su innato fondo de nobleza, le dice en público:

«Este es el más antiguo, y por ello manda y todos le obedecerán. Además, es el que puede hacerlo mejor, porque a mí mismo, a su general, me ha enseñado, advirtiéndome errores y profetizándome consecuencias que han sobrevenido. Es el único que ha sido leal, y este ejemplo basta para desacreditar nuestros sistemas, que dejan en la obscuridad a hombres así.» Se prepara todo aguardando a los rebeldes...

No son vanos temores. Al siguiente día embiste Si-Mojand contra Sidi Dris y, durante treinta y seis horas, los 148 hombres del heroico comandante Benítez, sostenidos por el *Laya*, sufren victoriosos la arremetida. A la postre los jarqueños de Abd-el-Crim tienen que retirarse; dejan en las alambradas, adonde llegaron distintas veces, medio centenar de cadáveres. El alférez del *Laya*, señor Lazaga, mozuelo imberbe, se ha cubierto de gloria; desembarcó con sus dos ametralladoras, arrollando a los moros, y en Sidi Dris estuvo con la artilleria, al quedar herido el teniente Galán, que la mandaba.

Oigamos al propio Silvestre. Continúa el parte que más arriba comenzamos a reproducir:

«Llegado a Annual, fuí viendo irse confirmando mis impresiones, recibiendo noticias de la incorporación a la jarca de los benituzín y tensamanes, así como atacar la jarca a Sidi Dris, posición que, por el momento, a causa de su estado de defensa y guarnición que la constituye, recursos de que disponía y presencia del cañonero en la rada, desde la que puede contribuír eficazmente a la defensa, podía mantenerse ínterin organizábase en Annual, como base, los elementos necesarios para, haciendo frente a la situación, complicada con la celebración del zoco de Tensáman, poder asimismo acudir en auxilio de dicha posición, sin perjuicio de auxiliarla indirectamente iniciando unos intentos de avance

hacia allá, sin pasar del amago, pues fué advertida presencia fuertes grupos jarca en las estribaciones septentrional y occidental de Talilit (1), y fuerzas que consideraba necesario concentrar en Annual no llegarían a ese punto hasta el atardecer.

»Personalmente expuse a Caddur Amar, presente en Annual con la reducida jarca que se le había fijado, haber llegado el momento de demostrar la adhesión de su cábila, respondiendo en el acto que acudirían al día siguiente de la cábila a Sidi Dris, no haciéndolo en el día por imposibilidad llegar a tiempo y no ser posible marchar en el acto con el reducido contingente de que disponían. La gallarda conducta de Sidi Dris y bizarría con que rechazó al enemigo, infligiéndole numerosas bajas, unido a concentración de fuerzas que venía efectuándose sobre Annual, ha desconcertado al enemigo, que fué a concentrarse en los montes de Tensáman y, muy visiblemente, en Abarrán, sin que durante nuestro avance, estancia en Talilit y repliegue se desplegasen de su estacionamiento.

»Nuestra actitud y movimiento de fuerza *parece ser* ha causado favorable impresión a nuestra causa, desapareciendo ciertos recelos que infundían miedo (demostrado por los jefes de Beni Ulixex), y reaccionando poblados de Tensáman situados margen derecha del Amecrán, en zona Annual-Sidi Dris, que están ya sujetos con la posición ayer establecida; reacción que también se inicia en fracciones antes acordes con nosotros, pues anuncian vendrán jefes a conferenciar, y ayer se me presentó en Talilit el Tujami, de la fracción de Beni Buidin, acompañado de cheijs; pude comprobar ayer que contamos con la leal sumisión de Beni Said, que acudió a Sidi Dris, adonde llegó a las seis horas, y a mediodía continuó la jarca de esta fracción a Annual, donde ha pernoctado, demostrando sus deseos de intervenir activamente. Eso permite disponer de la columna de Queb-

(1) Decíale Silvestre, en plata, que el enemigo cortó las comunicaciones con Sidi Dris.

dani, mejorando situación, la cual conceptúo DELICADA TODAVÍA, a causa de *habérsenos puesto enfrente Beni Tuzín y tener que considerar en todo momento como desafecto a Tensaman*».

No; no se fía. Sabe que la jarca está pomposa con su fácil triunfo de Abarrán, y, como lo conoce, para dar fortaleza a sus quebradizos enlaces, ocupa Talilit, a retaguardia del camino Annual-Dar Drius; erige las posiciones A y B, a la entrada y salida del desfiladero; guarnece a Cudia Igueriben sobre un barranco que, frente a Izúmmar, torna más vulnerable la comunicación de Annual con sus centros de abastecimiento. Mas tampoco ve seguras las cosas, porque aun estudia mejorarse con otra línea de posiciones avanzadas, *trasladando el frente a lugares de más valor estratégico y táctico.*

»*Cualesquiera* —prosigue Silvestre— *que sean las manifestaciones que puedan hacer* (los de Tensáman), *como consecuencia conceptúo necesario* PROCEDER PAUSADAMENTE al desarrollo de nuestra acción, que pienso encauzar ocupando sucesivamente posiciones que, encarnando con nuestra actual línea, dominen Axdir (1) y Zoco Jemis, así como otras que enlacen con Sidi Dris y que situadas en el sector determinado por *el río Brajín y el Amecrán*, dominen los poblados de Tisinoira, envolviendo Abarrán y Zoco Telata de Beni Tuzín, *completando acción de estas dos líneas con ocupación meseta existente sobre orilla izquierda del Amecrán*, desde la que ejerce acción sobre el valle de Ixeman, en Sidi Yacub y Abarrán, todo ello sin perjuicio de atender al frente de Yebel Uddia-Tafersit y Midar, para impedir acción que Beni Tuzín pretendiera desarrollar poblados».

Es un plan lógico, pues se ha visto ser muy frágil nuestra línea con un desfiladero a la espalda, otro en

(1) Este Axdir es lugarejo contiguo al Zoco del Telata de Beni Tuzín, junto al Amecrán. El río Brajín nace *junto a Igueriben, contornea la Loma de los Arboles* y va al Amecrán. Todas las posiciones que Silvestre conceptúa indispensables, para fortaleza del frente y enfrenar al enemigo, están paralelas a nuestra línea, y no muy lejos. Véase el croquis, pág. 53.

derechura a Sidi Dris y, frente por frente, otro más: el collado de Tizzi Assa, admirable camino cubierto para Abd-el-Crim. Ya veremos quién y cómo hizo imposible mejorar el frente y darle sólidas condiciones defensivas.

CAPÍTULO VIII

El irreflexivo y el prudente.

APENAS acaban de transmitir el parte antedicho, cuyo valor histórico es enorme, cuando notician a Silvestre que el Comisario acude a Sidi Dris en el *Princesa de Asturias.* Corre en su busca. Y allí, a vista de Abarrán, conferencian el 5 largamente.

¿Qué se dicen? Silvestre lleva los temores y esperanzas, los planes y noticias que acabamos de ver; pero lleva, sobre todo, la lección de lo ocurrido. Si en 29 de mayo avisaba a su jefe esperarnos «una serie de combates sangrientos» como Tensáman se uniera con Beni Uriaguel, ¿qué no ha de expresarle después del zarpazo de Abarrán, que une a las dos cábilas?

Si, anteriormente, quiso y no pudo remediar la penuria de tropas mediante el Grupo de Regulares de Alhucemas y transformando en regimiento la Brigada Disciplinaria, ¿qué no enunciará al ver que merced a la oposición de su amigo Dámaso tiene por todo recurso las tres flacas columnas sobredichas? Si, «en repetidas ocasiones y por conducto del Alto Comisario», señaló las necesidades de su Comandancia y aun fué en súplica al Ministro de la Guerra, ¿qué callará cuando ha perdido cuatro de los cañones cuya sustitución pedía, algunas ametralladoras y buena copia de cartuchos? Si en 20 de marzo pide pecunia para poder cerrar las cuentas de fin de ejercicio y escribe al Ministro de la Guerra: «Usted

comprenderá que sin recursos no hay avances» (1), ¿qué no sugerirá en junio, cuando, por falta de fondos, van *con cinco meses de retraso las atenciones militares y políticas* de la Comandancia, imponiéndole abrir la mano en licencias y permisos?

La versión oficial de la conferencia, transmitida por el señor Berenguer al Ministro de la Guerra, es como sigue:

«El Comandante general de Melilla considera la situación restablecida en el frente de Tensáman y algo obscura en Beni Ulixex, en Tafersit. Los de Beni Tuzín han empezado a mostrar algún desvío; pero todo esto no es inquietante. En Tensáman está rebelde por completo. Beni Ulixex vaciló en los primeros momentos; pero parece asegurado. Desde luego, las comunicaciones en el frente están aseguradas. Beni Said, completamente leal, demostrándolo con su apoyo. En las cábilas del interior parece no haber repercutido el golpe. En el zoco del Telata de Ulad Bu Becquer, no sería extraordinario se formase jarca. En resumen: la situación en conjunto, *según el Comandante general,* es delicada y requiere adoptar precauciones y proceder con cautela. *Por mi parte, no veo en la situación nada alarmante*» (2).

Nada más. De mejorar el frente operativo, ni palabra. De refuerzos, ni jota. De las angustias pecuniarias, ni mención siquiera, aunque constituye temeroso peligro deber cinco meses a las fuerzas indígenas. Tampoco, alusión ninguna a necesidades de material. Sólo ese insospechado contraste último: Silvestre, el imprevisor, el irreflexivo, juzga delicada la situación y pide cautela; Berenguer, tan ponderado y prudente, no ve en la situación nada alarmante...

Pero, ¿es que, en realidad, no hubo allí otra cosa digna de ser comunicada al Ministro y tan importante, que el propio día 5 marchaba a Madrid, con instrucciones de Silvestre, el general Navarro, segundo jefe de la Co-

(1) *Diario de Sesiones del Congreso;* 25 de octubre del 1921.
(2) *Diario de Sesiones del Congreso;* 21 de octubre del 1921.

mandancia? Melilla entera cree que sí. El entonces jefe del Estado Mayor Central, don Valeriano Weyler, estima lo mismo. «Después —declara (1)— de la conferencia habida a bordo del *Princesa de Asturias*, a la que concurrieron los generales Berenguer y Silvestre, en que éste *pidió fuerzas con insistencia, que le fueron negadas*, se derivan graves responsabilidades».

No podemos saber tanto como el señor Weyler, quien, por su destino, conocía esas y otras interioridades; nos es forzoso reducirnos a los documentos que el señor vizconde de Eza tuvo a bien sacar a luz, porque los demás siguen ocultos para los españoles; sin embargo, basta con el parte del día 5 para probar que Silvestre pidió refuerzos y no los tuvo por obra del Comisario.

Lleno de prudencia, según vimos, el Comandante general de Melilla propone ahí «proceder pausadamente» a modificar la línea, adelantándose a parajes de mayor importancia estratégica y política. Mas exige algo:

«Todo ello —expone— requiere asegurar previamente disponer de elementos, cuales son tiendas individuales, que reiteradamente solicité, envío de cien tiendas cónicas; reforzar unidades Telégrafos, singularmente la de campaña, fin disponer de veinte estaciones ópticas, más que remesen los proyectiles para cañones de montaña, y que se cubran en el acto las bajas de ganado que existen y puedan producirse, para lo que debía establecerse un depósito de ganado en Melilla, y remesa de los créditos solicitados; además de esto, *que se resuelva la creación del Grupo de Regulares pedido y se autorice la organización oficial de una jarca, que mandaría Alal-Mijan.* No obstante de lo expuesto, *como inactividad en actuales momentos sería perjudicial, aprovecharé, si V. E. me autoriza,* cuantas coyunturas se me presenten para ir desarrollando este plan (el de mejorar su línea) en tanto, cuanto, donde, si (2) los elementos cuyo rendimiento intensificaré; pero me permito

(1) Declaraciones a *La Correspondencia de España;* 4 de enero del 1922.

(2) Notoriamente falta aquí algo; quizá dijo Silvestre: si *se me conceden los elementos*, etc. Sabemos que existe otro telegrama, que comienza: «Como, por situa-

significar a V. E. necesidad de que Gobierno resuelva con urgencia concesión de créditos.»

¡Con urgencia! No, no hay prisa. Berenguer vuelve a Tetuán el mismo día 5 y transmite su versión de la conferencia. El 6 no enuncia nada de las peticiones; pero, en cambio, telegrafía al Ministro: «Como las noticias han podido causar inquietud, estimo puede considerarse la situación casi restablecida y que actualmente nada ofrece que pueda ocasionar alarma ni inquietud, quedando en ampliar informes por carta.

Al cabo, escribe el 8 a Eza. Acompaña aquel parte donde se le piden refuerzos, y anota:

«Todas las peticiones que hace el general Silvestre en su telegrama deben ser atendidas. Ahora bien; *yo creo que debía esperarse el resultado de las operaciones de Beni Arós, que quizá nos permitirá, si es completo, poderle enviar uno o dos tábores; en todo caso, esta creación, de llevarse a cabo, debería de compensarse con la desmovilización de algunas Mías de frontera. En cuanto a la jarca de Alal Miján, procedería también compensarla con algo de las Mías.* Por el momento, y con más razón no abordándose por ahora el problema de Alhucemas, estimo que *Melilla tiene fuerzas suficientes, tanto europeas como indígenas* (1).

¿Está claro? Así como Silvestre juzga delicada la situación y Berenguer la estima poco alarmante, el Comisario, contra la creencia del Comandante general, dipu-

ta haber en Melilla tropas suficientes. Y mientras el «irreflexivo» pide un Grupo de Regulares y una jarca adicta con que reaccionar frente a los engreídos jarque-

ción delicada del frente, una vez ocurrido lo de Abarrán, no pueden esperarse avances por acción política, sino con combates sangrientos, necesito, etc.»

Nótese que Silvestre solicitaba, no un tábor y una Mía, como dijo el vizconde de Eza a los diputados, sino un Grupo de Regulares, que consta de tres tábores (unidades equivalentes al batallón) y de tres escuadrones. Además, solicitaba la creación de una jarca oficial, análoga a las dos que tenía Berenguer.

(1) *Diario de Sesiones del Congreso;* 21 de octubre del 1921. ¡Lo que va de ayer a hoy!

ños, mejorando la endeble línea de posiciones, el «cauteloso» decide que no se aumenten los efectivos y sobrevenga por ello la inacción.

Y ¿en qué funda el señor Berenguer su incomprensible criterio, que nos empuja a la catástrofe? ¿Por ventura en buenas noticias? No. El 7 ha habido que ocupar a Cudia Igueriben porque los jarqueños amenazan con interceptarnos el camino de Izúmmar a Annual. Y el propio optimista Comisario escribe a Eza:

«Había que contar como seguro, y ya las noticias de hoy lo confirman (día 8), que el enemigo concentraría fuerzas en Tensáman, ya que no hay mejor reactivo que la exhibición de algunos trofeos en los zocos. En telegrama recibido del Peñón se notifica la marcha del xerif Sidi Jamido de Senada, con la gente de Beni Itef, en aquella dirección, así como de muchos bocoias y de las fracciones de Beni Adalá y de Beni Jadifa, de los Beni Uriaguel, que hasta ahora habían permanecido a la expectativa. También de Alhucemas notifican una gran concentración en los poblados próximos á la playa, en que hacían las descargas clásicas de cuando se reciben los nuevos contingentes.»

Si la situación ofrece más peligros que al pedir Silvestre *núcleos de choque* por creerla «delicada»; si en la propia misiva reputa «muy probable» el General en jefe «una reacción del enemigo envalentonado»; si, por contera, añade que la comunicación de Sidi Dris con el Mediterráneo es «fácil de cortar si el enemigo se lo propusiera, sobre todo de noche», ¿cómo justificar su actitud contra la previsión del subordinado suyo? ¿No es eso, «mutatis mutandis», lo mismo de Monte Arrui?

El vizconde de Eza manda a Melilla 20 ametralladoras, estaciones ópticas, y apercibe el envío de tiendas cónicas e individuales. En lo otro, dícele al Comisario: «Respecto a creación Grupo Regulares y Mía policía, lo dejo por completo a determinación de V. E., que fijará forma y momento de llevar a cabo estas creaciones, para lo cual sabe que nada tengo que objetar». El Comisario se salió con la suya. Y Weyler acierta

cuando dice que de ahí «derivan grandes responsabilidades».

¿Y de los proyectiles para artillería de montaña que pide Silvestre? El vizconde de Eza no ha tenido a bien decir cuántos se remitieron. Mas algo supone que ¡el 19 de julio! recuerde el Comandante general que tiene cursada la propuesta de pedido (1) y reclame 30.000 granadas y 20.000 espoletas.

Frente al optimismo de quien debía ver, oír y entender, Silvestre se desespera; mas se precave. Porque conoce la endeblez del frente que le impiden corregir, agota en sus posiciones el material que tenía apercibido para las otras siete con que pensaba asegurarse. Como le es imposible, por la actitud del Comisario, poner a Sidi Dris en segunda línea y convertirlo en centro de abastecimiento, tiene que darle trazas de camino militar a la pista que media entre Ben Tieb y Annual. Es labor formidable. Tanto, que aunque acuden a ejecutarla casi todos los zapadores, con 200 moros para mover tierras, no se logran pendientes máximas menores del 10 por 100. ¿Consecuencias? Que desde Ben Tieb a Izúmmar sólo pueden pasar los cuatro camiones ligeros, con una tonelada de carga. En esos cuatro vehículos ha de llevarse víveres, municiones de fusil y artillería, así como evacuar los heridos en caso de lucha. Unicamente la leña va a lomo de camello.

El Comandante general agrupa a varios jefes, y habla con rudeza: «Señores: me han tratado a puntapiés; me niegan los refuerzos que pedí; tenemos, pues, que hacer por redaños lo que haga falta.» ¡Lo que haga falta! Van a peores las nuevas que todas las tardes telegrafía y las que desenvuelve en cartas políticas. Aumenta el hervor en las tribus rebeldes. Llevados de zoco en zoco los cañones de Abarrán, deciden a los vacilantes en provecho

(1) El vizconde de Eza reconoce que hubo tal propuesta de pedido; mas calla la fecha en que se formuló. (*La Epoca;* 29 de junio del 1921.)

de las jarcas, adonde afluyen cabileños de todo aquel litoral que, según el Comisario, esperaba gustoso la ocupación española. Individuos extraños recorren la zona sometida, so color de religión (1). La forzada quietud y notoria flojedad de nuestros efectivos, engríen a los contrarios.

Cuanto ve y luego telegrafía a Tetuán el lugarteniente de Berenguer, lo ven y telegrafían desde Alhucemas y el Peñón; lo ven y refieren testigos imparciales:

«Aquí —dícenle desde Melilla al señor Maura (2)— se esperan acontecimientos, porque los moros se disponen, al parecer, a atacar nuestras posiciones; se están instruyendo militarmente en la táctica europea, tal vez bajo la dirección de oficiales extranjeros. Y como nuestras tropas son tan reducidas, no sería de extrañar que hubiera algún fracaso.»

Todo va a malas, mientras el mando supremo lee desdeñoso los informes de sus subordinados:

«A nuestras manos —anota *La Epoca* (3)— han llegado algunos testimonios que prueban cómo en el mes de junio ya había quien veía en la actitud de los moros una seria amenaza. A la vista tenemos ahora unas notas enviadas a Madrid por un agente minero, en las que, exponiendo hechos, descubre graves peligros.

»Es una del 14 de junio. Dice en ella que el día 6 llegó con el Comandante general a la nueva posición de Tensáman, Igueriben. Por la parte de Ain Zoraj había llegado una jarca de Gueznaya y de Beni Tuzín, con la idea de provocar un movimiento entre los metalza del sur, movimiento que no se manifestó, aunque sólo la presencia de esta jarca creaba una dificultad.

»Al llegar a Dar Drius por la mañana temprano —dice

(1) *El Imparcial* del 21 de julio publicó este despacho: «Melilla, 20.—Desde hace varias semanas viene llamando la atención la presencia en los zocos de la zona ocupada de un anciano indígena, que lleva pendiente del cuello largo rosario. Se hace pasar por santón, y recorre Africa haciendo una cuestación para fines religiosos.» El hecho tenía importancia, después de los manejos de la Cofradía Alauita; pero estaba tan ordenado no entrometerse en asuntos religiosos...

(2) *La Libertad;* 3 de agosto del 1921.

(3) *La Epoca;* 30 de agosto del 1921.

el agente en su nota— tuvimos noticias de que durante toda la noche los enemigos habían tiroteado la posición, lo que indica el estado de espíritu de los metalza o, por lo menos, de los uladixú. Después del suceso de Abarrán la situación ha variado considerablemente y el espíritu de las cábilas, de pacífico, se ha vuelto revoltoso, y hay que tener cuidado con los mimos de los beniulixex y benisaid, trabajados por emisarios enemigos.

»Los benituzín, que parecían completamente amigos, han aceptado que los beniuriaguel reforzaran la jarca del zoco de Telata de Eslef, interceptando el paso por allí. Los enemigos se han situado en Iyarmauas, Axdir y Amesauro, a poca distancia de la posición de Igueriben, recientemente ocupada. Además, el paso de Tizzi Assa está ocupado por una guardia de ciento cincuenta hombres, que, según referencias, tiene por objetivos hostilizar las posiciones de Yebel Uddia y la del paso del Maaref, apenas la jarca entre en contacto con la fuerza de Igueriben. En realidad, hoy día, todos los pasos para ir a Beni Tuzín están guardados por el enemigo, lo que vuelve imposible hacer excursiones provechosas en esta cábila. Es imposible que las medidas tomadas por el Comandante general obtengan que la jarca de Beni Uriaguel, que se halla en su totalidad en territorio de Tensáman y Beni Tuzín, se retire.»

Silvestre lo sabe, lo participa; pero, ¿qué le cabe sino avenirse? Es su jefe quien no se inquieta por lo que ocurre.

Ya vimos lo propuesto en 5 de junio por el Comandante general, y cómo lo malogró el Residente; pues bien: ahora precisa decir que tal malogro nos fué funesto. Para querer afirmarse en algunas posiciones inmediatas a la línea delantera, Silvestre adujo dos motivos fundamentales que, rechazados por su superior, trajeron aciagas consecuencias. Uno, ser «peligrosa la inactividad en los actuales momentos»; otro, convenir el envolvimiento de la comarca, que por su configuración constituía temeroso peligro para nuestra línea. Al pensar en

posiciones aseguradoras de ésta, proyectaba unas entre el río Brajín y el Amecrán, es decir, entre Buimeyán, Annual e Igueriben; concretamente, en la Loma de Sidi Brajín o de los Arboles, sólido punto de acometida contra Igueriben, hacia la cual prolonga sus estribaciones, interponiéndose entre ella y Abarrán.

Forzados a permanecer quietos cuando la actividad era obligatoria, pronto padecimos aciagas resultas. Al calor de nuestra quietud, la jarca (que había pasado el Amecrán en la primera semana de junio, poniendo sus reales en el caserío de Ait Mesauro, al sur de la Loma de los Arboles y frente a Igueriben, por lo cual hubo que tomar esta posición), dió muestras de vida. Certeros tiradores suyos molestaron desde entonces continuamente el servicio que, para proteger la aguada de Buimeyán, se ponía en aquel montículo desde 1.° de mes y que estaba encomendado a las 6, 8, 10, 11, 13, 14 y 15 Mías (unos 700 hombres, casi todos los aprovechabies), con los capitanes Capablanca, Fortea, Carrasco y Jiménez Ortaneda.

Así las cosas, el 16, a las seis de la mañana, el barón de Casa Davalillos recibe en Annual noticias graves de Buimeyán. El jefe del sector de Policía, comandante Villar, demanda permiso para suspender la descubierta en el cerro susomentado, distante tres kilómetros del frente, así como que Igueriben, Annual y Buimeyán cañoneen un bosquecillo de la altura, donde los confidentes saben haber numerosos jarqueños ocultos. Es juiciosa la advertencia y duda Navarro entre dos contrarias normas: de una parte, militan órdenes que prescriben rehuír encuentros; de otra, está darle mayores ánimos a Abd-el-Crim, en demasía engreído con la inacción que impone Berenguer. Al cabo opta por lo más peligroso: hacer la descubierta como de costumbre, cual simple labor de Policía.

Sin apoyos ni sostenes avanzan los soldados marroquíes con sus capitanes. De súbito, una descarga siega 75 hombres de tropa: están los jarqueños al borde del arbolado y entre el ramaje; tiran con tal certeza, que

hacen retroceder el centro y en pos suyo las alas, huérfanas de apoyo. Con un 33 por 100 de bajas en algunas unidades, se recoge la Policía a un alcor frontero, en la orilla derecha del Amecrán, al SO. de Annual, y allí sigue disparando, abastecida de cartuchos por elementos del Parque móvil. Transcurre una hora, y dos, y tres sin que Navarro se atreva a dar índole de combate a la escaramuza. Incluso teme que los cañonazos acusen la importancia del choque. Un capitán artillero que ayuda con algunos shrapnels a los policías, sufre áspera regañeta: aquellos disparos pueden oírse en Tetuán, y Tetuán exige absoluto reposo en Melilla...

Al fin, por vista de que el enemigo aumenta mucho y cubre todo el frente de la loma, en extensión de ocho kilómetros, decide Navarro salga una columna de apoyo, regida por Núñez de Prado. Fórmanla el Grupo de Regulares (dos tábores con ametralladoras y tres escuadrones, al mando de los capitanes Gómez Iglesias, Del Rosal, Sánchez Noé y Moreno Guerra, de Infantería; Cebollino, Guzmán y García Margallo, de Caballería), una compañía de Ceriñola, cuatro cañones de montaña y elementos del Parque móvil y de Sanidad. Pero como ha de evitarse empresas difíciles, se manda al jefe que no acometa a fondo, sirva de sostén y dilate la línea por el costado izquierdo.

Este mandato, fruto de las deplorables directivas tetuaníes, impidió quizá obtener todo el provecho que hubiera podido alcanzarse con una ofensiva violenta, a propósito para desmoralizar la jarca. Comoquiera, Núñez de Prado, admirable de bravura y luces, arrolló a la morisma y se hizo dueño de excelente posición, llave de la loma, con que puso freno a la acometividad rifeña. Reforzado así el centro, que recibió las ametralladoras y la batería; firme la derecha en magníficas posiciones naturales, cesó el peligro de un descalabro absoluto. Y a las seis de la tarde, después de un día de fuego ininterrumpido, púdose efectuar la retirada al amparo de las columnas de Africa y Ceriñola y merced a rudo cañoneo de las dos baterías de Igueriben, más una de

posición y otra de montaña puestas en Annual. Los contrarios sólo arremetieron con energía por la derecha, hacia Buimeyán.

Hubo 56 heridos: el teniente de Policía indígena don Martín Elviro, cinco soldados peninsulares y cincuenta moros; los muertos fueron doce. De la intensidad del rebate dan noticia 3.000 disparos de cañón, pese a la economía inicial, y 220.000 de fusil. La jarca, que fué, si cabe, más pródiga en consumir cartuchos, salió del encuentro con una experiencia: que si la arrollaban los Regulares, dominaba ella a la Policía.

Desde entonces, para suprimir choques que perturben la serena majestad de lo proyectado en Beni Arós, no se pone servicio en la Loma de los Arboles, que queda por Abd-el-Crim, capacitado de tal suerte para desenvolver sus planes contra Igueriben. Y Buimeyán, que pierde así su aguada, necesita remediarse en la de Annual; sus convoyes echan por otro camino de rodeo, evitando la fusilería rebelde.

Ante aquel otro aldabonazo —del cual da parte sin demora—, el infeliz jefe del territorio de Melilla manda a Madrid un su íntimo, capitán de Artillería, para que refiera cuanto ocurre y solicite en su nombre, confidencialmente, el envío de una división reforzada. «Sabe el señor vizconde de Eza —dijo en el Congreso el señor Bastos, irreductible impugnador de Silvestre y aun inferimos que un poco deudo de don Dámaso Berenguer (1)—, que el general Silvestre envió emisarios para tratar de obtener la división reforzada, aquella división reforzada de la que tanto se habló aquí, y que dió lugar a la protesta de S. S., diciendo que no sería enviada a Marruecos.»

Es verdad. Verdad tremenda. El Comandante general de Melilla quiere impedir la catástrofe y no puede. Su mensajero, el capitán de Artillería, va de puerta en puerta mendigando aquel socorro de hombres que hubiera evitado 8.000 muertos, la pérdida de todo el ma-

(1) *Diario de Sesiones del Congreso;* 2 de noviembre del 1921.

terial de la Comandancia y un gasto de centenares de millones. Nadie le escucha. ¿No dice el General en jefe que la situación es tranquilizadora? ¿No asienta que Melilla tiene los efectivos necesarios?

Y mientras la víctima, para simular refuerzos que enfrenen al enemigo, hace desfilar por la plaza de España, al mando del coronel Manella, una lamentable columna de oficinistas, ordenanzas, asistentes, individuos del Orden Público y agregados a la Capilla Castrense; mientras guarnece posiciones como Bátel con una veintena de escribientes, la jarca recibe un nuevo estímulo, el que le da en 1.° de julio una nota oficiosa de Guerra:

«Al tener conocimiento el Ministro de la Guerra del rumor acogido por la Prensa de la mañana, que supone inmediato el envío a Marruecos de una división orgánica, se manifestó extrañado de tan *absurda noticia* y aseguró que para proseguir *con la misma brillantez que en la actualidad* la acción político-militar encomendada a nuestro ejército en Africa, bastan las fuerzas que el Alto Comisario tiene actualmente a su disposición, desmintiendo de un modo rotundo y categórico que el Gobierno haya pensado en enviar a Marruecos ninguna nueva unidad, siendo, por el contrario, constante preocupación del Ministro, en toda la etapa de su gestión, aumentar los contingentes voluntarios, tanto indígenas como europeos, para poder con esa base licenciar el mayor número posible de los soldados de aquella zona que se hallan en el tercer año de servicio.»

Abd-el-Crim pudo restregarse las manos, loco de contento: ¿qué más podía apetecer? Y la «fatalidad», esa fatalidad que mira con enojo la obra hispana en el Rif, también dió zapatetas de júbilo: ¿podrían deparársele enemigos mejores? En su alborozo, ni siquiera oculta planes. El 14 de junio, María Ocaña escribe desde Orán a un su hijo, destacado en Zeluán: «Por aquí circulan malas noticias del campo de Melilla y para en breve se anuncian graves acontecimientos» (1).

(1) Entre las ruinas de la alcazaba hallamos los corresponsales de guerra dicha carta. Quedó en manos del redactor del *A B C* señor Pugés.

¡Y tan graves! Otra jarca sube desde el territorio que nos disputa Francia junto a su zona, hinche el núcleo rebelde asentado en Tensáman y cae sobre los cabileños amigos de España (1). Corre el zoco del Telata de Bu Becquer, arruinando a nuestros parciales, acude al zoco del Sebt de Ain Amar (Ain Zoraj) y la emprende a tiros con los que nos guardan devoción, sin perdonar a uno solo de los con quien tenemos tratos. Crecen las guardias puestas delante de Buimeyán, Igueriben e Izúmmar, que tienen continuo paqueo. Aumentan los dos núcleos mayores, distribuídos entre los casares de Ait Mesauro y Uxauen, que reciben continuamente bombas de nuestros aeroplanos, cual ocurre a otras décheras de Beni Uriaguel. Beni Ulixex, trabajada por misteriosos emisarios, se une con Abd-el-Crim y en 24 de junio quiere copar a 40 hombres de la 13 Mía, los cuales, junto a Yebel Uddia, custodian el camino que construyen los ingenieros *entre Ben Tieb y Annual*, única línea de comunicación del frente. Por dicha, una confidencia nos permite parar el golpe. A las dos de la mañana se transmiten órdenes y sin demora parte allá una columnita mandada por Núñez de Prado. No son muchos: un tábor y un escuadrón de Regulares, una compañía de Africa, ocho ametralladoras y 15 cargas del Parque móvil de Artillería. Con esto y algunos blocaos se conjura la amenaza de envolvimiento para las posiciones de primera línea. Pero es otro aviso. Y aquella misma noche se le comunica al Alto Comisario.

Sí, todo anuncia los graves sucesos que barruntan los de Argelia; todo, menos las comunicaciones del Alto

(1) El marqués de Valderrey contó en el Congreso lo siguiente: «En una ocasión supimos que los moros de la zona francesa pretendían una invasión (en el Guerruau). El jefe de aquella región, llamado El Mir, al ver que se trataba de invadir una parte de su cábila, dijo que no lo consentía. El Mir libró una batalla contra los moros de la zona francesa que se querían apoderar de aquel territorio, los venció, y los moros franceses tuvieron que repasar sus límites. Sin embargo, desde hace nueve meses, hoy, en el mismo sitio donde los moros de la zona francesa libraron la batalla en que fueron derrotados por El Mir, hay un puesto francés, en punto sumamente estratégico.» (*Diario de Sesiones del Congreso* 15 de noviembre del 1921.)

Comisario al Gobierno. Para él seguimos en el mejor de los mundos. Silvestre ve visiones; no hay nada alarmante en las cosas de Melilla. Así, apenas coge los periódicos que susurran enviarse al Rif una división reforzada, fulmina otra nota, que dan el 4 de julio en el Ministerio de la Guerra, y dice:

«El Alto Comisario participa al Ministro de la Guerra lo siguiente: La Prensa llegada hoy a ésta, al interpretar situación política, hace referencia haberse creado una situación difícil, que exige el inmediato envío de refuerzos por mí pedidos, hablando de que se prepara el embarque de 12.000 hombres. Aunque la información, por su falsedad, no merece ser recogida, la circunstancia de encontrarnos en pleno desarrollo de operaciones y justamente contra el Raisuli, que tan bien sabe aprovechar cualquier indiscreción de nuestra parte para reanimar la moral de sus partidarios, fortaleciendo su resistencia a nuestras tropas, me induce a llamar la atención de V.E. sobre la inconsciente campaña, por si cree oportuno desmentir tales versiones, pudiendo asegurar que la situación aquí es absolutamente normal, siguiendo su curso las operaciones con todo éxito y sin que nadie haya pensado en traer un solo hombre de España para continuar nuestra actuación.»

Cuando así telegrafía el General en jefe, «responsable de la política que se sigue en el Protectorado, tanto en el orden militar como administrativo», ni siquiera desconoce las causas íntimas de lo de Abarrán. El juez de moros, teniente coronel Lorduy, ha formado completísimo y robusto informe, apoyándose en declaraciones de los supervivientes y de moros prisioneros. A últimos de junio, un oficial llevó el instructivo informe a la Alta Comisaría, en pliego cerrado, y por él, así como por las diarias nuevas de su lugarteniente en Melilla, el irreductible iluso hallábase con todos los pormenores precisos para conocer que hay «una situación difícil, que exige inmediato envío de refuerzos».

Además, don Dámaso Berenguer, hombre asesado y prudente, debió advertir cómo era arma de dos filos su

solicitud, pues evitando el remoto riesgo de fortalecer al Raisuli, la rectificación encendería los ánimos de Abd-el-Crim y sus jarqueños. Como fué, por desgracia. Raisuli, que tenía delante 12.000 hombres, supo que no iban refuerzos. Mas Si-Mojand, que miraba en contra suya fuerzas móviles de tres o cuatro mil soldados, lo supo al mismo tiempo.

Ante la doble nota oficiosa, que levanta alaridos de contento en los zocos del campo rebelde, ¿qué hace aquel «indómito y brusco militarote» que manda en Melilla y se considera condenado a un siniestro? Guarda cuidadoso en los cajones de su bufete (1) la copia de cuanto escribe y telegrafía a Tetuán, de cuanto escribe y telegrafía a Madrid. Pero, ¿se enfurece, dimite?

El 7 de julio habla con él don Eduardo Rubio Fernández, redactor de *El Día Gráfico*, de Barcelona; sus confidencias aparecen en dicho periódico el 12, diez días antes de la retirada de Annual:

«Al final de cuentas —expone Silvestre— estoy a las órdenes de Berenguer: *a él y al Ministro de la Guerra toca dar los elementos que se deben emplear, y a mí, con arreglo a lo que pueda disponer, obrar; y allá ellos y los resultados.* Lo que sí tengo mucho interés en que se haga constar, es que el espíritu de la raza no decae; es siempre el mismo en valor y en patriotismo. Nuestros soldados y oficiales irán siempre —en las condiciones que sea— donde sepan llevarlos sus generales, y en el triunfo o *en el descalabro* serán los mismos, y *mucho más si el descalabro no es culpa de ellos,* como sucedió siempre que hemos tenido alguno aquí en África.»

—Se habla de su dimisión, incluso hasta de que había sido aceptada.

—¡Bah! Ganas que tendrán de sucederme —dice riendo el general Silvestre. Y poniéndose serio, mirando fijamente al cronista, añade—: «Yo no dimitiré nunca

(1) Como curiosidad consignaremos que existe un acta, suscripta a raíz del desastre, donde consta que los cajones de la mesa escritorio de Silvestre aparecieron fracturados y sin ningún papel dentro.

ningún cargo militar que se me confiera; a mí se me relevará si no lo hago bien o no convengo; dimitir, no. Los militares —entiendo yo— no debemos, no podemos dimitir; por consiguiente, no hay que pensarlo».

—Y ahora, ¿piensa usted seguir las operaciones?

—No, señor; de ninguna manera. Nada, esperar; estar a la expectativa..., y cuando venga el licenciamiento, ya veremos lo que se hace. *Ahora, que tengo que defenderme; presiento graves movimientos; pero, ¡si no me ayuda el Gobierno...! Si las confidencias que ya conoce el Ministro son ciertas, quizá se avecinen acontecimientos, cuya responsabilidad declino.»*

¡He ahí el hombre que políticos y mineros siguen presentando como ocultador de peligros y causa eficiente del desastre! ¡He ahí al de las imprudencias, botaratadas, desplantes e irreflexiones! Y aún, aún... Porque todavía intenta postrer esfuerzo. El 12 de junio, so color de un viaje recreativo, el general Navarro, segundo de la Comandancia y hoy irredimible prisionero de Abd-el-Crim, vuelve a la Península con iguales fines que en mayo. En el muelle, a solas con él, Silvestre le repite sus instrucciones, cinco minutos antes de partir el buque.

Entretanto, como es presumible, una depresión angustiosa señorea los espíritus. Ven los oficiales que las tropas españolas del territorio son insuficientes, y juzgan, como Silvestre, que para tener más seguras las fuerzas indígenas resulta imprescindible llevar la división reforzada. Temen. Temen...

«En este campamento —escribe desde Annual a sus tíos, en 7 de julio, el teniente artillero Nougués (1)— es raro el día que no tenemos que tirar, y como tenemos delante una jarca numerosa y hasta organizada, no se puede dar un paso sin la seguridad de quedar bien, pues otro desastre como el de Abarrán sería horroroso. Hemos atravesado unos días tristísimos, de enorme depresión moral; se desconfiaba de las fuerzas indígenas;

(1) *La Voz;* 5 de agosto del 1921.

se habló de una insurrección del territorio; nos encontramos impotentes, faltos de elementos, etc.»

No eran injustos los recelos. Sabedora la jarca, por el Ministro de la Guerra y el Comisario, de que no iban tropas, habíase puesto en acción con ahinco. Trajo más gente contra la frágil línea española y dedicóse a laborar en las unidades rifeñas de mayor empuje y disciplina. Pronto hubo pruebas, porque llegó a la Oficina Central de Asuntos Indígenas cierto mensaje dirigido por Abd-el-Crim a un soldado moro, y que entregó éste a su capitán, don Francisco del Rosal. El caudillo rebelde aconsejaba a los Regulares irse a su lado, con armamento o sin armamento, como quisieran, pues tenía de sobra fusiles, municiones y dinero. Presentábales ineludible la derrota de los españoles, por no haber de recibir refuerzos y verse con pocos recursos para la contienda, «como lo probaba haberles tomado Abarrán sin que intentaran su recobro ni recoger los muertos». No; no eran absurdas las zozobras. Porque, a la vez, en las tribus ocupadas, donde tanto prendió la Cofradía Alauita, susurrábase que España iba al abandono de su zona marroquí...

Todos ventean la catástrofe; todos, menos el Ministro (que conoce las confidencias del campo enemigo que le transmite Silvestre) y el Alto Comisario, que recibe todas las tardes, sin faltar una, extenso parte telegráfico del Comandante general de Melilla. Así, don Dámaso Berenguer dice en *El Sol* del 13 de julio de 1921, ocho días antes del descalabro que vaticina Silvestre, y a los veintisiete del encuentro en la aguada de Buimeyán, donde lamentamos 38 muertos y cerca de 70 heridos:

«El pueblo español puede estar seguro de que la obra de Marruecos se llevará a cabo, y con éxito, SIN COMBATES, salvo algún encuentro aislado de escasa importancia. Cuando, siendo Ministro, EXPUSE MI PLAN al Gobierno, lo aprobó enteramente y me encargó el partido liberal de ponerlo en práctica. El partido conservador, que ahora gobierna, también *lo aprueba del todo,* y me

proporcionará los medios materiales necesarios. De modo que no hay temor a que deje de seguirse.

»EL ESFUERZO MILITAR ESTÁ YA HECHO; y no sólo no superará, sino que no igualará, siquiera a los combates antiguos. Tenemos auxiliares en el país. La línea se había petrificado; se ha arrollado y ahora se avanza políticamente. Cuando se adelantan las tropas, ya tenemos ganado el terreno que van a ocupar y preparado un nuevo avance por el mismo sistema. Yo espero conseguirlo SIN BAJAS, aparte alguna acción aislada que pueda ocurrir. Detrás de nuestros soldados queda el terreno perfectamente asegurado (1). En cuanto a la NECESIDAD DE MÁS TROPAS A MARRUECOS, CONSIDERARÍA COMO UN FRACASO TENER QUE PEDIR MÁS FUERZAS. Prueba de ello es que esta semana haré una demostración militar con 5.000 hombres, con lo cual se verá que no hay necesidad de traer de España más tropas.»

No examinaremos si lo dicho ahí estuvo en pugna con los telegramas y cartas de Fernández Silvestre que reproducimos, ni con otros posteriores, que puedan salir a luz. Baste un hecho. Por asirse a que habría sólo «algún encuentro aislado de escasa importancia», el que «consideraría como un fracaso tener que pedir más fuerzas», necesitó pedir por encima de 100.000 hombres más.

Y ahora permítasenos apuntar que con las declaraciones de *El Sol* eran ya cinco los yerros graves del ilustre Residente: 1.°, haber dado ocasión al levantamiento de Abd-el-Crim con la innecesaria conferencia de Alhucemas; 2.°, haber divulgado desde *El Telegrama del Rif* el plan de operaciones hacia Beni Uriaguel; 3.°, haber negado a Silvestre la posibilidad de asentarse en puestos más seguros, que permitieran robustecer muy mucho nuestra línea y abastecerse por mar en las avanzadas; 4.°, requerir se negase lo del envío de refuerzos; 5.°, for-

(1) La trágica sorpresa de Acba el Cola, en Yebala, dijo bien pronto de qué manera tenía asegurado aquel territorio el general Berenguer. Y lo que ha hecho éste, más tarde, con 170.000 hombres, constituye el mejor comentario a sus asertos.

talecer las aseveraciones del Ministro con esotras de *El Sol*, diciendo, por añadidura, que avanzaríamos sin bajas.

El 16, a las veinticuatro horas de correr por Melilla el número de *El Sol*, pone Silvestre un largo telegrama a la Corte: dice que si no le mandan refuerzos tendrá que pegarse un tiro. Aun viven militares que lo oyeron de sus labios. Puede confirmarlo una información parlamentaria.

Mas si telegrafía en tan angustiosos términos, es por algo más grave que las últimas afirmaciones del Residente. Es porque comienza a dar trágico fruto el irreductible optimismo del señor Berenguer. Principia aquella «reacción del enemigo envalentonado» que anunciara, como «muy probable», el general en jefe. Sólo que ahora está el enemigo más envalentonado merced a las notas oficiosas del 1 y del 4, que le notician no recibirá refuerzos Silvestre.

El 16 es el primer día que no llega el convoy a Igueriben.

CAPÍTULO IX

Las raíces de la catástrofe.

Sin ser «sabias», ni mucho menos, las Ordenanzas militares tienen atisbos psicológicos muy notables. Uno es el que la lleva a decir: «Ningún Oficial se podrá disculpar con la omisión o descuido de sus inferiores en los asuntos que pueda y deba vigilar por sí; y en este concepto, todo jefe hará cargo de las faltas que notare al inmediato subalterno, que debe celar o ejecutar el cumplimiento de sus órdenes; y si éste resulta culpable, tomará con él, por sí mismo, la providencia correspondiente, en inteligencia de que por el disimulo recaerá sobre él la responsabilidad».

Si ello atañe a todos, con más motivo se endereza a quien dirige un ejército; su autoridad, según el Reglamento de campaña, es «suprema y absoluta, pues su elevado cargo no admite adjunto, segundo ni suplente, tanto para dirigir las operaciones sin ingerencia alguna, como para vigilar la administración y régimen interior de las tropas de todas Armas e Institutos puestos temporalmente a sus órdenes».

Recordamos entrambas cosas porque se infiera cómo la unidad de mando trae consigo la responsabilidad, sin que valga ningún pretexto para desunirlas.

Sólo por eso. Quien haya leído lo antecedente sabe que el señor Berenguer desoía las advertercias, súplicas y temores del Comandante general de Melilla, contradiciéndole en sus peticiones de tropas y anulando con rosicleres optimistas los proféticos pesimismos de aquél. Cuando el general en jefe diputaba fracaso propio tener

que pedir más fuerza, advertía en los estados mensuales, trimestrales, semestrales y anuales remitidos por Silvestre, la importancia, distribución y situación de los efectivos y material disponibles. Cuando empezaba la ofensiva contra Beni Arós, desentendiéndose de las malas nuevas de Beni Uriaguel, propias para aconsejarle un aplazamiento, conocía por vista de ojos el área de ocupación en el Rif, las posiciones con que guardábamos sus lindes, el valor estratégico y fortaleza de cada una: no obstante, votó contra la mejora de la primera línea. Por tanto, su actitud dimanaba de un convencimiento firme.

Antes de considerarlo en sus frutos, analicémoslo en orden a la situación militar de Melilla en julio de 1921.

Quien mire la cantidad prodigiosa de posiciones que en las cartas del Estado Mayor motean las provincias de Ceuta, Larache y Melilla, siente pasmo indescriptible. No hay cerro sin blocao. El sistema con que en 1909 salimos a proteger el ferrocarril minero y las minas de nuestros amigos los franceses, el sistema con que en 1921 íbamos a entrecoger el coto minero de Abd-el-Crim, desde Cabo Quilates a Cabo Morro, alcanza dondequiera puntos de esplendor inverosímiles. Ved, sobre poco más o menos, las posiciones que ha visto el General en jefe al visitar a Melilla en abril y tributarle elogios tan efusivos a Silvestre.

Cábila de Mazuza.—Nador, Zeluán y Monte Arrui.
Beni Chicar.—Zoco del Jad y Tres Forcas.
Beni bu Gafar.—Yazanen y Sámmar.
Beni bu Ifrur.—Zoco del Jemis de Yazuren y Segángan.
Beni Sidel.—Canduchi, Tauriat Jamed, Caddur, Imarufen, Texdra, Izjafen norte, Izjafen sur, Talusit norte y Talusit sur.
Quebdana.—Zoco del Arbáa de Arquemán y Cabo de Agua.
Beni bu Yaji.—Tiztutin, Bátel, Arneb, Jachi Bercán, Afsó, Carns Siaja y zoco del Jaraig.
Metalza.—Dar Drius, Uestia, Jamán, Dar Azugaj, Chaif,

Ichtiuen, Mesaita, Sidi Yacub, Teniat Jámara, Loma Redonda, Sidi Alí, Ben Jidur y avanzadilla, Saig 1, 2 y 3, zoco de Telata, Jaf, Arreyen Lao, Ben Tieb, Carra Midar, Tafersit, Bujafora, Tayudai, Zauia Yilali, Ain Quert, Iframbuasa, Casa Quemada, Tamasusin norte, Tamasusin sur, Tixera, Abd-el-Cader y avanzadilla, Reyén de Guerruau.

BEN TUZIN.—Azib del Midar, Isel Lasen y Azrú.

BENI ULIXEX.—Dar Missian, Mejayast, Agel Azrú, Morabito, Talilit, Annual, Izúmmar, A, B, Yebel Uddia y Dar Salaj.

TENSAMAN.—Buimeyán, Igueriben y Sidi Dris.

BENI SAID.—Terbibin, Ulad Aicha, Tuguntz, Dar Buxian, Timayast, Axdir Asus, Tisigoren, Sidi Abdalá, Dar Quebdani, Dra 1 y Dra 2, Yarf el Baax, Tafsat, Erguima, Jach el Meriní, Chemorra, Tisingar, Sbu Sbáa, Ras Tiquermín, Ain Mesauda, Dar Busada y Afrau.

Es decir: 100 posiciones derramadas en una superficie de 5.037 kilómetros cuadrados. Sin más que esto, se dice con Cavalcanti:

«Silvestre no fracasó. Fracasó un sistema. Fué víctima de él. Lo que ha fracasado verdaderamente es el sistema de ocupación militar... a base de puestos y posiciones que surgían en riscos y picachos, lejos de las aguadas, entre cábilas llenas de armamento. Ese sistema de encaje de bolillos que, al menor alfiler que se desprende, se deshace la obra toda» (1).

Pero, pero... ¿tiene absoluta razón Cavalcanti? Parécenos, dicho sea sin agravio de nadie, que se habla mucho de cómo influyeron las posiciones en el desastre sin ver cómo fué el desastre y por qué vino.

Con su ejemplo del Atlas nos demuestra Lyautey que son imprescindibles las posiciones delanteras, «escudo y anteojo del ejército», según Bugeaud. Orillado este punto, subsiste otro, importantísimo: lo enuncia el pacificador de Argelia vituperando la manía del desparra-

(1) Declaraciones a *La Correspondencia de España;* 16 de diciembre de 1921.

mamiento o inmovilización de fuerzas a retaguardia. Todo lo que se dice en torno a tal asunto está comprendido en las normas que nos ofrecía De Torcy en 1909, *d'après* Bugeaud: «Creación, hasta el límite zonero, de un número estrictamente limitado de grandes puestos, fuertemente constituídos y siempre abundantemente abastecidos. De allí parten sin cesar grupos móviles que batan el país y se recorten al modo del cruce de los fuegos marítimos. Detrás, lo más cerca posible del centro de las comunicaciones principales con los grandes puestos, se organiza un establecimiento central; depósito o reserva del conjunto. Ningún pequeño puesto, presa siempre tentadora del enemigo y, por consecuencia, objeto constante de preocupaciones para el mando, cuya libertad de acción paralizan únicamente» (1).

Todo esto es razonable, juiciosísimo y hay que demandarlo e imponerlo. Mas no se alborote en demasía contra el número de posiciones del campo melillense, pues, a nuestro humilde entender, el número influyó muy poco en la catástrofe. Casi la mitad eran simples puestos de Policía, análogos a los cuartelillos de la Guardia civil en España. Y aun bastantes otras (Tumiat, Casa Quemada, Isjafen, etc.) fueron desmanteladas entonces con designio de avanzar sus destacamentos a parajes recién ocupados. Desde Yazanen, Sámmar y Caddur, en la línaa del Quert, hasta Zaio, en la del Muluya, grupos de Policía cuidaban del orden entre los cabileños. Y aun más allá del Quert: en los sesenta kilómetros intermedios entre Bátel y el Zoco del Telata metalzi, tan sólo un pelotón policíaco en Sidi Yacub, dos avanzadillas de seis moros en el barranco de Teniat Jámara y un puesto de veinte policías más en Mesaita. ¡Dispersión de tropas! Pero, es que había tropas que dispersar?

En sus posiciones de la línea de Tazza tiene Lyautey 16 batallones (con efectivos de guerra); nosotros, cuan-

(1) De Torci: *Los españoles en Marruecos, en 1909;* traducción española, página 209.

do el General en jefe declaraba al vizconde de Eza que «Melilla tiene fuerzas suficientes, tanto europeas como indígenas», disponíamos de ocho esqueléticos batallones para guardar los puestos, cuatro para formar columnas volantes, y los núcleos de Regulares y Policía indígena. Así, mientras el mariscal francés custodiaba su frente de Tazza con 20.000 hombres, Silvestre había de guarnecer sus posiciones delanteras con 4.054 combatientes. He aquí la demostración:

Circunscripción de Annual:—Annual, fuerzas de las tres Armas, 620 hombres; dos baterías de montaña y las ametralladoras de tres compañías.—*Izúmmar*, 57.—*Afrau*, 134.—*Buimeyán*, 838.—*Sidi Dris*, 129.—Total, en la circunscripción, 1.778.

Circunscripción de Dar Drius.—Columna móvil de Dar Drius, 1.168.—*Dar Drius*, posición, 27.—*Dar Azugaj*, 61.—*Carra Midar*, 92.—*Chaif*, 45.— *Icel Lazen*, 128. *Bujafora*, 102.—*Azrú*, 61.—*Azib del Midar*, 155.—*Ben Tieb*, 123.—*Axdir-Azuz*, 28.—*Tuguntz*, 81.—*Ichtiuen*, 81. *Yemáa de Nador*, 124.—Total, en la circunscripción de Dar Drius, 2.276 hombres, incluyendo la columna móvil (1).

¡4.054 mausers para guardar una línea quebrada de 55 kilómetros! Si no marran los cálculos, ello implica corresponder un hombre a cada 13 metros de frente o, si lo preferimos, 73 fusiles por kilómetro. Y, en esta situación, afirmábase el Comisario en que el «esfuerzo militar estaba hecho». No veía la penuria de efectivos que reflejaba el custodiar a Bátel, centro de comunicaciones y abastecimientos, con los sesenta fusiles de una compañía provisional de escribientes...

Pero, ¿dónde estaban los infantes, jinetes y artilleros de la Comandancia? Ante todo, veamos los que había en 1.° de julio, oficialmente:

(1) *Diario de Sesiones del Congreso;* 27 de octubre de 1921.

	Hombres.
Regimiento de Infantería de San Fernando.....	3.071
Idem íd. Ceriñola.....	3.024
Idem íd. Melilla.....	3.041
Idem íd. Africa.....	3.078
Brigada Disciplinaria.....	223
Ametralladoras.....	62
Regimiento de Caballería de Alcántara.....	1.078
Regimiento Mixto de Artillería.....	1.520
Comandancia de Artillería.....	1.390
TOTAL DE EUROPEOS.....	16.487

Que descontando medio millar, destacado en Alhucemas, Peñón, Chafarinas y Cabo de Agua, quedan en 16.000.

Grupo de Regulares.....	1.841
Policía indígena.....	3.179
TOTAL DE INDÍGENAS.....	5.020

Y aun debe tomarse cuenta de que no todas las Mías entrañaban fuerza disponible para el frente. Las dos últimas (14 y 15) eran nominales desde el suceso de Abarrán; y *de retaguardia* las: 1.ª, Quebdana y Ulad Setut; 2.ª, Mazuza; 3.ª, Beni Chicar y Beni Bu Gáfar; 4.ª, Beni Bu Ifrur. Quedaban, pues, las cuatro de *apoyo* (Beni Sidel, Gáret, Beni Bu Yaji y Guerruau), más las cinco de *contacto:* Metalza, Abadda, Beni Said, Tafersit y Beni Ulixex, al pie de 2.000 hombres. Así, pues, los indígenas utilizables eran 4.020, corriéndonos mucho en la cuenta y sin descontar uno solo de los europeos con que contaban, casi todos en destinos.

En total, 16.000 peninsulares y 4.020 moros; 20.020 combatientes.

Esto, para los profanos, constituye una muy aceptable fachada militar; los conocedores tenían que discurrir de otra manera.

«Mi regimiento —escribíale al autor de este libro, en vísperas del desastre, un valioso jefe— casi nunca ha llegado a reunir cien hombres de efectivo por compañía. Verá usted por qué. Los políticos influyentes, y muchos militares que no lo son menos, aprietan para conseguir permisos de tropa, los cuales se dan con abundancia porque *es preciso economizar, no sólo porque las consignaciones van siempre retrasadas, sino, además, porque son insuficientes para dar de comer y para vestir al soldado en campaña;* dos cosas que saben el Ministro y el Alto Comisario.

»Descuente usted licencias por enfermo, sumariados, por incorporar, presuntos inútiles, desertores, etc.; sume cien destinos en Plaza y Cuerpo, y ya hay otro pico importante. Como los Ingenieros tienen mucho trabajo y son insuficientes las consignaciones para los caminos que hay que construír, tenemos cerca de un centenar de individuos agregados a Ingenieros. (En el camino de Ben Tieb a Annual trabajan ahora mismo cuatro compañías de Infantería, y la guarnición del zoco de Telata ha tenido que construír todos sus caminos). Siguen las agregaciones a Intendencia, porque tiene plantilla muy corta para las necesidades del territorio, las a Capilla Castrense y Orden público, otro buen puñado. Después tenemos —es decir, no tenemos— los 250 hombres que, como mínimo, están en los hospitales; los en instrucción, etc.; en fin, que de los 3.000 y pico soldados que marca la plantilla, debemos deducir un millar.

»Por estas causas, los cuatro regimientos —que tienen nominales la 5.ª y 6.ª compañías de sus batallones— van tirando con unos 8.000 hombres en total. Añádales usted unos 230 en la Brigada Disciplinaria, y eso es todo lo que existe en Infantería española. La Artillería no pasará de 1.500 soldados, y sé de algunas posiciones en que los sirvientes de las piezas están de

servicio continuo. La Caballería (Alcántara) tiene poco más de 800 caballos. Del regimiento de Ingenieros quizá pudiera sacarse, en momento determinado, hasta sus 1.000 hombres, pues hay compañía de Zapadores, de las que más trabajan en el campo, que consta de 40 individuos. Sume y verá que son, echando por alto, 11.000 hombres. En Madrid creen que es posible hacer milagros y tener ejércitos en campaña sin dar el dinero necesario.

»Para hacer frente a lo que nos viene encima, tendremos: 5.000 hombres en la plaza, entre guarnición y destinos. De los 6.000 restantes habrá cerca de 4.000 en la zona de primera línea y en las comunicaciones. Quedan 2.000, agrupados aquí y allá en columnas móviles. Aun rebañando de la plaza otros 2.500 —no se podrá sacar más—, eso es todo. Y todavía hay ahí mucha bambolla, porque unos 4.500 son reclutas, incorporados a fines de febrero y dados de alta en abril con la deficientísima instrucción que usted puede imaginarse...»

¡He ahí, sin telones ni bambalinas, la verdadera situación de la Comandancia! Y queda algo muy grave. A mediados del 1920 se dispuso desarmar las cábilas «de manera paulatina y sin que los indígenas se dieran cuenta de la finalidad perseguida». Por ello, tenían en julio: Guelaia, Quebdana y Ulad Setut, 2.500 fusiles; Beni Bu Yaji, 1.600; Beni Said, 2.500; Beni Ulixex y lo ocupado en Tensamán, 1.500; Metalza, 1.250. También sabía esto el Alto Comisario.

Por suerte suya —porque era Comandante general efectivo de Yebala—, en su sector no iban tan mal las cosas. Sobre tener de plantilla 22.739 combatientes, las fuerzas de choque, los indígenas, sumaban 10.296, casi todos regulares, por haber tan sólo 3.723 policías. Y respecto a material fué tan visible la preferencia por Yebala, que en la estación de Bobadilla se mudó alguna vez el rótulo a envíos destinados a Melilla, para hacerlos ir a los parajes donde el Comisario mandaba en persona las columnas.

Diversas razones agravaban la penuria melillense de

efectivos. Una, la peor, provenía del generoso estímulo que indujo al Residente a ensanchar la zona de nuestra influencia práctica «encomendando estos servicios a la Policía, al «gum», para alcanzar el objeto con más facilidad y menos sacrificios».

Apartadas las Mías de su natural cometido —mantenimiento del orden de las tribus— véselas servir en Ceuta, Larache y Melilla como tropas de lucha. Siempre en vanguardia, cual los Regulares, con ellos desalojan al adversario, ocupan los objetivos y siguen adelante para constituír una a modo de cortina protectora; después, retirado el grueso de las columnas, Mías y Regulares se repliegan por escalones, al resguardo de la artillería. Así, las bajas son de moros; pero... aquellas unidades, tan aguerridas con Jordana, pierden la costumbre de combatir, el influjo sobre el enemigo y el hábito de dominarlo por sí propias. Aunque parece inverosímil, vez hubo de salir de un batallón escoltado por cuatro policías.

El General en jefe ha olvidado que el espíritu militar se crea combatiendo, no con ver combatir a otros. Un especialista nos dice:

«Como el instrumento bélico es el arma y el arma sirve para herir, necesita el militar sobreponerse a los impulsos compasivos para con el contrario. Incluso debe sentirse ganoso de arremeter contra él, gozándose en la embestida; mas, por lo común, sólo con la práctica se adquiere tal hábito. Al fin, la costumbre capacita al hombre para conllevar con holgura la cohibición que al principio juzgaba insoportable. Cuando un dolor simpático obra con frecuencia, vuélvese menos excitable por la vía simpática merced a las circunstancias, y entonces resulta un como encallecimiento moral. Esa es la causa de que los antiguos ejércitos, que lidiaban a menudo, tuviesen índole más feroz y más aptitud para las luchas cuerpo a cuerpo.

»Si necesitase una milicia moderna reñir cuerpo a cuerpo con otra bárbara, la mayor parte de los soldados temerían emprender la lucha, haciéndose casi impo-

sible para el mando poder contar con sus hombres civilizados. De ahí que, en nuestra época, cuando un ejército europeo choca con otro salvaje, le sea muy inferior. Hase comprobado el hecho en la guerra de Abisinia, donde, por avanzar sobremodo los italianos, viéronse envueltos por la aschantis y tan de cerca, que se dejaron diezmar a quemarropa, sin casi poder valerse de sus armas» (1).

¿Verdad que semejante descripción se ajusta con exactitud a lo ocurrido en julio? Pues ello es resultado de una política: la que llevó consigo don Dámaso Berenguer y que, ocho días antes del derrumbamiento, le impuso decir que conquistaríamos sin bajas el resto de la zona rebelde.

Aquellos soldados, desprovistos de aptitudes guerreras, sabían estar allí por no haber podido hacerse de cuota. Alimentábanse medianamente y aun pasaban frío como los Cuerpos no remediasen la insuficiencia de las consignaciones mediante un diluvio de permisos. Su plus, ya corto, se reducía para mejora de rancho. Moraban por lo común en barracones infectos apellidados cuarteles y con utensilio no mejor que el de ciertas penitenciarías españolas...

Tampoco allegaba ningún estímulo la oficialidad. Seguían sin resolver las propuestas de las Juntas sobre creación de un ejército colonial y de recompensas propias para este cometido; así, ayuna de ventajas por su residencia en el Protectorado, añoraba las guarniciones peninsulares donde, sin análogos riesgos y molestias, miraría moverse el escalafón y llegar la hora del ascenso.

Otros factores, inocultables e inocultos, mermaban todavía la minúscula eficiencia del ejército melillense, tan poco atendido por el Alto Mando. Poco material artillero útil. ¡Y tan poco! No más tres baterías ligeras

(1) Doctor Campeano: *Esai de Psychologie militaire, individuelle et collective;* París, p. 91.

Schneider de 7,5 centímetros y seis de montaña, del mismo sistema; dos de las cuales estaban repartidas en secciones de dos piezas en los puestos de Beni Ulixex. Para hacer ruido, algunas baterías Saint Chamond, de tiro acelerado, antañonas e ineficaces, y las vetustas piezas de bronce (8 y 9 centímetros) que asombraron la niñez de nuestros padres. Pocos proyectiles, asimismo conforme ha de verse después. En ametralladoras, tan sólo las veinte enviadas por Eza, porque si había algunas Colt y Maxim, las Maxim se inutilizaban a los pocos disparos y las Colt eran inservibles. ¡Y tocante a fusilería...!

Fué en el curso de la guerra europea. Queriendo el teniente Araujo verificar los fusiles de su tropa para notificarle a cada soldado los defectos del suyo, preparóse un blanco de dos metros de altura por uno de ancho, puso un caballete a cincuenta metros de distancia, asentó en él un mauser y... ¡oh, decepción!, no hubo blanco. Perplejo el oficial, que es tirador notable, quiso repetir la experiencia. Segundo chasco; ninguna huella de la bala. Un poco mohino ya, dejóle el puesto a otro tirador seguro: nada tampoco. Atónitos ante lo ocurrido, y busca que te busca, consiguieron, al fin, descifrar el misterio: los proyectiles daban de plano a veinticinco metros por la derecha. Insistiendo en las prácticas, pudo comprobarse que diez y nueve de los treinta fusiles de la sección estaban inservibles. En la mayor parte de ellos no alcanzaba el proyectil a cien metros, y jamás hería de punta.

Pareciéndole, con justa causa, muy grave la situación, púsola el teniente en noticia de los superiores. Cada Cuerpo revisó sus mausers y fué desoladora la evidencia: casi el 75 por ciento de la fusilería estaba inútil. Buena porción, si no la totalidad, había venido a Marruecos antes de 1909 o en el mismo 1909, sirvió en todas las campañas y, por añadidura, actuó en los ejercicios de tiro durante la enseñanza de las tropas. Resumiendo: las tres cuartas partes de los fusiles con que estaba armado el ejército del Rif sólo servían para calar

el cuchillo-bayoneta, que ni es bayoneta ni cuchillo. Y aunque hubo una Memoria y Aizpuru dió cuenta de lo que pasaba, en 1921 seguían invariables las cosas.

Del material sanitario, no hablemos. «Había muchas posiciones donde el médico no tenía ni un paquete de algodón, ni un sello de quinina, ni una purga». Ningún hospital de tránsito. Como únicamente se había dado tres ambulancias automóviles para todo el Rif y a menudo estaban descompuestas, los heridos de Annual necesitaban pasar en camilla a Izúmmar —seis kilómetros cuesta arriba—, para luego, en camiones de carga, ir desde Izúmmar a Bátel (44 kilómetros) y en ferrocarril desde Bátel a Melilla (unos cincuenta kilómetros).

En lo demás: escasez de alambre espinoso (tanto que, a veces, hubo de quitarse en unas posiciones para ponerlo en otras); escasez de municiones (tan grande, que en Jachi Bercán, por ejemplo, la guarnición sólo tenía las que llevaba sobre sí); escasez de abrigos (en varias posiciones cobijábanse 70 hombres en una tienda cónica, cuya cabida es de 30, y faltaban en absoluto tiendas individuales para los encargados del servicio nocturno de seguridad); escasez de sacos terreros e incluso ¡de alpargatas! Relativamente al servicio de comunicaciones, casi ninguna mejora, aun después de reconocida, quince meses antes, «la falta de medios de transporte». El ferrocarril se estaba en Bátel, y de los 50 camiones de Ingenieros enviados a la zona, únicamente cinco rodaban por el Rif.

¿Desconocía el General en jefe tan tristes circunstancias cuando, en vez de fortalecer el frente de Melilla, iniciaba sus operaciones contra Beni Aros? Desde mucho antes (junio del 1920) estaba al tanto de todo. Las Juntas de Defensa, a quienes ahora culpan muchos culpables, habían pedido enmienda para los daños peores y aun para otros que debían corregirse, que no se corrigieron y han servido para disculpar el abandono de Monte Arrui. Pruébanlo dos papeles inéditos que guardamos, y donde puede rastrearse alguna responsabilidad.

Uno, el más importante acaso, corresponde al 12 de junio de 1920. Allí, la Comisión Informativa de Infantería dice al vizconde de Eza cuánto conviene tener adiestradas las tropas para el combate, y por qué medios puede conseguirse. El otro escrito, concerniente a necesidades del Ejército de Africa, está fechado el 8 de junio del mismo 1920 y expone como sigue las más acuciosas:

«1.ª Anualmente van destinados a los territorios de Marruecos contingentes de reclutas que, saliendo de todas las Cajas de la Península, se concentran en los puertos de Algeciras, Málaga y Cádiz con arreglo a itinerarios y cuadros de marcha redactados por los Estados Mayores de las Capitanías generales respectivas, en los cuales se solucionan *a priori* todas las incidencias, y se procura evitar el daño consiguiente a la aglomeración excesiva en la etapa de embarque. La estación del año en que se efectúa el llamamiento y destino a Cuerpo de los reclutas, hace estéril dicha previsión; y así se observa, con lamentable frecuencia, que los temporales del equinoccio impiden la navegación en el Estrecho, y dan lugar a que en los puertos se amontonen los hombres como rebaños y permanezcan días y días durmiendo en locales inmundos o a la intemperie, y comiendo alimentos mal preparados o insuficientes. El remedio urgentísimo y necesario consiste en establecer en dichos puertos, con carácter permanente, barracones desmontables, con capacidad suficiente a dar albergue al máximo de expediciones que pudieran reunirse en ellos, asignándoles material para el descanso y la confección de los ranchos de los reclutas que han de alojarse.

2.ª El transporte marítimo se efectúa en barcos que carecen de condiciones, llevando a los reclutas sobre cubierta y hacinados, con peligro de sus vidas. Si nuestra marina de guerra no dispone de barcos útiles para tal cometido, el Estado puede contratarlos con las Compañías de navegación en número suficiente, solucionando así un problema de índole moral y de trascendencia indiscutible.

Es de importancia capital subsanar con urgencia, en

la forma señalada o en otra pertinente, las dos deficiencias consignadas, por afectar a las primeras impresiones que recibe el ciudadano llamado a filas, y, en consecuencia, las que más profunda huella producen en su espíritu, predisponiéndole desfavorablemente.

3.ª Con sujeción a las necesidades del servicio y a la realización de los planes que han de desarrollarse, se distribuyen en los territorios las fuerzas del Ejército, diseminando sus efectivos proporcionalmente al número de posiciones que se sostienen, y destinando otras al aprovisionamiento, enlace y demás contingencias; pero estas obligaciones ineludibles no excluyen la intensificación de campamentos permanentes dotados de todos los elementos indispensables al reposo y buen orden de las tropas, acabando de una vez para siempre con la vergonzosa medida, que, fundada en la carencia de material de campamento, obliga a albergar 40 hombres en una tienda capaz para 15 ó 20. Dichos campamentos deben tener barracones amplios con todos los servicios higiénicos y sanitarios que están a nuestro alcance.

Las posiciones extremas e intermedias, cuyas guarniciones se relevan periódicamente, pueden y deben tener también instalación análoga, que por su facilidad de transporte y desarme pueden utilizarse en otras posiciones si las que se ocupen son desalojadas por haber perdido sus características.

Las columnas móviles de operaciones deben estar dotadas de material de campamento ligero para evitar el vivac y garantizar en los primeros momentos la existencia de un refugio contra las inclemencias atmosféricas.

Es urgentísima la aplicación de estas medidas en evitación del espectáculo tristísimo que se da constantemente condenando al soldado, durante los tres años de servicio, a reposar en un montón de paja, mal resguardado de la lluvia y resguardado con un capote-manta, después de una larga marcha, de un combate y de prestar el servicio de seguridad que pudiera corresponderle en el lugar en que se pernocte. La Patria, que le exige

los sacrificios, debe evitarle las penalidades innecesarias.

4.ª *El mayor número de los fusiles que usa este Ejército están inutilizados por el largo tiempo de servicio que llevan prestando, y es de elemental precisión sustituirlos inmediatamente, así como procurar que las municiones sean de excelente calidad* (1).

5.ª La salud del soldado exige imperiosamente se multiplique en todo el territorio el número de enfermerías permanentes, eficaces en la normalidad y en la época de operaciones si se las dota de personal y material sanitario moderno con la amplitud necesaria. Estas enfermerías deben disponer de automóviles y carruajes sanitarios en número suficiente para realizar facilísimamente la evacuación de enfermos y heridos desde las líneas extremas y conducirlos a los hospitales o campamentos sanitarios de retaguardia.

El material sanitario moderno que se admira en desfiles marciales dentro de las grandes poblaciones, tiene su legítimo empleo en los territorios africanos, para el mejor cuidado y conservación de nuestros soldados.

6.ª El suministro de agua potable es problema que preocupa al Mando en Africa, y si bien la naturaleza del terreno no se presta a facilitar la solución, podrían evitarse graves trastornos empleando aljibes automóviles que llevasen rápidamente tan preciado líquido a las avanzadas en los momentos precisos.

7.ª Recientemente se ha dotado a los regimientos de guarnición en la Península de cocinas rodadas de compañía, con excelente resultado. Esta medida debe extenderse con mayor razón a los Cuerpos que sirven en Africa, en atención a la forma en que prestan servicio.

8.ª La índole de las operaciones que se realizan y la clase de terreno en que se opera y las deficiencias de medios de transporte adecuados, imponen la triste nece-

(1) Esto explica por qué, luego de haber cogido los rebeldes tantos fusiles nuestros, siguen recibiendo mausers y lebels de sus favorecedores franceses. El vizconde de Eza no se molestó en hacer el cambio de armamento que le pedían.

sidad de enterrar los muertos en cualquier lugar en que acampen las unidades. Igual medida se adopta en la vida ordinaria cuando ocurre una baja por agresión inesperada, sin duda queriendo evitar la trascendencia del hecho si se evacuasen las víctimas para darles sepultura en los cementerios que existen en las poblaciones de nuestro Protectorado. Cuando una campaña regular produce bajas numerosas y todo hay que subordinarlo a las incidencias de la misma y al plan de operaciones, los muertos reciben sepultura donde puede proporcionárseles; pero en Marruecos puede y debe proveerse esta contingencia estableciendo el número suficiente de cementerios, y de este modo se evitará el doloroso abandono de los restos de nuestros compañeros caídos al frente del enemigo y sepultados por la piedad y diligencia de camaradas que cavan una fosa humilde en el risco más accesible y la exornan con una cruz rústica que el tiempo destruye, borrando el único signo que pueda acreditar que allí duerme el sueño eterno un español que ha ofrendado su vida a la madre Patria.

Toda tierra es sagrada para albergar los cuerpos de los que mueren cumpliendo con sus deberes y como premio a su sacrificio les está asignada la eterna bienaventuranza; pero los compañeros que les sobreviven y cuantos pertenecen al Ejército tienen el deber de garantizar a sus despojos la permanencia en lugar adecuado, a cubierto de profanaciones y donde puedan recibir los homenajes póstumos del afecto y del recuerdo.

9.ª Las tropas de Africa deben disfrutar licencias temporales por rigurosa antigüedad y en turnos que no entorpezcan el servicio, premiando así las fatigas y estimulando el buen espíritu que las anima.

Estas son, Excelentísimo Señor, las más salientes necesidades que se observan en el Ejército de Africa y que esta Comisión expone respetuosamente ante V. E., convencida de que su amor a la institución, su acendrado patriotismo y su elevado espíritu sabrán imponer urgentemente el remedio.

Nos parece innecesario forzar el argumento en pro de la eficacia de él; y cumplido el deber expositivo que nos está asignado, sólo nos resta rogar a V. E. acepte de antemano la gratitud de la Infantería por la inmediata realización de sus esperanzas, desde muy antiguo cifradas en proporcionar a los compañeros que guarnecen el territorio de Marruecos aquellas legítimas comodidades y atenciones a que les hace acreedores el servicio honroso que les encomienden las circunstancias.»

Trasmitió el Ministro de la Guerra uno y otro documentos al Comisario; dijo éste lo que a bien tuvo; marchó Eza a Marruecos (9 de julio) a fin de comprobar cuanto señalaban las Juntas y, a los cinco meses del retorno, un crédito extraordinario de 1.815.000 pesetas remediaba como sigue lo que Ministro y Comisario creían más urgente: Para instalar campamentos, 500.000 pesetas. Para material de campamento y tracción de Intendencia, 500.000. Para habilitar los dos pabellones del nuevo hospital de Tetuán, 250.000. Para terminar las obras del Casino de oficiales de Alcazarquivir, 50.000. Para mercar automóviles con destino a la línea Tánger-Tetuán-Larache, 160.000. Lo mejor del crédito iba a Tetuán y Larache. Quedaron en pie casi todos los males; no se renovó el armamento ni se hizo cosa útil. Conviene recordarlo.

Los que miren asombrados el optimismo con que, en julio del 1921, consideraba Berenguer suficientes las fuerzas europeas e indígenas de Melilla, van a explicárselo ahora. Tan firme era su seguridad que, en febrero, aceptó el propósito de Eza, tendente a dejar en veinticuatro los treinta y seis meses del servicio activo, si bien pidiéndole que aplazase la reforma hasta el otro semestre. «Estableciendo —adujo (1)— los dos años de servicio en filas desde la próxima quinta, con lo que no habría que licenciar por el momento el tercer año, se po-

(1) Carta al Ministro de la Guerra en 4 de febrero de 1921.

drían resolver este verano los problemas militares inmediatos que tiene pendientes nuestra acción en Marruecos, que son: ocupación de Beni Arós, Ajmás y costa de Gomara, para los territorios occidentales; ocupación de la bahía de Alhucemas, para el territorio oriental.»

Al decir esto, al exponer de tan rotundo modo su confianza, conocía de sobra la deplorable situación del ejército llamado a ocupar «este verano» la costa de Beni Uriaguel. Descríbela en dicha carta como sigue:

«Cuando llueve hay que marchar, y cuando hay barro en los caminos no es motivo suficiente para suspender el tránsito, y muchas veces hay que comer frío y prescindir del pan por la galleta, y aun que dormir a la intemperie si no llegaron las tiendas al punto que alcanzó el avance táctico: esta es la realidad de la campaña. Pero hay que reconocer que, aparte estas privaciones naturales, el soldado aquí no cuenta con el vestuario apropiado, porque *los Cuerpos no tienen los recursos suficientes para proporcionarlo.* Hace tiempo se puso de manifiesto la necesidad de aumentar la primera puesta y reforzar los fondos de material. Para las marchas se usa la alpargata, que si en verano es buena, en las épocas de lluvia y frío no sirve, pues se queda en el barro de los caminos, y no es raro que algún soldado, al perderlas, tenga que marchar descalzo; pero los Cuerpos no pueden pagar las botas al precio que hoy están y no hay forma de darlas al soldado en estas épocas. La situación de *los fondos de material es tan precaria, que no permite tener todas las prendas de abrigo necesarias,* y el soldado, con el kaki de verano y la chaqueta de paño, con la manta-poncho, tiene que soportar los fríos, que en las regiones de altura que ahora ocupan es intenso, pues se hallan rodeadas de nieve.

»La ración se cuida por todos con el mayor esmero; pero hay que reconocer que con los precios que hoy alcanzan las subsistencias, no es posible dar a los ranchos ni la variedad ni la abundancia que en otros tiempos; establézcase el tipo de ración por especie, propues-

to ya en 13 de enero del 1920, y se tendrá la seguridad de que el soldado come mejor. He leído que se criticaba que al soldado, en un día de marcha o de combate, se le daba un chorizo y un pan y galleta para comer; pero, ¿es posible, en esas circunstancias, hacer ranchos calientes? (¡¡!!)

»En lo referente a material y armamento, ¿hemos de negar que es deficiente? Quizá una inspección, por ligera que fuese, nos haría formar un concepto más desconsolador aún del que nos da el contacto con las diarias dificultades, que no son pocas. En los fusiles y carabinas en servicio hay una gran proporción de descalibrados; el material de ametralladoras rara vez está completo y es defectuoso: muchas no funcionan desde los primeros disparos. Los servicios artilleros tropiezan con dificultades para mantener sus piezas al corriente y especialmente para el municionamiento: desde la supresión de las columnas de municiones, se tropieza con extraordinarias dificultades, y generalmente hay que dedicar a este servicio cargas de Intendencia.

»La aviación no puede rendir todo lo que de ella se podía esperar porque, generalmente, es muy escaso el número de aparatos en vuelo; la munición, defectuosa y escasa; este año no hemos podido disponer de bombas incendiarias. Las escuadrillas, especialmente la de Tetuán, incongruentes, pues en seis aparatos que posee hay tres modelos distintos, y en el mismo modelo Havilland hay de dos sistemas, que no pueden intercambiar sus piezas.

»La tracción automóvil está en las mismas condiciones de deficiencia que el resto de los servicios. Para todas las atenciones del servicio ligero en Ceuta-Tetuán se contaba con tres automóviles de campo; las otras Comandancias generales quizá estén igual o peor; el Alto Comisario sólo contaba con uno para él y su cuartel general.

»Los servicios sanitarios, escasísimos de material; éste, anticuado, y más escaso aún de elementos de curación y medicinas».

Si, al filo de marzo, cimentaba el Residente en tales medios su convicción de ultimar en estío lo de Alhucemas, lógico es que en julio, tras alguna mejora, los reputase más que sobrados para resistir el empuje de Beni Uriaguel, Bocoia, Beni Tuzín y Tensáman.

Mientras, en Melilla, los Cuerpos, «faltos de recursos suficientes», necesitaban acudir al sistema de los permisos para remediarlo. Es decir, ya no. Presa de zozobra, requerían anhelosos a los permisionarios para que se incorporasen a la mayor brevedad.

Berenguer, que tantísima devoción tiene al discípulo de nuestro grande y olvidado Palanca, desmemoriábase de haber dicho Lyautey: «Que los campos de batalla pregonen altamente que somos poderosos y recios, porque el atávico natural del indígena le lleva a no respetar sino la fuerza, menospreciando al débil, aunque lo mire ahito de buenas intenciones».

Estábamos frente a las tribus rifeñas de mayor guerrerismo, gozosas por su triunfo de Abarrán, aleccionadas por instructores europeos, fortalecidas con cañones, fusiles-ametralladores, mucho dinero y muchísimos cartuchos. Estábamos allí en visible situación de debilidad, fomentadora de su rebeldía. No con un ejército robusto, bien pertrechado, que mostrase reciedumbre y poderío; sí con débiles columnas indígenas, pobres en material y compuestas por cabileños a quienes había vencido Beni Uriaguel incontables veces. En pos de aquellas únicas masas de choque (menos de 4.000 moros, de los que no más constituían fuerza segura los 1.041 regulares), contemplaban los rebeldes unos pocos peninsulares, con poquísimos pertrechos y acostumbrados a ir en segunda línea.

Nuestras posiciones debían servir de dique a, cuando menos, tres cábilas: Beni Tuzín, que tiene 15.000 pobladores y 7.000 guerreros; Bocoia, que cuenta 11.000 y 2.200; Beni Uriaguel, que reúne 30.000 y 7.000. Pero, aquellas posiciones —revistadas y aprobadas en abril por Berenguer—, sólo servían para lo que se las ocupó:

como descanso provisional ante una comarca sin enemigos. Deficientes en enlaces, sin cruce de fuegos, sin agua, con una sola línea de comunicaciones y además entre montañas, eran inútiles como escudo. De ahí que Silvestre quisiera darles vigor encarnándolas con otras más seguras. Y esto, tan juicioso, es lo que había impedido el Comisario al evitar se le robusteciesen sus minúsculas fuerzas de choque.

He ahí, pues, la verdadera situación militar de Melilla cuando el General en jefe publicaba en *El Sol* aquellos sus incomprensibles optimismos y, ciego para lo que más debió desvelarle, iba a recoger laureles en Yebala...

CAPÍTULO X

Comienzan los «pequeños encuentros sin importancia».

Un testigo presencial de la catástrofe, don Eduardo Rubio, redactor de *El Día Gráfico*, de Barcelona, escribía con fecha 18 de julio, que, desde lo de la Loma de Los Arboles, «los rifeños continuaron más audaces, sin que las columnas salieran en su busca, según se dice por tener el Comandante general órdenes superiores para suspender todo movimiento».

No extraña. Frisch ha escrito: «El efecto moral adquiere una considerable importancia en esta guerra, pues árabes y berberiscos son esencialmente impresionables. En el comienzo existe gran cantidad de indecisos, dispuestos a engrosar las huestes en caso de victoria: de ahí la necesidad de tomar una vigorosa ofensiva para mantener en su puesto a los vacilantes y disminuír el efectivo de los combatientes» (1).

Por eso, en 5 de junio, al pedirle refuerzos a Berenguer, asienta Silvestre que «la inactividad en los actuales momentos sería muy peligrosa» y, por ende, como le den los medios que pide, «aprovecharé, si V. E. me autoriza, cuantas coyunturas se me presenten para ir desarrollando este plan» (el de mejorar su línea) (2).

(1) *La guerra en África*, pág. 45.

(2) El vizconde de Eza no leyó en el Congreso la respuesta dada por el Alto Comisario a Silvestre, aunque constituye una de las causas fundamentales de la catástrofe. Tampoco dijo el número de proyectiles para cañones de montaña enviados entonces a Melilla. Con todo, no duda en afirmar que yo inserto la respuesta en este libro. (*Época;* 29 de junio del 1922.)

Tan grave es el cargo resultante de la forzosa inmovilidad impuesta a Silvestre,

Pero «V. E.», persistiendo en sus fatales errores, prefiere suprimirle la posibilidad de realizarlo, mediante la escueta negativa de refuerzos que ya recogimos. Y a los veinticuatro días emprende una ofensiva en Yebala, donde no teníamos que remediar ningún contratiempo.

Desde el 1.º de julio manda en Annual el coronel de Artillería señor Argüelles, cuyos diarios informes llevan negro pesimismo. No es que los rebeldes le ataquen. Acaso los sujeta pensar en los efectivos de Africa, Ceriñola y Regulares allí concentrados o, tal vez, las defensas construídas por Tamarit reuniendo las tres lomas con robustas lunetas. No hay tiroteos diurnos ni nocturnos. Se efectúan sin novedad los servicios de la posición, dejados en lo indispensable por ejercerlos tropas indígenas que, empleadas asimismo en los convoyes a Igueriben y Talilit, no pueden tener más elasticidad.

Es otro el peligro. Cada vez más numerosos los núcleos insumisos, ya recobrados de sus pérdidas del 16 de junio, ostentan desenvoltura arrogante. En la Loma de los Arboles, donde nuestra defensiva ya no establece servicio por evitar choques, los rebeldes levantaron poco a poco menudos parapetos, servibles para abrigos de diez o doce tiradores. Después, pese a los cañonazos que embarazaban tales obras, la línea de atrincheramientos fué corriéndose en derechura a Igueriben con labores nocherniegas. Bien instruídos, los de Abd-el-Crim montan su gran guardia en el collado de Tissi Assa, paralelo al de Izúmmar, y disponen avanzadillas en los resguardos de piedra. A menudo, principalmente al obscurecer, se contempla el relevo que ejecutan como tropas regulares; de noche, los farolillos de las rondas pasean su luz mortecina en el silencio de los campos.

que el señor vizconde de Eza creyó conveniente decir: «Cuidaron los generales, y eso no tengo para qué leerlo, de mover las tropas, precisamente para que la moral reaccionase, moral que, según se desprende de lo que dice el general Berenguer, ESTABA BASTANTE DEPRIMIDA. (Sesión del Congreso, 25 de octubre del 1921.) Lo que no dice el Ministro es la clase de movimientos que hubo después de negarle a Silvestre las tropas que pidió el 5 de junio. Le sería un poco difícil

Una salida impetuosa quizá diera al traste con las fortificaciones morunas; mas, ¿no prohibió todo movimiento ofensivo el general Berenguer? (1).

Cierta mañana, sobre el 15, asoma la intención de desbordarnos el frente por su extremo izquierdo: surgen trincheras a 1.600 metros de Igueriben, tan bien establecidas, que baten con fuego de enfilada el barranco sito detrás de la posición y desembocante en su línea de comunicaciones. En balde quieren barrer nuestras piezas la amenaza. Amparados allí los fusileros rebeldes, sostenidos por la artillería que instruyeran los búlgaros de la Legión francesa, sobre impedir con vigorosa hostilidad los aguajes y demás servicios externos, convierten los convoyes en pugnas reñidas. El del 16 hubo de volverse ante la granizada de proyectiles que caía en el camino. Y como el cañoneo no ahuyenta a los sitiadores, hácese imprescindible una operación seria para desalojarlos, porque Igueriben padece sed. Mas, ¿qué dirá el conquistador de Yebala si opera su subordinado? Y ¿con qué tropas lo haría?

Por recurso extremo, para cuando las circunstancias justifiquen ser inexcusables algunas acciones en el campo enemigo, piénsase reunir a los jefes de las tribus adictas y pedirles que ayuden con sus jarcas. Empero, la obra de la Cofradía Alauita presenta peligrosísimo aquel expediente: ¿no fomentaremos una sublevación al concentrar cabileños armados en la casi desguarnecida zona de retaguardia? Ya ha habido paqueos contra Tistutin y es preciso andar con prudencia, porque este recurso desesperado descubre nuestra endeblez y confirma cuanto dice Abd-el-Crim en su propaganda. Mas como no cabe otro y hay que ganar tiempo, procurando mantenerse en equilibrio hasta que Berenguer concluya en Beni Aros, Silvestre ordena un intento de auxilio a

(1) Disculpándose, decía el vizconde de Eza en 24 de julio: «Entendí siempre que para la labor a realizar en Melilla había fuerzas suficientes, siempre que no se intentara ninguna nueva operación de avance, y por ahora no se pensaba hacer tal cosa. En esto estábamos de acuerdo el Alto Comisario y yo.» *(El Imparcial;* 24-7-21.)

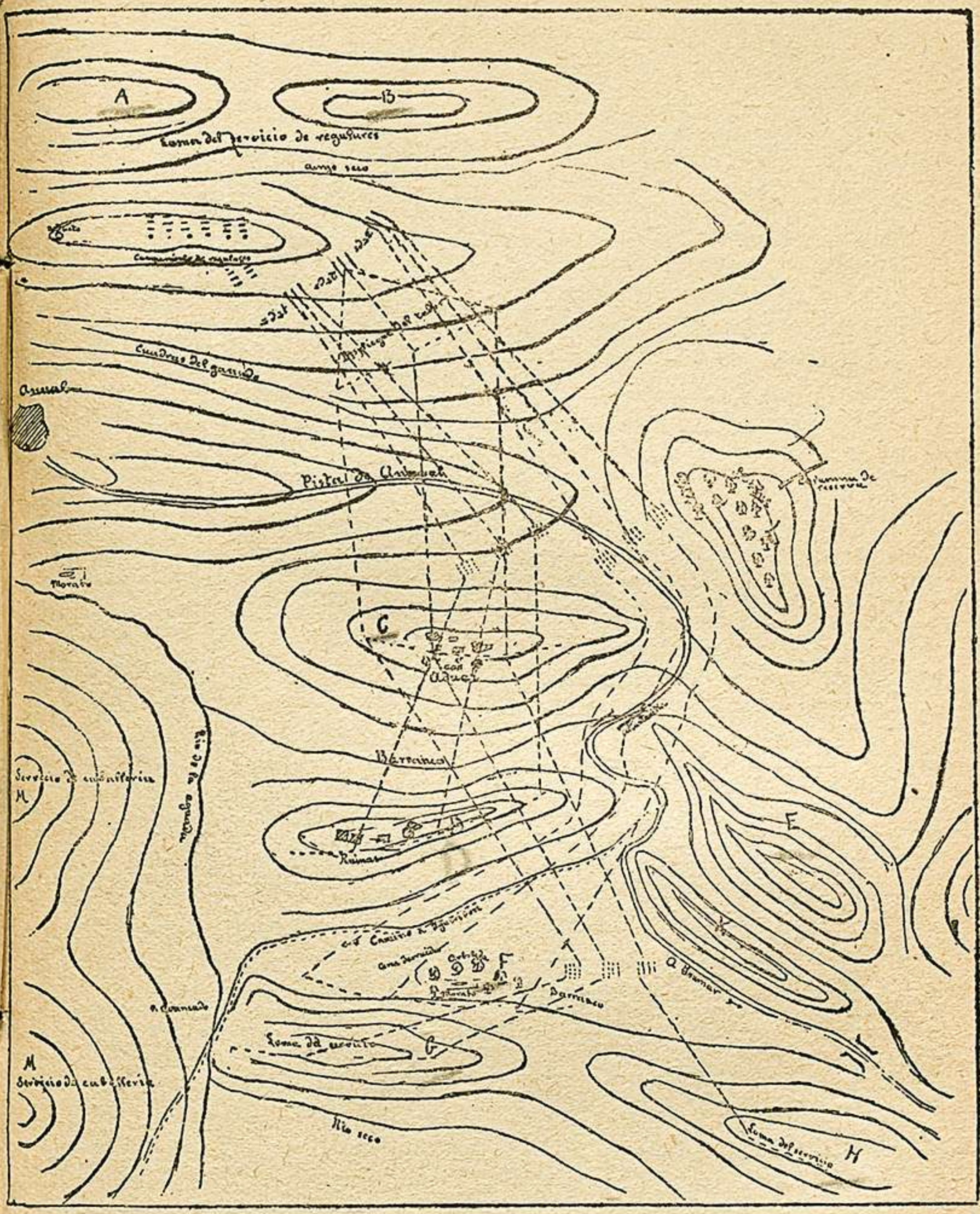
Igueriben, para remediar sus apuros apremiantes, y él en persona inquiere el ánimo de las cábilas amigas.

Las fuerzas de Regulares que, al mando del comandante Romero, se hallan el 17 en Annual son: el 2.° tábor, íntegro, a las órdenes del capitán señor Del Rosal; dos compañías del 1.° y dos escuadrones. Como de costumbre, con la aurora se aperciben aquellas bravas tropas a la descubierta, igualmente que a establecer protecciones en la aguada y los caminos (1). Una sección de infantería, con un oficial, en las ruinas D; dos puestos de a escuadra en G y H; una sección de caballería en M, a la otra margen del Amecrán, para cubrir el costado derecho.

Ya están con sus moros los oficiales Valiente y Tomaseti cuando llega presuroso el capitán Cebollino. Acaba de persuadirse, merced a detenidas observaciones, de que hay fuertes masas enemigas ocultas en la loma del servicio (G y H), como también en todos los casuquines y barrancos inmediatos (D, D y L). Es aviso que evita un desastre: sin él, los jarqueños hubiesen dejado pasar las secciones, cogiéndolas entre dos fuegos, sin escapatoria posible ni ocasión de socorro. Ante aquello, Del Rosal suspende la salida y Argüelles cañonea las concentraciones hostiles.

El enemigo advierte que abortó su plan. Ebrio de furia, abandona los escondites y en enjambre, con positivo lujo de fuerzas, corre por los barrancos hacia Annual, poniéndose a 400 metros del campamento de los Regulares. Mas no sólo embiste ahí, para interceptarnos el camino Izúmmar-Annual, por donde se aguarda aquel día importante convoy de víveres y municiones. Bien dirigido, lleva al otro extremo de la línea la amenaza que padece Igueriben, y alrededor de Buimeyán ocupa varios aduares, alguno a retaguardia de nuestras posiciones.

(1) A las tropas peninsulares concernían los servicios próximos a Annual, así como los convoyes a Izúmmar. ¡Siempre el sistema de Berenguer!



COMBATE DEL 17 DE JULIO DEL 1921. (UNICO CONVOY QUE PUDO ENTRAR EN IGUERIBEN DESDE QUE FUÉ SITIADA.

El Mando vacila un poco por aquello de querer evitar operaciones. Por último, rendido a los ruegos con que acuden a él los jefes de Regulares, arroja sobre el contrario estas aguerridas tropas. Mas no por entero, con su plenitud de eficacia: en la posición queda sin emplear una compañía; otra, con el capitán Redondo, va a las lomas A y B del servicio, donde recibe fuego de la jarca. Los restantes (dos escuadrones y el 2.º tábor, a las órdenes del señor Romero), constituyen la fuerza de choque. La columna de reserva se forma con tres compañías de Africa, otra de Ceriñola y cuatro piezas de montaña, al mando del comandante don José Claudio y del teniente coronel Marina.

Competían a los Regulares dos difíciles empeños. El del tábor, con la columna de apoyo, era empujar al enemigo para dejarle paso franco al convoy que traían de Izúmmar 80 jinetes de Alcántara. El de los escuadrones, también muy arduo, era asegurar la aguada, ocupando las alturas M M y llevar el convoy a Igneriben. Incumbía aquello al 2.º escuadrón, mandado por el teniente Guzmán; correspondía estotro a las fuerzas del capitán Cebollino.

Con decidido empuje, en rápida y admirable maniobra, sin llevar ningún apoyo de Infantería, el escuadrón de Guzmán cruza el río y, disparando a caballo, lánzase a toda brida sobre la jarca, que huye en celerosa fuga y abandona uno y otro cerros al llegar los mogataces a la cumbre.

A la vez que tal ocurre por la izquierda, el 2.º tábor adelanta por la derecha. Su jefe, Del Rosal, uno de los oficiales más entendidos y animosos del Ejército, ordena el despliegue. Acabado de emprenderlo, la 2.ª compañía, capitán Sánchez Noé, recibe violenta descarga casi a bocajarro; sin detenerse a recoger muertos y heridos, se lanza en perfecto orden contra la altura C, y desaloja a los jarqueños. Es un logro magnífico. Domínase desde allí gran extensión de campo y ello posibilita los avances sucesivos, así como recoger las bajas.

Da otro salto la 2.ª compañía; con breve hostilidad

ocupa el ruinoso casuco C, que domina el morabito y la arboleda F. Contra estotros dos lugares, albergue de muchos guerrilleros, se echa inmediatamente la 3.ª compañía. Resiste el enemigo con tenacidad, apoyándole otros núcleos desde unas barrancas próximas; pero los Regulares, bien sostenidos por la artillería y alentados por el ejemplo del teniente Ledesma, que va delante, pese a un balazo en la cara, arrollan a los rebeldes en recia lucha cuerpo a cuerpo. Mas aun falta lo decisivo, por ser insegura la situación de estas fuerzas en tanto guarde el contrario las alturas H y G, desde donde prodiga mortífero fuego fijante. La compañía del intrépido Valiente parte como una centella y aunque barre sus filas un diluvio de plomo, cada vez mayor, no vacila, no flaquea, no se detiene. Sólo quedan en pie dos secciones; mas coronan los montículos, dispersando a sus ocupantes. Allí concluye el objetivo del tábor, que se ha cubierto de gloria una vez más.

No acaba, sin embargo. «Aun queda el trazo de bravura heroica, el episodio épico que siempre, siempre, aun en los fracasos, aun en los desastres —y con mayor motivo en ésta que fué clara victoria—, pone de manifiesto el ánimo viril y valor indomable de unos mozos abnegados, cuyo sacrificio borra muchas culpas ajenas. Quiso correrse la jarca por un barrancal delantero al morabito; mas, percatado el teniente Ledesma, sin atender a su postración, acude allí con un puñado de los suyos. Es un choque feroz, salvaje, lucha de hombre a hombre, en que sucumben más de la mitad de los soldados, en que el propio Ledesma recibe mortal herida; pero la hueste jarqueña es vencida y en el sepulcro del bravo teniente muerto podrá prenderse un día la cruz laureada, para cuya concesión se instruye juicio contradictorio».

Así queda normalizada la situación. Sigue el fuego, van y vienen las artolas llevando bajas; la columna de municiones tiene que abastecer a las compañías; pero el camino queda despejado, y la morisma, que presentó grandes masas, tiene muchos muertos y heridos.

Falta el segundo de los fines propuestos, tan indispensable como el anterior y más espinoso, porque apenas se dispone ya de efectivos: abastecer de agua, alimentos y cartuchos a los valientes sitiados. Para llegar a ellos se precisa recorrer cinco mortales kilómetros, franqueando profunda barranca, verdadero foso natural, y siempre sometidos al aluvión de plomo de la Loma de los Arboles y demás cerros atrincherados, que baten el camino de punta a punta. Y falta aquel apoyo que hubo antes, la avanzadilla puesta en un pico al norte de Igueriben: fué necesario abandonarla y allí se parapetaron los rebeldes. ¿Cómo decidirse, pues?

Entonces surge el héroe. Despreciando la muerte, en sublime frenesí épico, el capitán Cebollino se lanza al barranco con su escuadrón y 72 mulos del Parque móvil, ligeros de carga. Son como un torbellino, como una centella. Todos los altozanos disparan, todos los fusiles jarqueños buscan sujetar su fulmínea galopada; en el escuadrón se abren surcos sangrientos; mas la tromba cruza el camino de la muerte, corre hacia arriba, suprime a tirones el estorbo de las alambradas y entra en la posición, jadeante, inyectados los ojos; pero con agua, víveres y municiones. El capitán Cebollino puede prender sobre su pecho la cruz de los bravos.

Como el regreso es más difícil por estar percatada la morisma, Cebollino, que tiene instrucciones del coronel Argüelles, deja los mulos en la posición y a toda velocidad recorre con sus héroes el camino de la muerte. Al instante comienza la retirada conjunta de escuadrones y tábor. Refuérzase la extrema derecha con la 2.ª compañía, en tanto retorna la 1.ª desde las lomas del servicio y a la vez que la 3.ª, desplegando en guerrilla, acude a ocupar en retaguardia la posición E. Todo va bien, aunque la hueste jarqueña, enfurecida, empuja con gran brío. De súbito, ocurre lastimoso percance, que siempre acontecerá en Africa como no se atine a unir bien las fuerzas europeas y moras, tan contrarias en usos.

Retíranse nuestros compatriotas paso a paso, con mucho apoyo y mucha protección de las unidades entre sí,

so pena de que el caso degenere en barullo y funestísima pérdida de moral, puesto que el moro arremete entonces con su máxima violencia y aquel obligado método trae consigo copioso número de bajas. En trueque, el retirarse de los magrebinos —lobos de igual camada en los dos bandos— resulta veloz, frenético. Hay apoyo, no retrocede una fracción sin que otra sujete al adversario con su fuego; mas se hace a la carrera. Es como un relámpago. En minutos queda limpio el terreno, con muy pocas bajas o sin ninguna. Así, cuando actúen juntos españoles y cabileños, debe comenzarse por alejarlos sobremodo en el repliegue y hasta dejar solos a los últimos, aun con riesgo de poder necesitarse mayores masas en alguna ocasión.

Este día no se supo combinar los movimientos de los dos grupos de fuerzas, mandadas desde la posición por el coronel Argüelles y en el campo por el teniente coronel Marina, hombre de bonísima voluntad y muy buen jefe, pero que acababa de ir al territorio y desconocía al soldado moruno. De ahí que, sin despejar la retaguardia, diera orden de retroceder a los Regulares. Vino lo forzoso, el apelmazamiento, el desbarajuste. En un periquete quedaron revueltos el tábor y los escuadrones con las compañías de Africa y Ceriñola; fué preciso establecer otra cortina de fuego y mantenerse en posiciones desventajosas mientras se retiraban los dos últimos Cuerpos. Cupo evitar, pues, todas las bajas de los regimientos —que no habían intervenido hasta allí en la lucha— y unas treinta de los Regulares, entre ellas la del comandante Romero.

El tábor y los escuadrones (400 hombres) tuvieron 93 bajas de tropa, más tres en la oficialidad: el comandante, herido; muerto el teniente Ledesma, y contuso el alférez Tomaseti. Las bajas de los regimientos pasaron de 26.

A pesar del remate se había conseguido todo lo propuesto. Por desgracia, como al otro extremo de la línea conservaban los rebeldes posiciones junto y a espaldas de Buimeyán, apareció el peligro que quería evitarse en

junio ocupando a Monte Abarrán. Los convoyes con que aquel puesto se abastecía de agua en Annual, y los de toda índole enviados desde Annual a Talilit, necesitaron acogerse a penoso rodeo.

Aquella noche fué tiroteada Igueriben reciamente. Una tras otra cayeron las acémilas, que por no caber en el recinto quedáronse entre el parapeto y las alambradas; ni una amaneció con vida.

El 17, al dar parte de lo ocurrido, Silvestre pide refuerzos, esta vez por «el conducto regular». Recluído el Residente en un rincón de Yebala después de los zarpazos de Abarrán, Sidi Dris y Loma de los Arboles, tampoco se inmuta ahora. Sin duda es éste uno de los «pequeños encuentros sin importancia» que prevé. Su respuesta manda que se incoe expediente por el abandono de los 72 mulos. Nada más.

¿Qué hace, qué dice, que piensa el infeliz Comandante general de Melilla? El sin ventura sigue paso a paso el acercamiento de la tragedia que le imponen. Vésele adelgazar, no come; no duerme, y en la mesa, una vez que le sirven agua, estrella rabioso el vaso, diciendo: «¡Beber yo, mientras mis soldados mueren de sed en Igueriben!»

Su esperanza última se ha desvanecido aquel día 18 con el regreso del general Navarro. No hay refuerzos. Que aguarde Abd-el-Crim hasta el término de las magníficas operaciones de Yebala, donde, contra 2.000 jarqueños, combaten 6.577 regulares, 3.721 policías, 2.500 del Tercio, otras fuerzas de apoyo hispanas, abundantes baterías y casi todo el material sanitario y automovilístico ido a la zona. Que aguarde Igueriben.

Son inútiles las angustiosas demandas al Ministro de la Guerra. «El vizconde de Eza —escribe un entusiasta de Berenguer (1)—... restablecía muy lógicamente lo que en milicia se llama el «conducto regular» al trasladar la petición al Alto Comisario, quien la negaba». Sí, de

(1) Francisco Bastos: *El desastre de Annual*. Barcelona, 1921; pág. 221

esa manera, muy lógicamente, por el conducto regular, nos vinieron las ocho mil bajas de julio, y el aluvión de muertos, heridos e inútiles de la actual campaña.

¿Qué hacer, si el Comisario considera que las catástrofes aguardan? Desde el 16 procura Silvestre ganar tiempo, salir del ahogo sin choques decisivos y remediándose con las tropas indígenas. Mas la lección del 17 y el convencimiento que le aporta Navarro de que ha de sujetarse a sus propios recursos, le presentan ineludible un encuentro resolutivo. Rebaña aún más los destinos para cubrir las comunicaciones. Ordena que suban a Annual el tábor y el escuadrón de Regulares que se hallan en Nador. Decide que siete compañías de San Fernando (una de ametralladoras) y una batería de montaña pasen allá desde Dar Drius, donde ha de concentrarse el regimiento de Caballería de Alcántara. Reduce al mínimo los destacamentos de posición, dejando una o dos secciones donde estaba una compañía. También recurre a los Ingenieros, que tienen una unidad de zapadores en Ben Tieb, otra en Drius y dos en Izúmmar: estas últimas deben unirse a la que radica en Annual. Rebaja a cuatro compañías el efectivo de la columna móvil de Telata y a tres el de la de Chaif. Todo lo disponible es enviado a Annual, con órdenes apremiantes.

Silvestre sabe que, aparte de las fuerzas acumuladas en el frente operativo, no dispone de otros núcleos volantes que las siete compañías de Telata y Chaif, quienes, con cinco de Infantería, una de Ametralladoras y una batería que tiene en Canduchi y Dar Quebdani, no reunen ni 2.000 hombres. De los combatientes, casi 4.500 son reclutas incorporados en febrero, dados de alta en abril y sin positiva instrucción de tiro, porque escasean los cartuchos. De la gente voluntaria, firme y aguerrida, unos 2.000 se fueron al Tercio. Y de los demás, que andan en año y medio o dos y medio de servicio, bien expresamos antes cómo se mandó a muchos a sus casas para, con la economía, atender la terrible indotación de los Cuerpos, cosa hasta entonces hacedera, por-

que el método del Alto Comisario circunscribe la misión de pelear a los Regulares y a la Policía.

Exprimiéndolo todo, frente a los 3.500 jarqueños de Abd-el-Crim, engreídos por sus triunfos, cabe poner en Annual 6.000 soldados sin hábitos de lucha. Ante los 3.500 lebel y mauser de la jarca, nuevos en su mayoría, comparecerán los 6.000 descalibrados fusiles españoles, que en buen número no hieren a cien metros de distancia...

Hay, pues, que aferrarse a los jefes de tribus amigas para que den los urgentísimos refuerzos necesarios. Caddur Amar, de Beni-Said; Bu Rajail, de Metalza, y Drius Mojand Nachar, de Beni-bu-Yaji, aseguran que el 20 se personan en Annual con sus parciales. ¿Cuántos? Unos quinientos. Por si no bastaran, convoca Silvestre a los notables de Guelaia; el 20 vendrán a decirle si da cada tribu cien hombres, municionables por cuenta de España.

No sólo se desvela la víctima de «el conducto regular» por agenciarse núcleos de choque. También procura que éstos consigan el máximo apoyo artillero. Las tres únicas baterías de 7,5 centímetros están ya: una en Igueriben, otra en Dar Drius, donde es indispensable, y la tercera en Annual. Sólo puede mejorarse con las seis Schneider de montaña, únicas relativamente útiles de que se dotó al territorio. Acumula cuatro de Annual y deja las otras, distribuídas en grupos de dos piezas, en las posiciones que no pueden pasarse sin artillería. Buimeyán, Izúmmar, etc., han de seguir con sus viejos Saint-Chamond, de tiro acelerado.

Y como el Ministro de la Guerra, que sigue en el mejor de los mundos, no atendió aún su propuesta solicitadora de proyectiles, vuelve a la carga por telégrafo. El 19, a las once y media de la noche, pide 30.000 granadas para cañones de 7 y 7,5; 15.000 de una y otra clases para recarga; 20.000 espoletas y 10 millones de cartuchos remington. Encareciendo la necesidad del envío, añade: «En propuesta cursada a la Sección de Artillería SE HACÍA PEDIDO necesidades, que aumentan

con imprevistas por combate». Con ello verá el señor Vizconde que no es exagerado lo que le solicita, que ya no basta la propuesta que en mejores días le envió...

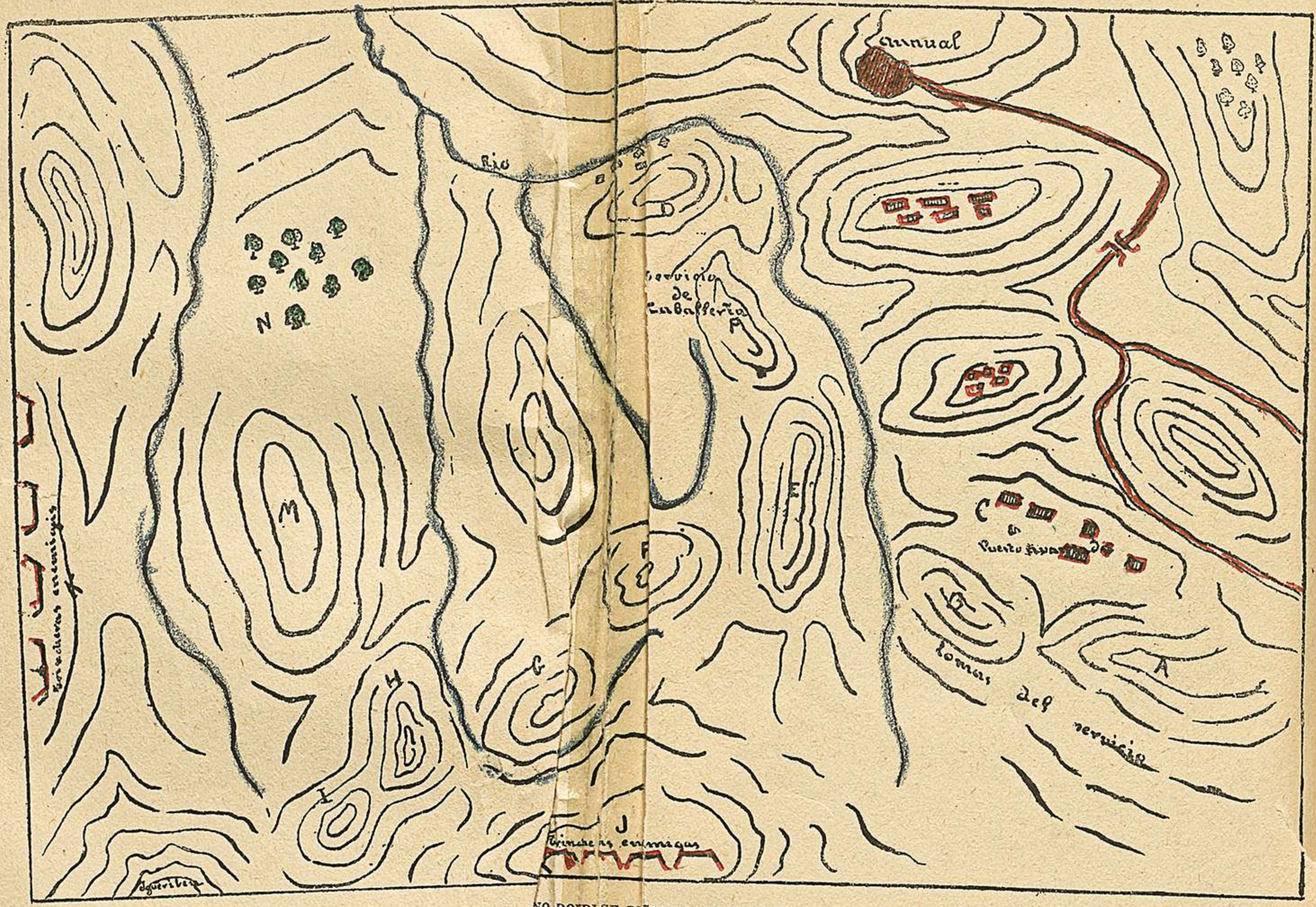
Para el abastecimiento de la posición donde se concentran los 6.000 hombres, hay que atenerse a lo posible, que es muy poco. Como el camino es largo y de montaña, sólo asequible a carruajes de poco peso; como no se quiso o no se pudo darle a la Comandancia más de cuatro Bentz ligeros, con los cuatro hay que municionar y alimentar a 6.000 personas y abastecer las cinco baterías. *Item* más: como se han descompuesto dos de las ambulancias automóviles, aquellos otros vehículos han de evacuar las bajas. Tanta es la penuria tocante a medios para el transporte, que la pérdida de 72 mulos en Igueriben ha impuesto confiscar en Melilla hasta los carritos porteadores de cerveza, para emplearlos en la conducción de víveres y municiones...

El 20 se buscará resolver la situación en Igueriben, echando en la balanza todas las fuerzas aprovechables; pero, ¿puede aguantar hasta el 20?

¡Ay, no! Contra Annual ni un tiro, aunque sus cañones, apuntados de día, favorecen después la defensa del montezuelo sitiado: una compañía y un escuadrón desempeñan los servicios exteriores con poco uso de las armas. En trueque, el 18, por la mañana, tarde y noche, continúa incesante el fuego contra Igueriben, cuyos defensores solicitan agua, avisando que el 17 se les llevó menos de la imprescindible para veinticuatro horas y que el enemigo bate la posición por todos los frentes.

No puede pasarse otro día sin hacer algo en pro suyo. ¿Y quién ha de ponerse a la prueba sino los animosos Regulares? El teniente coronel Núñez de Prado y el comandante Alfaro, jefes respectivos del grupo y del 2.° tábor, marchan a Annual. Lo que no hagan entrambos, primeros entre los mejores, no lo hará nadie.

El 19, muy de mañana, se organizan las tres columnas operantes, cuyos fines son los mismos de la antevíspera. Una, mandada por Alfaro y compuesta por dos



PÉRDIDA DE IGUERIBEN. (CROQUIS DEL TERRENO DONDE SE RIÑERON LOS INFRUCTUOSOS COMBATES DEL 19 Y 21 DE JULIO DE 1921.)

compañías y un escuadrón de Regulares, irá a las lomas del servicio (A y B), dejando puestos en C para asegurar las comunicaciones entre Annual e Izúmmar. La segunda, con Núñez de Prado, y formada por dos compañías, un escuadrón de aquellas fuerzas, más una compañía de ametralladoras de Africa, llevará el convoy. La otra, de reserva, debe situarse en D; rígela el denodado comandante de Africa don Juan Romero; consta de dos compañías de este regimiento y una batería de montaña.

Por ambas márgenes del Amecrán y con apoyo artillero, parten resueltas las dos columnas de choque que, en breve, coronan las primeras posiciones deseadas. En A y B se acomoda una compañía; otra, en C, custodia el barrancal. Núñez de Prado, que toma la vuelta de Igueriben, da pronto con numerosas masas enemigas, las cuales, más sobre sí que el 17, no se arrojan al cuerpo a cuerpo, sino que aguardan, al reparo de robustas trincheras, sobre el frente y los dos costados. Al estruendo de las descargas, cruza el río el primer escuadrón y acude en socorro de los convoyantes. Todavía son pocos, supuesta la muchedumbre de contrarios, y viene a todo correr el comandante Alfaro con la segunda compañía de su tábor.

Ya juntos los dos escuadrones y las cuatro compañías, acometen con coraje, y una por una, van quitando a los jarqueños las lomas E, J, G y H. Mas el enemigo crece conforme se adelanta, y al llegar los regulares a H, todos los cerros contiguos vomitan plomo en contra suya. En I, J y M hay algunos centenares de cabileños, sólidamente parapetados, que unen al estridor de sus lebel el tableteo de los fusiles-ametralladores con derroche de cartuchos. Es imposible pasar. El enemigo se multiplica y no se dispone ya de reservas. Comprendiéndolo así, advertido de ser insegurísima la situación de los suyos y de que, con fuego por entrambos lados, va a perder todas sus fuerzas y la posibilidad de la retirada, el jefe ordena replegarse. Con perfecto ajuste se retorna a E, donde se mantienen los soldados en sitios de defensa, bien emplazadas las ametralladoras.

En el retroceso cae herido Núñez de Prado, quien, pundonoroso, sigue en su mando a pesar de abundante hemorragia. Atiende a todo, dirige en persona los pormenores más nimios, hasta que, casi exangüe ya, logran sus compañeros que se aleje. Sustitúyele Alfaro y, a poco, llega la compañía del capitán Rosal, relevada en sus posiciones de A y B por combatientes de Africa; minutos después, el comandante Romero recibe un balazo en la muñeca y otro en el pecho, mortal de necesidad.

Juzgan oportuno los oficiales —y el propio Núñez de Prado lo dice al jefe de la circunscripción, coronel Manella— que se aguarde al otro día; entonces, con las unidades de Africa y las de San Fernando que vienen de Dar Drius, sobre impedir desventuras, podrá conducirse el convoy en condiciones de triunfo. Manella consulta a Igueriben. El heroico Benítez, el mismo que defendió a Sidi Dris, responde con angustia: ya lo ha dicho, llevan día y medio sin un sorbo de agua y no pueden más; tienen treinta enfermos; los ahoga la pestilencia de las caballerías que se pudren junto al parapeto. Sí, sí; hay que llegar aquel día con lo más preciso. Pero, ¿cómo, si antes no pudo pasar el convoy y ahora tenemos menor cuantía de tropas?

Noticioso el Mando del triste desenvolvimiento de las cosas, a la una de la tarde arriba Navarro, segundo de la Comandancia. Oye a Manella, se informa con rapidez, expide órdenes para que apresure su marcha la columna de San Fernando, y telegrafía a Silvestre: «Acabo de llegar a esta posición y considero imposible prestar socorro a Igueriben; no obstante, esta tarde emprenderé combate sin ninguna probabilidad de éxito».

Silvestre le responde: lo encomienda todo a su buen criterio; si es posible rehuir una acción a fondo, espere que vaya él con los refuerzos disponibles: 350 infantes y 100 jinetes de Regulares, más cinco escuadrones de Alcántara.

¡Esperar! ¿Acaso puede esperarse? El coronel Manella corre a la loma donde siguen los soldados indígenas y expone la idea que le sugiere lo crítico del trance. Es

necesario —apunta— que cualquier unidad se sacrifique en pro de los que mueren de sed; sus componentes, con varias cantimploras a la cintura, avanzarán protegidos por el despliegue en guerrilla de los restantes, para meterse en Igueriben como puedan y caigan los que caigan.

Es el propósito tan noble como estéril, y bien lo pone de manifiesto el comandante Alfaro, conocedor del país y del moro. Quizá se persuade el mismo Manella; pero, ¿es posible desistir de algún intento inmediato?

La intrépida compañía que manda Del Rosal es la que ha de inmolarse. Ninguno vacila en ella. Todos, oficialidad y tropa, conocen ser imposible la empresa; saben todos que se les envía a segura muerte y, sin embargo, allá van con alientos de victoria.

¡Inolvidable momento aquél! Más numeroso ahora que en el choque matinal, por haberle acudido adeptos al percatarse de que Igueriben requiere socorros con urgencia, el enemigo aguarda en acecho, pegado al terruño, y recibe la salida con descargas incesantes. No importa. Los Regulares de a caballo corren en su busca, de cerro en cerro, sostenidos por la compañía del capitán Redondo. A su derecha y centro se desgranan en guerrilla las unidades de Moreno Guerra, Zappino y Sánchez Noé. Entre esas fracciones, la compañía Rosal, con sus pobres cantimploras, avanza sin coger los fusiles, a zarpazos con la fatalidad.

Es un empuje loco, arrollador, sin un tiro, en que únicamente se busca acortar distancias, echarse sobre los jarqueños. Y los jarqueños retroceden. Huyen de la altura H, desamparan en seguida el altozano M ante las fuerzas de Zappino y Sánchez Noé; luego abandonan el bosque, barridos por Moreno Guerra. Pero no es posible seguir la furiosa arremetida. Surgen atrincheramientos. Hierven en contrarios las barrancas, los montecillos, los pedruscos que cercan ruines heredades. Crece y crece la intensidad del fuego. Hay que acudir a la fusilería, ceder en el empuje, irse paralizando. La compañía Redondo se deshace por minutos con el cha-

parrón de balas, sucumben cabos y sargentos, caen muertos o heridos los oficiales, recibe un balazo el jefe; entonces, la unidad flaquea un momento, pierde pie, recula, y la morisma recobra el alcor H.

Ello acaba de volver insostenible la situación. Un instante más, un asomo de perplejidad y se imposibilita la retirada. Por suerte, los ojos de lince del comandante Alfaro ven el peligro y surge la orden de repliegue. De modo admirable, sin abandono de una baja, conteniendo en firme al adversario, que acosa con iracundia, la pequeña hueste se recoge a lugar seguro, con derroche de valor y pericia en la difícil maniobra. Se encaminan los del llano a D, donde están la batería y los efectivos de Africa. En P, Alfaro y Sánchez Noé sujetan los grupos que se corren por el frente y por el río, evitándole serio apuro a la batería, que así puede retirarse sin precipitaciones. La compañía Redondo y los escuadrones repasan el Amecrán y, por delante de la colina E, se dirigen también a Annual.

En esta última fase intervienen cuantos efectivos hay en Annual: las compañías de Ceriñola, las tres de Zapadores (pues llegaron ya las dos de Izúmmar) y las siete de San Fernando. He aquí nuestras bajas:

Regulares: capitán don Francisco Zappino y teniente don Francisco Nuevo, muertos; heridos, teniente coronel don Miguel Núñez de Prado, capitán don José Redondo, teniente Martínez Roselló y oficial moro Jammús. De tropa, 30 muertos y 97 heridos.

Regimiento de San Fernando, un muerto y once heridos de tropa.

Regimiento de Ceriñola, dos soldados heridos.

Regimiento de Africa, comandante don José Romero y un soldado, muertos; cinco heridos de tropa.

Esto es: siete bajas de jefes y oficiales y 147 de tropa.

También aquella noche, tras de comunicarle al Comisario lo sucedido, Silvestre solicita refuerzos por «el conducto regular». Ya no pide una división; habla de divisiones. Cífrase el despacho y va a la radiotelegrafía; pero, entonces, alguien, un íntimo, convence al general

de que pidiendo muchas fuerzas corre peligro de quedarse sin ninguna. Se recoge aquel texto, se escribe otro con la petición de una brigada mixta (siete u ocho mil hombres) y se cursa.

Poco después —abundan los sabedores de ello— llega una solicitud de aclaración al radiograma del 17. Reclámase de Silvestre que precise cifras. ¿Quién? Puede que lo sepa el señor vizconde de Eza. Ello es que estamos a 19. Y en el litoral de la Península existen tropas que, en unas cuantas horas, pueden poner pie en Melilla.

El 20, como de costumbre, ocupan los Regulares las lomas del servicio (A y B), igualmente que la E. El segundo tábor y el primer escuadrón, que lo efectúan a las órdenes del comandante Alfaro, tienen tiroteo hasta el anochecer; mas la carretera a Izúmmar está libre.

¿Qué importa, si la de Igueriben permanece interceptada? En lo alto del montículo donde sucumben dos compañías de Ceriñola, otra de ametralladoras, los sirvientes de una batería ligera y los conductores del Parque Móvil que fueron con el convoy del 17; allá arriba, tartamudea el heliógrafo torturas indescriptibles. «Es horrenda la sed: se han bebido la tinta, el petróleo, la colonia; están bebiendo orines mezclados con azúcar, se echan arenilla en la boca para excitar la salivación, métense desnudos en hoyos areneros, para conseguir el consuelo de alguna humedad. Se ahogan con el hedor de los mulos muertos. Por la pestilencia y estar sin agua se infeccionan las heridas, haciéndose mortales en buen número. Conclúyense las municiones». Un heliograma ruge airado: «Parece mentira que dejéis morir a hermanos vuestros, a españoles, delante de vosotros».

Pero, no. Silvestre no es de los que abandonan a sus soldados sin intentar socorrerles. Mientras resiste el otero trágico, sostenido por el tesón indomable del alférez Rafael Villanueva Ope y del capitán Paz Orduña, que dan ánimo a todos, van acudiendo al sitio de concentración los efectivos disponibles. Llegan, con el sereno y bravo comandante Llamas (quien toma el mando

del grupo), el tercer tábor, la segunda compañía del primero y la de ametralladoras. Súmanse asimismo todas las fuerzas de Policía y algunas idalas, cuyo gobierno tiene el coronel Morales...

En su acostumbrado parte nocturno, describe el Comandante general lo angustioso de la situación y anuncia que, concentradas las fuerzas con que quiere liberar a Igueriben de los grandes núcleos que la envuelven, sale aquella noche para asumir su mando directo. En vista de las circunstancias, el general Navarro volverá a Melilla para seguir en contacto con los superiores.

Silvestre no duerme. No deja dormir a nadie en torno suyo. Va y viene por las habitaciones de la Comandancia como un espectro. De aquel hombrón fornido apenas subsiste la sombra: en la cruel ansiedad de las últimas semanas, cayó su reciedumbre; quedóse en los huesos, vive febricitante, habla solo y de súbito se crispa, cual si maldijese.

Al amanecer abraza a los suyos, sube al automóvil, parte. En Ben Tieb, donde para varios minutos, óyenle decir sordamente: «¡Como Dios quiera! ¡Como Dios quiera!» Con el día irrumpe en Annual.

Desde allí telegrafía de nuevo al Comisario, exponiéndole la situación con cada uno de los peligros que entraña; insiste en lo de los refuerzos; ruega a Berenguer que vaya a cerciorarse de cuanto indica; enumera los elementos disponibles en Annual para todo; expone que no puede hacer la ofensiva, pues «estimo que *las fuerzas están equilibradas*»; y, con desesperación, requiere otra vez que se efectúe el bombardeo de la costa alhucemeña, que llamaría allí gran parte de la jarca, «*permitiéndome asegurar en forma definitiva* la línea avanzada hasta la llegada de *los recursos prometidos por V. E...*»

La depresión de los bisoños Cuerpos peninsulares es enorme. Las dos abortadas tentativas de auxilio a Igueriben —donde truena el cañón sin descanso y las descargas se suceden— hacen temible una desdicha peor

que la de Abarrán, porque ahora son más los rebeldes y más cortos nuestros efectivos. Saben jefes y soldados que el Comisario y el Ministro niegan refuerzos y que para llevar al frente los 6.000 hombres allí reunidos, fué indispensable poner la retaguardia en azarosas condiciones de inseguridad. No hay uno a quien se obscurezca lo que puede ocurrir entre los auxiliares moros si falla el desesperado esfuerzo propincuo. Y son bastantes los que miran con angustia el ir y venir de los cuatro automóviles que traen municiones de boca y guerra.

Tenían razón para temer. Ya vimos lo que en 30 de mayo expuso Silvestre a Eza sobre necesidad de sustituír los 24 cañones Schneider de montaña, y también registramos cómo en 5 de junio —por citar sólo una fecha— reclamó el sin ventura Comandante general proyectiles de esa clase. Pero como las cosas de Melilla se tomaban un poco a beneficio de inventario, al agravarse los sucesos no más tenía en depósito la Comandancia unos 5.000 disparos de cañón, repuesto irrisorio, ya que en una noche de socorro a Igueriben hubo 1.600 cañonazos y que la batería Romero disparó 600 shrapnels en el frustrado convoy del 19. Annual poseía mil cargas artilleras en el polvorín, más unas 700 por batería: Tampoco abundaban los cartuchos de fusil.

En tal balumba de causas, sin excepción desastrosas, ninguna peor que la desconfianza en los auxiliares moros. «Si al ir bajo las balas enemigas está seguro el soldado de que su vecino procederá parejamente, de que no han de abandonarle compañeros y jefes, le hinche el corazón un sentimiento de deber y honra que no le consiente mostrarse inferior a sus camaradas y le arroja a desafiar los mayores peligros. Aquí viene bien el adagio: «retenemos la multitud con la multitud», porque una sola resquebrajadura que sobrevenga puede desmoronar el conjunto, rompiéndolo como vidrio enfriado de repente, según la imagen de Clausewitz» (1).

(1) Doctor Campeano: *Essai de Psychologie militaire*, pág. 103.

Cien, doscientas veces, se aseveró que el jefe de la Comandancia de Melilla mantuvo ignorantes de lo que acontecía al Ministro de la Guerra y al General en jefe. Y aun hay un aserto rotundo: «Yo digo —díjoles el vizconde de Eza a los diputados (1)— que *desde el 18 de junio al 21 de julio* no se me ha vuelto a decir nada respecto a esas efervescencias (en las cábilas), ni para decir que se habían aumentado, ni que se habían aplacado».

Hoy, ya es otro el cantar. Declara el vizconde de Eza (2) que el 18 de julio (en hora que no anuncia) «y atribuyendo el Ministro *la falta de noticias* a lo apartado que *el General en jefe se hallaba a la sazón*, por estar en plenas operaciones de Yebala», tuvo que pedirle al Comandante general melillense «noticias que confirmaran los rumores de Prensa corridos por Madrid». ¿Nada más? Porque nosotros creemos saber que, enojado el señor Marichalar por la demora con que transmitía la Residencia los partes oficiales de Melilla, ordenó a Silvestre dirigirle, por telégrafo, diaria síntesis de las novedades que hubiera en aquel territorio...

«Antes de recibir la respuesta —continúa el Vizconde— tuve telegrama del general Berenguer, dándome cuenta de lo que Silvestre le comunicaba». Olvídase el entonces Ministro de indicarnos la fecha del parte que le reexpidió con tal demora el Residente, y pasa a narrar cómo a las veinticuatro del 19 le participa Silvestre lo de Igueriben y también «que hubo nuevo ataque por la noche, *muy duro*, del cual no tenía detalles, pero que las posiciones *resistían tenazmente*». Así, pues, dos son las manifestaciones categóricas del Vizconde: según una, desde el 18 de junio al 21 de julio nadie le habló de efervescencia en las tribus; según la otra, el 19 de julio estaba noticioso de un ataque tan duro a las posiciones, que éstas necesitaban resistir con tenacidad.

¿A cuál versión atenernos? A la última. «El Alto Comisario, desde Tetuán, con fecha 19, a las 12,50 —pro-

(1) *Diario de las Sesiones;* 25 de octubre del 1921; pág. 17.
(2) *La Epoca;* 29 de junio del 1922.

sigue el Vizconde— reproduce las noticias del telegrama anterior de Silvestre». Aún más: el 20, a las tres de la tarde, don Dámaso Berenguer comunica a su jefe «la pérdida de 61 mulos en Igueriben, por haberlos dejado pernoctar fuera de las alambradas (*sic*), y anuncia «formación de expediente para depuración de responsabilidades». «Hasta este momento —arguye el señor Eza — no aparecía nada anormal ni extraordinario». Sí; todo era naturalísimo y normalísimo.

Sin embargo, ahora comienza a curarse en salud el Comisario. Al ver los terribles efectos de la absurda inmovilidad que *en junio* prescribió a Silvestre, don Dámaso Berenguer estima provechoso «aclarar» aquella fatídica orden. Y lo hace el *19 de julio*, a los treinta y cuatro días de ocurrir lo de la Loma de los Arboles y cuando sus prescripciones han producido todo el mal de que eran susceptibles.

Entonces telegrafía, o dicen que telegrafía:

«Alto Comisario a Comandante general. Melilla.—Recibo telegrama V. E. dando cuenta ataque a línea Annual-Igueriben, de que doy cuenta al Gobierno anunciándole que ampliaré detalles cuando los reciba. Aunque en mis instrucciones recomendaba a V. E. *adoptar una actitud defensiva en vista de la situación creada por asalto Abarrán*, me refería, desde luego, a no estimar oportuno por ahora cualquier acción sobre los contrafuertes de Tensáman, que mueren en cabo Quilates, y sobre Beni-Uriaguel; pero esto no quiere decir que deba V. E. encerrarse en una pasiva defensiva. (¡A buena hora!) Por el contrario, creo que se deben aprovechar cuantas ocasiones se presenten para reaccionar ofensivamente, con el fin de restar acometividad a las jarcas enemigas, en la seguridad de que su pericia y gran experiencia de esta campaña sabrá escoger las ocasiones de menos desgaste compatible con el éxito y el carácter que por ahora deben tener esas reacciones» (1).

(1) *A B C;* 6 de julio del 1922. Cotéjese tan peregrino telegrama, sacado ahora a luz, con el del 21 que más adelante reproducimos. Sería curioso conocer el número de orden que le concierne.

Pero, ¿de qué sirve aclarar o modificar mandatos que tuvieron un mes de término para hacer inevitable el infortunio? Silvestre ya no solicita aclaraciones; persiste en pedir refuerzos.

«El Alto Comisario, desde Tetuán, el día 20, a las 23,30, recibido en Madrid a las 8,30 del día 21, traslada telegrama de Silvestre, puesto desde Melilla a la 1,35». ¿Qué dice Silvestre a la 1,35 de un día que semeja ser el 20? No es público aún por entero. Sólo se conoce la interpretación que da el señor Vizconde a ese parte, del que tiene copia y que guarda para mejor coyuntura de publicidad. Ateniéndonos, por tanto, a la interpretación mencionada, resulta que «se da cuenta del ataque a Annual, conforme a lo que de allí transmiten a Silvestre, *habiendo quedado Igueriben en mala posición, sin convoy*, que mañana se remediará. Anuncia su salida *en cuanto organice elementos que le quedan, por tener movilizadas en Annual totalidad fuerzas disponibles*, después de atendida seguridad retaguardia». «Juzga necesario le envíe Berenguer *refuerzos en tropa y elementos*». «Añade que, según confidencias, 117 moros tratan de cortar el camino de Annual». «Propone que se verifique un simulacro de desembarco en Alhucemas (1) por tres o cuatro barcos de guerra, *bombardeando, dentro del alcance de sus fuegos, toda la costa,* previa la evacuación a nuestra plaza de la población constituída por nuestros leales amigos». «Por último, *pide que se le envíe una escuadrilla de aviación* para que ayude a los trabajos del simulacro concebido».

Hay otra versión del mismo parte, publicada en tardía defensa del Alto Comisario (2). Dice:

«Día 20 de julio: Comandante general de Melilla al Alto Comisario. *Como dije ayer a V. E., no creo que ele-*

(1) Muy en serio expone el señor Eza: «Aquí habrá que preguntar *si es posible simular* (¡¡!!) un desembarco sin la preparación debida». Lo que debemos preguntar es el motivo de que, reclamada entonces por Silvestre una escuadrilla de aviación, no asomase por aquella Comandancia el primer aeroplano ¡hasta el 29!

(2) *A B C;* 6 de julio del 1922.

mentos de que dispongo me permitan otra cosa que mantener, y con dificultad, situación actual.

»Precisa cambiar aspecto. Propongo V. E. que barcos guerra en número tres o cuatro se presenten bahía Alhucemas para simular desembarco bombardeando, dentro alcance sus fuegos, toda la costa. La aviación podría contribuir; pero no tengo suficiente número de aparatos, por lo que estimo de necesidad el envío de la Península de una escuadrilla.»

¿Cuál de los textos hay que tener por exacto? Poco importa. Lo indestructible es que el Residente reconoce cómo volvió a pedir refuerzos el Comandante general de Melilla en 19 de julio.

Ese despacho, que cursa Berenguer al Ministerio de la Guerra, describe a las claras una situación gravísima (1). Con todo, el Alto Comisario no envía tropas. Imperturbable (2), «pide datos a Silvestre para formar idea exacta de la situación (¡¡!!), así como nota de los refuerzos que necesita», para «enviárselos de aquí o pedirlos al Gobierno en la medida que *yo juzgue oportuno*» (¡¡!!). «¿Qué —inquiere el señor Vizconde— le toca hacer a un Ministro de la Guerra que deduce de ese telegrama la impresión de una situación delicada y difícil, pero no apremiante?» Sin duda, lo que hizo el señor Eza: tomar el tren e irse a Hendaya.

Es decir, no. Para marcharse tranquilo, el titular de la cartera de Guerra sólo ha necesitado el telegrama aquel del combate «muy duro» y del «tenaz» embite contra las posiciones del frente. Cuando llega a Madrid el parte de Silvestre que pide tropas, material, aeroplanos y bombardeo de la marina de Beni Uriaguel, hállase el señor Vizconde en su vagón-cama, camino de la frontera...

El Comisario, por su parte, continúa sosegadamente en el corazón de Yebala.

(1) El 22, a las 3,45, ya consumada la tragedia, telegrafía Berenguer al palacio de Buenavista que aun «no habiéndole comunicado Silvestre a él la gravedad de la situación», estaba preparando el envío de fuerzas». (Eza, *La Epoca;* 29 junio del 1922).

(2) Telegrama al Ministro de la Guerra. Vizconde de Eza, *La Época;* 29 de junio del 1922.

Continuemos el interrumpido relato.

A las nueve y media de la mañana sale el trágico convoy del 21. Por la derecha, cinco compañías de San Fernando y ocho Mías, la flor de ellas, con Morales y Villar. Al centro, el convoy, protegido por fuerzas de Ceriñola, al mando de su teniente coronel Manera, las Mías de los capitanes Aguirre y Carrasco; también las idalas de Caddur Amar, Bu Rajail y Drius Mojand Nachar. En la izquierda, Llamas con sus Regulares (completo el tercer tábor y las compañías de ametralladoras; muy mermados los otros dos, principalmente el de Alfaro y Rosal, por los anteriores encuentros). Dan apoyo, conducidas por Manella, las unidades de Africa y tres compañías de zapadores con Alzugaray. Unos 3.500 hombres, los mismos que tiene Abd-el-Crim.

Despliégase de golpe en todo el frente. Los escuadrones, a vanguardia, ocupan el bosque, auxiliados por un diluvio de shrapnels. Y mientras corre la Policía hacia varias eminencias que tiene enfrente, cargan impetuosos los Regulares por su lado, esforzándose en llegar a Igueriben. Pronto los clava al suelo espesa fusilería; no hay monte, no hay barranco que deje de granizar balas sobre la ladera que siguen. Muchos parapetos en líneas sucesivas. Aspera meseta dominante abriga los fusiles ametralladores franceses y obstruye el paso con un turbión de plomo. Arrójanse a ella jinetes e infantes; mas, ¿cómo señorear un conjunto de atrincheramientos sin redoblada protección de artillería? Conquistan una, dos, tres trincheras, logran llegar a dos kilómetros de Igueriben; pero la caballería se desmenuza, triturada por el martillear de los proyectiles. El primer escuadrón —de cuyos oficiales sólo subsiste Cebollino von Lindemann y que es mera patrulla de 30 caballos— retrocede ante el dique. Tampoco pasan los demás. Párase en seco la oleada de infantes que viene en pos. Sucumbe el capitán Guzmán, expira el teniente Albornoz.

Pese a ello, Alfaro conserva sus posiciones con el refuerzo de algunas compañías marroquíes. Crecen fra-

gorosas las descargas. Unen los cañones moros su estruendo al estampido de los lebel, que derrochan cartuchos con increíble persistencia. Derriba un balazo al capitán Moreno de Guerra, único oficial vivo en su compañía, ya aniquilada en encuentros anteriores, y cuyo mando toma al ayudante del tábor, teniente Barco. Agólpanse más y más fusileros enemigos contra el puñado de hombres, resto mísero de la compañía Rosal, con que el teniente Rodríguez guarda la extrema derecha, sostenido por Sánchez Noé, a quien le queda un solo oficial. Otros muchos beniuriagueles dan sobre la altura donde el capitán Asensio, con las ametralladoras del grupo, pugna por contener la presión rebelde.

Aferrado al parapeto, Silvestre contempla ansioso la desventura; mas aun confía. Acaso adelantan las fuerzas de Morales, invisibles desde allí por lo abrupto del contorno. Las vió marchar impetuosas, barrer de la aguada las secciones enemigas y encaminarse al barranco que separa a Igueriben de Annual. Le han dicho que ahora pugnan con la sólida gradería de trincheras, nidal de tiradores; que a Bu Rajail le han muerto el caballo; que las jarcas auxiliares, antepuestas a los demás combatientes, abandonan su trabazón a fuerza de muertos y heridos; que necesitó la Policía ponerse en vanguardia. No sabe más Silvestre. Da una orden y el capitán Valcarce vuela a caballo por el caminejo que cruza la aguada y el caserío de Annual, recorre una zona descubierta en donde le disparan desde el cercano bosque y desde un tabuco más remoto, y se reúne con Morales. Sí, mucha resistencia, numerosas bajas; el convoy adelanta poco.

Son ya las dos. Igueriben dispara de cuando en cuando con estertores de agonía; tiene roto el heliógrafo desde la noche antes y sucumbe en horrenda incomunicación. El Comandante general se muerde los puños con rabia, patea, maldice y, preñados los ojos de lágrimas, quiere arrojarse a la lid con los escuadrones de Alcántara y dos baterías de montaña. «¡Los pobres! ¡Los pobres»!, solloza sin tregua. Su ayudante Hernández,

los capitanes de Estado Mayor Sabaté y Valcarce, le impugnan decididos. Es locura exponerse, como piensa, en sitio ajeno a su cargo. ¿Y para qué? ¿Qué hará con sus jinetes en el fondo de la riscosa barranca, batida por todas partes? Sobre que conviene tener alguna fuerza empleable, por si acaso...

Cuesta mucho desconvencerle: ¿no le han llevado a aquel trance? Al fin, transige; se aparta del parapeto con las manos sobre la vista y ordena evacuar Igueriben. Como la tarde está nublada, es inútil el heliógrafo. Valcarce vuelve junto a Morales, bajo un diluvio de balas, con propósito de decirle transmita la orden desde su vanguardia y mande retroceder el convoy; pero tan valeroso oficial se expone en balde: la tragedia se consuma por sí misma.

Son las tres. Igueriben ha disparado, una tras otra, sus postreras cargas de artillería; dispone de veinte cartuchos por individuo y ha comprobado la imposibilidad del socorro. Benítez ordena la salida por secciones, después que Ope le asegura haberse apurado todas las posibilidades de resistir, y el exhausto montón de infelices se precipita fuera del recinto. En cuanto asoman las secciones, antes de poder desplegar las destruye el plomo enemigo; alguna cae por entero, sin otra excepción que la del alférez Casado. Allí sucumben el glorioso comandante Benítez, el bravísimo capitán Paz Ortuña, el heroico Ope, el sereno Bulnes, que vistió su mejor uniforme para morir con gallardía; los oficiales artilleros, que quitaron los cierres a los cañones. Sólo queda en Igueriben el teniente Castro, de la escala de Reserva, quien, imperturbable, inutiliza el material, prende fuego a las tiendas y se levanta la tapa de los sesos.

Los supervivientes corren loma abajo, en ciego tropel. Llueven las balas alrededor, los persiguen al través del barranco, los cazan en el camino que serpentea entre montes. Caen, caen, caen, en bárbara carnicería. No hay heridos: el que da en tierra muere a cuchilladas. ¡Y se desploman tantos por debilidad, por no poderse tener en pie! De los trescientos llegan veinticinco a

Annual, cuáles mudos, cuáles locos. Cuatro fallecen al probar el agua; algunos, reventados por la carrera, mueren al pararse. Bulnes quedó allá arriba, con Benítez, con los otros mártires «del conducto regular». Un poco de humo, que desparrama el aire, sube aún de la posición maldita...

El bravo Valcarce torna con amargas noticias, que Silvestre y cuantos le rodean acogen anhelosos. Tiene Morales ochenta indígenas muertos y heridos; se le van los jarqueños de Bu Rajail; algunos policías traidores han asesinado a sus oficiales; pide que no le manden artillería para el repliegue, que hará a las cinco, pues teme perderla; solicita, en cambio, que tropas peninsulares despejen el bosque de Annual, donde los contrarios se reunen para cortarle la retirada.

Aun dura la narración cuando, de pronto, en revuelta masa, asoma la columna Morales, defendiéndose con dificultad del enemigo que la acosa y defendiendo el convoy contra sus garfiñadas. Apenas hay jarqueños amigos: casi todos están con los acosadores. Parte de la Policía viene persiguiendo a tiro limpio a sus camaradas...

No hay tiempo de apesadumbrarse: urge acomodar a los heridos que llegan en doloroso rosario; precisa acudir al parapeto porque apunta inminente asalto. Repliéganse Regulares, Africa y zapadores, riñendo con bravura, y allá van de nuevo contra la morisma, para contenerla en su acoso a los de Morales. Fórmanse secciones, con gente de las descompuestas columnas, a fin de ocupar las lunetas y tener unidas las tres lomas que constituyen nuestro Annual. Distribúyense cajas de municiones... Por dondequiera van asomando enemigos, con tirotear incesante. Actúan las ametralladoras, vomitan fuego las cinco baterías, retumban los mausers en secas descargas. Otra vez salen los sufridos Regulares, únicas tropas con moral, y mantienen a raya el aluvión cabileño...

Cuando se recogen al campamento, la hueste insurrecta invade el caserío de Annual, apoderándose de la aguada.

¿Cuántas son nuestras bajas? Muchas. Los Regulares tienen 132 de tropa; además, muertos dos capitanes, Moreno de Guerra y Guzmán, así como un teniente, Albornoz. La Policía, entre deserciones, muertos y heridos, está casi en cuadro. Los Ingenieros y Africa han padecido también bastante.

Con la noche va amortiguándose el tiroteo; sólo algunos disparos con grandes pausas. Y no, sin duda, por ahorrar cartuchos, pues se ha visto a los rebeldes consumir un millón de ellos con fácil holgura. El mismo espíritu director que les propuso el envolvimiento metódico de Igueriben, después de darles schneiders, lebels, fusiles-ametralladores, instructores, cápsulas y dinero, sigue encaminándoles con habilidad. Así, en vez de lanzarse a estéril malgaste de municiones, la jarca opera cautelosa: pónese en todos los altos vecinos y ocupa las barrancas de en torno. Una fracción se desliza a retaguardia y, desde un mogote, contiguo al campamento de Regulares, vocifera que deben desertar, que son carne de cañón, que los españoles no pelean y los envían a ellos contra sus hermanos, que España ha decidido irse de Marruecos y quedarán en abandono, presa suya; que no dejen un oficial con vida. Los Regulares contestan a tiros.

Ha llegado el funestísimo instante de colocar frente a frente dos aseveraciones que se ligan y completan en la historia del derrumbamiento. Una, pertenece al informe de Morales, enviado en febrero a Berenguer y que señala «el riesgo de hallarse con una sorpresa desagradable al dejar desguarnecido todo el territorio ocupado y llevar las fuerzas a vanguardia», porque en las tribus sometidas no ocurrirá nada «mientras las cosas marchen bien; pero si hubiera algún combate, no digamos desgraciado, sino duro, pudieran las cosas variar». La otra afirmación, que impuso desguarnecer la retaguardia y reunir en Annual cuantos hombres debían defenderla, consta en la carta del 8 de junio, donde el Comisario asegura al Ministro que «la Comandancia de Melilla tiene fuerzas suficientes, así europeas como peninsulares».

CAPÍTULO XI

La noche triste de Annual.

Presa de indescriptible exaltación nerviosa, convulso de dolor e ira al encontrarse con los horrores que ha previsto y procurado evitar, Silvestre noticia el desenvolvimiento de la tragedia. Sus emisarios acuden a Dar Drius, donde está el teléfono, para comunicarle a Casa Davalillos cuanto acontece. A las cinco de la tarde recibe y transmite Navarro un parte, en cifra y con dos direcciones:

«El 21, a las 17,20. El Comandante general de Melilla al Ministro de la Guerra (otro idéntico al Comisario). Ruego descifre V. E., etc... Realizóse operación que *anuncié ayer* a V. E. Dado numeroso enemigo atrincherado, que disponía en asedio completo posición Igueriben, realicé esfuerzo supremo con casi totalidad este ejército, que concentré Annual. Efectuada operación absoluta imposibiiidad llegada convoy y relevo, dispuse evacuación guarnición e inutilización material, que se verificó, demostrando guarnición Igueriben espíritu heroico todo punto. Las fuerzas (menos jefes y oficiales, que perecieron en las alambradas y otros suicidándose) retiráronse Annual sangrienta, donde continúo rodeado por enemigo. Estoy accidentalmente frente estas tropas y debido situación».

Aun aguarda. Sin duda están embarcando ya en la Península aquellas tropas que viene pidiendo, que reclama con alaridos de angustia, que mendiga tenaz ante el inconmovible desdén del Comisario. No, no cabe que Berenguer los condene a destrucción y ludibrio. Resisti-

rán allí como puedan, hasta que arriben refuerzos; mas, ¡si hubiese un retraso! Son los enemigos 3.500, victoriosos y bien armados; son los peninsulares 4.500, vencidos y con armamento casi inútil. Tienen los de Abd-el-Crim cuantiosa cartuchería; en Annual quedan al pie de 300.000 cápsulas mauser. Aquellos miran a su espalda territorios seguros; nosotros contemplamos los 9.350 fusiles que quedan en las tribus. Es la jarca homogéneo conjunto, donde la impetuosidad individual fortalece el ánimo común; son nuestros soldados peninsulares gentes faltas de costumbres guerreras y, a más, recelosas de los 1.500 indígenas que aun siguen con nosotros. Los jarqueños conservan expeditas sus comunicaciones; Annual halla adversarios alrededor y, a las nueve, ya quedó sin enlace telefónico con Dar Drius. Pueden aprovisionarse los contrarios con libertad; la posición almacena víveres para cinco días escasos...

Silvestre piensa en todo ello, ante la negrura del campo enemigo, donde estalla una detonación de cuando en cuando o vibran las solicitudes para que deserten los Regulares. Continúa el movimiento envolvente moro. Izúmmar, que está a espaldas de Annual, protegiéndole el camino a Ben Tieb, noticia que tiene algún tiroteo. Al instante, la «Posición B», intermedia entre Izúmmar y Yebel Uddia, telegrafía lo mismo...

Agotado, roto, Silvestre se acoda en el parapeto. Aquella Loma de los Arboles que sus jefes no le dejaron ocupar en junio, ha traído la destrucción de Igueriben; la destrucción de Igueriben entrega a los vencedores la aguada de Annual y el camino de Annual a Melilla, permitiéndoles rodearnos por el sur. La meseta que vislumbra allá lejos, al otro lado del Amecrán, es la que Berenguer impidió se tomase en junio; desde ella pasaron nuestros enemigos hacia Talilit, por encima de Buimeyán, y ahora envuelven por el norte a Annual, a 350 metros del campamento de Regulares. Con la meseta, la Loma de los Arboles y las otras posiciones intermedias que propuso, hubiera sido inexpugnable el frente: conservábamos las aguadas detrás de nuestra línea, volvía-

mos firmes las comunicaciones, quedaba resguardado Sidi Dris y en aptitud de ser base del abastecimiento. Mas Berenguer no quiso y los jefes de la jarca, más perspicaces que el General en jefe, desenvolvieron en contra nuestra el plan arbitrado en contra suya...

Ahora... Silvestre clava los ojos en la obscura profundidad tendida a su izquierda: aquél es el camino por donde avanzaba el éxito antes de la fatídica excursión del Alto Comisario; aquél será el camino del repliegue si el Alto Comisario no le socorre. Allí, cinco kilómetros de llanura; después, interminable desfiladero, que encajonan abruptas montañas. Las órdenes de junio, haciéndole convertir lo provisional en definitivo, le dejaron sin posibilidades de más seguras comunicaciones; la distribución de fondos hecha en Tetuán, le impuso remediarse con una temible pista a media ladera, de curvas rápidas y veloces pendientes, allí donde convenía cuidadoso camino; el reparto de material, hecho por la misma persona, le forzó a servir las posiciones adelantadas con cuatro automóviles y así padece hoy penuria de todo. No es su obra, es la obra de Berenguer la que erige el bárbaro dilema: o sucumbir en Annual o replegarse por temerosa angostura, que los contrarios pueden barrer a pedradas. Por eso, aun cabe fiar en que lleguen auxilios...

¡Retirarse! A su vera, Caddur Amar susurra: «No te retires, general; no te retires: acuérdate del Yilali». Y refiere chiticallando:

—Para castigar a los beniuriagueles, remisos en tributarle, había enviado el Rogui contra ellos a su segundo Yilali y una copiosa mejala. Vencido éste en el Necor, replegóse a Annual; pero cuando estuvo fuera de Tensáman, Tensáman se le sublevó. Viéndose en aquel trance, quiso hacerse fuerte en Ben Tieb; al instante proclamó Beni Ulixex su rebeldía. Con tan impensado suceso tuvo Yilali que tomar la vuelta de Bátel, camino de Zeluán; mas en seguida se le revolvió Metalza. Temeroso de ser envuelto, quiso salvarse en tierras más propicias, y, entrando por Beni Sidel, buscó asilo en el zoco

de Arbáa del Zebuya; mas no bien traspuso las lindes de Beni Said, Beni Said hizo armas en su daño. Aun hubo más, porque al otro día embistieron las gentes del zoco contra Yilali y su mesnada, obligándoles a escapar a uña de caballo por los Bucherits; en seguida se alzó todo Guelaia.

—No lo olvides, general; sitiado el Rogui en la alcazaba, con diez días de asedio cayó su poderío. Aquí fué el principio: tribu abandonada, es tribu sublevada.

El lugarteniente de Berenguer oye y afirma. No, no quisiera afrontar los azares del retroceso; sin embargo, ¿qué recurso cabe si Eza y Berenguer insisten en su fatal política? Empero, acaso hayan visto al fin que producen horrenda catástrofe...

¡Ay! El eterno optimismo del Residente aniquila de pronto las últimas esperanzas. No cursó el Comisario la solicitud de refuerzos expresada la antevíspera, el 19. ¡Pide aclaraciones! ¡Aclaraciones aún!

«El 21, a las 14,40. Palabras 149. El Alto Comisario al Comandante general de Melilla. Ruego descifre V. E. clave, etc.. CONOCIDOS DE V. E. MIS PROPÓSITOS SOBRE ACTUACIÓN QUE HA DE DESARROLLAR ESA COMANDANCIA POR AHORA, y pareciendo, por telegrama de hoy de V. E. (¡!), que se halla Annual lo suficientemente fuerte para hacer frente a cualquier actuación local, le agradeceré me diga si refuerzos que estima necesarios, que por su cuantía no podré enviar dentro de los recursos que poseo, los requiere para hacer frente a situación y defensa de momento, que alcance a cada situación ofensiva a que se refiere. En el primer caso, dada su trascendencia, estimo ser innecesaria mi presencia para estudiar y conocer situación. Vea V. E. la manera de resolverla (intraducible) ... a los (intraducible) ... a mayores sacrificios.»

No hay, pues, remedio. Ahora, entretanto va la respuesta, se transmite a Madrid y corren las órdenes, transcurrirán días. ¡Días! ¡Y necesitaba estuviesen en camino los refuerzos! Es el desastre, fatal, a fecha fija...

Contesta a Berenguer y, desesperado, a las nueve reclama del Gobierno algo que ya pidió en balde. ¿En balde? Sí. El Ministro de la Guerra va camino de Hendaya, arrullado por el optimismo de Berenguer, que efectúa «labor política» en Beni Arós, mientras se le comen la Comandancia de Melilla. Resultó estéril el primer radiograma. Dice el segundo:

«El 21, a las 21,15. Número 319. Palabras 52. El Comandante general de Melilla al Ministro de la Guerra. *Reitero a V. E. urgentísimamente*, por muy crítica situación Annual y posiciones inmediatas, mi solicitud de que la escuadra bombardee en el más breve plazo posible los poblados de Beni Uriaguel y Bocoia, por si castigo disminuyeran los fuertes contingentes que en la actualidad me sitian».

Caddur Amar, el jefe benisaide que nos sigue fiel hasta verse envuelto por los escombros del desastre, oye leer el despacho y murmura: «El Gobierno está tontón; los barcos debían haber ido ya a Alhucemas».

Silvestre aguarda, aguarda... Todos, jefes y oficiales, están pendientes de la radio. ¡Quién sabe! Puede el Comisario sacar tropas de Ceuta, de Tetuán, y enviarlas con prontitud a Melilla. Acaso entresaque ocho o nueve mil hombres de los 45.397 que tiene en Yebala, donde también hay abundante cartuchería. Aun cabe esperar lenitivo. Mas, por si acaso, a media noche se manda que las tropas de posiciones adentradas en Beni Ulixex (Dar Salaj, Dar Misian, etc.) pasen inmediatamente a Ben Tieb. A las doce y veinte se comunica a Canduchi que sus cuatro compañías y una batería vayan a Dar Quebdani, recojan las otras compañías de la columna Araujo y marchen a pernoctar en Afrau, donde recibirán órdenes.

Transcurre una hora, inacabable, infinita; otra, otra más, otra luego, y otra. Al cabo, cerca de las dos, recoge un parte el servicio radiotelegráfico: El Estado Mayor de la Armada dícele al *Princesa de Asturias*, surto en Tánger, acuda en el acto frente a Alhucemas. En segnida, otro radiotelegrama: anuncia el Gobierno haber

principiado en Cádiz la requisa de buques para conducir las fuerzas que el Comisario considere posible distraer en auxilio de Annual.

¡Todo tardío, inadecuado! ¡Todo, cual si no llevara él días y días vociferando por telégrafo sus necesidades! Pero ya es inútil condolerse ni acusar. Hay que resolver. A las dos y media se convoca junta de jefes. Escuchemos a uno de los asistentes (1):

«Día 22, dos de la mañana.

Hemos recibido orden de reunirnos con el General, en vista de que la situación adquiere peores caracteres, aunque ha cesado el fuego desde media noche. Vamos en seguida todos: coronel Morales, jefe de la Policía; coronel Manella, de Alcántara; tenientes coroneles: Marina, de Ceriñola; Pérez Ortiz, de San Fernando; comandantes Ecija, de Artilleria; Alzugaray, de Ingenieros, y Hernández, de Intendencia; capitanes Sabaté, de Estado Mayor, y Valcarce, de Ingenieros, en prácticas de Estado Mayor; el alférez Fernández Silvestre asiste sin intervenir.

El General, que sigue muy abatido, se ha sentado en su cama y en las suyas respectivas «Bolete», Manella y los ayudantes Manera y Hernández; los demás, en sillas y como podemos.

El General tomó la palabra puntualizando la situación y dándonos cuenta de los despachos que ha dirigido inútilmente y de las contestaciones recibidas. Dijo, con razón, que ahora pasarán varios días antes de que lleguen tropas en cantidad y podamos restablecer la situación. Añadió que Annual no podía resistir hasta entonces; pero que no es una posición aislada como Igueriben, cuya caída representa un percance de guerra solamente, por lo cual debía pensarse mucho su abandono aunque reconoció que hoy mismo sería completo

(1) Muerto en la retirada, su familia pudo rescatar algunos de sus papeles y efectos; a la bondad de ella debemos las notas que aquí reproducimos y muchos pormenores para esta relación.

nuestro envolvimiento y que para cubrir por ahora a Melilla no se contaba con más fuerza que las de aquí.

Como base de lo que debíamos hacer se practicó el recuento de los recursos, viéndose que la situación era extraordinariamente mala, porque debido a la falta de medios de transporte estábamos peor de lo que creíamos todos. En el Parque quedaban 250.000 cartuchos de fusil, de los que debían descontarse por lo menos 60.000 para la primera aguada, quedando, pues, menos de 40 por hombre. Cada batería contaba 125 disparos, o sea 30 por pieza. La revelación nos dejó fríos, a pesar de lo que conocíamos reservadamente.

El General parecía reacio a la retirada, que propusieron inmediatamente los comandantes de Artillería e Ingenieros. Los demás opinamos casi todos que la única solución viable era retirarnos para hacernos fuertes en la línea Ben Tieb-Beni Said, lo cual tiene la ventaja de disponer en Ben Tieb de 300.000 cartuchos que hay allí y de dos compañías de Infantería, una de Intendencia y una de Ingenieros; de ese modo conservaremos la comunicación con Melilla.

Morales, que decía que era indiferente marchar o quedarnos, tal vez por conocer la mala actitud de las cábilas y de las fuerzas indígenas, se sumó a nuestra opinión al conocer la escasez de municiones.

Manella abrió discusión acerca de si convenía consultar al Gobierno antes de abandonar estas posiciones, y todos le atajamos recordando la conducta que se viene siguiendo con nosotros. Los más jóvenes han sido los más exaltados. El capitán Valcarce sostuvo con gran acierto que en situaciones tan graves y apremiantes como la nuestra, el Comandante general de Melilla no precisa de consulta ninguna para resolver, bastándole el concepto completo de la responsabilidad que tiene.

La discusión se hizo algo larga, aunque el General se inclinaba ya a que nos retirásemos a Ben Tieb, y al fin se convino por casi unanimidad que no quedaba tiempo para consultas y que debía resolverse en el acto si nos quedábamos, sin agua y sin más cartuchos que para po-

der rechazar el primer asalto de los moros, o aprovechar los cartuchos y las fuerzas para buscar otra línea de defensa que permita aguardar la llegada de los refuerzos, cubriendo a Melilla al mismo tiempo. Manella, muy incomodado, sustuvo contra los demás que, ocurriese lo que ocurriese, era preciso quedarse. Le contestamos que no se trataba de una posición, sino de la columna móvil que defendía a Melilla.

El General razonó diciendo que si el quedarse salvaría el honor de las armas, comprometía la suerte de las otras posiciones, que no podrían evacuarse y hasta pondría en peligro la Plaza. Aunque fuera sangrienta la evacuación, habría unas mil bajas; pero llegando a Ben Tieb los 5.500 hombres restantes, se reunirían 7.000 al incorporarse los de Telata, Canduchi, Dar Quebdani y Dar Drius, permitiendo resistir hasta que llegasen tropas. Manella no se dió a partido y mantuvo su criterio, aunque sin apoyarlo en más razones que las del honor militar, pero consiguiendo influír en el ánimo de Fernández Silvestre.

Convenido por fin que nos replegaríamos a Ben Tieb, se pasó a redactar el telegrama que debía dirigirse al Gobierno y Alto Comisario, quedando convenido el siguiente texto, que se transmitió en seguida por la radio:

«Alto Comisario y Ministro Guerra: Por lectura de su telegrama relativo a requisa barcos en Cádiz para envío de fuerzas de Tetuán, me hace suponer no he acertado a dar a V. E. idea exacta situación en que se hallan mis tropas en Annual, constantemente hostilizadas en aguadas, que habrán de ser sangrientas, cortada por el enemigo mi línea de abastecimientos y evacuación de bajas, no disponiendo de municiones más que para un combate y comprometer mis soldados con todas consecuencias, procede determinaciones urgentísimas que tomaré, aceptando toda responsabilidad, teniendo en principio idea de retirarme a la línea Ben Tieb-Beni Said, recogiendo antes posiciones que me sea posible, en donde esperaré los refuerzos que V. E. me envíe, siendo punto de desembarque de ellos Melilla.»

Pasamos en seguida a examinar la forma y hora de la evacuación; pero no hubo acuerdo. Fernández Silvestre, a pesar de lo acordado, parecía inclinarse a esperar una contestación del Alto Comisario. Yo sostuve que perder tiempo era perder probabilidades de éxito. Marina asintió, y lo mismo Alzugaray. Valcarce hizo ver el peligro que corría el ganado, expuesto al fuego del enemigo, porque, de matarlo, se haría improbable sacar las baterías, los heridos, etc. Morales opinó lo mismo, diciendo debería salirse en el acto, enviando en vanguardia las baterías de montaña y algunas fuerzas que despejasen el camino, para constituir en Izúmmar un punto de apoyo que facilitase el repliege.

Se discutió mucho, por si había que combatir duro. Igualmente fué muy discutida la proposición de Valcarce acerca de mandar las fuerzas indígenas a recoger las guarniciones europeas de Talilit y Buimeyán, para salvarlas y que ellas formasen una retaguardia sólida a fin de evitar el desorden en la columna. Aun reconociendo que convendría alejar un poco a los indígenas, Morales se opuso a lo propuesto, declarando que ya no era tiempo; lo único posible sería ordenar a Talilit que su gente se replegase a Sidi Dris, y a la de Buimeyán, que se incorporase a la columna Silvestre, dirigiéndose a Izúmmar (1).

Sabaté indicó que, a pesar de la evacuación, convendría hacer algunas gestiones políticas, dirigiéndose a Abd-el-Crim con algún confidente seguro. El General repuso que Abd-el-Crim tenía adictos en calidad de jefe de guerra; pero que no le harían caso para imponer treguas.

En resumen: como veíamos al General vacilante para fijar la hora de la retirada, se levantó la sesión quedando a su cargo decidirlo en momento oportuno. Hemos estado reunidos hasta las cinco.

(1) Así se hizo. En Buimeyán estaba el capitán Saltos con 150 hombres, en su mayor parte policías. Huídos éstos, al verse malparados, el capitán y los españoles cayeron prisioneros. Saltos fué asesinado en Axdir. El destacamento de Talilit llegó a Sidi Dris, excepto la avanzadilla, que no pudo retirarse y fué acuchillada.

Son ahora las cinco y media y comienza el fuego. Ahora recuerdo una frase de Manella: «Nosotros vamos a pagar las rivalidades de otros. —¡Quién sabe cómo acabará el día».

Nadie ha dormido. Atentos a sus armas y en mortal inquietud, jefes, oficiales y tropa vieron transponer los pausados minutos de aquella noche sin término, más cavilosos por los indígenas amigos que por la propia jarca. Y, en tanto, la radiotelegrafía continuó muda, implacablemente muda, como si fuera cosa baladí que agonizase la Comandancia general de Melilla...

CAPÍTULO XII

La retirada.

Va clareando. Despiertan los tiros con el alba. Tienen hostilidad las tres lomas que componen nuestra posición; pero sólo es continua y fuerte contra la del campamento de Regulares, a espaldas y al norte de aquéllas; han amanecido las cumbres vecinas coronadas de fortificaciones, como a 350 metros de Annual, y sus fusiles causan estragos en nuestras unidades moras. Un capitán de Artillería va a reconocer el frente enemigo. Disparan los cañones algunas rompedoras; empero, la jarca sigue interpuesta entre Talilit y nosotros...

A las seis, y para impedir que prolongue su línea, el teniente Miralles ocupa con algunos policías varios casuquines entre Buimeyán y Annual; dáseles media dotación de cartuchos, 150. En seguida, por si el Residente aprueba la retirada, se envían los Regulares a desembarazar el camino de Izúmmar, aun cuando sin decirles el verdadero propósito y haciéndoles entender se aguarda un convoy. Dos compañías de San Fernando sustituyen a los leales indígenas en la loma de su campamento, y la fiera hueste de Llamas limpia de enemigos la llanura y el desfiladero, con bastantes tiros y bajas, mas con magnífica eficiencia.

Villar, con policías y moros adictos, sale a proteger la aguada y el costado derecho, por temerse que la jarca surja del barranco de Igueriben. A las seis manda una nota: «Hay —dice— fuego por mi izquierda; creo necesario vengan en seguida por agua, todos a un tiempo, y que no vaya a ser esto un reguero de cinco o seis

horas, o más. Llenar todas las cubas de Intendencia. ¿Qué hay de poner posición aquí para protección de aguada? (Esto en reserva, pues no quiero iniciativas.) *Villar*».

Se efectúa la aguada. Parece ir mejorando la situación. ¡Si el Comisario mandase refuerzos en cantidad cuantiosa! De súbito, una grave noticia: «Viene bastante gente por el valle que remontamos ayer en la marcha a Igueriben. 22-7-91.—El comandante, *Villar*».

En efecto, llegan como mil combatientes más, que adelantan con propósito de colocarse entre Annual y el desfiladero donde patrullan los Regulares. Vierten sobre ellos las baterías cien, doscientas granadas —¡un derroche a la sazón!—, y los moros, que recibieron impávidos el diluvio de balines, retroceden a lugar seguro, sin desperdigarse ni desordenar las filas. Y a cubierto cabildean.

Silvestre, que recuerda la lección del Yilali, evocada por Caddur Amar, mira aquel reforzamiento enemigo con menor inquietud que los azares del repliegue. Como le hayan mandado de Ceuta cinco o seis batallones, en Annual los aguarda. Por si es así, dice heliográficamente a Primo de Rivera que salga de Dar Drius y ocupe una posición entre la B y Yebel Uddia, para mejor cierre del camino a Ben Tieb.

La radio sigue muda, hostilmente muda. Todos acechan ansiosos el minuto en que denuncien sus chasquidos la solicitud del Comisario; mas pasa el tiempo sin fruto. Las ocho. Las nueve. Las diez. Al fin, entre el fragor del tiroteo, crepita el vigilante aparato. Sí, telegrama del Residente. Mientras lo descifran, arremolínase en torno la ansiedad común. ¿Cuántos hombres manda Berenguer de los 45.397 que tiene? Aquella enorme lentitud suya ante circunstancias tan críticas, señal es de buen augurio...

Silvestre devora más que lee la traducción y después la estruja, colérico. ¡El General en jefe le envía 1.500 hombres de Regulares y del Tercio! «Confío —dice— en que el reconocido talento de V. E. y la bravura de las

fuerzas a sus órdenes, sabrán remediar la desairada situación de que me da cuenta» (1). La agonía del ejército de Melilla era, únicamente, ¡una situación desairada! ¡El 22 de julio!

¿Qué esperar de semejante obstinada ceguera? Otra junta de jefes (once de la mañana), cinco minutos para concertarse, y el acuerdo brutal: la retirada.

Tiembla en los aires el adiós de Annual: «Contestando su telegrama, después de un consejo de jefes y ante numeroso enemigo que viene en columnas, aumentando por momentos, y no contando más de cien cartuchos por individuo, ordeno la retirada sobre Izúmmar y Ben Tieb, haciendo todo lo posible para llegar a ese punto» (2).

Entretanto corren de periódico en periódico las dos aseveraciones que nos derrumban en la catástrofe. Eza: «Dimito antes que mandar un solo hombre». Berenguer: «Consideraría un fracaso tener que pedir más fuerzas».

En Annual trepidan órdenes secas, tajantes: a repartirse las municiones, poner los heridos en artolas, ensanchar la salida del parapeto, acomodar ametralladoras y piezas de montaña en las acémilas, quitarles los cierres a los cuatro cañones de posición, que se abandonan por falta de ganado; destruír la radiotelegrafía, las tiendas, todo cuanto se deje.

Es un tráfago indescriptible, un ir y venir frenético,

(1) Dirigiendo en persona el célebre convoy a Tizza, debió comprender el Comisario lo injusto del sarcasmo. No obstante intervenir 18.000 hombres, 20 baterías y la escuadra, fué preciso el rasgo heroico de Cavalcanti para que el convoy pasase.

(2) Entonces es cuando el Residente toma en serio la catástrofe. Y el 22, al incluír ese despacho en otro suyo al Ministro, dice, desgajándosele de pena las entrañas por tener que pedir refuerzos: «Conocedor V. E. del primer envío de fuerzas que hago a aquella zona (!¡), que sólo podré reforzar en expediciones sucesivas con efectivos menores que el ya enviado y dada trascendental y crítica situación producida en aquella Comandancia general, estimo, *aunque me sea doloroso hacerlo así presente al Gobierno*, que es necesario enviar fuerzas de la Península en la cuantía que estime el general Silvestre (¡¡el 22!!), hoy mismo. Regreso a Tetuán, suspendiendo labor política que aquí realizaba (!!!), y espero llegada barco, que he pedido para ir a Melilla y examinar allí la situación con Comandante general». (Gómez Hidalgo publica este despacho y los referentes a Sidi Dris en su primoroso libro *La tragedia prevista,* pág. 151 y sig.)

un caos, mientras redobla su fuego la jarca. Hay que darse prisa, mucha prisa, conforme recomienda el propio Caddur Amar, que sigue adicto y dispara desde el parapeto. La columna enemiga resolvió ya y, poniéndose en marcha, toma la vuelta de Ben Tieb con largo rodeo, por Tissi Assa; como perdamos la hora de ventaja que así nos brinda, quedará obstruído el desfiladero para nosotros. La gente, azoradísima por lo vivaz de tan inesperadas órdenes, acelera cuanto puede; su profunda inquietud es vecina del pánico...

Se organizan vertiginosamente núcleos parciales: éstos, de batería y compañía, para proteger los costados, poniéndose a medio kilómetro del camino (1); otros, de batería, dos o tres unidades de fusiles, acémilas cargadas y artolas con heridos. Salen, corren por la aun tranquila llanura y suben hacia los quince kilómetros de agrios deslizaderos por aquella pista que parece volcarse a cien barrancos. Silvestre, deambula con exaltación, poniendo prisa; cuando alguien le aconseja partir, acogerse a Izúmmar, donde ahora se halla su puesto, responde con brusquedad y trastorno: «Nadie se ocupe de mí».

Tira el enemigo contra la posición; pero está libre la ruta y los 4.200 peninsulares y 1.500 moros van sumergiéndose en la estrecha garganta. Cuando salen los ingenieros, quedados casi los últimos, Silvestre se apoya en el muro exterior, con la cara entre las manos.

Ya parten los escalones defensivos finales. El General, que mira sin ver, sigue cosido al parapeto, exponiéndose a las balas ante aquella angostura donde llegó en pacífica obra. Le rodean sus compañeros de desventura, Morales, Manella, Manera, Hernández, Sabaté, Valcarce, Caddur Amar, que adora en él. Instanle a salir, antes de que el enemigo advierta lo que ocurre, antes de que los exterminen con las pobrecitas secciones de Ceriñola dejadas en el parapeto para que los demás

(1) Se desconocía este pormenor. Lo sabemos por el suboficial don Juan García Bernal, perteneciente a una de tales fracciones de protección, la cual fué deshecha, pereciendo todos sus oficiales y parte de la tropa.

puedan salvarse. Silvestre, duda, duda. De improviso da una orden a su ordenanza, el soldado de Artillería Eusebio Casanova; inmediatamente, sin tardanza, llevará a Melilla el maletín guardado en la tienda; es preciso que llegue (1).

Aumenta el fuego; mas ahora ya no viene por delante. La jarca ocupa el campamento de Regulares, donde quedaban dos compañías de San Fernando, y bate desde allí lo demás de la posición y gran trecho del camino a Izúmmar. El Comandante general cede a las súplicas de Sabaté y Valcarce, a las exhortaciones de Morales, a las bruscas palabras de Manella; pero entonces advierten la desaparición de los caballos; ni están allí ni en el escarpe donde se les tuvo. Valcarce, único que posee cabalgadura, marcha a recoger las que pueda entre los rezagados. Le tiran desde la loma de Regulares; le hacen nutrido fuego desde unas barrancadas recayentes al camino; pero logra pasar e internarse en el desfiladero. Hace volver a cuatro policías montados y sigue en busca de los que mandan las últimas secciones para que esperen. ¡Empeño inútil! Comunica la orden a los jefes de retaguardia; mas, ¿quién retiene a tropas que ya espolea el miedo?

Sí, miedo; hay que decirlo, miedo. El percance de Igueriben, la traición inmediata de parte de la policía, el misérrimo reparto de municiones, el saber que la jarca busca ponerse al otro extremo del collado, el mirar aquellas alturas tan propicias a una agresión catastrófica, el conocer que se deja el terreno a un enemigo numeroso y bien pertrechado, la convicción de que no quedan a retaguardia efectivos sujetadores de las tribus, todo, todo contribuye a que la bisoña columna siga el ciego impulso de conservación que le impele hacia adelante. En Izúmmar hay tropas y cartuchos. En Ben Tieb hay tropas, cartuchos y planicies. La columna es revuel-

(1) Abierto después el maletín ante testigos, sólo guardaba las insignias de ayudante del Rey y una cruz. No es exacto que contuviera el fajín. Silvestre lo llevaba puesto y desapareció con él.

ta multitud, azotada por mortales zozobras, doliente de cuerpo y espíritu.

«El miedo produce parálisis en los músculos de la voluntad, en los de la vida orgánica y perceptible mudanza en el aparato vaso-motor, la cual puede concluír en absoluta parálisis de la circulación. No hay nada tan sutil y comunicativo como el miedo. Puede engendrarse en el hombre con la presencia del enemigo o con los primeros cañonazos. Manifiéstase, por lo común, súbitamente, luego de cualquier sorpresa... Se propaga con rapidez fulmínea y crece el peligro del contagio conforme sea mayor el ejército (1).

»La fatiga, la contemplación de muertos y heridos, el reventar de los proyectiles artilleros, ejercitan una acción deprimente. Pelea la voluntad con los instintos de la carne hasta que la esperanza del triunfo deja lugar a la convicción de que, persistiendo, no cambia el destino. Entonces pugna cada uno por salvar su existencia, en adelante preciosa. Señorea de pronto el egoísmo a la abnegación ilimitada, al frenesí marcial, y quienes al mediodía hubieran sucumbido primero que retroceder un paso, muéstranse agachadizos, errantes los ojos, rehuyendo el peligro, hasta con apariencias inconscientes de pusilanimidad.

»Inherentes a la naturaleza humana estos fenómenos, se los vió producirse el 14 de octubre de 1800 en el ejército prusiano, y en el de Napoleón, la tarde de Waterlóo. Se puede admitir que su intensidad está en razón directa al heroísmo desplegado antes de su aparición» (2).

Envueltos en nubes de polvo, calcinados por ardiente sol, abrasadas las fauces y rendidos por aquella inconcluíble cuesta arriba, por la noche sin sueño, por tantas horas de feroz combate, caminaban todos en ceñuda

(1) Doctor Campeano: loc. cit., pág. 33 y 85.
(2) General H. Bonnal, profesor de la Escuela de Guerra francesa, en su obra *Froeschwiller*,

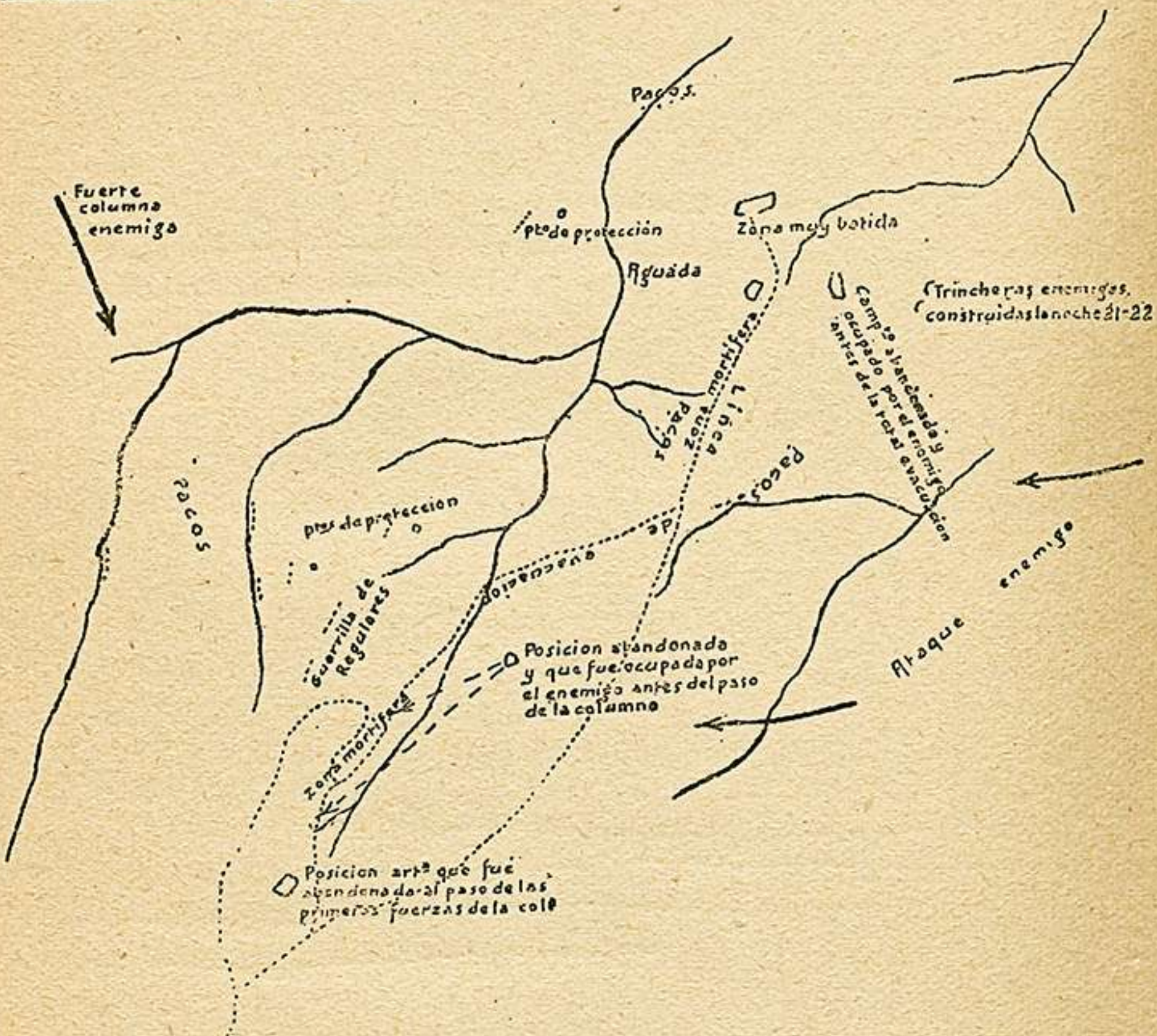


GRÁFICO DEL REPLIEGUE DESDE ANNUAL A IZÚMMAR

mudez. Oíase únicamente el jadeo del enorme rebaño y el sordo rumor de las pisadas. Al improviso, con la acometida hecha desde el campamento de Regulares a las fracciones postreras, la retaguardia fué a embutirse con violencia en el descompuesto gentío, imprimiéndole una sacudida que corrió de hombre a hombre, con velocidad pasmosa, hasta las filas primeras. Despierto el susto en los corazones, todos procuraban adelantarse, ganar terreno, salir pronto al raso, verse fuera del lúgubre pasadizo.

Para mayor desdicha, unos cabileños de Beni Ulixex, apostados en las cumbres, a entrambas partes del hondo callejón, diéronse a disparar a bulto sobre la pista, al través del polvoroso velo. Dibujaban sus proyectiles trazos de sangre entre los huidizos y entonces hubo loco empellón nuevo, de carnerada en fuga. Despeñábanse algunos, por desbordamiento de la muchedumbre; lanzábanse ofros al barrancal, trocando en muerte segura el temor a la muerte. Nadie apercibía sus armas; abríanse paso a empujones, con los codos, con la cabeza, anhelantes de correr, y la pista volcaba racimos de infelices contra los peñascos del fondo.

Ya no hay freno posible. También presa del pánico, desoyen los regulares a sus jefes, abandonan las cúspides que guardan a uno y otro lado del puerto y se mezclan a la torrencial avenida. Más abajo, la «Posición C», montada cuarenta y ocho horas antes para guardar el desfiladero, frente a Igueriben, escupe su compañía al camino. Corren, corren soldados y acémilas; desembocan en Izúmmar, arrastran consigo a la guarnición —que incendia material, depósitos, cuanto allí había— y sigue sin detenerse hacia Ben Tieb. Aun no llegó la columna mora que viene por Tissi Assa y el desbocado tropel encuentra libre la ruta. Fluye el torrente sin reposo; van pasando fugitivos por centenas, por millares.

Ha vertido el desfiladero casi toda la balumba de gente, cuando unos moros ocupan la «Posición C» y a mansalva tirotean el cruce. Nuevo estallido de espanto.

Vuélcase la carga de las acémilas para pasar más pronto, y aun las baterías de montaña ruedan por el derrumbadero; atropéllanse los soldados entre los mortales golpes de la Pálida... Es el peligro final, porque desde allí todo reviste sosiego. Por bajo de Yebel Uddia aparecen tropas repartidas en la ladera; son cinco escuadrones de Alcántara y dos compañías de Infantería, que rige Primo de Rivera. Mas no pugnan por contener el infortunio. Forman de a cuatro y echan para Ben Tieb, con los demás.

Ben Tieb sujeta el alud. Breves minutos de descanso. Rápida reorganización. Se apiñan las unidades, se recuentan sus plazas, se reconstruye la columna; después sigue el repliegue hacia Drius, pero con orden, sin alturas mortíferas, libre del copo. Fué luctuosa la jornada, pues yacen setecientos españoles en los quince kilómetros del angosto pasillo; mas está conjurado el desastre y aun sucumbió menos tropa de la pensada. Subsiste el recinto, pues Ben Tieb corresponde a la línea exterior, y como tiene 300.000 cartuchos, fácil defensa y comunicaciones seguras, podrán resistir a su amparo los efectivos restantes hasta que arriben refuerzos.

Por desgracia, nadie asume el mando supremo ni prepara el frente. Primo de Rivera, quien quizá debía hacerlo, marchó a Drius y así, al presentarse la jarca, Ben Tieb renuncia a sobrevivir. Su destacamento vuela el depósito de municiones, abrasa el material, quita los cierres a la batería de posición y se repliega. Ha caído el dique.

Cayó, sí; mas lo que un hábil ocultamiento de culpas llama «El desastre de Annual», sólo cuesta 700 bajas (1). ¡Lo que después un convoy a Casabona!

Entretanto, ¿qué es de Silvestre? Quién, supone haberle salvado Caddur Amar, fidelísimo adepto suyo; quién, dice que cayó al pie de unas higueras, con un

(1) Diremos, como pormenor demostrativo, que en Zapadores —los más castigados por su posición al final de la columna— hubo las siguientes bajas: capitán Ponce, alférez Romero; tres sargentos, dos cabos y 121 individuos de tropa. El convoy sanitario llegó sin tener una baja en el camino.

balazo en el torso; éste le juzga muerto al irrumpir los rebeldes en Annual; otros juran y perjuran que feneció suicidado. De Morales corren algunas noticias: a la cabeza de quince individuos vióle peleando cerca de Izúmmar el teniente Miralles, al que dijo protegiera la retirada con sus policías desde el monte. Otros han visto a Manella en el desfiladero.

Sobre la tragedia, fruto del régimen impuesto por el Mando superior, flota un radiograma indiferente. Responde al último de Annual y dice desdeñoso: «Enterado. Confío en que V. E. dejará a la altura que merece el honor de la Patria y del Ejército».

Es el primer «enterado» de una serie que culmina en Monte Arrui.

¿Cumplió Silvestre con su deber a última hora? No, cien veces no. Al comenzarse el repliegue, su puesto de caudillo no estaba en Annual, estaba en Izúmmar o en Ben Tieb. Incumbíale cometido más alto que buscar obscura muerte, dejando acéfalas sus tropas en la ocasión más crítica. Competíale fortalecer el temple de sus hombres —«¡Oh, potencia moral, tú eres la reina de los ejércitos» —decía Bugeaud—, encauzar la retirada, reducir el infortunio a los términos imprescindibles. Loco de amargura, trastornado al cerciorarse de que ajenos errores trocaban en ruinas lo mejor de su obra, quiso desaparecer con ella. Y así resultó posibilitado el abandono de Izúmmar y de Ben Tieb: en suma, el derrumbamiento del frente.

Entretanto, ¿qué hace nuestra hábil enemiga «la fatalidad»...? Paralelamente a la ofensiva diplomática de Abd-el-Crim, se desencadena incansable ofensiva contra nuestros derechos tangerinos. Quiere la oligarquía plutocrática francesa impedir que toque en Tánger el cable Tetuán-Larache. Actúa insolente contra prerrogativas pesqueras que nos dan firmes Convenios con el Magreb, para que no pongamos una almadraba en la costa tangerina. Decide atropellar a ingleses y españo-

les, aplicando en las circunvecindades de aquella ciudad el reglamento minero que rige en la zona francesa. Se arroja a conceder la construcción del puerto, faltando a lo convenido con Inglaterra y con España...

¿Que por qué unimos los nombres de Abd-el-Crim y Tánger? Porque (1) los entrelaza periódico tan serio como *Le Journal des Debats:* «La empresa de Tánger —dice—, concebida como empresa magnificente, sólo le ha producido a España el inmenso desastre del verano de 1921». El gran periódico francés sabe, sin duda, por qué lo dice.

Desde Port Say (Argelia), el moro francés Si Jaddú ben Jammú (2) ha mandado a los rebeldes pingües pertrechos de guerra y numerosísimos billetes azules que dicen: «*Chambre de Commerce d'Oran.*—Un franc.—Serie IV». Y del territorio donde gobierna una pandilla de negociantes, cubiertos con el nombre de Lyautey, han llegado el 21, para dar el golpe de gracia, los contingentes del xerif de Mediuna y de Si Manun el Chenguiti.

(1) 25 de enero de 1922.

(2) Entusiasmado el colonista *Temps* con Si Jaddú, le traza cariñosa biografía y le otorga los honores de una interviú en 18 de enero del año en curso, cuando el tal vuelve a Port Say en busca de material guerrero para fortificar la costa delante de Alhucemas. Y cuando se plantea en las cancillerías la resolución del pleito de Tánger, Si Jaddú, un sobrino de Abd-el-Crim y su satélite Mojamed Abercane marchan a París en seguimiento de Lyautey; llegan el 26 de enero y el 30 les publica el retrato *Le Journal.*—El teniente Reig, prisionero de los indígenas, comprobó en Basfora la presencia del xerif de Mediuna entre los jarqueños.—Al presentarse, en enero, el jefe rebelde Ben Chelal, dió curiosa noticia tocante a la intervención del Chenguiti en los sucesos de julio.

CAPÍTULO XIII

Un telegrama desencadena el desastre.

En la mañana del 22, al participarle Silvestre que se repliega a Ben Tieb por no acudir refuerzos adecuados, Casa Davalillos sale precipitadamente para Dar Drius. Ninguna fuerza le sigue, porque ninguna quedó en Melilla, donde el jefe de Estado Mayor y un Consejo de jefes organizarán la defensa con los Carabineros, la Guardia civil, dos millares de hombres perdidos en cargos de la Comandancia y tres mil mausers útiles. Están serenos los alrededores de Melilla. Grupos de moros amigos enderezan el paso a Zeluán, punto en el cual Silvestre mandó concentrarse aquel día cien combatientes de cada tribu guelai, para municionarlos y emplearlos en vanguardia; todos saludan con respeto al General segundo.

Cerca de la Alcazaba conoce Navarro lo sucedido, merced al comandante de Ingenieros Alzugaray, que llega del frente; ordena suspender el municionamiento de los indígenas, así como vigilarlos mucho; pone su automóvil a velocidad máxima y entra en Drius cuando concluye la retirada.

A poco ha recobrado el campamento su apacible fisonomía; discurren con normalidad los servicios, trabajan numerosas secciones en mejorar los parapetos, muestran mejor ánimo las tropas y, en suma, nadie pensara que gravita duro revés sobre todos. Hay tiros, ¿cómo no?; pero en la plana se mantienen alejados los moros. En dos ocasiones les mostró aquel día el impetuoso regimiento de Alcántara cuánto arriesgan al desembocar

en la planicie, ofreciéndose como mies madura al filo de sus sables.

Navarro tiene un plan, único juicioso en aquella coyuntura, único posible desde que cayó Ben Tieb. Se halla lejos de Melilla, con no muchas municiones, sin núcleos de reserva ni confianza en el país zaguero, minado por la Cofradía Alauita. Aconséjale tal situación asegurar sus efectivos, ponerlos en lugares servibles para defender la urbe y sostenerse —sin peligro, respecto a sus enlaces— hasta que el Mando superior rectifique con eficacia la desastrosa política de negar auxilios. Así, pues, como aun impera tranquilidad en Beni bu Yaji, Metalza, Tafersit, Beni Said, Guelaia y Quebdana, piensa establecerse en Nador, recogiendo desde Dar Drius al Gurugú los efectivos que custodian las posiciones. Con tal arbitrio puede allegarse diez u once mil hombres, mas unos cuatro mil que están con permiso en la Península y a quienes se llamó con viva urgencia.

Advertido del valor que el tiempo tiene en tales coyunturas, Navarro telegrafía a las posiciones aledañas que replieguen sus destacamentos a Dar Drius y Bátel, porque piensa partir a la mañana siguiente, en cuanto descansen las tropas, rendidas por su velocísimo paso del desfiladero. Y ordena poner alambradas.

Transcurre la noche entre descargas; pero, dichosamente, por inexplicable decisión, los jarqueños de Abd-el-Crim se asignaron nuestras posiciones abandonadas por límite de su avance. Entraulas a saco y, concluído éste, como absortos por el desplome, renuncian a más ofensivas, aunque después tienen abierto camino hacia la ciudad. Ni una vez, durante la reconquista, tropiezan nuestros soldados con la hueste de Si Mojand (1).

(1) Tampoco es comprensible nuestro proceder con Si Mojand. Han dicho todos los diarios que, sin ningún impedimento, la jarca trasladó en lanchones, desde Sidi Dris a la marina de Axdir, frente a Alhucemas, cuanto botín de guerra tenía en aquel sitio. Expusieron cómo *Pajarito,* jefe del «Estado Mayor» rebelde, andaba por Alhucemas sin el menor estorbo, y que aun durmió alguna noche en la Comandancia de la plaza. *El Imparcial* (30 de enero del 1922) escribe: «¿No ha dicho hace poco al Alto Comisario que Abd-el-Crim sostiene la guerra con lo que saca de sus aduanas? Pues el 90 por 100 de la cantidad que ellas le producen proviene de los productos que van a Beni Uriaguel por Alhucemas. Aun cabría pa-

Oyese a media mañana lejano retumbo de fusilería. Sí, hacia Carra Midar: sin duda acomete el enemigo a las guarniciones de aquel puesto y del de Chaif, que acuden a Dar Drius. Llega un sargento, a horcajadas en una acémila, con súplica de socorros. En un minuto apercibe Alcántara su 2.º escuadrón, dos secciones del 4.º y una del 3.º Parten como un torbellino, a las órdenes de Primo de Rivera; destrozan a los jarqueños y vuelven con los restos de la columna. Refieren los de Chaif que tuvieron rudísima hostilidad y no se les incorporaron sino un alférez, un sargento y seis soldados, de ocho posiciones cuya guarnición débían recoger. Análogas noticias de revuelta traen otros. Es que divulgado el siniestro renacen los instintos feroces del moro. ¡Botín! ¡Hay botín! No importa. Antes de que cunda el movimiento, las tropas de Navarro tendrán el apoyo de fuertes defensas, junto a Melilla.

El 23, a mediodía, principiase el repliegue, con perfecto orden, después de sacar los heridos, repartir cartuchería e incendiar tiendas y documentación. Han llegado elementos de Tafersit, Azrú, Azib del Midiar, Ain Quert, Carra Midar, etc., y casi íntegro el batallón que guarnecía a Chaif. Con esto, lo de Drius y lo llegado de Annual, Izúmmar, Ben Tieb, Posicion B, Yebel Uddia, etcétera (1), nutren la columna sobre 6.000 individuos. Pocos cañones: una batería ligera; las otras dos quedaron en Igueriben y Annual. Ninguna de tiro rápido para montaña: las siete que había se perdieron, una en Abarrán, cuatro desde la posición C a Ben Tieb, y las otras

sar por esto —que equivale a sostener nosotros la jarca— si, en cambio, hubiésemos conseguido alguna mejora en la situación de los prisioneros Por desgracia, nos limitamos a abastecer al enemigo de cuantos víveres necesita, aun a sabiendas de que los derechos de Aduana sirven para sostén del núcleo enemigo.»

(1) Los destacamentos de Dar Salaj, Dar Mizzian y otros de Beni Ulixex, contiguos al frente, lograron en buena parte llegar a Ben Tieb el 22, antes de evacuarse el puesto. A Drius llegó la compañía que estaba en la Posición C. Arribó también el núcleo de 210 peninsulares que, a las órdenes del capitán Fortea, custodiaban la Posición B y Yebel Uddia. Según refiere Fortea, hubo de contender con los 150 policías destacados asimismo en ambos lugares. Llegó mudo de sofocación.

dos en Beni Ulixex, donde quedan en cuatro posiciones evacuadas o sitiadas. Subsisten algunas ametralladoras, aunque en corto número, pues la mayoría de ellas desapareció en el desfiladero. No son muchos, ciertamente, 6.000 hombres y una batería de 7,5; pero en el tránsito se incorporarán nuevos efectivos y con todos puede defenderse al abrigo de Melilla, salvando a los que hay en posiciones intermedias.

Marcha tranquila nuestra columna, con fuego, mas sin verse en peligro un solo minuto. Van a vanguardia los Regulares, que pernoctaron en Uestia e inspiran inquietudes con sus repetidos cabildeos y aun por propias insinuaciones suyas; llegan sosegadamente a Bátel y siguen hacia Nador para ser desarmados y licenciados. En pos suyo camina celeroso el grueso de las tropas.

Por delante de éste camina el regimiento de Alcántara, cubriéndose el costado derecho con el 5.º escuadrón. Abren marcha el 4.º y le siguen, sucesivamente, el 3.º, las ametralladoras, el 1.º y el 2.º. En las vecindades de Uestia y, a cubierto el enemigo en las primeras ondulaciones de los Quelatchas, comienza a disparar con corto brío contra los flanqueadores. Despliegan el 4.º escuadrón y el 5.º y, echándose con ardimiento sobre la morisma, ocupan los alcores que señorean por el lado izquierdo el curso del Igán. Acuden más rifis y coronan otros montículos aledaños, y, muy de cerca, inundan de plomo las posiciones tomadas por los jinetes. Es grande la mortandad, fluctúan los soldados. Entonces, Primo de Rivera corre de sección en sección, imperturbable al llover de los proyectiles; prorrumpe en vigoroso: ¡Viva España!; y vocea: «¡Adelante, muchachos!». Ya no titubea nadie. El aluvión guerrero cae sobre los rebeldes; pero, ¿de qué sirve acuchillar a los que aguantan el choque? Repartidos los guerrilleros indígenas en varias lomas, agreden sobre seguro a los nuestros. Avanzan al galope las ametralladoras —pésimas, como todo el material disponible— y con su intermitente apoyo se reúnen y repliegan los escuadrones. Va cejando el fuego. Se entibia más. Concluye.

Con todo, hace falta abrirle paso a la columna y, para ello, ponerse en la cadena de oteros tendida a la derecha de Dar Azugaj. Muévese otra vez Alcántara, cuando, al improviso, la célebre caballería metalzi emerge en tropel por los barrancos que encañonan el río Igán y, aullante, corre a brida suelta contra los nuestros. Mas allí está Alcántara. Relucen al sol los aceros y la masa de escuadrones parte como una tromba. Al terrible encontronazo, cruje, se resquebraja y cede el turbión moro; hunden nuestros caballos los sangrientos cascos en carnes sangrientas, y bajo el limpio destellar de los sables se arremolinan y huyen las obscuras chilabas. Pronto rehecho el enemigo, hace semblante de acometer. Nuevamente los busca Alcántara, rojo de ira y denuedo, albicantes de espuma los bridones, y los metalzis huyen en frenética galopada, rechinando los dientes. Acuden ahora infantes de Quelatcha y Ulad Abd el Daim, descolgándose por la serranía que hay al costado derecho.

Con Primo de Rivera al frente, embiste la legión gloriosa en nuevo arranque heroico. Llueven proyectiles; pero las hojas toledanas van a buscar el corazón de la morisma, acometiéndola otra vez y otra. Rendidos de fatiga, insensibles a la espuela, las cabalgaduras emprenden al paso la última carga. Abre la fusilería espaciosos claros en lo que queda del regimiento. Como si no. Llegan los que llegan y ya no persisten los rifeños en su empresa. Está ya libre el camino (1).

¿Libre? No del todo, hay grupos hostiles en cada loma de las que amenazan la izquierda de la columna en los angustiosos veinte kilómetros que se interponen entre Dar Drius y Bátel. Y desde allí —refiere el oficial señor Carrasco Egaña— «seguían batiendo con eficacia a nuestros escuadrones, deshechos, agotados hombres

(1) No concuerdan todas las referencias que tenemos acerca del glorioso lance. El soldado de Alcántara Francisco Lara Camacho nos dijo, verbigracia, que las cinco cargas fueron: dos, el 22, para salvar un convoy de heridos que venía de Annual y contener la morisma procedente de Ben Tieb; otra, en Río Seco, por los escuadrones primero y segundo; otra entre Drius y Bátel, y la última, cerca de Monte Arrui.

y caballos; pero que, a pesar de todo, siempre obedientes a sus oficiales y dando muestras de un espíritu inconcebible y de una disciplina modelo, continuaron su titánico avance, impasibles ante la muerte que les acechaba, protegiendo la marcha de la columna y repitiendo sus desesperados ataques. Cada loma era una carga, y cuando, ya arriba, los bravos jinetes creían logrado su objeto y sus oprimidos pulmones aspiraban ávidos el aire que por tan sostenida lucha les faltaba, desde la altura vecina seguía la muerte segando vidas, y era necesario clavar nuevamente las despiadadas espuelas en los ijares de los caballos, que, ya faltos de fuerzas, del todo exhaustos, sólo rendían un remedo de galope, triste epílogo de una jornada grandiosa.»

Aquella tarde, casi al propio tiempo que su vanguardia principia a entrar en Monte Arrui, Navarro toca en Bátel con las otras fuerzas y halla muchos desperdigados, que afluyeron desde Annual, e individuos de las posiciones evacuadas en las cercanías. Piensa parar poco, hacer salir sin demora los trenes. Pero en Bátel recibe un telegrama. El general Berenguer ha embarcado; mas, primero, desde Río Martín, contesta al parte donde Navarro le noticia sus propósitos: «Manténgase a todo trance en Dar Drius —prescribe el Residente (1)— para que ésta forme parte de la línea de resistencia».

En Dar Drius no cabe defenderse, puesto que fué incendiada y abandonada. Seguir en Bátel, hoy posición insegura, presupone darles tiempo a las cábilas indecisas para que sus díscolos se insurreccionen y aíslen la columna; acarrea volver irrealizable el repliegue, implica condenar a muerte los 6.000 hombres concentrados ahí y los dispersos hasta Melilla. Es, en suma, el desastre total, absoluto, sin lenitivo.

(1) Por dejación de las Cortes sigue inédito el original del despacho, según acontece con todos los documentos explicativos del desastre. Damos el telegrama según la versión de *La Correspondencia de España*, 5 agosto del 1921, no rectificada por nadie.

Navarro, capitán obediente, acepta el estéril sacrificio. Puesto que el responsable de cuanto practica España en el Magreb diputa lógico dar órdenes desde tan lejos y preferible combatir sin enlaces seguros y en zona indecisa de rebelión, a ponerse en una línea firme, salvando algunos millares de españoles, él obedecerá. Con todo, para que nadie alegue ignorancia y conste su inocencia en el infortunio inminente, despacha a Melilla un comandante de Estado Mayor. Y éste dice cómo detuvo Navarro su ya fácil retirada y cómo resultará imposible proseguirla si, haciéndole perder algunas horas, se deja surgir el alzamiento moro. Mas ¡oh dolor! el Residente está aún de camino. Y su orden da tiempo para que las tribus hasta allí sumisas vibren al rumor de nuestros percances.

Interin referimos la destrucción de estas tropas, veamos de qué modo vino a destruírse otras columnas y otras posiciones del territorio.

Sidi Dris.—Desde el 21 sus 500 hombres padecían asedio riguroso. Mañana, tarde y noche, siempre en el parapeto, siempre bajo las balas, imponíanse a los asaltantes con pródiga bravura, favorecidos por rudo cañoneo del *Laya* y del *Princesa de Asturias*, mas en vano rechazaban el continuo asalto abriendo ancha brecha en el alud moruno; otros sustituían a los muertos y la opresión del sitio era cada vez más cruel. Acabóse el agua, faltaron los comestibles, hubieron de engañar la sed calenturienta con vinagre y azúcar hasta que, consumida la provisión, fué el suplicio horrendo sin atenuantes.

Al cabo de fuerzas, don Francisco Velázquez, glorioso jefe de la posición, dispuso una salida el 25. Abalanzáronse al mar 200 hombres por entre la feroz muchedumbre mora puesta en las alturas que rigen el camino playero; y alcanzados en su correr por los proyectiles, aquí uno, allá otro, 177 dieron la vida en el breve tránsito. Refugiáronse 18 en botes de la escuadra (que por darles ayuda tuvieron 17 heridos), y cinco más lograron

llegar a bordo después de desangrarse en el agua dos horas y media. Con el insigne Velázquez quedaron 300 españoles más, hambrientos, sedientos, sin cartuchos...

«Comandante *Princesa* al Alto Comisario.—Apresurada evacuación antes de señales convenidas, intentaron estos buques salvamento de gente que veía en la playa y nadando, enviando los botes con resultado desastroso, recogiendo unos 12 ó 14 de tropa y policía, perdiendo dos botes, otro inutilizado, y en las dotaciones heridos graves, un oficial, clases y marinería. Queda gente en la posición, que les será imposible evacuar, en mi opinión. Visto resultado, creo imposible evacuación, y lo mismo con relación a Afrau. Dicen posición que todavía hay gente, vive el jefe y que su situación es apuradísima y que telegrafíe pidiendo refuerzos y que siga cañoneando. No creo puedan evacuar.»

«Comandante *Princesa* al Alto Comisario.—Jefe posición Sidi Dris me dice: Imposible salir si no mandan refuerzos; estamos perdidos; y que contesten y le digan al Alto Comisario que mande fuerzas pronto y que a ver si quieren salir en seguida de la Plaza, que nos estamos muriendo, no podemos más ya.

»Al comunicarlo a V. E., por mi parte agrego que no pudiendo la guarnición de posición bajar a la playa y tratar de coger los botes a nado, pues éstos no pueden vararse, hay que considerar perdida la posición y sus defensores si no vienen tropas. El enemigo es numerosísimo, apostado rodeando la posición y la playa, haciendo poco efecto el cañoneo de los barcos.

»La posición de Afrau dice que están sin agua ni municiones. Esta posición y sus defensores también la considero perdida si no vienen refuerzos.

»Detalles de mis bajas hasta ahora; son: alférez de navío Lázaga, gravísimo; marinero de segunda Matías Fernández Gallardo, del *Laya*, pronóstico reservado; Francisco Pérez Abad, marinero del *Laya*, gravísimo; Juan Montero Rivero, marinero de segunda del *Laya*, grave; Manuel Gómez Rendón, marinero de segunda del

Laya, leve; Juan de la Torre Luque, marinero de segunda del *Princesa*, y 10 más».

Aquellos pobres héroes de Sidi Dris han de pagar también la confianza que impidió darle a Silvestre los refuerzos que pidiera a punto. Al transmitirse el postrer telegrama llega otro; dice:

«El Alto Comisario al Comandante *Princesa Asturias*.—Ruego transmita a jefe posición Sidi Dris siguiente despacho: Con harto dolor de mi corazón me veo imposibilitado de enviarle refuerzos por impedirlo situación especial del territorio. Convencido que sin ellos no puede proseguir esa guarnición en su heroica defensa, le autorizo para parlamentar con el enemigo, conmovido ante el valeroso comportamiento de todos ustedes, que han llegado en el cumplimiento de su deber a límite que se merece la admiración de España, que debe sentirse orgullosa de contar con hijos que así saben morir por ella, como yo me enorgullezco mandar a soldados que así se sacrifican por su Patria y por defender el honor del Ejército.

»Ruego a V. S. que una vez que cumpla este triste encargo y tenga la convicción que la posición ha sido entregada, y que, por lo tanto, presencie ahí la escuadra, pase por Afrau, donde transmitirá a jefe posición el mismo despacho, regresando después a este puerto».

«Comandante *Princesa* al Alto Comisario.—Radiograma V. E., autorizando capitulación posición Sidi Dris ha llegado tarde. Posición, desde evacuación parcial esta mañana, parecía dispuesta no evacuar, visto el numeroso enemigo y la imposibilidad de alcanzar la playa. No habiendo recibido ningún aviso de la posición, se vió de pronto la entrada del enemigo en ella, sin resistencia al parecer, habiendo capitulado y rápidamente tratar de ganar la playa parte de la guarnición, haciendo fuego los moros. Pocos llegaron a la playa y no se pudo recoger más que cuatro soldados por cañonero *Lauria*.

»Por éstos parece que, por mañana, esperando el jefe posición, de acuerdo con lo convenido, la señal para la

evacuación, quiso adelantar facilitando la salida, cortando alambrada la Policía, muriendo parte de ella y los otros escapando muy de prisa y que fueron los que vimos, pudiendo recoger algunos. Visto el nutrido fuego enemigo desistía jefe de posición evacuación, y por la tarde capituló, faltando el enemigo a su palabra, pues en cuanto entró en posición atacó. Parece que jefe posición, herido, y oficiales, fueron hechos prisioneros. Tengo un gran sentimiento al comunicar a V. E. la suerte de tan heroicos defensores de Sidi Dris. Salió el *Laya* para Afrau, por si llegaba a tiempo para comunicar capitulación a jefe de dicha posición, y de madrugada iré allí con *Laya* y *Lauria*.»

En efecto, con un balazo en la cabeza cayó el insigne Velázquez en poder del moro; asimismo fué al cautiverio el teniente don José Aguilar. Don Leopoldo Velázquez, hermano de aquél, feneció en el combate con doscientos y tantos infelices más.

Era Sidi Dris la primera posición abandonada al infortunio, sin tentativa de socorro, y si es cierto que faltaron tropas para acudir en su auxilio, lo es, igualmente, que aconteció de tal manera por la orden con que se estancó en Bátel a Navarro, Sidi Dris mostraba desde el 25 de julio que capitular con rifeños envolvía entregarse a muerte segura.

Afrau.—A 14 kilómetros de Sidi Dris, casi al filo del Mediterráneo, estotra posición abrigaba una compañía de Ceriñola, dos cañones servidos por 20 artilleros, 10 soldados de Intendencia, 30 policías y una sección de telegrafía óptica formada por el sargento de ingenieros Basilio de Frutos Ramos, el cabo Cipriano García Ventura y el soldado Francisco Pla Rodrigo. Gobernaba la posición el teniente don Francisco Gracia Benítez, con otros dos de su clase: don Joaquín Vara del Rey y don Diego Ruiz Casero; el alférez don José Parada Carballo, el suboficial don Isauro Nieto, el auxiliar señor Escribano, el médico don Juan Bercial y el sargento de policía don Ramón Miró.

Presentáronse el 21 ciertos jefes de aldeas circunvecinas y, en tanto parloteaban dentro del recinto, asomó cuantioso grupo, con jefes a caballo y bandera blanca. «Son policías», dijeron los visitantes, y en verdad que lo semejaban; mas, presa de justa inquietud, nuestros oficiales echaron a los «amigos» y, a punto armas y tropa, hicieron ánimo de defenderse. Pronto hubo intimación: «¿a qué resistir si las demás posiciones estaban ya entregadas? Como dieran los fusiles, podrían retirarse todos, sanos y salvos». Pero Gracia Benítez respondió a la española: «Afrau no capitula». Tiros, muchos tiros, tarde y noche.

El 22, al hacer aguada, tiroteo y fuga de algunos policías. Más y más moros en las crestas circundantes. Más y más proyectiles dentro de Afrau. Heridos. Parada Carballo queda con un hombro deshecho. Muere Gracia Benítez el 23, y le sustituye Vara del Rey. Hácese ineludible abandonar la avanzadilla, donde el sargento de Ceriñola don Ramón Miró Roure, a la cabeza de 30 soldados, contuvo con alientos de titán la acometida de fuerte muchedumbre mora. No hay agua; pero resisten a la sed con brío igual que a los contrarios. Vituallas tienen; mas, ¿cómo cocerlas? Municiones, hay; pero escaseantes. Por de noche, los bravos ingenieros comunican con el *Laya* mediante una linterna, aun cuando el resplandor atrae balas enemigas como granizo: piden refuerzos y abastos: de Melilla arguyen que esperen.

Afrau aguanta un día y otro, con hambre, con sed, entre cadáveres putrefactos. Pero el 26 no puede más; y si los defensores se mantienen en pie, es por tesón indomable. Entonces, la sorda y huraña Melilla le ordena rendirse. «Afrau no capitula», resuelven todos. Y se arrojan como leones contra la morisma que cierra el camino del mar. Es horrible el choque, desesperada la lucha, porque hay diez moros por cada español. Muere el médico Bercial cuando cura al herido sargento Miró, que rige la vanguardia. Fenece el auxiliar de Intendencia don Antonio Escribano. Recibe dos balazos el sub-

oficial don Isauro Nieto, y otro proyectil desgarra el vientre al cabo de Ceriñola Mariano García Martín (1), que acude a recogerlo. «No os cuidéis de mí —dice el cabo, en épico arranque, a los que van en su auxilio—; la herida es de muerte; seguiré disparando mientras pueda».

¡Al fin, la playa, los botes de salvamento! Mas la playa y los botes están bajo la fusilería mora, como nunca espesa. ¡Y hay que echarse al agua peleando, nadar entre el chaparrón de plomo, alejarse perseguidos por celerosas descargas, en tanto que los buques acrecen su cañoneo y la horda remata a los infelices que yacen sobre el arenal!

«26 de julio. El comandante *Princesa* al Alto Comisario.—Llevo a bordo, de guarnición de posición Afrau, tres oficiales, un suboficial, un sargento, ocho cabos, un corneta, 72 soldados, nueve indígenas y un niño, de los cuales 29 entre heridos y contusos, entre ellos dos graves. Voy para Melilla y sería conveniente que a mi llegada, de cuatro a cinco, pudiera disponer de ambulancia para los heridos. Se necesitan también ropas para 61 individuos que vienen desnudos. Llevo también a bordo 12 de la guarnición de Sidi Dris, a los cuales he vestido con ropas de a bordo. Ignoro los individuos que lleva el cañonero *Laya* y los heridos, forzando dicho cañonero máquina, por tener heridos graves. Del *Lauria,* ignoro los heridos que lleva».

Han sucumbido muchos de los 160 héroes que emprendieron el repliegue; pagaron tributo de sangre las

(1) «Dicho cabo —expresa el 22 de junio de 1922 la Real orden que le concede la laureada— salió con el grueso de la fuerza que guarnecía la posición y que verificaba su evacuación; ocupó puesto en la protección de uno de los flancos; durante la marcha y combate recibió una herida grave en el vientre; cuando trataron de recogerle se negó terminantemente, diciendo que como él estaba herido de muerte continuasen los demás su marcha, y él, con su fusil, la protegería mientras pudiera; después, un grupo de soldados que había quedado retrasado respecto al grueso de las fuerzas, pretendió recogerle, negándose nuevamente y prometiéndoles seguir el fuego con su fusil para proteger su marcha; por fin llegó a su inmediación la fuerza de extrema retaguardia, que quiso recogerle también, volviéndose a negar el cabo García, diciéndoles que se pusieran ellos en salvo, que él seguiría haciendo fuego para protegerles la retirada, que él estaba ya herido de muerte; así continuó en su puesto hasta que sucumbió».

denodadas tripulaciones del *Princesa* y *Laya* (entre los heridos está el intrépido Pérez de Guzmán); pero Afrau no capituló. Sus defensores portean, como trofeos de gloria, los cierres de sus cañones y las piezas esenciales de sus ametralladoras...

¿Qué fin ha de caberles a las posiciones del interior, cuando tal corren las costeras? Una tras otra van sucumbiendo obscuramente cuantas resisten (acaso más que imagina España), sin que ningún avión ni heliógrafo inquiera su suerte. Y la gloria de unas, el abnegado sacrificio de otras, no sirve para impedir que aletee sobre sus ruinas la leyenda infamante, engañadora del pobre país, que imputa a cobardía la causa del derrumbamiento.

Bu Ermana.—En asedio desde el 23, sin agua desde el 24, sin mantenimientos desde el 25, cede el 26, cuando al capitán Irazábal, bueno entre los buenos, le quedan unos hombres de su compañía de Melilla y de sus treinta artilleros.

Sidi Sadic.—Resiste doce horas justas; pero, ¡de qué manera! Manda allí el teniente Casado, de Policía, cuyas tropas, después de la deserción indígena, consisten en tres magrebinos, un ordenanza español y dos cantineros. Parapetados los siete hombres en la casa oficina, sujetan desde la aurora a un centenar de rebeldes. A las cinco de la tarde, muertos ya tres de los defensores, logran los de afuera forzar una ventana del improvisado fuerte. Barren los proyectiles la estancia. Sucumbe el heróico Casado. Caen prisioneros los tres sobrevivientes.

Isjafen.—Evacuada el 22 por sus habitantes civiles, comienzan el 23 las arremetidas del morisco. Fenece en los primeros instantes el capitán don Feliciano Navarro, que gobierna el puesto; llévanse los marroquíes desertores al teniente encargado de las dos piezas; asu-

me el mando un auxiliar de Intendencia, don Eugenio Gómez. Retumba sin interrupción la artillería, y en el parapeto se cubren de gloria infantes y artilleros. Falta el agua el 24, apócanse los ánimos y viene a ser preciso que don Eugenio Gómez anuncie que matará al que vacile, y aun que mate, por propia mano, a dos cantineros que intentan la huída. Al cabo de setenta y dos horas de lucha, sin munición los mausers y cañones, aniquilada por sed y sueño la fuerza (40 hombres), consiguen los rebeldes invadir el recinto. Refúgiase el héroe en la casa de Intendencia con un soldado de Melilla y, envuelto por los asaltantes, responde con su pistola cada vez que le dan gritos ofreciéndole la libertad en trueque de la rendición. Ya no le queda a don Eugenio Gómez más que un cartucho. «¡Antes morir —exclama—, que rendirme!» Y se deshace el cráneo de un balazo.

Bujafora.—En tierras de Tafersit y mano a mano con el caserío musulmán, el puesto de Bujafora tiene una compañía de San Fernando (la del capitán Lacy, que allí manda en jefe), la Mía del capitán Capablanca, algunos artilleros con cuatro cañones, más estrepitosos que eficaces, y 150 jarqueños amigos, con excelentes remington. En el reducto, barreado por un parapeto sin banqueta, míranse dos patios contiguos: éste, para los españoles; aquél, para los peligrosos auxiliares. Fuera, como posible amenaza para en caso de salida, yérguense varios casuquines pedreros y un cafetucho moro.

El 22 por la tarde anuncia un jeque adicto la inminencia del asalto y ofrece tener y defender en su casa a los oficiales, siempre y cuando rindan la posición. Elude Lacy la respuesta y, precavido, toma en rehenes a ciertos cabecillas locales, de dudosas intenciones. No la yerra, porque al irse el día se desata duro tiroteo contra todos los frentes de la frágil fortaleza, sin que baste a enfrenarlo sacar los cautivos al parapeto. Tiros hasta el alba. Tiros, después, sin intermisión, desde los tabucos próximos. Llega a los nuestros orden de incorporarse en la columna Navarro, y entonces hay larga y minu-

ciosa junta. ¿Cómo salir siendo incierta la lealtad de los mercenarios marroquíes y forzoso desposeer a los cabileños de las casas con que baten el camino? Propone Capablanca partir él con su gente en derechura a Drius, y si pasa, si no le traicionan, seguirle los otros. Acéptalo Lacy y en el mismo instante se desploma con una herida en el pecho, primera de las que le matan minutos después. Policía y jarqueños irrumpen por el patio de los españoles, aprisionan al teniente Reig, que inutiliza una pieza; matan o hieren con furia, y deshacen el núcleo peninsular, cuyos restos perecen fugitivos, con corta excepción. Los sublevados abrasan sin piedad a nuestros heridos, rociándolos con gasolina. Con los miserables está Si Jaddú, el moro argelino cuyo retrato honró las columnas de *Le Journal...* Le acompaña el malvado Ben Alí el Tuzani (1).

Dar Quebdani.—Posición enriscada en Beni Said, entre alturas dominantes, muy a trasmano y más campamento, base de futuro poblado, que coraza o dique. Muróse de piedra en seco, tras lo habido en Monte Abarrán y tuvo alrededor dos hileras de estacones con cuatro alambres espinosos. Agua, a mil metros al frente, en un barranco. Comunicaciones difíciles. Dos compañías de Infantería, y el resto de la columna (otras cuatro y una batería), en Canduchi, a catorce kilómetros.

Al amanecer del 22, y por disposiciones transmitidas desde Annual, llegaron a Dar Quebdani los de Canduchi. Como el viaje a Afrau implicaba seguir rutas montañosas, sólo conducían la impedimenta asignable a los cinco mulos reglamentarios: dos cajas con municiones, cuatro cubas con agua y menaje de cocina. Mas quedó en suspenso el partir, porque otra orden, llegada parejamente, disponía quedasen allí todos.

(1) El alfaquí Ben Alí el Tuzani (a) Bulajia, fué organizador de las matanzas de Fez. Hízose luego amigo de Francia y en su zona vivía tranquilamente largas temporadas. Convertido de pronto en lugarteniente de Abd-el-Crim, son obra suya las destrucciones y crímenes de Nador. Ahora capitanea el Bulajia los moros franceses y beniuriaguelis que nos hostilizan en Yebala.

Reinaba tranquilidad en redondo, y la aguada discurrió sin contratiempo. Aunque se recelase algo desde junio, ¿quién podía suponer el infortunio de Igueriben y el desplome del frente? A media tarde vino la nueva como un mazazo. Trájola el capitán que mandaba la Mía de Yarf el Baax y que, abandonado por sus cabileños, cazado a tiros por la que fué jarca adicta, pudo salvarse a duras penas. ¡Muerto Silvestre! ¡Alzado Beni Ulixex y evacuadas o arrasadas sus posiciones! ¡En repliegue las tropas a Drius!

Pensóse desde luego en resistir, y como hubiese contados cartuchos, para traerlos se buscó sin sosiego acémilas, que a las siete partían hacia Canduchi. Era quizás azaroso aquel designio en circunstancias tales; mas tuvo feliz resultado, porque con las claras del día volvió el convoy trayendo sesenta cajas de municiones y algún condumio.

Amaneció el 23 con tiros desde las lomas circuncercanas. Recelando estorbos en el aguaje, mandóse al teniente Fábregas poner sus fuerzas en un casuco, sobre el arroyo, y amparar el abastecimiento, a cargo del alférez Ruiz y su sección. ¡Imposible! Tuvo que replegarse Fábregas, luego de valentísimo despliegue, porque la gente mora cerraba los pasos con barrera de plomo. Allí, en el agrio senderuelo del manantil, quedó para siempre Ruiz con bastantes de los suyos.

Metódica, seguida, prosiguió la hostilidad contra el campamento desde la contornada. Una, dos, tres veces, quísose dar salida al convoy de comestibles para Uiad Aicha, y una, dos, tres veces, metiéronlo dentro a balazos los sitiadores. Visto lo azaroso del trance y que, a vanguardia, en el camino de Annual a Dar Quebdani, sufría Tugunz continuado tiroteo, llamóse a Caddur Amar, jefe poderoso en Beni Said.

—Caddur Amar —díjole el coronel Araujo—: sé que eres noble y muy afecto a España, por tanto confío en que me respondas lealmente. ¿Puedo contar contigo y con los tuyos?

—Mira, coronel —repuso sin titubeos el moro—: tú

conoces la situación y por ella puedes colegir la mía. Beni Ulixex está en armas. Desde Annual a Ben Tieb merodean guerreros de Beni Uriaguel, Beni Tuzin, Tensáman, Bocoia y Gueznaya; han cogido mucho botín, y tú sabes lo que es el botín para nuestras gentes: el ejemplo cundirá en Beni Said como los benisaides os vean débiles. Yo podré sujetar la cábila si el Gobierno envía tropas; cuando no, seré arrollado. Yo y los míos queremos seguir con vosotros, trabajar para el Gobierno; mas ¿quién se singulariza en la situación presente, cuando está el porvenir tan obscuro? Si han de venir refuerzos en seguida, quédate; por pocos que fueren, yo os ayudo. Si no, márchate, como han hecho en Annual, porque Beni Said ha de ponerse contra vosotros para impedir que la destrocen los enemigos vuestros.

Caddur Amar procedía sin doblez. Al vernos endebles delante de Si Mojand, empuñaban su fusil los buscarruidos del territorio, ya soliviantados por la Cofradía Alauita; por conocer nuestro alfeñicamiento militar, escapaban con el más fuerte las tropas indígenas. Y los amigos de España, aquellos ligados a nosotros por razones de interés, habían de alagartarse para salvar bienes y existencia.

Con tales razones, que pintaban sin rebozo la gravedad del momento, pareció conveniente a Araujo poner en salvo sus fuerzas, con beneficio para el interés común. Y por no fiar sus designios al teléfono, dos oficiales marcharon a Drius para que dijese Casa Davalillos si convenía llevar las tropas de Monte Mauro a la línea del Quert, reconstituíble con poco esfuerzo y muy más a propósito para robusta defensa, así como fortalecer a Canduchi, que allegaba un buen poblado y tenía sesenta defensores en sus 800 metros de recinto.

¿Cómo podría desplacerle tan prudentísimo acuerdo a Navarro, si el 23 pensaba cosa pareja? Llamóse al teléfono a Araujo y, con un croquis delante, se le fué diciendo a qué lugar iría cada fuerza. Mas estaba escrito que la columna Araujo, cual la columna Navarro, desapareciesen sin provecho. A punto aquélla de replegar-

se, el aciago radiograma puesto por Berenguer en Río Martín, hizo dar contraorden a Navarro, y las seis compañías siguieron en su ratonera, a 75 kilómetros de la plaza (1).

A las doce, Bu Rajail y Mojand Fetuma (amigos tres horas antes) rendían a Bussada y Canduchi, posiciones zagueras y, para completez del golpe, cortábanle a Dar Quebdani telégrafo y teléfono, con lo cual quedó incomunicada.

Ondeando bandera blanca vino por la tarde un jefe indígena con numerosa hueste. Adelantóse con una mujer. Reclamaban la entrega de un rapacillo moruno, huésped constante del campamento y a quien proveían los españoles de ropa y rancho. Costó mucho persuadir al rapaz. Se fué con lagrimones en los ojos.

Con el crepúsculo, más fuego desde el collar de alturas que adogalaba a Dar Quebdani. Toda la noche se estuvo pidiendo comunicación mediante el Mangín. Ninguna respuesta. A lo lejos, tras el cierre montañoso, enrojecían la atmósfera resplandores de incendio, indicio claro del general infortunio.

El 24, muy temprano, nutrido disparar desde las cúspides que cintureaban la posición, y desde el parapeto contra aquellas cúspides. Broncos retumbos de la batería. Veíanse muchos moros sobre las crestas, en el quebrado senderuelo del manantial. Desalojarlos suponía emprender violento combate y luego situarse con fuerza en las cimas, guardando el kilómetro de abrupto camino: un imposible. Y ninguna orden, ningún avión que confortase el espíritu en aquella angustiosa incertidumbre por lo sucedido en torno y a la espalda, ningún parpadeo de heliógrafo en el Gurugú o en el Uixán...

Pero ¿cómo seguir sin agua? Intentóse el imposible. Camino del riscoso barranco fué un pelotón de valien-

(1) Este pormenor es poco sabido por la dilatada cautividad de Araujo y sus oficiales. Aun cuando no venga aquí en sazón, añadiremos que se tuvo concertado el rescate de Araujo y los otros, a quienes llevó Caddur Amar a Bu Ermana para devolvérnoslos. Por desgracia, y coincidiendo con el arribo del célebre Idris ben Said a Axdir, Abd-el-Crim salió presuroso para donde estaban aquéllos, y aprisionándolos por su cuenta, impidió que volviesen a España.

tes, a las órdenes del capitán don Enrique Amador; púsose en el casucho que rige al manadero y, a pie firme, sin ceder a los asaltos moros, trocó la vivienda en inexpugnable fuerte hasta el día del rendimiento común. ¡Ay! Su heroico sacrificio no produjo resultado útil. Los tiradores benisaides contuvieron cuantas tentativas emprendió otra unidad, diezmándola en sus locos empujones hacia el profundo arroyuelo. En la triste posición, sed rabiosa; algunas legumbres, pan y tales cuales latas de sardinas...

A media mañana, y cubriéndose con señal de parlamento, salió otra vez a las montañuelas de enfrente aquel grupo de la víspera, que ahora, con un cornetín, hizo la señal de «alto». Puso de manifiesto 200 españoles cogidos en las posiciones próximas, y como solicitase para ellos víveres y ropas —por estar ayunos y encuerizos desde hacía veinticuatro horas—, dióseles dos sacos de pan, algunas conservas, capotes, mantas y dinero.

Por de noche, entre los tiros, siguió llamando el Mangín a los remotos picos mudos. Con el alba, entre la opacidad de lechosa bruma, otra vez tiroteo. Y una sorpresa indescriptible. En el campo, a corta distancia, voces suplicantes: «¡No tiréis, no tiréis, que somos españoles!» Lo eran: un cabo y cinco soldados, supervivientes de Tisingar. Referían cómo se rindió el puesto y cómo, ya depuestas las armas, fueron acuchillados los inermes defensores.

Alzóse la bruma. Nuevas descargas a la redonda. Consumió la batería sus municiones. Presentáronse a las nueve parlamentarios moros y los recibió Araujo con sus oficiales.

—Sabemos —hablaron— que la resistencia es inútil: no han de llegar tropas de Melilla y ocupamos todos estos montes contiguos con mucha gente. Sin agua tú y forzado a reñir combate cada vez que procures tenerla, estás perdido. Si evacuas la posición, puedes retirarte con los tuyos, librándolos de inútil muerte; si resistes, hoy mismo mataremos a tu vista los doscientos prisioneros que ves en aquella loma.

Puesto frente a aquel dilema, reunióse Araujo con sus oficiales y deliberaron con largura sobre los tres extremos posibles: resistir mientras lo consintiesen la sed, las vituallas y el repuesto de municiones; abrirse paso al través de la serranía hasta la ciudad: o acogerse a la capitulación en las condiciones ofrecidas. Hubo examen de los medios disponibles, del número de contrarios, del aliento de las tropas, de las posibilidades de llegar a la Plaza, y se convino por mayoría lo inútil de los dos primeros propósitos. Falto Dar Quebdani de importancia civil, pues sólo mantenia a tres paisanos, tampoco era ya valiosa en lo militar por verse apretada de enemigos y tener caídas las posiciones servibles para darle apoyo. ¿A qué, pues, imponer la destrucción estéril de las tropas, ya flacas de ánimo por lo acaecido y hallarse sin agua y casi carentes de comida?

Arrimáronse los fusiles al parapeto, pagóse a los soldados, repartióseles el corto condumio que quedaba, y vino el desenlace. «Mandó el coronel —dice muy a lo sobrio uno de los que lograron sobrevivir (1)— que nos pusiéramos las mejores ropas que tuviéramos, porque teníamos que entregar todo para las doce. Cuando los moros cogieron todo el armamento, empezaron a tirotearnos y a los oficiales los cogieron prisioneros y se los llevaron a Annual. Nosotros nos escapamos y tiramos por donde podíamos, pero por todas partes nos tiroteaban porque estábamos sitiados.»

¿Y la compañía que hizo inexpugnable el casuco cercano al arroyo? Lanzóse a la bayoneta contra los traidores y murió matando. Sólo un alférez y un soldado consiguieron llegar a Melilla.

Cayó Dar Quebdani el 25. En Zeluán seguía habiendo cinco aeroplanos.

Sbú Sbáa.—Posición en Beni Said, un poco al noroeste de Canduchi y en la quebrada zona donde emerge la

(1) *El Defensor de Granada;* 19 de enero del 1922: «Relato de un prisionero rescatado».

meseta de Tiquermín. Rígela el capitán don Rafael Verdiguier con unas secciones de Melilla, y desde el 23, por mañana, tarde y noche, sufren constante acoso. Firme la tropa en el parapeto, repele uno tras otro los asaltos. Al trasponer el sol, y afrontando el riesgo de quedarse en el sitio, llegan a rastras algunos benisaides, que dan voces de rendición, aseguran no haber en la plaza tropas disponibles para el auxilio. Así transcurren el 24 y 25. Ya tarde, conoce el capitán Verdiguier la caída de los otros puestos asentados en la cábila; entonces, junta a sus compañeros, examinan los endebles recursos utilizables, la cuantía de los adversarios, la imposibilidad notoria de recibir municiones o refuerzos y, a la desesperada, resuelven abrirse paso por entre la morisma. Al filo de las once, cuando el silencio parece anunciar la ausencia de contrarios, sale sigilosa la breve columna: llevando a vanguardia la sección del teniente don Julio Nieto.

«Cuando saqué mi sección a la alambrada —dice éste—, nos hacían multitud de descargas; yo, con los míos, me dediqué a rechazar la agresión. Mientras que la compañía se iba retirando, sostuve unos tres cuartos de hora el fuego violentísimo, perdiendo mucha gente; poco después me vi rodeado por gran número de moros, de los que caí prisionero».

Mientras, el capitán y los otros conseguían pasar el Quert y dirigirse a Atlaten por la carretera que concluye en Nador. Mas no bien hubieron dejado a su espalda los aduares contiguos a Caddur, cayó sobre ellos una pandilla rifeña, que, amparada en las quebraduras del suelo, hizo grandes estragos en sus filas. «Rendíos —aullaban los benisideles entre el crepitar del tiroteo—; rendíos y os salvamos la vida». Desdeñoso para la oferta, Verdiguier, enhiesto entre los suyos, continuaba ordenando: ¡Fuego! Un proyectil le derribó exánime y, a poco, los supervivientes eran aprisionados por la turba indígena.

Zoco del Telata.—Al sur de Metalza, próximo a Ain Zoraj y camino de la zona francesa, hállase el zoco del

Telata, que a justo título se tenía por el mejor campamento occidental. Daban en él guarnición siete compañías de Africa (una de ametralladoras), al mando del coronel don Saturio García. Otras cuatro unidades presidiaba a Sidi Alí, Loma Redonda, Arreyen Lao, Jaf y demás posiciones aledañas.

Conocido lo de Annual desde el 23 y contemplados alrededor atropamientos sospechosos, estuvo la gente muy sobre sí para evitar sorpresas. Y no holgaba el recelo, porque al amanecer del 24 padecía Arreyen Lao tan duro embite, que desde el primer instante quedóse sin alambradas; sostuvo el choque unas horas y, muertos muchos de tropa con el arrojado teniente don Bartolomé León, el puesto vino a manos del moro. Asediada Loma Redonda, su destacamento echó como pudo hacia Sidi Alí, replegándose entrambos núcleos al Zoco por aquella dura serranía, nidal de tiradores enemigos. Hacia las doce tuvo asimismo luctuoso desenlace la defensa de Jaf, encomendada al capitán don Ernesto Rodríguez Chacel, con sesenta cabos y soldados de Africa (alférez García Ovies, sargentos Cabrera, Sanz y Barraca), y veinticinco clases y soldados de Artillería a las órdenes del teniente don Manuel Corominas. Apreciando en tal hora, por el número de sus bajas, la imposibilidad de sostenerse, dieron a las llamas la posición, inutilizaron las piezas y embistieron con la gente enemiga, seguros de sucumbir en el propósito. Rodríguez Chacel cayó sin vida en la alambrada; de los demás sólo pudo salvarse el cabo Manuel Caro Nieto. No más suerte correspondió a los de las otras posiciones antedichas. De Reyén del Guerruau llegaron cinco de tropa. Otros tantos de Sidi Alí, con su capitán Prats. De Tasarut, siete.

Al anochecido dieron los rebeldes contra la avanzadilla de Ziat, amparo del campamento de Policía y escudo del peninsular, sito como a un kilómetro. Abandonado el mogote por su guardia indígena, el enemigo puso desde allí en grave congoja al acuartelamiento moro que señoreaba. Nueva fuga de policías. Diez que-

daron fieles, y con su auxilio, el capitán Alonso, el teniente Sanmartín y el oficial médico Palacios consiguieron unirse a las fuerzas de Africa.

En seguida comenzó el acoso del campamento. Armados sus expugnadores con fusiles lebel, derrochaban cartuchos como quien sabe no necesitar ahorros. En el parapeto, toda la fuerza disparaba sobre el relampagueo de los fogonazos. El cielo, rojo, dijérase calcinado por las llamas del rencor encendido contra nuestra obra. Tronaban remotos los cañones de Bátel... ¿Qué hacer? A las dos y media de la mañana estudióse fríamente la situación. Cortadas las comunicaciones con Melilla y sin posibilidad de restablecerlas al través de riscosas montañas, con enemigo engrosante por minutos, ¿convenía esperar al cierre del cerco y fin de las municiones? Mas, ¿cómo abrirse paso? Entonces predominó una traza extrema: atravesar el territorio nunca ocupado, rumbo al sur, y acogerse al puesto de Jachi Uenzga, francés en zona española.

A las tres partía la columna, entre el mosconeo de los proyectiles. Cruzando simas, escalando breñales, orillando precipicios y siempre combatiendo, ocho horas invirtió en llegar a Jachi Uenzga. De once compañías quedaban 410 clases y soldados; de 30 jefes y oficiales, 15. Todos los heridos, todos, lo fueron por bala lebel. «En el curso de la persecución a las tropas españolas —escribe Jean du Taillis, enviado por *Le Journal* junto a Abd-el Crim (1)—, los rifeños acallaron su fusilería al divisar nuestras posiciones; y más aún, antes de volverse tuvieron la inesperada fineza de saludar nuestros tres colores». Se comprende.

Dondequiera que pongamos los ojos allí aparece una realidad notoria, incohonestable aun cuando haya tal cual excepción: lo que derrumba nuestras posiciones no es la cobardía: es la escasez de soldados españoles, la falta de enlaces, la parvedad de proyectiles, lo malo del

(1) *Le Journal;* 25 de enero del 1922.

armamento y, sobre todo, la carencia de agua, porque sin agua no hay ninguna que dure tres puestas de sol. Ved lo que acontece cuando la sed no va en favor del enemigo.

El «Pozo de Yarzán», asimismo llamado «Pozo número 2 de Tistutin», hállase dentro de un castillete, a dos kilómetros al mediodía del último de entrambos sitios. Es de agua abundante y tiene bomba de motor. En el contorno, vasto sequedal; las aguadas más próximas son al N.; la del Quert, a doce kilómetros; al S., la de Ermila, distante treinta y dos. Guarnecen aquel fuertecillo el cabo de Ingenieros Jesús Arenzana Aranda y cinco de tropa.

Interpuestos los moros entre Bátel y Tistutin casi desde el punto y hora que se hizo quedar a Navarro en Bátel, fué estéril que Arenzana mandase propios el 24 y 25 a pedir instrucciones. Para mayor contratiempo, vino en contra suya un tropel de benibuyajis, ganosos de apropiarse del líquido venero, preciada fortuna en el ardiente llano. Lanzáronse cual lobos sobre el fortín el 27, 28 y 29; mas Arenzana, sereno, firme, les dió su merecido: 43 perdieron allí la vida. Mientras, con el retroceso de Casa Davalillos a Monte Arrui, aveníales mayor desventura a los seis valientes: la de quedar olvidados en su puesto.

Pocas municiones; poquísimos bastimentos (dos gatos y un perro por toda provisión); en trueque, mucha agua y bastante gasolina para el motorcito. Arenzana, duro de pecho cual los antiguos conquistadores, supo decidirse pronto: «Compañeros —dicen que dijo al convencerse de su abandono en el inmenso campo hostil—, nos quedan provisiones para un día; hagámoslas durar cuatro, y de ese modo podremos resistir seis; mientras, ya nos auxiliarán.» ¡Auxiliarles! Sí; en eso pensaba la Melilla del «borrón y cuenta nueva»...

Por suerte, cuando los animosos defensores habíanse comido las tres bestezuelas, viniéronse a parlamento los escarmentados benibuyajis: necesitaban abrevar sus reses: ¿qué querían en compensación los nuestros? «Víve-

res», repuso el cabo. Trajéronle vituallas, y la gente mora dió de beber a sus cabríos. A poco de allí solicitaban otra vez parlamentar los de la tribu. «Os daré agua —habló el alentado jefe— como me deis municioner». También las tuvo, y en abundancia.

Siempre sobre sí, ahuyentando con razones de mauser a los que pretendían cogerlos desprevenidos en la defensa, vieron los héroes entrar el mes de agosto sin que España se cuidase de ellos. ¿Qué pedirían ahora, ya provistos de comestibles y cartuchos? Arenzana pidió prisioneros españoles. Así como suena: un cabo, señor de pobre fortincillo a 15 kilómetros de Monte Arrui, dictaba leyes a los vencedores, sólo por afirmarse su bravura en el brocal de un pozo. Y tuvo lo que pidió. Un día le trajeron un teniente, el señor don Ildefonso Ruiz Tapiador, de San Fernando. Luego, un soldadito; después, otro, y otro, hasta ocho.

Mas el repuesto de gasolina se agotaba y con él las posibilidades de resistencia. El 5 de agosto consumió el motorcillo los restos de combustible. Aquella noche, Arenzana, con sus rescatados y sus compañeros de proeza, dejóse calladamente el fortín donde había escrito admirable página de gloria. Camina que te camina, por las cumbres del yebel Tamsa echó rumbo al sur, y ocultándose unas veces y peleando las más, llegó al Marruecos galo con su reducida hueste. Ni una baja. A la inversa, dejábanse dos moros muertos en el camino. ¡A Melilla! Y con modestia semejante a su valor, don Jesús Arenzana Aranda fué a sumergirse en la muchedumbre anónima de soldados. ¡Y España sigue creyendo que todo cayó el 21 de julio en un «¡sálvese el que pueda!»...

Entretanto, la nueva del desastre corre por Madrid, salta de nación en nación. Y nuestro aciago Ministro de la Guerra, ciego y sordo hasta entonces, dice a lo último de lamentable nota oficiosa: «El general Berenguer llegará a Melilla esta tarde (la del 23). Ha dispuesto vayan desde Ceuta fuerzas y unidades voluntarias, con los servicios de ametralladoras y ambulancias correspon-

dientes. Propone también que de la Península se envíen refuerzos *para influencia moral sobre campo enemigo* y destinados a servicios de *guarnición de Melilla*, a fin de permitir a la de aquella Comandancia consagrarse a servicio exterior. Las fuerzas preparadas anoche han empezado hoy el embarque para dicha plaza». El broche era digno de la obra precedente.

Pero lo inaudito es la nota oficiosa del Consejo efectuado el 24. «Acordó —expresa— que cuando las circunstancias y medios lo permitan, realice el Alto Comisario la natural y obligada información para averiguar la causa de los extraordinarios sucesos ocurridos en el territorio de la Comandancia de Melilla». Es decir, que los actos del General en jefe, primer responsable según la ley; que las disposiciones tomadas desde abril a julio por quien es «responsable de la política que se sigue en el Protectorado, tanto del orden militar como administrativo», quedan exentos de examen. ¿Y quién lo estatuye? El Gobierno, cuyas culpas se ligan con la de General en jefe.

Así, cuando parte a Melilla el general Picasso con instrucciones que no tuvieron publicidad, advierte España que dicho señor tan sólo puede inquirir responsabilidades de coronel abajo (1). Ello implica dejar sin depuración lo ocurrido hasta el 21 de julio y buena parte de lo que sigue hasta culminar el desastre en Monte Arrui.

¿Es esto lo acostumbrado? Nunca lo fué en país alguno. Quien dude, lea el recordatorio siguiente: «Oráa, el año 1838, levantó el sitio de Morella y fué juzgado por un Consejo de guerra; el general austriaco Mack capituló en Ulm, en 1805, y fué condenado a muerte; el general Benedek fué degradado por la derrota de Sadowa, y no hablemos del italiano Baratieri, vencido por los abisinios en Adua; ni de Bazaine, el que capituló en

(1) Público y notorio es ya que don Juan de la Cierva, ministro de la Guerra entonces, le exigió al señor Picasso, en dos reales órdenes, que soslayara todos los indicios de responsabilidad concernientes al general Berenguer. Mas no ha servido el ardid, pues que el Supremo de Guerra y Marina instruye procedimiento para inquirir si hubo culpas en la obra del Alto Comisario.

Metz, ante los prusianos; ni de Stoessel, el heroico derrotado en Puerto Arturo, los tres condenados a la última pena, que escaparon al suplicio por circunstancias de sobra conocidas. El almirante inglés John Byng, derrotado en 1756 ante Menorca por el almirante francés Le Gassolinière, fué juzgado por el Parlamento. La mayoría, capitaneada por lord Chatam, quiso librar a Byng de la última pena, y al notificar al Rey la sentencia, el citado lord se atrevió a decir: «Pero la nación, señor, se inclina a la clemencia». Y Jorge I contestó un tanto enérgico, si la historia no miente: «Lord, vosotros me habéis enseñado a buscar el espíritu de mi pueblo fuera del Parlamento».

CAPITULO XIV

Estragos de la excesiva prudencia.

El 23 por la noche llega Berenguer a Melilla en el *Bonifaz*. «Se ha fundido la Comandancia» —dice al Gobierno—. Después, un sedante. «El fracaso de Annual —expone el Ministro de la Guerra (1)— no ha repercutido en las cábilas inmediatas a Melilla, y es más, el Alto Comisario ha conferenciado con numerosos notables de dichas cábilas, los cuales dicen estar al lado de España y que esperan las proteja ésta de los ataques de los rebeldes». Calla el vizconde una cosa: que en su aturdimiento, muy explicable, no tuvo el General en jefe la previsión elementalísima de retener consigo a los notables: dejóles marcharse con toda tranquilidad.

«El primer cuidado del Alto Comisario apenas desembarcó —prosigue el Ministro— fué enterarse minuciosamente, con todo detalle, de la situación de la columna de Annual. Por los despachos que se tienen en la Plaza, estas fuerzas se van replegando escalonadamente y llegarán a Monte Arrui (¡¡!!), donde seguramente se harán fuertes. Se sabe que el enemigo, cada vez en mayor número, sigue a nuestras tropas y las hostiliza duramente». Entretanto se dice esto a España el 24, Navarro, detenido en Bátel por la fatal orden del 23, conlleva fuego al caer de la tarde, contendiendo con núcleos de la zona francesa sometida. Medio Beni bu Zegú ha pasado la frontera para agredirnos, bien así como gentes

(1) Declaraciones de Eza. *El Imparcial;* 24 de julio del 1921.

de en torno a Casba Mesún (1). Alentados con su proceder, afluyen asimismo pandillas de metalzis y benibuyajis, ansiosas de botín y sangre. Retumban los cañones, ruge la fusilería. Mas, por desgracia, no es cierto que Navarro sigue hacia Monte Arrui.

Aquella funestísima parada, que sembrará de momias el camino entre Nador y Bátel, produce desde luego amargos frutos. Con el runrún del percance y el pasar fugitivos a cientos, se produce a retaguardia de la columna Casa Davalillo la hostilidad que temía éste. En Monte Arrui, donde recalaron varias docenas de fugitivos, resulta impracticable la aguada el 24. Huyeron los 750 moradores del lugar, escapó la Policía, y acudiendo al robo los indígenas locales, tirotean con eficacia a cuantos buscan líquido en los arroyos; falta decisión para barrerlos y se contenta la tropa con beberse el agua de una jofaina donde la víspera se lavó un oficial (2).

Realmente es corto el número de soldados empleables en cualquier acción ofensiva. El capitán Bandín —que asume el mando desde el 22, a las cinco de la tarde, en que llegó de Dar Drius con su batería y las otras quedadas sin material (3)— sólo dispone de un puñado de artilleros con carabina.

La avenida de colonos huidizos, que engloba a los del Gáret y Bátel, corre en tumulto a Melilla y arrastra al paso a los de Zeluán. Con aquello prende la rebelión en uno de los escuadrones de Regulares acampados en la alcazaba; los otros, por dicha, desoyen su ejemplo y continúan hacia Melilla, aunque con tan corta ventura, que la Guardia civil hiere o mata en Nador a 18, creyéndolos sublevados.

(1) Al someterse el xerif Si Alí, jefe de la zauía de Muley Querquer, declaró que ahora, en enero, los Beni bu Zegú y los de Casba Mesún continuaban en nuestra zona, instando a Beni bu Yaji para seguir en rebeldía.

(2) Don Juan M. Mata ha publicado interesantísima información sobre la tragedia de Monte Arrui. Véase *La Correspondencia de España;* 21 de noviembre de 1921 y números sucesivos.

(3) Don Manuel Bandín Delgado mandó en Arrui hasta la llegada de Navarro. El 30 recibió gravísima herida en el pecho.

Aunque en este paraje último nada anormal aconteciera; aunque el 24, al llegar los tábores, fueron desarmados por sus valentísimos oficiales sin más contra que la inmediata desaparición de la soldadesca, con las luces del alba huyó el vecindario, poseído de pavura. «Las cábilas vecinas —nos refiere un testigo— se estaban en actitud expectante; era absoluta la tranquilidad. Los indígenas, en su inmensa mayoría, contemplaban los trenes procedentes de Zeluán, Monte Arrui y Bátel, y cientos de familias moras, que tenían deudos a nuestro servicio, se agolpaban en los furgones abarrotados de heridos, con el temor natural de encontrar a sus familiares. Pues bien, en este poblado, al tenerse noticia de la derrota, volóse el polvorín, dándose fuego a los almiares de paja y depósitos de víveres».

Horas más tarde, la entrada de aquellos fugitivos produce honda inquietud en Melilla, cuyos temores crecen al saber que los cabileños de Beni Chicar, reunidos en el zoco del Jad con Abd-el-Cader, Mojamed Ben Butieb, Maimón Ben Caddur, Mojamed Ben Alí Tissa y Amar Ben Dudaj, deliberan si el Gobierno los abandona o no y, por tanto, si siguen con España o se unen a la rebeldía. Pero Abd-el-Cader habla, apoyan sus firmes razonamientos el capitán Gabilán, el teniente Alfaro y el alférez Judas Melul, y Beni Chícar decide seguir con el Gobierno.

Corre el alivio de tal noticia. Se sabe que en Nador no ocurre nada. Llega al público la alocución en que Berenguer dice que «esta ciudad está completamente asegurada por las fuerzas que han llegado esta mañana de la Península y han ocupado los puntos estratégicos, y por más de 2.000 hombres que había aquí. Además, han llegado el Tercio extranjero y fuerzas regulares, y en el día de hoy llegarán los numerosos refuerzos que envía el Gobierno desde Ceuta y desde la Península». Vuelve la serenidad.

También el 24 publica el Residente una orden general, donde ofrece «ser tan pródigo en el premio como duro en el castigo del que contravenga sus deberes».

«Si os defendéis a toda costa en vuestros puestos —aduce—, como manda la Ordenanza, y sacáis de vuestras armas, vuestra disciplina e instrucción el partido debido, seréis invencibles; que el enemigo con quien combatimos SÓLO ES FUERTE SI NOSOTROS SOMOS DÉBILES (1).

Es verdad que llegan refuerzos a toda prisa: el 25, a más de los 2.000 hombres consabidos, de los dos tábores y las dos banderas del Tercio, Melilla tiene: un batallón de la Corona, con su teniente coronel don Eduardo Barrera y Bau (¡saludad, españoles!), otro batallón de Granada, otro de Borbón, otro de Sevilla, otro de Extremadura, otro de Castilla, otro de España, Ingenieros, Artillería, camiones automóviles... ¿Qué hace con todo ello el General en jefe? A media noche lo dice el Ministro de la Guerra:

«Se ha terminado la fortificación de todos los puntos de defensa de la plaza sin la menor novedad, regresando a los poblados de Mezquita y Mazuza las familias que se habían retirado al Gurugú, lo que es el mejor síntoma. Toda la línea ha quedado fortificada; cerrándose así la península de Tres Forcas y el campo exterior de la plaza, garantizadas las cábilas de Benisicar y gran parte de Mazuza, alejándose todo peligro de ataque a la plaza y quedando todo muy bien asegurado política y militarmente.

»Por una información recibida se ve que diversos núcleos de tropas se defienden aún, y otros están refugiados entre cabileños que han permanecido leales y los protegen. Existen, además, algunos otros núcleos en diversas posiciones. Se insiste por alguno en que se han oído cañonazos en Tistutin, que pudieran ser de la columna Navarro. De la columna Araujo no hay noticias».

Tan consoladora situación en la plaza y campo circunvecino permite, sin duda, pensar en esos núcleos de tropa a que alude el telegrama. Tres hay, perfectamente

(1) Desde aquel día, el general Berenguer y los Gobiernos no hicieron sino olvidarse de este indiscutible axioma africanista. Así nos luce el pelo.

socorribles: Nador, Zeluán y Monte Arrui, porque, situados a par de la vía férrea, tienen pocos hostilizantes. Y urge hacerlo, pues a un adversario que «sólo es fuerte si nosotros somos débiles», según reza la orden general, ha de alentarle mucho vernos pasivos. Predicando con la acción, los acogidos a Monte Arrui —un millar entonces— despliegan en guerrillas, chocan con los tiradores contrarios, y después de brava escaramuza, donde sucumben los tenientes Lacave y Mendoza con algunos más, consiguen agua. Atendido lo perentorio, un sargento de Infantería y otro de Artillería se arrojan sobre el poblado, al frente de sesenta voluntarios, exterminan a los guerrilleros morunos y trasvasan a la posición cuantos comestibles encuentran.

Pero el 25 no intenta Melilla ninguna reacción sobre los «pacos» que importunan a esas tres posiciones, aunque pudo animarla el haber llegado sin contratiempo tropas delanteras de la columna Navarro. Ha debido y podido ocuparse reciamente a Nador; ha debido y podido ocuparse el Gurugú, asidero de Beni Chicar y Mazuza, natural baluarte de la urbe, y desde cuyas crestas daría instrucciones el heliógrafo a Bátel, Zeluán, Dar Quebdani, etc. Mas el Comisario reduce su acción a poner tropas en Ait Aissa, Sidi Musa, Taguil Mamin, faldeando el macizo, y a extender la línea al Este, por zoco del Jad, Idum e Ixmoart, en Beni Chícar. ¡Graves errores, que pagaremos caros!

Prosiguen entrando refuerzos el 26: un batallón de la Reina, otro de Córdoba, una compañía de ametralladoras del regimiento de España, la 5.ª batería de montaña, las 5.ª y 6.ª del 4.º ligero, la 5.ª del mixto de Ceuta, el Parque móvil ceutí, la 3.ª compañía de Zapadores ídem, una compañía de Sanidad Militar, más zapadores. El Comisario, según nota oficiosa de Guerra, «participa que la situación va mejorando por momentos. En el zoco del Jad y posiciones avanzadas no ha ocurrido ninguna novedad, y el coronel Riquelme, que está allí, tiene muy buenas impresiones respecto a la situación de dicha cábila y de Farjana, que se han presentado a él

para ofrecer ayuda. Tampoco ha ocurrido nada en las posiciones ocupadas ayer en las faldas del Gurugú, habiendo reaccionado las cábilas de Mazuza y Mezquita (1), que han vuelto a ocupar sus viviendas, trayendo mujeres, niños y ganado. Aprovechando esta favorable situación, ha salido el general Sanjurjo con su columna para ocupar Sidi Ajmed el Jach y el Atalayón. La población de Melilla ha reaccionado por completo, y reina en ella el mayor entusiasmo al ver la prontitud con que llegan refuerzos y el elevado espíritu de que vienen animados».

Cierto y muy cierto que reacciona Melilla: sus paisanos piden armas y se brindan a guarnecer los fuertes. Cierto y bien cierto que llegan bien las tropas: han de mostrarlo desde el primer choque y merecer alabanzas del General en jefe. Sin embargo, ¡cómo se desperdician las coyunturas favorables!

Dice el vizconde de Eza en la nota dada a las siete de la tarde que «la situación, por lo que se refiere a la plaza, ha mejorado extraordinariamente después de las ocupaciones realizadas ayer, y de haberse ocupado hoy Sidi Ajmed el Jach y el Atalayón, llegando los «autos» y el tren hasta el mismo collado, sin que haya ocurrido novedad, asegurándose así todo el valle que rodea a Melilla». Sanjurjo «está en comunicación heliográfica con las fuerzas que resisten en Nador». «Se tienen noticias directas de que se sostienen Zeluán y Nador, concibiéndose esperanzas en cuanto a la columna del general Navarro, sin poder precisar nada concreto».

Aun cupo ir a Nador, donde los moros de Barraca se entregan al saqueo. Cupo aun establecerse en la admirable meseta de Jaddú (Gurugú), que rige el barrancal en sus comienzos y domina el camino hacia Nador, Sebt, Atlaten, Zeluán y Monte Arrui; mas no lo decide el Alto Comisario, que «prepara por acción política nuela extensión de estas zonas (las protegidas) hasta Nador y Zeluán». Aun pudimos alargarnos por las carre-

(1) Mezquita no es cábila, sino poblado de la de Mazuza.

teras, limpiándolas de los bandidos que desvalijan a cuantos siguen afluyendo de posiciones evacuadas. Pero, no. Con un enemigo que «sólo es fuerte si nosotros somos débiles», se deja el campo libre a los fermentos de guerrerismo. Con posiciones semisitiadas, Berenguer, general, olvida aquello, tan juicioso, del Berenguer escritor: «Esa masa fanática y ciega, embriagada ante la idea del botín de armas y municiones, obcecada por la perspectiva de coger un fusil moderno, será más fácilmente contenida y combatida por la oportuna llegada de refuerzos que, arrastrando la línea, inicien un contraataque, que por el incierto y ya poco peligroso fuego de una guerrilla, por nutrida que sea» (1).

¿Y de Navarro? Nada concreto se sabe. Desde el 24 debió haber en Melilla aviones para inquirir la situación suya y la de otros núcleos de resistencia. Pero, o no se piden ni se mandan, o se solicitan y no llegan. ¿Que hay cinco en el aeródromo de Zeluán? Cinco son, que pudieron remontarse el 23 y acaso al siguiente día; mas si no se elevan esos y si *El Liberal* manda a su redactor Espinosa y al piloto Havilland para que efectúen un vuelo sobre el territorio de la Comandancia (2), ¿por qué no discurren cosa parecida el Ministro de la Guerra y el General en jefe? ¿Acaso pueden desconocer para lo que sirve la aviación? Porque el 20 les ha pedido Silvestre una escuadrilla...

Desembarcan más tropas el 27: un batallón de Otumba, otro de Segovia, dos compañías del regimiento de Tetuán, tres de Ingenieros, una batería del 4.º ligero. El Comisario ordena replegarse a la guarnición de Sámmar, que llega parcialmente al Zoco del Jad. Dos batallones y los Regulares de Ceuta efectúan paseo militar hacia este campamento. Rumbo a Nador, ni un paso.

«Durante el día de hoy —declara a media noche la nota oficiosa de Guerra— no ha habido variación sensible en la situación, que sigue mejorando. Las posicio-

(1) General Berenguer: *La guerra en Marruecos*, pág. 101.
(2) Diremos, como caso curioso, que se pensó seriamente en sumariar a los audaces que volaban sobre el territorio de Melilla sin permiso del Alto Comisario.

nes de Nador, Zeluán y Monte Arrui se defienden heroicamente. Por indigenas se dice, sin que haya podido comprobarlo, que el general Navarro, con su columna, resiste en Bátel y Tistutin. Van presentándose en esta plaza núcleos de tropas procedentes del campo. Siguen los abastecimientos sin novedad a las posiciones».

El 28, más arribos de fuerzas: un batallón del regimiento de Tetuán, dos baterías del 2.º ligero, secciones de Ingenieros y Sanidad militar. Tampoco se da un paso hacia los bravos que resisten. Y los rifeños, «tan sólo fuertes, si nosotros somos débiles», van criando fortaleza.

«Las noticias del campo —trae la nota oficiosa de media noche— siguen acusando efervescencia para mantener hostilidad. Un pequeño grupo destacado de Nador hostilizó una posición, siendo disuelto fácilmente. Se estableció un blocao de enlace entre Taguil Mamin y la plaza, sin novedad. Durante todo el día se ha seguido reforzando las cbras de defensa de Melilla y las del zoco del Jad, que han quedado terminadas. En Zeluán se ha podido hacer aguada, pero es grande la fatiga de la tropa. En Nador, las bajas son escasas; pero la situación, por lo demás, es igual a la de Zeluán. De la columna del general Navarro no se ha tenido noticia alguna».

¿Qué otra cosa puede ocurrir sino que los «pacos» se envalentonen? ¿Qué puede esperarse sino que aumente la efervescencia allí donde campan por sus respetos simples cuadrillas de merodeadores? Lo pasmoso es que todavía no imite Guelaia a Metalza, Beni Ulixex y Beni Said. ¡Laboran tan bien nuestros enemigos! En la apacible Quebdana han alcanzado ya que hostilice a Cabo de Agua una de las ocho fracciones que constituyen la tribu: es la de Ulad el Jach, contigua a la zona francesa.

Se va fundiendo la Comandancia. El 29, a las ocho de la mañana, los capitanes Manzaneque y Carrillo, que la víspera salieron de Madrid en un havilland, entran por Tres Forcas al territorio de Melilla, siguen el Quert, donde contemplan a Sámmar sin tropas y a Is-

jafen en escombros, ven a trescientos indígenas junto a Dar Drius, hallan a Bátel arrasado, a Tistutin ardiendo... A las diez pasan sobre Monte Arrui, que a la sazón tiene poco fuego. Los de Navarro agitan banderas; lanzan los aviadores un tubo que guarda cierto código de señales, mas sin duda se pierde el envío, porque la columna no contesta.

«Se ha recibido parte de Zeluán —dicen las noticias oficiales— trasladando otro del general Navarro, desde Monte Arrui, adonde había llegado ayer tarde. El parte, muy incompleto y aun no terminado de recibir, porque el día, muy brumoso, dificulta la comunicación heliográfica, dice que ha hecho el repliegue con el resto de la columna, siendo muy hostilizado y dudando que le sea factible replegarse más». «Mañana, muy temprano, se propone el Alto Comisario auxiliar al general Navarro, así como a Zeluán, con un aeroplano, que llevará víveres y municiones».

¿Obra del día? Minúscula. «Sanjurjo ha establecido varios blocaos, que refuerzan el frente Atalayón-Sidi Ajmed-Sidi Musa-Aissa, y fortificado la segunda caseta, que ha quedado guarnecida por un batallón. Hay ligero tiroteo, que nos cuesta un herido grave y cuatro leves. Siguen en actividad las obras para defender la plaza y la organización de las fuerzas que allí se van concentrando».

Nada más contienen los despachos oficiales del 29. Todo lo hecho en seis días para noticiar a España la suerte de Navarro y sus 6.000 hombres; todo lo puesto en acción para restablecer las comunicaciones con los sitiados en Nador, en Zeluán y en Monte Arrui, hállase en las noticias que transcribimos.

Más hacen para fomentar la rebelión el encogimiento y la desidia del Mando, que las predicaciones de Abd-el-Crim y de la zona francesa. «Los moros —escribía ya en 1505 el capitán Gonzalo de Ayora— se forman como su enemigo quiere, porque ellos huyen de quien les acomete» y, «en fin, jamás se muestran fuertes sino

contra el flaco y vencido, y contra los que huyen, que son propiedades de crueles y de cobardes, que todo es una cosa».

Sin transición se ha pasado desde la imprudencia excesiva a la excesiva prudencia. Aquello se perpetúa en tres nombres: Igueriben, Annual y Bátel; estotro se resume asimismo en tres: Nador, Zeluán y Monte Arrui.

CAPÍTULO XV

Hacia las cumbres del desastre.

Fué evacuado Nador el 24, yéndose en tropel los vecinos cuando se puso fuego al polvorín (de donde se salvaron únicamente ocho cajas de cartuchos), a los almacenes y almiares de Intendencia. Llevóse el último convoy enfermos, fusiles y la bandera de la Brigada Disciplinaria, con lo cual quedáronse allí 200 entre soldados (1), guardias civiles y colonos huidizos de Segángan, Zeluán y Monte Arrui, cuáles en la fábrica de harinas, cuáles en la iglesia. Repartidos en los dos parajes, el teniente coronel Pardo Agudín, gobernador militar; los comandantes Sahún y Almeida, los capitanes Villalba y Rey, los tenientes Lisardo García, Fariñas, Navasa, Fresno, Rodrigo e Iglesias; alférez Elizard, el caid moro Bel Jasen, varios suboficiales y sargentos (uno, Francisco Pérez Requena, jefe de la estación telegráfica militar) y el telegrafista Mingot.

Con el estallar de los cartuchos y el subir de las llamas vinieron, por la tarde, sobre el caserío moros de alrededor, entrándolo a saco, y hasta el 28 fué su quehacer principal llevarse lo que había en tiendas y casas particulares, bien a hombros, ya en carros o en acémilas rapiñadas. Mientras los más iban al robo, los otros sostenían fuego con la pequeña guarnición, matándonos aquella noche en la fábrica al comandante D. Wenceslao Sahún Navarro y al paisano D. Manuel López

(1) Parte de ellos, recogidos la noche antes en la carretera y provinientes de posiciones avanzadas.

Vega, excelentes tiradores que, desde una ventana, pusieron fuera de combate a diez o doce contrarios. Mas si el 25 y 26 hubo poco fuego por de día y más seguido durante la noche (1), con aquel campar los moros a sus anchas creció en número e insolencia el enemigo, pasando del merodeo al cañoneo, del temor a la audacia.

Halláronse los defensores de la iglesia con los abastecimientos acopiados para festejar la apertura del edificio al culto; pero con breve provisión de agua. Subidos al campanario contenían al grupo hostil, más atento entonces a incendiar las viviendas que a ofrecerse por blanco a los proyectiles. Arreciaban los tiros desde el obscurecer y bien pronto algunos defensores tuvieron heridas, notablemente un paisano, que murió por carencia de medicinas. Vino a escape la escasez de vituallas y el concluírse los líquidos potables; entonces comenzó el éxodo de quienes consideraban hacedero deslizarse hasta Melilla entre las sombras nocturnas y que, a poco, eran aprisionados o muertos. Los demás, siempre alerta, siempre a punto el fusil, se esforzaron contra la sed, el hambre y la chusma ladrona, prendidos sus ojos a la ruta del Atalayón, por donde debían acudir los nuestros, o a la plácida superficie de Mar Chica, tan sugeridora de un desembarco; mas como la voluntad tiene su límite, al no tenerlo el padecer y agrandarse el número de enemigos con la inacción de Melilla, se hizo insostenible la resistencia. Salieron una noche los sitiados para saciar en el salobre oleaje de la albufera sus vehementes ansias de beber; a la postre, hambrientos y sedientos, sin cartuchos casi, determinaron refugiarse en la fábrica de harinas. Alcanzáronla algunos y sesenta cayeron en poder de los marroquíes.

Juntáronse en aquel otro sitio hasta 194 personas, a saber: Brigada Disciplinaria, 33. Regimiento de San Fernando, 7. De Ceriñola, 48. De Melilla, 8. De Africa, 10. Compañía de ametralladoras de posición, 3. Re-

(1) El 25 nos mataron al soldado de Ingenieros Jesús Díaz Collado. El 26, al soldado José Bernabé y al paisano José Pérez Alfonso.

gimiento de Caballería de Alcántara, 3. Comandancia de Ingenieros, 17. Idem de Artillería, 1. Idem de Intendencia, 1. Compañía mixta de Sanidad Militar, 1. Guardia civil, 26. Regulares indígenas, 20. Policía indígena, 1. Guardias urbanos de Nador, 2. Paisanos, 13. Y con más pormenores: un teniente coronel, un comandante, dos capitanes, siete tenientes, dos alféreces, dos suboficiales, nueve sargentos, diez y seis cabos, dos cornetas, ciento treinta y siete soldados y guardias civiles, dos guardias urbanos, un oficial telegrafista, ocho colonos, dos mujeres, un niño de tres años y otro de pecho.

Hiciéronse con los hombres cinco grupos. Dos, a modo de compañías, tuvieron a cargo defender los últimos pisos; otras tantas secciones de guardias civiles y disciplinarios, se pusieron a la custodia de la planta baja; y diez regulares y guardias civiles, con el teniente Rodrigo, pasaron a la casa del administrador, cuya puerta habían querido incendiar los insurgentes por de noche y que, comunicable con la fábrica por la azotea, vino a ser una como avanzadilla.

Tenían la laguna a cortos pasos, agua salobre de pozo y, a su alcance, copiosa cantidad de grano y harina, por manera que podían alimentarse con unas pocas gachas y algo a estilo de tortas, análogamente repulsivas en olor, color y sabor. No faltaban cartuchos, aunque tampoco los hubiese sobrados. Y con parapetos en puertas, ventanas y tejados; con boquetes en los muros, a guisa de aspilleras, porque el asomarse a uno de los huecos engendraba la muerte del atrevido, aguantaron con intrepidez desde el 24, haciendo besar el polvo a cuantos rebeldes pretendían acercarse. Con la noche aumentaba la agresividad mora, por reunirse el menor peligro y la vuelta de quienes salieron a la rapiña.

A veces vivo, espaciosos a veces, duró el fuego desde la tarde del 24 a la mañana del 26, en que, al filo de las diez, alzaron los rebeldes bandera de parlamento para darle salida a un emisario suyo. Recibióle Pardo Agudín, y como aquél pidiese la entrega de todas armas en

premio de dejar salir sanos y salvos a los defensores, faltó la avenencia. Siguió la lucha y, ya ausente el día, emprendieron los enemigos un ataque en regla, «empleando —dice un documento oficial— dos bombas de mano en el local donde se hallaba la fuerza del Cuerpo (Guardia civil), sin que por ello se perdiera la serenidad y estado de ánimo que en todos momentos se procuró sostener y excitar por el oficial jefe de ella, don Lisardo Pérez García, muy bien secundado por los sargentos Jorge Blanco García y Carlos Garríguez Expósito, logrando el enemigo abrir con barrenas un boquete en la pared donde se hallaba la fuerza del Cuerpo, por lo que el oficial que suscribe, con pistola en mano y haciendo fuego, a la vez que los guardias que defendían dicho puesto, pudo desalojar al enemigo de aquel sitio».

Escarmentados los rifeños, no les vino bien volver a arrimarse por entonces. Ocultos en las casas, al final de la calle, desde allí hicieron oír sus fusiles el 27 y 28, en que, a las doce, nuevamente asomaron bandera blanca. Salió uno del ejército a recoger sus proposiciones y al punto lo mató una descarga marroquí, también asesina para el teniente Iglesias, jefe del parque de Intendencia. Acabado entre tiroteo el 28, nacido y vencido el 29 en igual forma, señaló el 30 su llegada con el estallar de nuevas bombas en la techumbre, sin que los destrozos materiales debilitaran el denuedo de la defensa. Mereció mucho aplauso el guardia Manuel Almarcha que, en dos ocasiones, salió del edificio y puso en fuga a los lanzadores de explosivos. Aquel día, sexto de la contienda, mostráronse los «pacos» menos asiduos que en los precedentes.

El heliógrafo, bravamente manejado por el sargento Pérez Requena, comunicaba al general Berenguer las novedades del asedio. Conclúyense las ocho cajas de municiones que allegaron. Está gravísimo el colono Juan Moreno Aragonés, herido de bala. Se le engangrenó el balazo al de tropa Claudio Rosas (1). No hay

(1) Rosas murió el 1.° de agosto; Moreno, el 2.

medicinas de ninguna clase. Los moros, a cubierto en el morabito de Sidi Alí, lanzan bombas y haces de paja encendida...

Tiran a granel los rebeldes sobre el heliógrafo, y consiguen cortar la comunicación rompiendo varias piezas del aparato; mas como Requena las sustituye con palitroques, Melilla torna a saber de los sitiados. Destroza el espejo otra descarga. El animoso telegrafista recubre con cristal un pedacito de cinc de una caja de municiones y, valiéndose de un trozo de vela, prosigue comunicando al venir la noche.

Minaban la salud el mal comer y la pésima condición del agua, así como el desasosiego incesante y el sentirse desasistidos por los que debían favorecerles. Si ellos, con ser tan pocos, sujetaban a los rebeldes, ¿con qué seguridad no pudieran deshacerlos tres o cuatro batallones? Todos los que merodeaban por Nador, armados o inermes, serían dos mil hombres (1). Estaban los españoles en el Atalayón, a tres kilómetros del caserío, y libre la vía del ferrocarril hasta las afueras del poblado (2). ¿Cómo, pues, se resignaba Melilla a que dos mil moros la incomunicasen con el resto del territorio? ¿Por qué teniendo la flota de guerra y los aeroplanos consentía que Nador, clave de sus comunicaciones con Zeluán y Monte Arrui, quedase al arbitrio de una pandilla cuyos miembros andaban a balazos continuamente por la distribución del botín?

Al noveno día vióse aparecer un ave de guerra; mas el ave de guerra no iba a sembrar la muerte en la turba sitiadora, libre hasta allí de toda hostilidad que no fuese la de los sitiados. Llevaba un saco de galletas, lo dejó caer y siguió su vuelo majestuoso.

Alentado por la impunidad, puso el enemigo una pieza Krupp de montaña contra los defensores, y el 31, antes de mediodía, batió con diez y siete cañonazos la fá-

(1) 2 500 calculaban el cabo Lozano, de la Guardia civil, y el paisano Blas Ruiz al presentarse en Melilla el 1.° de agosto Y no creemos que redujesen el número.

(2) El 27 de agosto, ya desenvuelta la rebeldía, el tren blindado pasó del Atalayón y estuvo a dos kilómetros de Nador.

brica, derrumbándole un gran trozo de pared y cuarteándola por dondequiera, «sin que por ello —sigue el documento susodicho— se perdiera la serenidad y el contacto de todas las fuerzas. Tuvimos que lamentar la muerte de tres individuos del ejército y siete heridos, hallándose entre estos el jefe de la línea de Nador, don Ricardo Fresno Urzay, con una herida en la pierna izquierda, de carácter menos grave. Habiendo presentado, como a las cuatro de la tarde, nuevamente el enemigo bandera de parlamento, hubo principios de inteligencia para hacer cesar las hostilidades, por lo que transcurrió el resto del día y la noche con tranquilidad».

¿Cuál fué el principio de inteligencia? Que dos individuos de la guarnición, acompañados por otros dos jarqueños, marchasen a inquirir si aprobaba el Alto Comisario las condiciones de entrega, por las cuales y en trueque de rendir armas la tropa, conservarían las suyas jefes y oficiales, pudiendo salir todos con plena seguridad para sus personas.

El 1.° de agosto, por la noche, llegaban a Melilla los dos rifeños con el cabo Laureano Lozano y el colono Blas Ruiz. «En sus rostros —anota un testigo— se retrataban las huellas del hambre y de las privaciones. Destrozadas las ropas, descaecidos, exangües y esqueléticos, pugnando sus ojos por escapar de las órbitas, daban la macabra impresión de dos cadáveres restituídos a la vida por un milagro providencial». Sí, aquellos abandonados eran trasunto de los que padecían abandono en Zeluán y Monte Arrui. Contaban toda la angustia de su situación: escasísimos de municiones, sin alimentos, obligados a quemar los cadáveres por falta de sitio en que ofrecerles sepultura, sin asistencia facultativa para sus 45 enfermos, heridos y contusos, con su albergue cercano a derrumbarse, no cabía resistir más. Con todo, si lo ordenaba el Residente...

¿Cómo podía ordenar aquello quien renunciaba a socorrerle? El 2 de agosto, a la una y media de la tarde, salían los defensores para el Atalayón, porteando en 18 camillas sus heridos y enfermos graves. Conservaban

los oficiales sus armas. Iban inermes los jefecillos tribueños garantizadores del pacto...

El 3 comparecían en la Segunda Caseta, procedentes del Atalayón, 140 de los héroes. Astrosos, desvaídos, pegada la piel a los huesos, decía su presencia algo más que la magnitud de su brillante sacrificio; decía que al no haberse intentado conservar a Nador, tres kilómetros distante de nuestras avanzadas, mal pudiera prevenirse auxilios para Zeluán y Monte Arrui.

¿Quién rindió a Nador? No la rindieron moros; la rindió haberse desmemoriado Berenguer de aquello que dice Frisch: «Las mejores garantías de éxito contra los indígenas, son: la movilidad, una vigorosa ofensiva y la confianza en sí mismo».

¿Qué acontecía entretanto en la alcazaba?

El 23 de julio, al recibirse en Bátel aquella orden radiotelegráfica por la cual suspendió Navarro el retroceso, entraban sin estorbo en Zeluán sus tropas delanteras. Habíanse recogido allí unos 100 paisanos de las inmediaciones. Estaba en paz el contorno. Podía creerse que, al llegar lo restante de la columna, cupiera hacer una retirada con orden. Sin embargo, con muy plausible prevención, doblóse las centinelas en los muros, quedaron fuertes patrullas en las entradas, y se dejó fuera los tres escuadrones de Regulares, harto dudosos ya.

Oyéronse varios tiros al amanecer del 24, sin colegirse de dónde provenían. Ya de mañana, hízose dar pienso al ganado, con designio de seguir a Melilla, y entonces, viendo que no acudían las otras fuerzas de Navarro y sí montones de colonos en fuga, parte del tercer escuadrón hizo una descarga contra sus jefes y aun contra sus propios conterráneos, con que fué muerto un suboficial y malherido un cabo. A la vez, siete u ocho marroquíes que del mismo núcleo fueron a las cuadras, diéronse a disparar contra los peninsulares, matándonos a un sargento de Alcántara. Arrojáronse a la defensa españoles e indígenas leales, y así como el denodado teniente Guzmán y algunos de tropa dieron pronto fin

de los traidores guarecidos en las cuadras, los tenientes Dalias y Tomasetti hicieron correr sin demora a los demás revoltosos. Puestos en los muros, los cazadores de Alcántara derribaron a algunos de los huyentes, como también a los del primer escuadrón que intentaban escabullirse. Con aquel choque tuvo principio el calvario; a los pocos minutos comenzó el paqueo; horas más tarde arrancó el enemigo los caños del agua.

Al declinar el día, y después de encargarse de la posición el capitán Carrasco (ido allí la víspera con un oficial moro de segunda y un intérprete que halló por el camino), salieron para Melilla los Regulares: sólo subsistían 137, inclusos un capitán, tres subalternos, cinco clases, dos trompetas y dos asistentes europeos. El bravo Tomasetti quedó exánime en Tauima. De la fuerza no más llegaron a la población 37 individuos.

Pocos defensores quedaban en Zeluán al marcharse a la plaza los núcleos idos de Bátel. Dos secciones, gobernadas por el teniente Vivancos y Martínez, para custodiar el aeródromo y sus cinco aeroplanos. En la alcazaba, dos centenares de fusiles, cuatrocientos entre militares y paisanos, los capitanes Carrasco y Galindo, los tenientes Bravo, Dalias, Guzmán, Miralles, Barger, Sánchez, De María, Jiménez, el oficial primero de Policía Fernández, el farmacéutico Mora, el veterinario don Tomás López. Mas puesta la tropa en los rollizos paredones, así como en los parapetos con que se cubrió las cuatro entradas, era factible resistir. Ni había muchos agresores (1), ni rayaba en impetuosa su acometividad. Teníanse lejos, más seguros del hambre y de la sed que de sí mismos. Batían desde el burgo la fortaleza; señoreaban, distantes, el hondo caudal del río, al resguardo de cualquier ondulación del terreno.

Y comenzó el penoso rosario de heridos, porque los guerrilleros marroquíes —pocos más de los Regulares desertores— hacían blanco apenas divisaban un bulto

(1) El ministro de la Guerra, señor Cierva, oyó en el Zaio, por boca de unas damas a quienes rescató la diligencia del cónsul español en Uxda, señor Cajigas, que hubo poco enemigo en Zeluán.

en las azoteas, en cuanto veían descender a alguien por la pendiente del cauce. Costó el 25 la aguada quince víctimas. Igual pesadumbre trajo el 26, y entonces se dijo hacerla de dos en dos días. Hubo no menos el 28, aunque fué imposible llenar los repositorios porque algunos rebeldes ocupaban el cementerio, dominando la salida por aquel punto. Sobrevino la idea de abrir pozo en el patio, excavóse con furia al acicate de la necesidad, entró la herramienta a veinticinco metros, y al fin se impuso la negra repulsa de la suerte. ¡Impracticable tener agua sino del riachuelo! ¡Y hacía cuarenta y ocho horas que estaban exhaustos los depósitos!

—Si me acompañan diez hombres decididos —expuso el veterinario don Tomás López— tomo el cementerio y se resuelve la situación.

¡Qué diez! Cincuenta quisieron seguirle, anhelosos de aferrar aquel hilo de agua, manante entre carroñas; mas había dicho diez y con diez aventó a los moros, suspensos al verles ir con tan resuelta bravura; con diez sostuvo dos días el puesto, sin rendirse a la continuidad de los asaltos... ¡Qué júbilo en la alcazaba! Más que saciarse fué emborracharse en la fétida corriente. Y al buscar con la vista el heliógrafo del Atalayón, frío noticiero de fríos mandatos, sentíanse todos suave tibieza de ilusiones. Sí, podrían resistir hasta que por la fácil llanura llegase Berenguer con sus regimientos, o hasta que Melilla les diera orden de recogerse a otro paraje.

¡Oh desengaño! Congregada el 30 rabiosa patulea moruna —porque la dejación enciende y extiende las rebeliones—, don Tomás López hubo de abandonarle el cementerio. Entre el continuo sisear de las balas, volvió la sed, cruelísima, sañuda, feroz. Las mujeres de los Regulares refugiadas en el recinto, probaron con mil cautelas a llegar al riachuelo, y ni aun el ser moras les sirvió de amparo contra los suyos, siempre acechantes, siempre con el dedo en el disparador, jubilosos al vetear de grana la horrible cuesta. ¡Todos sedientos, todos bajo la zarpa del enemigo a quien nadie resiste! Y allí, a cincuenta metros, el agua discursiva y tentadora, con

su alegre rumor engañoso, cual si quisiera atraer nuevas víctimas al ensangrentado cazadero...

¿Resistir? Se resiste contra hombres, contra fieras; pero, ¿quién vence al enemigo traidor que derriba la voluntad, embota el pensamiento, ahuyenta el ánimo y roe las entrañas con mordeduras peores que el morir? ¿Quién resiste, azotado por las balas, abrasado por el sol, dolorido por el abandono, si entre él y la muerte no mira la esperanza de otros sacrificios que vuelvan útil y acabable el suyo? Pero Zeluán quiere resistir. Bajo los proyectiles que devoran poco a poco su vitalidad, frente a los cazadores de soldados que noche y día buscan presa, pide favor a Melilla. ¡Ilusorio afán! Melilla considera imprescindibles 74.258 hombres para poder llegar en octubre a la alcazaba (1). Así, colecciona batallones, se envuelve en triple línea defensiva, llama a todos los buques de guerra y no socorre a nadie. En vano llora duelos Zeluán con su telegrafía óptica; sólo sabe que existe España por aquel aeroplano mañanero que intenta hacer entrar algún envío en la posición murada.

Entonces —dice uno de los defensores— «recibimos orden de retirarnos sobre la Restinga». Era tarde. «Ya que estaba todo preparado para salir, se desistió por estar rodeados de gran número de moros y tener muchos heridos (78), que no teníamos en qué transportar, pues los 200 caballos de que se disponía no podían con la montura». ¿Dónde ir con la triste impedimenta de las bajas, al breve paso de las camillas, sin cañones que alejasen a los guerrilleros moros, ni vigor físico para la dura jornada? Y, ¿cómo separarse de los pobres que piden congojosos que no los entreguen a la ferocidad rifeña?

¡No hay retirada! Y la bandera sigue ondeando sobre seres rendidos por inacabables vigilias, por agotamiento nervioso, por el continuo aletear de la muerte, por desesperanza, por la hediondez de los cuerpos que se

(1) Después de reconquistado Nador, quiso refuerzos el General en jefe; dióse le hasta 2.531 jefes y oficiales y 71.727 soldados, efectivo cuya cuantía no se supo aprovechar en la premiosa e inhabil campaña de reconquista.

pudren en la vecindad. ¡Descanso! ¿Quién relevaría a quién? Con veintinueve soldados de Alcántara y quince paisanos, el teniente Fernández y el director de cultivos de la Colonizadora, Jiménez Pajarero, guardaron diez días y diez noches el frente del cementerio. Y así los demás, cara a la planicie, que hubiera limpiado de facinerosos un regimiento de Caballería.

Esforzando el lacerante dolor del abandono, envenenando la crispadora disyuntiva de perecer o redimirse juntos, cayó el hambre sobre todos. Sin agua, no más tortas de cebada ni salcochar habichuelas y garbanzos. Hubo que atenerse a los caballos que morían sedientos; pero el comer avivaba el otro martirio implacable, afín de la locura, y muchos huían lejos de la hoguera donde crepitaban los trozos de carne, para buscar convulsivamente un engaño a su suplicio.

Con la escasez y falta de ayuda, la traición. Dos moros policías decidieron pasarse al enemigo después de echar al campo los mausers y municiones que pudiesen; mas otro rifeño, de nombre Bajal, a quien comunicaron la traza, dió aviso de todo al teniente Fernández, quien pudo sorprender a los alevosos cuando habían conseguido arrojar fuera del recinto algunos millares de cartuchos y varios fusiles. Atrapados *in fraganti*, revolviéronse los culpables contra el oficial; defendióse éste a tiros y dió cuenta de entrambos.

Arrastrábanse fatigadas las horas sin variación ni consuelo. «¡Paciencia, paciencia!, decían los espejos militares con sus trazos de luz. Se está al habla con Ben Chelal para conseguir una rendición honorable». «¡Paciencia!, deletrean otra vez. Van por buen camino las negociaciones». Y en tanto, minuto a minuto, perece Zeluán junto a la barranca del riachuelo.

El 31, una ráfaga de alegría. Llega del aeródromo un camión en busca de víveres y trae dos garrafas de agua. Repártense con equidad, pero más avivan la sed que la atenúan. Dase para aquellos otros sitiados una caja de proyectiles —pues apenas si tienen—, un saco de judías, uno de garbanzos, uno de azúcar —el último que que-

da— y cinco borregos, que se guardaban lo mismo que un tesoro. Parte el vehículo, y al llegar al terraplén ferroviario, retumba una descarga, caen muertos los dos conductores y se adueña la morisma del envío. Aquel percance decide la suerte de Vivancos y sus compañeros. Sin cartuchos, sin vituallas, ¿cómo podrá seguir resistiéndose el aeródromo?

Hambre, sed y tiros el 31. Sed, tiros y hambre el 1.° de agosto. Tiros, sed y hambre el 2. Se rinde el aeródromo. Llega un parlamentario a decir que Ben Chelal, jefe de los Ulad Chaib, quiere conferencia con el de la posición; salen en su busca el teniente Dalias, Jiménez Pajarero y el intérprete Ruedas, que no retornan. Insiste Ben Chelal y se pacta la capitulación para el otro día, a las diez, comprometiéndose los nuestros a deponer sus armas, así como los enemigos a darles escolta hasta el Atalayón; todo a reserva de que los superiores admitan el convenio y así lo exprese el heliógrafo. Pero a las diez no está aún el permiso del Comisario. A las doce irrumpen en el fuerte los cabileños y con dejar caer sus fusiles los españoles, quedan al arbitrio de la cruel turba.

Quítanles ropas, correajes, dinero; pónenlos en fila y así los conducen al cercano casón de La Ina, donde se hallan cincuenta soldados del aeródromo, cinco mujeres, cinco pequeñuelos y catorce colonos. De súbito, la horda encara los fusiles y principia a disparar sobre el doloroso cortejo; mueren unos infelices en la carretera, huyen otros hacia Nador, perseguidos sin descanso (1), ganan los más la vivienda que suponen refugio. Más les valiera haber muerto ya. Se los hacinó en el edificio para, poco después, acribillarlos a balazos en salvaje carnicería y entregar al fuego sus carnes cuando aun conservaban vestigios de vida... Nadie consigue salvación. Mujeres y niños arden como antorchas junto a los sinventura capitulados. Y los rifeños —que tan doloridas lamentaciones inspirarán meses más tarde a Lyautey y Muley Yusef— asesinan junto al caserón a los que

(1) Pudo llegar a Melilla el teniente Bravo, de Alcántara, con algunos soldados,

logran huír de las llamas: Carrasco, Fernández, don Tomás López...

Luego se da la turbamulta a cazar fugitivos. ¡Ay del que cogen! «Yo lo vi —nos dice con lágrimas en los ojos la cantinera María González Farfán; registrábanlos, quitábanles las ropas e inmediatamente los quemaban en grandes montones de paja, que ardían lo menos media hora».

Así, nada más horrendo que la carretera de Zeluán a Tauima. En visión alucinante la jalona continua sucesión de cadáveres que, medio devorados por cuervos, chacales y perros, están de bruces, mancillados por horribles profanaciones. Unos, abierto el tórax por hondos tajos de gumía, muéstranlo llenos de piedras. Clavóse a otros estacas o se les hizo con su propia carne injertos abominables. Son muchos, muchos, muchos; casi todos los que huyeron de Zeluán, de Monte Arrui. Aquí se los ve caídos, casi en hilera, de cuando huían resguardándose con el talud del camino o al cruzarlo en escapada loca. Allá se pudren, en montón, bajo el puentecillo donde creyeron librarse de sus perseguidores. Algo más lejos blanquea un montón de huesos calcinados, donde aun hay intactas veinte o treinta calaveras. Y siempre lo mismo, siempre el espantoso cuadro, porque en la vastedad de la llanura y a mano de los hombres fieras cayeron asimismo quienes buscaban abrigo en la espesura de los sembrados. Hay pobres diestras crispadas sobre el fiero desgarrón que produjo una bala explosiva. Míranse cuerpos sin cabeza, con los brazos rebanados, con la trituración de rabiosa pedrea, con las dentelladas del fuego mutilador. El anchuroso campo impasible, que inflama el sol, es como inacabable cementerio, botín de alimañas.

Mientras, varios de los salvajes venidos de la zona que rige Lyautey, vuelven a su territorio para ofrecer a las autoridades el mejor botín cogido desde Annual: sesenta cañones.

Berenguer sigue diciendo: nada de prisas, nada de prisas....

CAPÍTULO XVI

La tragedia de Monte Arrui.

Desde aquella fatídica orden de resistir, Navarro aguanta en Bátel el empuje de los cabileños franceses y sus auxiliares metalzis y benibuyajis españoles. Como suponía, le cortaron las comunicaciones. El 24, 25, 26, 27 y 28 brama sin tregua el cañón. Crecen en número los enemigos, hácese más atrevida su hostilidad y más apretado el cerco. No cabe evacuar bajas ni reponer municiones. Faltan noticias del General en jefe. Por de noche, vociferan los moros diciéndoles que nadie más resiste y que es baldío esperar socorro. A retaguardia, Tistutin padece terca hostilidad asimismo. Allí ilustra su nombre con épica aureola el capitán de Ingenieros don Félix Arenas Gaspar, ido espontáneamente de la Plaza y que, sobre deshacer con sus bravos sólida masa de caballería rifeña, él solo, con una lata de petróleo, va y prende fuego a los almiares que sirven de abrigo a dos grupos de tiradores cabileños. Y allí también, al cortar los marroquíes la línea telefónica que enlaza a Tistutin con Bátel, surge el valentísimo cabo telegrafista Luis Valdivieso, quien se ofrece voluntario a recomponer los destrozos y da cima a su proeza bajo un chaparrón de balas.

Envuelto, con sus tropas extenuadas, resiste Navarro sin cejar. Al cabo tiene órdenes. ¿Cómo? Un gran cronista lo cuenta.

Al transmitir Zeluán el parte heliográfico del Atalayón que ordenaba replegarse a Casa Davalillo (¿el 27?, ¿el 28?), había en Monte Arrui un zagal moro de seis

años. Alguien puso en él la vista, diéronle el telegrama, algún dinero, y partió.

«El morillo era huérfano. Se había ido con las tropas al pasar una tarde un grupo de soldados por la carretera. Y nuestros hombres le dieron de comer y de beber y le prestaron abrigo y protección. Aun no había aprendido a odiar. Por eso, cuando se le entregó el papel y oyó que le enviaban al azar, a la ventura, para aprovechar una casual probabilidad, en busca del General de los españoles, dijo que sí, que iría, y que luego volvería otra vez con él. Y fué... ¡y volvió con las tropas de Navarro! Muchos kilómetros separaban a Monte Arrui de donde se hallaba la columna. Atravesó el niño, portador de la importantísima misiva, montes y valles, caseríos indígenas, caminos cubiertos de piedras, bajo un sol abrasador. El general Navarro recibió la orden. Ya sabéis, pues, cómo se comunicó la orden de la retirada. Un niño sustituyó al Estado Mayor» (1).

¡Retirarse! ¡Con cuánta razón había telegrafiado el 23 Casa Davalillo: «Obedezco y resistiré cumpliendo sus órdenes; mas dentro de veinticuatro horas será tarde»! Ahora, los cincuenta kilómetros que debe recorrer hasta Melilla constituyen territorio enemigo o abierto al enemigo. Cuando abruman a sus soldados incesante pelea y cabal conocimiento de la situación, ha de abrirse calle por copiosas turbas contrarias que, sobre seguro, desde muy lejos, pueden incrustar sus balas todas en el pesado conjunto de la columna.

Principia el choque apenas traspone Tistutin la vanguardia. A uno y otro lados, por delante, por la espalda, brota mortífero fuego. Las sólidas unidades de Zapadores que manda el brioso capitán Àrenas, ponen firme valladar a cuantos arremeten por la retaguardia, donde transporta la Sanidad más de 60 heridos. Pero por delante es muy otra la cohesión, y al paso por unos chumberales, guarida hostil, muchos escapan alocada-

(1) Pedro M. Mata: *Correspondencia de España;* 22 de noviembre del 1921. Asegura Mata tener este episodio «de labios de persona de quien no se puede dudar».

mente a campo traviesa, sin saber adónde se dirigen y desembarazándose del fusil como de inútil carga. Desde entonces es incontenible la disgregación, real y horrendo el desastre (1). Los 6.000 hombres adelantan penosamente al través de doble hilera de guerrilleros marroquíes, que ni un minuto renuncian a cebarse en sus filas. Andan así un kilómetro, y otro, y otro —¡veinte hay desde Bátel a Monte Arrui!—, bajo un sol en ascua, rendidos por aquel perseverante lidiar que llevan desde el 23, aterrados por si faltan municiones en el horrible *via crucis*. ¿Qué ha de acontecer? Poco a poco se desgrana la columna entre el asiduo tiroteo que cubre de rojos manchones la carretera interminable. Bien por estar sin cartuchos, bien porque los enloquece contagioso terror, van huyendo los pobres soldados; mas no como el día de Annual, hacia puestos españoles, sino por tierras hoscas, donde los cacen como alimañas.

Enracimándose por obscura sugestión, apelotonan sus filas los sobrevivientes con celeroso andar, se cuentan con ojos sobresaltados, avizoran el horizonte y descargan convulsos los mausers contra aquella hostil llanura, que bate la artillería con presurosas rociadas y en donde parecen brotar los proyectiles del propio terruño. Cada vez son menos. Enflaquece la columna, se acorta, aun se achica más y concluye constituída en cuadro. En la cara delantera, los jinetes, lastimoso residuo del que fué regimiento de Alcántara; en el frente posterior, los bravísimos zapadores del denodado Arenas, que resisten como los Tercios de Rocroy. A uno y otro lados, los policías que aun guerrean por España, menos de hora en hora. Siguen, siguen, kilómetro tras kilómetro, y a su paso queda largo reguero de sangre...

El Gáret está abandonado. Son otra vez desierto las 10.000 hectáreas que músculos españoles sustrajeron a las 22.000 del páramo, trocándolas en feraces huertas.

(1) España no conocerá nunca cuántos hijos suyos sucumbieron entre Bátel y Monte Arrui. Por designio incomprensible, los rebeldes dieron sepultura o incineraron a los miles de españoles caídos en esta funestísima retirada, cumbre del desastre. En cambio, dejáronse en Dar Drius miles de cartuchos lebel.

Todo lo han destruído El Chenguiti y las turbas benibusegús caídas sobre el Rif como nube de langosta. Ni una granja subsiste, desaparecieron las 10.000 cabezas de ganado enriquecedoras del país. Por entre aquella enorme desolación camina la columna, siempre combatiendo, desmenuzándose siempre...

Al cabo da vista a Monte Arrui. El reducto, caballero en redondeada loma, parece asomarse a la mortal planicie, anheloso por aquel montón de desventurados; brilla en él un heliógrafo.

¡Ya es tiempo! Está empleando sus municiones últimas la extrema retaguardia, donde va ahora el ayudante La Lama con veinticinco soldados. Decae el estridor de las descargas a compás que aumenta en estruendo la fusilería mora. Se ve venir al asalto confuso montón de pardas chilabas, que brincan a lo lejos. Un grupo enemigo quiere cortar el paso, mas lo barre Alcántara, algunos de cuyos héroes acometen a pie o subidos en acémilas. ¡De prisa, de prisa! Hay que esquivar el choque, pues son muchos los contrarios que vienen. De todas partes brotan rifeños y por todas partes embisten al ya endeble cuadro. ¿Cómo resistir a pie firme? Casa Davalillo da una orden: se abandonan las cuatro piezas cargadas, se renuncia a todo lo que impone lentitud, fuerzan el paso las tropas. Pero el tropel enemigo, más celeroso, acorta por minuto las distancias, se aproxima, empuja a sus compatriotas y embiste. Los policías, viendo que no llegan auxilios de Monte Arrui, hacen causa común con los rebeldes y, casi a quemarropa, fusilan a los nuestros. Piérdese la formación, déjase el orden, involúcranse Armas y Cuerpos, disparan unos como a ciegas, arrojan otros las armas y todo es barullo, inquietud, incoherencia y agorería, sin que baste a poner freno la voz de los jefes ni la propia vecindad del peligro.

De los 6.000 hombres que sacó Navarro de Dar Drius el 23, entraban el 28 y 29 en Monte Arrui 1.300, sin armas la mayor parte.

Ha sucedido lo que Navarro vaticinó al recibir la or-

den en que Berenguer le pedía se mantuviese en Dar Drius.

Centelleó aquel famoso heliograma: «He llegado con el resto de la columna a Monte Arrui. Creo que ya no me será posible seguir retirándome...»

¿Cómo han de retirarse los 2.500 soldados que guarda el reducto, si casi constituyen excepción los poseedores de fusil? Desanimosos tras el cruel repliegue, poquísimos resistirían en campo abierto la fiereza moruna. Y si pasó lo que pasó al fin de la jornada, ¿quién los expone en semejante desánimo a caminar diez kilómetros, rompiendo por entre los perturbadores de Monte Arrui y Zeluán con premioso convoy de heridos que sujete su marcha? En cambio, está libre el camino desde Melilla para cualquier veloz tropa de refresco. Y la de Monte Arrui puede resistir hasta su llegada.

Ida la jarca francesa a correr otros lugares, no es mucho ni muy audaz el enemigo; pero si tiene cuenta de rehuír asaltos, porque es corto su número para expugnar de embite la posición, combate sin tregua parapetos y aguadas, buscando cómplices para el triunfo en la sangría perenne, en el hambre y en la sed. Del lado nuestro, imposibilitada la evacuación, todo estriba en contraponer la táctica del ahorro a la del desgaste, sosteniéndose ínterin llega ayuda. Se ponen a la defensa los pocos mausers disponibles, se da orden de tirar poco y sobre seguro.

La entrada de los 1.300 supervivientes de Bátel ha empeorado sobremodo en Monte Arrui la dificultad de abastecimiento, que reviste cariz muy grave por faltar leña para valerse de las legumbres acopiadas. El 29 salen al poblado algunas secciones, límpianlo a tiros, trincan la madera que pueden desprender de las casas y aportan su precioso botín, al que añaden algunos cochinos. Así es posible dorar suculentas magras, remediarse con garbanzos tostados y tomar cocimiento de cebada como

sustituto del café. Pan, ni en sueños. Agua, sorbo a sorbo, en porción minúscula.

Pronto concluye aquel lenitivo del cerdo y es preciso rebatirse sobre las cabalgaduras. «Mañana —expresa la orden general en su trozo de papel manuscrito—, este o el otro escuadrón de Alcántara, esta o la otra sección de Intendencia, darán respectivamente un caballo y un mulo para el matadero». Poco alivio prestan los infelices bridones de Alcántara, con sus carnes sumidas y correosas; poco asimismo las mustias acémilas, costal de huesos puntiagudos. El día en que cae la lustrosa yegua de Navarro, tan gordezuela, hay un verdadero festín.

Más que el hambre, la sed melancoliza y abruma. Hecha la aguada entre tiroteos, siempre con sangre, siempre con febril premura por economizar cartuchos y vidas, hay que administrarla con avarienta parsimonia. Algunas noches, Juana Martínez, la indómita cantinera que lucha en el parapeto como un soldado, baja a los pozos que los fusiles morunos circundan de muerte. Otra mujer insigne, María Gómez, va con ella entre las sombras, en sigiloso rastreo, tan pegadas a tierra que son como una misma cosa, y al cabo traen las cántaras con que refrescarán los heridos su calentura. ¡Efímero consuelo!

Cada dos días hay un momento de jubiloso frenesí: aquel en que se acude al manantial desafiando las certeras balas de los tiradores marroquíes. Fórmanse grupos de protección, hácese impetuosa salida, y hombres y ganado se abalanzan al manadero, donde beben con glotonería, con furia, cual si no quisieran concluír nunca. Entre el agua se pudren cadáveres, otros apestan las orillas, corre el líquido con hedor nauseabundo; mas los sedientos beben, beben sin cesar, relamiéndose con fruición. De poco en poco zumba un proyectil, resuena un ¡ay!, se desploma una víctima sobre el cauce. ¡Bah! Peor es el agonioso vivir sobre el parapeto, bajo un sol llameante, henchidas de fiebre las venas. Cuando vuelven allá arriba, ya ahitos, colmadas cubas y cantimplo-

ras, es el recuento desolador. Muchos no regresaron; van otros a la enfermería, donde en lechos de paja se retuercen los heridos por docenas, donde no hay cloroformo, ni vendajes, ni algodón, ni gasas, ni yodo...

Y entonces es la expectativa congojosa en el parapeto, que semeja tener imán para las balas enemigas; el suplicio de sentirse hostilizado día y noche sin vislumbrar a nadie frente a la boca del fusil; el ver cómo van cayendo, uno a uno, los amigos fraternales...

Clavados los ojos en el llano, espera la gente. «Hoy será», dicen con el primer atisbo de la aurora. ¡Cómo ha de abandonarlos su España sabiendo que padecen torturas insufribles, que no transcurre hora sin que algunos florones sangrientos denuncien nuevas bajas, ¡que hay pocos cartuchos...! Cada relampagueo de heliógrafo aviva un tropel de ilusiones. ¡Ya vienen! ¡Van á llegar! Pero los días se suceden y España no acude, aunque el estoico Navarro enuncia en cada parte disminución de sus medios de resistencia y señala el efectivo probable de sus hostilizadores.

Por las mañanas, de ocho a diez, revuela un avión sobre el reducto y hasta tres veces deja caer envoltorios. ¡Oh, poca cosa! Aunque los aeroplanos pueden llevar cien kilos de bombas bajo las alas, no es muy dable la suplencia de proyectiles con fardos de mayor volumen y distinto peso. Conducen a lo sumo 50 kilogramos de carga (ya pan; ahora hielo o municiones; bien chocolate y leche condensada; cuándo, algodón, vendas y drogas); pero, ¡qué pocos paquetes caen en seguro! ¡Cuantísimos refocilan a los moros! Y no es que vuelen muy lejos los aviones, no; es que, con todos sus cálculos y mecanismos de precisión, los aviadores aprovechan únicamente un 35 por 100 de sus bombas y, por tanto, aun menos al lanzar bultos de otra pesantez y dimensiones.

Alguno entra a su destino; hay en ocasiones que afrontar la muerte para rescatar otros; empero, las municiones llegan inservibles por sus abolladuras y las barras de hielo se pulverizan al dar en tierra. Cuando el enorme pájaro desaparece, se hace más honda la

desesperanza; aquel imperceptible favorecimiento dice que el abandono durará todavía.

Cual si desechasen hasta la posibilidad del auxilio, erigen lunetas los rifeños dando espaldas al sitio por donde hubiesen de llegar socorros españoles y delante del largo abajadero a que tiene salida el reducto. Son pocas: diez o doce, servibles para tres individuos, y una, alargada, con cañoneras, tendidas en arco a entrambas manos del camino que conduce a Zeluán y en cruce de fuegos con dos o tres viviendas que aspilleraron en el caserío. Desde allí, cuatrocientos fusiles jarqueños y un cañón acosan mañana, tarde y noche a las dos centenas de mausers que junta Navarro en torno suyo. Luego llevan los rebeldes otro schneider. Hasta ciento cincuenta granadas llueven por día en el recinto, desmoronando las edificaciones, aportillando la muralla, destrozando infelices aquí y allá. Poco a poco se ensancha el cementerio. Han de acudir los heridos a la defensa, sin otra excepción que los graves, y aun así —¡tal fué la mortandad!—, cuando amaga el enemigo un asalto sólo cabe poner un hombre cada tres o cuatro metros de muro.

Entonces es la sed total, la sed espantosa que asesinó a Igueriben, la horrenda sed que hizo desplomarse a Sidi Dris y Afrau; el suplicio dantesco que entregó a Dar Quebdani. Sesenta y nueve horas sin humedecer las gargantas, sin calmar la locura que hierve en los cerebros y donde se busca con ira el hoyo en que hundir el semblante abrasado, la piedrezuela que ponerse en la boca, la escurridura de petróleo y ¡aun la sangre del camarada muerto! En su desesperación, desfogan el enojo los soldados con inscripciones puestas en las paredes para maldecir a aquel o aquellos que suponen responsables de su abandono (1). Algunos saltan el parapeto, cuando la noche los encubre, y corren hacia aquella Melilla a quien tendían el puño amenazador.

(1) Cuando la reconquista de Monte Arrui, se impidió que los corresponsales de guerra llegásemos en coyuntura de poder leer estos grafitos, borrados presurosamente. Sin embargo, alguien obtuvo fotografías de ellos.

Navarro, espejo de valientes, dechado de nobles capitanes, conforta a todos con su blandura en la caricia, con su denuedo en la pelea. No le rinde el llover de las granadas, ni el silbar de otros proyectiles que rozan el parapeto, donde es uno de tantos defensores. Está con los que rugen de dolor en la enfermería, adonde sólo van los moribundos porque una epidemia gangrenosa mata sin remisión en sus hediondas yacijas; está con los que buscan al invisible contrario de las mortíferas lunetas, con los que recomponen los portillos del atrincheramiento, con los que desamparan los rojos pedruscos llevando hilos de sangre caliente sobre la sangre negra de anterior herida. Insensible al padecer, desdeñoso para el peligro, su figura gigante lo llena todo.

Pero, ¿de qué vale tanto heroísmo y tan hazañosa resistencia si Melilla continúa impasible? «Llevamos tres días sin agua —dice el telégrafo óptico—. Quedan escasamente municiones para cinco o seis días. Las fuerzas combatientes están reducidas a una tercera parte, escasa. La resistencia física toca a su fin.»

Es lo asombroso que dure. Desde el 24 contienden aquellos soldados, día por día, hora por hora, minuto por minuto; no duermen a sueño suelto una noche, a malas penas tienen comida, arden sedientos, soportan el horror de la muerte en torno suyo y la llevan en el alma; gastaron la voluntad, perdieron la confianza y al sentirse sacrificados por su país, ya no saben para qué resisten ni por qué padecen.

No obstante, en fiero embite, Navarro salta en 3 de agosto sobre la morisma; con un centenar de sus cuatrocientos heridos inútiles; toma un casuco cerca del arroyo, pone dentro veinticinco hombres al mando de un teniente, y hace la aguada. Poco dura el gozo, porque el 6, desde otras casas, cierran los rebeldes el camino; salir del parapeto es quedar exánime. Al segundo día de martirio, doscientos desesperados corren a la fontana, inermes, seguros de no volver y tambaleándose como ebrios en el mortal recorrido: surge salvaje cacería; ninguno sobrevive.

Es el último esfuerzo, el estertor agónico. Monte Arrui forma vasto hospital, donde los heridos que pueden tenerse en pie montan guardia en torno a los heridos que agonizan. 300 hombres —de 600— sucumben devorados por la gangrena, sin posibilidad de alivio para sus espeluznantes dolores; y los animosos médicos, que viven entre continua amenaza de contagio, amputan carnes podridas sin utensilio quirúrgico y empleando agua de colonia por cloroformo. No cesan de caer bombas. No paran de silbar proyectiles sobre la parte murada. Navarro tiene atravesado el muslo por un balín de shrapnel, y anda en camisa porque medio uniforme sirvió para vendas. Al animoso Primo de Rivera le arrancó un brazo la explosión de otra granada. Nadie está ileso en el Estado Mayor. Apenas se ven jefes y oficiales sin rosetones bermejos en las mugrientas vestiduras. María Gómez tiene un balazo...

Sin agua ni leña, crece el hambre. Desplómanse desfallecidos los soldados, algunos se suicidan, van los más robustos como sombras, al arrimo de las paredes. Créase una sección de oficiales para contener aún al enemigo en torno de aquel infierno. Y sobre tanta desdicha, sobre infortunio tanto, ruge una orden sobrehumana: «Queda prohibido quejarse». Sí; Navarro, el Héroe, prohibe quejarse a sus compañeros. Y Monte Arrui, abandonado de España; Monte Arrui, la Zaragoza del desastre, ahoga sus bramidos de dolor y se crispa en sus torturas sin un lamento.

Entre los cadáveres, bajo el tronar de las bombas, sediento y hambriento, uno de tantos, el soldadito burgalés Gabriel Sáinz García, resume el temple heroico de Monte Arrui en aquel párrafo de una despedida: «Adiós. ¡Viva España! Aunque muero por ella, sin darnos defensa».

A juicio de muchos coincidió el desamparo de Zeluán y Monte Arrui con muy graves riesgos para Melilla, por escasez de tropas, mala calidad de ellas y furibundo empuje rifeño. Que es inexacta la suposición, dícenlo los propios partes oficiales.

Día 1: «Las noticias del campo son que sigue el desconcierto entre los cabileños, habiéndose formado sólo dos grupos de resistencia: uno en Nador y otro en Beni bu Gáfar; la jarca rifeña continúa en Annual». *Día 2:* «Ha transcurrido el día con absoluta tranquilidad». *Día 3:* «La situación política, en general, no ha sufrido variación». *Día 4:* Se desaloja al enemigo de una casa que ocupó junto a Tizza, portándose «tanto las fuerzas europeas de la Corona y Granada, como los Regulares de Ceuta, con gran espíritu y decisión». «Considero de importancia suma este episodio —añade el General en jefe—, tanto por ser la primera reacción de nuestras tropas contra un enemigo bastante numeroso, como por el espíritu demostrado por las fuerzas expedicionarias y de Ceuta». *Día 5:* Se pone un blocao entre el zoco del Jad y Tizza; hay un herido leve. Se establece otro blocao en la falda del Gurugú. «Las fuerzas —expone el Comisario— demuestran en todos estos movimientos un gran espíritu». *Día 6:* Sin novedad. *Día 7:* «En Nador hay concentración importante; pero tanto ésta como la de Beni bu Gáfar (1) están ahora en actitud pacífica». Tiroteo a distancia al abastecer el Atalayón y Sidi Ajmed. *Día 9:* Sin novedad.

Visto, pues, que las tropas eran excelentes y no nada grave entonces la situación respecto a la urbe, conviene contemplar los efectivos con que contaba el Alto Comisario contra los 2.000 rebeldes de Nador y los 1.500 de Beni bu Gáfar.

Poseía la región en 1.º de julio —cuando Berenguer consideraba «fracaso suyo tener que pedir más fuerzas»— 24.332 hombres; de ellos, 4.524 indígenas. En 1.º de agosto quedaban disponibles: regimiento Infantería de San Fernando, 1.078 plazas. Idem de Ceriñola, 1.800. Idem de Melilla, 978. Idem de Africa, 2.598. Brigada Disciplinaria, 119. Ametralladoras, 46. Regimiento

(1) Un parte oficial anterior cifra en 500 hombres los que tiene la jarca de Beni bu Gáfar. Para apreciar lo que valía la de Nador, basta el testimonio del señor Jiménez Pajarero, allí cautivo entonces y que vió huír como gamos a los jarqueños un día que el Atalayón puso ocho granadas en el caserío.

Caballería de Alcántara, 497. Mixto de Artillería, 923. Comandancia de Artillería, 893. Idem de Ingenieros, 746. Idem de Intendencia, 801. Idem de Sanidad, 303. Regulares (europeos), 242. Policía (ídem), 72. Esto es, 11.410 soldados de la antigua guarnición (1).

¿Malos? ¿Inservibles? Lo serían a las órdenes del Alto Comisario. Con otros jefes son los de Nador y Monte Arrui, los de Sidi Dris, Afrau y Pozo de Yarsán.

Perdiéronse en el desastre, por tanto, 8.668 españoles (de Bátel sacó Navarro 6.000; otros 1.000 se acogieron antes a Monte Arrui, así como 200 a Zeluán), y nos quedamos sin los 4.254 indígenas. Quedáronse también en el campo 96 cañones (20, de 8 centímetros; 10, de 9; 42, de campaña, calibre 7,5, varios sistemas; 24, de 7, para montaña); 57 ametralladoras, 11.077 fusiles, 1.300 sables, 2.004 caballos y 1.198 mulos.

Para sustituír, con exceso, las pérdidas en hombres, estaban en Melilla los 11.410 salvados de la catástrofe, y además: dos tábores de Ceuta, dos banderas del Tercio, batallones de la Corona, Granada, Borbón, Sevilla, Extremadura, Castilla, España, Reina, Córdoba, Otumba, Segovia, Tetuán, Gravelinas, Toledo y Zaragoza; regimiento de Húsares de Pavía, ídem de la Princesa, dos escuadrones de Lusitania, cotorce baterías de campaña y montaña, ametralladoras, Parque móvil, cinco unidades de Ingenieros, siete de Intendencia, etcétera. En suma, hasta 36 000 hombres.

Hallábanse en el puerto el acorazado *Alfonso XIII*, el *Giralda*, los cañoneros *Bonifaz*, *Don Alvaro de Bazán*, *Laya* y *Lauria*, el torpedero *Bustamante* y los cruceros *Princesa de Asturias* y *Cataluña*.

Si los 25.000 hombres de julio parecían al Comisario «suficientes fuerzas, así indígenas como peninsulares», con todo y tener entonces la Comandancia 5.037 kiló-

(1) Así resulta del estado oficial de fuerzas leído en el Congreso por el señor Prieto. La estadística provisional de bajas que formó en 1.° de agosto el Alto Comisario, cifra en 11. 361 las europeas (460 jefes y oficiales, 10.901 de tropa) y en 4.059 les indígenas (8 oficiales moros y 4.051 clases y soldados). La propia estadística dice que las «fuerzas del territorio, en reorganización», suman 48 jefes, 520 oficiales, 10.507 soldados; es decir, 11.075 hombres.

metros cuadrados de extensión, 85 lineales de frente operativo y hasta 130 en sus comunicaciones, ¿cómo serían imprescindibles los 36.000 hombres de agosto para una línea de veinticinco kilómetros, con desconcierto en el campo enemigo, y sólo dos endebles núcleos de resistencia?

Pero —se dirá— es que en Monte Arrui había enormes masas de cabileños. No. Sábese por Ben Chelal, lo aseguran otros y deben corroborarlo los heliogramas de Navarro, inéditos aún (1), que los sitiadores eran en corto número, más que sobrado para sujetar a los de dentro, que estaban pobres en recursos ofensivo-defensivos, mas endeble para los que acudieran a dar socorro. Sobre que allí teníamos adeptos, que hubieran reaccionado al ver más tropas.

«Tampoco fueron los Ulad Fetona, ni los del zoco del Jemis y del Uixan los más hostiles a vuestra causa —expone Ben Chelal (2)—, como os figuráis. Los más hostiles fueron los Ulad Musa u Mojand (3). Pero muchos de los uladsettutis, los quebdanis, los beniuquiles, los benibuifrures, los benisideles y otros guelaias estábamos a vuestro lado y nos resistimos hasta el último momento. Si vosotros nos dejabais, si parecía que nos abandonabais a nuestra suerte, y nosotros no éramos bastante fuertes para resistir a los jarqueños rebeldes...; si, en fin, no vinisteis luego, como todos esperábamos y como os hubiera sido posible, a salvar a los vuestros, ¿qué íbamos a hacer nosotros...?»

Pudo, pues, salvarse a Monte Arrui y Zeluán; lo asegura el mismo general Berenguer: «Ningún contingente marroquí, por numeroso que sea, puede hacer mella en una columna de 4.000 combatientes y tres baterías de

(1) Navarro conserva toda su documentación. El heliógrafo con Monte Arrui funcionaba siempre en presencia del Comisario, quien recogía los partes.

(2) Al presentarse en el Zaio. Goy de Silva: *La Correspondexcia de España,* 1.° de febrero de 1922. Antes explicó Abd-el-Cader de igual modo el desastre. «La causa —afirma— que motivó esta tragedia, sangrienta para España, fué que creyeron los moros adictos que el Gobierno los abandonaba». Cabanillas: *Heraldo de Madrid;* 15 de agosto de 1921.

(3). Los Ulad Musa u Mojand radican en la región de los montes de Ziata, que, como se recuerda, quiso ocupar Lyautey años atrás.

campaña. Una columna de esta fuerza no tiene más límites de acción que el que le impongan las necesidades del transporte de víveres» (1). Pudo libertarse a los héroes de Navarro; lo declara el general Weyler: «Yo—afirma— al frente de cuatro o seis mil caballos hubiera intentado una sorpresa para salvarles, y lo hubiera conseguido, porque estos procedimientos en campaña me han resultado siempre bien en mi larga carrera militar». Pudo auxiliarse a Monte Arrui; lo declaró por escrito el talentoso Burguete, señalando la ruta seguible...

Entonces, si era practicable ir, si debía irse, si lo reclamaba la voz pública, ¿por qué se omitió hacerlo? Dios lo sabe; para los demás es tan incomprensible el enigma como, verbigracia, que no se acogiesen dos ocasiones en que fué hacedero rescatar a Navarro (2), que continúa cautivo en 1922, y por cuyo rescate no se ha visto hacer nada práctico.

¿Qué faltaba? ¿Por qué fueron abandonados los que podían ser socorridos? Faltó lo que es la suprema virtud del mando: decidirse. «Un general irresoluto —escribe Napoleón—, aunque esté a la cabeza de un ejército superior en número al del enemigo, resulta casi siempre inferior a éste en el campo de batalla: el titubear, los medios términos, piérdenlo todo en la guerra».

No puede culparse a todos por lo ocurrido. Gentes hubo, y muy ameritadas, que estudiando a conciencia la situación, convinieron en ser posible y muy posible salvar a los valentísimos seguidores de Navarro. De los generosos ofrecimientos —que en vano intentan controvertir algunos (3)—, dos, lógicos, factivos, corresponden

(1) *La guerra en Marruecos*, pág. 155.

(2) Nos consta que el propio general Berenguer, conversando con la esposa del glorioso Navarro, confesó haberse malogrado una ocasión segura de rescatarle. El general Weyler ha declarado «que mientras esté el general Berenguer en la Alta Comisaría, no hay posibilidad de realizar gestión ninguna para el rescate de los prisioneros.» *El Imparcial;* 27 de junio del 1922.

(3) Toda la prensa ha reproducido, atribuyéndolo al Comisario Superior, el radiotelegrama siguiente:

«Jamás expuso al Mando (Riquelme) sus propósitos, ni solicitó de nadie dejárasele acudir Monte Arrui. Después muchos meses, el Mando enteróse por declara-

a la guarnición antigua de Melilla y al coronel Riquelme. Exactísimo es, pues, cuanto sigue:

«La antigua guarnición de Melilla acordó constituir con los restos que de ella quedaban y con las tropas expedicionarias precisas, una columna; en la extrema vanguardia y en guerrillas, como si fueran simples soldados, irían todos los jefes y oficiales de la antigua guarnición, desde los coroneles a los últimos tenientes.

»El convertirse los jefes y oficiales en soldados tenía como finalidad ser los primeros en el sacrificio, para lavar con éste la mancha que sobre dicha guarnición había caído con la rota de Annual y dar mayor eficacia a la expedición, puesto que al ejemplo que daban estos jefes y oficiales a los soldados expedicionarios, reemplazándolos en el sitio de más peligro, se unía la mayor potencialidad en el tiro al enemigo, ya que tenían más dominio del fusil que los soldados que habían venido de la Península.

»Dicho ofrecimiento fué hecho al Alto Comisario por un oficial ayudante del general Navarro, a quien los sucesos cogieron en la Península y que, al tener noticia de ellos, regresó inmediatamente; pero ya le fué imposible marchar al lado del General. El general Berenguer consideró este ofrecimiento como un gesto romántico de la raza, muy plausible por lo que significaba su valor espiritual, pero inaceptable. Fracasado este intento, el coronel Riquelme se ofreció al general Berenguer para, al mando de una columna mixta, con fuerzas de Infantería, Caballería y Artillería, y llevando en vanguardia dos jarcas amigas de Beni Sicar, al mando del leal Abd-el-Cader, ir a Monte Arrui por Quebdana. El genenal Berenguer le contestó que debía consultar el caso con

ciones coronel periódicos, que aseguraba quiso ir y pudo salvar columna. Extraña muchísimo que considerándolo posible no ofreciérase entonces para realizarlo ni presentárase al Mando para ilustrarle acerca plan salvador poseía. Razones no haber podido ir están en acta conocida y además carecíase elementos precisos operación tal importancia.»

Como ha de evidenciarse que sí hubo ofrecimiento por parte de Riquelme, queremos que conste cómo, hasta aquí, no rechazó el Comisario Superior la paternidad de ese telegrama.

el Comandante general, marqués de Cavalcanti. El coronel Riquelme se trasladó desde la Alta Comisaría a la Comandancia y expuso al general Cavalcanti su proyecto, con toda minucia de detalle.

»Cavalcanti no sólo aprobó, sino que ofreció a Riquelme el ir mandando la expedición, suplicándole el coronel Riquelme que le dejase a él el honor del mando, pues quería asumir por completo la responsabilidad de esta arriesgada empresa. Sobre este extremo ninguno de los dos quería ceder, y al fin convinieron que Riquelme mandaría la columna, como técnico en asuntos indígenas, aunque Cavalcanti marchase con la columna, llevando, como es natural, el mando de las fuerzas como general y comandante de la plaza, y, por lo tanto, jefe del Ejército de este territorio.

»Puestos ya de acuerdo, se trasladaron a la Alta Comisaría para ultimar todos los detalles en unión del general Berenguer; pero el Alto Comisario juzgó que por la grave responsabilidad que él contraía al autorizar como General en jefe esta empresa, por si los hechos no respondían al buen propósito de Cavalcanti y Riquelme, consideraba oportuno asesorarse, y convocó a una reunión de generales.

»A esta reunión asistieron, además del Alto Comisario, los generales Cavalcanti, Sanjurjo, Fresneda y Neila. El Alto Comisario les expuso el proyecto del coronel Riquelme, ya aprobado por el general Cavalcanti, y lo que ocurrió en dicha reunión no hemos podido averiguarlo; lo único que sabemos es que se acordó que no se podía auxiliar a Monte Arrui, y que en este sentido los reunidos firmaron un acta, en la que constaba el acuerdo» (1).

Lo que ignora Mariscal de Gante parece saberlo otro escritor ilustre, don Enrique Arques, de testimonio valiosísimo por dirigir el Gabinete de Prensa en la Alta Comisaría, y que nos dice cómo y por qué tomóse tal

(1) Jaime Mariscal de Gante, corresponsal de guerra de *La Correspondencia Militar;* 3 de febrero del 1922. ¿Habrá que decir que permanece inédita la tal acta?

acuerdo en la histórica junta de generales del 6 de agosto.

Berenguer, escribe (2), «les expuso la situación de la columna de Navarro, que se hallaba asediada por fuertes contingentes moros, que la hostilizaban constantemente con fusilería desde el día 28 de julio, no obstante lo cual, y alcanzando los límites del heroísmo, seguía defendiéndose sin otro auxilio que el de pequeños convoyes llevados en aeroplanos: la situación también del territorio después de la derrota tremenda sufrida por las tropas de la Comandancia General de Melilla, en plena efervescencia y anarquía por el levantamiento de las cábilas, que envalentonadas por el triunfo y enormi botín de boca y guerra cogido, llegaban en su acomete da a términos hasta ahora inconcebibles; la escasez de las fuerzas llegadas de la Península, en período aún de movilización, y por lo tanto, desprovistas de los más elementales e indispensables medios de combate; la necesidad de garantizar, ante todo, la plaza, cuyo perímetro de defensa excede de 10 kilómetros, y la de responder ofensivamente a cualquier intento de incursión del enemigo: *circunstancias todas que determinaron la convicción firmísima de incapacidad, de momento, para socorrer a dichos héroes*».

¿Acaeció así? Entonces, fué el alegato del Residente, fué su pesimismo, lo que produjo la resolución fatal (1). Monte Arrui pedía socorro, en la plaza había quienes se brindaban a llevarlo, y el socorro no salió.

Para disculpar aquello se toma pie de la junta de generales y de lo que determinó luego de oír los informes del señor Berenguer; mas nosotros preguntamos: ¿era este asunto que admitía semejante consulta? ¿Resultaba admisible que el General en jefe diluyera su responsa-

(2) *El Norte de Africa;* Tetuán, 17 de enero del 1922.

(1) El vizconde de Eza imitó a Berenguer, según parece. Dice *El Sol* (16 de abril del 1922), que el general Zabalza solicitó del Ministro de la Guerra que enviase en socorro de Monte Arrui a su división, esto es, la primera de Caballería. «Eza le contestó que tomaba buena nota, y no se ha recibido después más respuesta».

bilidad buscando ajenas determinaciones donde a él sólo incumbía decidirse?

Eliminando, pues, a los que por nada y para nada deben cubrir con sus actos los del caudillo, muéstrase visible: 1.°, que el radiotelegrama enviado desde Río Martín por el señor Berenguer, evitó se recogiesen a Melilla, sanos y salvos, el barón de Casa Davalillos y las fuerzas procedentes de Annual. 2.°, que desde el 23 al 27 no se hizo nada plausible para conocer la situación de esa columna. 3.°, que el designio de socorrer a Monte Arrui no fué del General en jefe; y, 4.°, que la intervención del Alto Comisario sólo tuvo por consecuencia impedir los propósitos que abrigaban el coronel jefe de la Subinspección de Asuntos Indígenas y el sagaz y lealísimo Abd-el-Cáder.

Por desgracia, según va a verse, no concluye ahí la cadena de tristes errores del ilustre personaje en lo que toca a Monte Arrui.

En vez de presentarnos allí con fuerzas que ahuyentasen a los facinerosos y alentaran a los amigos, creyóse preferible llegar con diligencias para una capitulación. Antes de la junta del 6 había solicitado Berenguer que Riquelme interviniera con Ben Chelal, a fin de que se respetase la vida a los de Navarro mediante algún dinero y recogerse las armas de los sitiados. Seguro Riquelme de que en aquella sazón, por juzgarse vencedores los moros, sería imposible traerlos a procederes humanitarios, suplicó se le relevara de tal diligencia. Fuése entonces Berenguer a Abd-el-Cáder y Abd-el-Cáder, por análogas razones, hizo lo que Riquelme. Pero Berenguer tenía confianza en su idea, y persistiendo, obtuvo que el Santón de la Puntilla transmitiese sus pretensiones a Ben Chelal.

De ahí que al sexto día de defensa dijese en sustancia el heliógrafo: «Con harto dolor de mi corazón me veo en la imposibilidad de auxiliarle; le autorizo, pues, para rendir la posición, entendiéndose con Ben Chelal».

Había oído la oferta el jefe de Ulad Chaib y, cautelo-

so cual buen rifeño, quiso asegurarse el concurso español contra los otros de la jarca. Así, valiéndose de astucia, envió al Comisario un escrito con que esperaba darle a entender era poco el enemigo, fácil la liberación y doscientos los fusiles que tenía para auxiliarnos en el avance. «Tengo doscientos duros —escribió—, puedes venir á recogerlos» (1). Pero no se fué. Y como no se fué, sucedió lo que Riquelme y Abd-el-Cáder temían.

Una mañana vió Monte Arrui flamear blanca bandera pacífica sobre los parapetos del llano. Hacíase ya abrumadora la situación. «Dudo poder seguir la resistencia», enunciaba el heliógrafo. Roídos por el hambre, los defensores de la gloriosa colina apenas hallaban vigor para arrojarse de bruces al prevenirles un toque de corneta contra los cañonazos rebeldes. Comíase la gangrena al preclaro Primo de Rivera en el único lecho disponible. Iban sepultos más de 150 españoles y eran otros tantos los yacentes sin posibilidad de asistencia. Navarro había consentido que escapasen los débiles de espíritu, los flacos de corazón...

Ondeaba el blanco lienzo tembloroso y allá marchó, al cobijo de otra enseña de parlamento, el esforzado teniente Suárez, de Policía. Dejáronle llegar y, casi a bocajarro, una descarga lo derribó difunto.

Presentóse el 6 en Arrui el caid es Selan el Ayid, de Midar; habló con Navarro largamente, díjole los tratos en curso con la plaza, las ofertas que traía y su convencimiento de obtener que los dos cañones cesaran sus disparos mientras consiguiese la ultimación del rescate. ¡Iluso moro, de nobles instintos! Recibidas con insultos sus palabras por los insurrectos, increpado con violencia, en trance de muerte, hubo de disparar por su mano una de las piezas contra la moribunda guarnición. Y a poco, precedido de banderas blancas, medio centenar de traidores subía el recuesto en derechura al reducto,

(1) Estas y otras cosas interesantes se han sabido al presentarse Ben Chelal.

sin que les pusiesen estorbo los confiados españoles, que descansaban en la diligencia de Abd es Selam. Franqueóseles la entrada y, aun antes de pasar el último, la emprendían a tiros con nuestra gente. Poco les duró el júbilo, porque la tropa los puso en fuga y acabó con ellos en la dilatada cuesta.

No toda la morisma participaba en aquel bárbaro anhelo de sangre. Ben Chelal y otros dos jefes sostenían en las juntas convenirles coger los dineros del rescate y consentir que partieran libres los sitiados. Pero, arguyéndoles los demás que el Gobierno se desentendía del Rif, porfiaban por el exterminio de cuantos soldados cogiesen, para bienquistarse con los jarqueños victoriosos. Eran más los sanguinarios, más los irreductibles, más los eversores, y Ben Chelal mandó nuevo recado al Residente. «Hacía ver que no podía garantizar la vida de la columna, una vez rendida; pero el Alto Comisario le hizo saber que confiaba en que con sus prestigios y gente podría defender a los rendidos. Y entonces fué cuando el Alto Comisario ordenó a Navarro que se rindiese, por haber tomado sus prevenciones para garantizar la vida de la columna» (1).

Con todo, en Monte Arrui, quizá por haber quienes llevaban mucho tiempo de trato con moros, veíase el enorme peligro de confiarse inermes a contrarios feroces. «Navarro compartía esos temores, que expuso repetidas veces en sus comunicaciones heliográficas al Alto Mando. De aquí sus reiteradas negativas a abandonar la posición sin que sus soldados conservasen el armamento para defensa de los heridos y de las propias fuerzas evacuantes» (2).

Conocen que entregar sus armas es someterse a la turba brutal; y sin agua ni víveres, faltos de municiones y medicinas, flojos y desfallecidos, aun pugnan por resistir. No hay siquiera vendajes, por más que todos entregaron las guerreras y que María Gómez y Juana

(1) Mariscal de Gante: loc. cit.
(2) Alfredo Rivera, corresponsal de guerra de *El Imparcial;* 16 de agosto del 1921.

Martínez dieron toda su ropa exterior. No hay anestésicos, y a Primo de Rivera —que finó el 5— hubo que darle a oler agua de colonia mientras le amputaban el brazo. Siguen lloviendo granadas en el reducto: sólo al atardecer del 5 mataron al comandante Simeoni y a 30 de tropa. Mas, «¡prohibido quejarse!» Nadie se queja. El intérprete Alcaide, con su mano amputada; el capitán Lobo, herido en un pie; el teniente Verde, con un balazo en el rostro, están al parapeto.

Y así los demás: de Infantería, teniente coronel Pérez Ortiz; capitanes Valdivia, Corchs, Sabater, Querejada, Sánchez Laorden, Acuña Hernández; tenientes Espallargas, Valero, Cordero, Velasco, Huelino, Vicente López, Hoyo, Vete, Toro, Arévalo; alférez Gelabert. De Caballería: comandantes Villar, Gómez Zaragoza, Berracoso; capitanes Púas y Climent; tenientes Troncoso, Ibarrondo, Arce. De Artillería: capitanes Bandín, Coneo y tenientes Enrile y Gay. De Ingenieros: capitanes García Andújar, Ascolante, Eguía, Aguirre, Moreno y otros dos cuyo apellido desconocemos. De Estado Mayor: capitán Sigfrido Sáinz. De Policía: teniente Antonio Mourile. Médicos: Rebollar, Rober, Peña, Videgaín y Andrade. Capellán Campoy Irigoyen. Son los que quedan de la legión heroica (1), son los que aun sobreviven al abandono, a tanto dolor y desdicha tanta.

(1) Muchos de ellos morirán con la rendición. Al rescatarse a Monte Arrui fueron identificados en la colina y alrededores, entre tres mil cadáveres, los que siguen: Tenientes coroneles Primo de Rivera y Alvarez del Corral. Comandantes González Simeoni, Marquerie, González Mer. Capitanes Lobo Ristori, José Maroto, Sánchez Monje, García Andújar, González Valles, La Lama, Acuña, Triana, Rubio, Usera, Díaz Trechuelo, Arenas, Haro, Gil, Cabrera, Escribano y Andreu. Tenientes Martínez Hernández, Albert, Velasco Santamaría, Castrillón, Mourile, López, González Guzmán, Púas, Manterola, Gay de la Torre, Cortina Roca, Moreno, Asensio, Arjona, García Fernández. Alféreces Gil Vicent, López Jiménez, Díaz Sánchez. Médicos Rebollar, Rober y Videgain. Capellán Campoy Irigoyen. Auxiliar de Intendencia, Espinosa. Veterinario Ortiz. A dos kilómetros del reducto se hallaron 400 cadáveres. Cerca del zoco del Telata de Ulad Settut babía 1 000. Entre Monte Arrui y Zeluán, unos 300. La parte del reducto donde estaban los barracones aparecía llena de víctimas. Los moros habían desenterrado los cuerpos sepultos para quitarles las alhajas; a algunos les arrancaron hasta los dientes de oro que tuvieron.

Entonces, visto que Navarro se niega a entregar las armas al rendirse, otras órdenes suman su peso a las de Berenguer (1). Cede Davalillo. El 8 transmite un parte el heliógrafo; dice en síntesis: «obedeceré». Baja a parlamento el comandante Villar, que no vuelve (2). Callan los cañones, deliberan los bulliciosos y Ben Chelal acomoda con sus paisanos las cláusulas de rendición: al deponer los nuestros las armas saldrán para Melilla, sin daño en la persona y suficientemente protegidos; allí han de recoger los moros el importe del rescate, por el cual reciben en arras 20.000 pesetas. Con efecto de impedir desavíos, sólo subirán al reducto los cabecillas; la taifa, ya cuantiosa al olor del botín, debe estarse lejos, en espera de la señal que llame a saqueo.

Así se ejecuta. El 9, a las tres de la tarde, llegan Ben Chelal y tres de su confianza a fin de decirle a Navarro cómo secundan los deseos del Residente, y cuáles son las estipulaciones asentadas en junta para hacer metódica la evacuación: primero saldrán el jefe y su Estado Mayor; después los heridos, y a seguida el resto. Sujetándose a las órdenes que tiene, Casa Davalillos acepta. Mándase formar las fuerzas y que arrojen al suelo fusiles, machetes y cartucheras; con alambre y trozos de los deshechos barracones, improvísanse camillas para cincuenta heridos. Un grupo de moros sin armas entra en la posición y recoge el armamento, al pie del cual forman los 250 soldados que no padecen heridas mortales.

Según está, destocado y en mangas de camisa, sale Navarro con lo que sobrevive de su cuartel general; cruzan con inseguro paso por entre los cabecillas, puestos en calle desde el portalón. Siguen los médicos y las camillas; allí, el capitán de Estado Mayor, Sánchez Monje, con una pierna amputada; allí, el teniente Sán-

(1) La casualidad ha traído a nuestras manos copia —jurada por cierto— del despacho que produjo la capitulación. Como el donante quiso que reserváramos el documento, nos limitamos a guardarlo en lugar seguro.

(2) El desventurado jefe, que tanto pudo ilustrar a España sobre lo de Monte Abarrán y entrega de Arrui, fué asesinado en Axdir en enero último.

chez Ocaña, con dos balazos en los muslos; otros héroes más. La tropa, esquelética, exhausta como sus jefes, va evacuando el reducto.

Los ganosos de matanza, que habían asentido con segunda a los propósitos de Ben Chelal, no bien miran salir a Casa Davalillos cuando llaman a los suyos con la sabida seña de hacer girar el turbante, puesto el brazo en alto. Comprende el caid de Ulad Chaib lo que ello dice, convoca también a sus parciales y, rompiendo con Navarro y algunos más por la fila mora, llévalos a la vecina estación del ferrocarril, que pronto ampara su hueste.

Mientras, la turba del llano se precipita en manada sobre el lamentable cortejo de rendidos, que desciende por el largo recuesto. Atruenan las descargas y aun más el furioso clamoreo. En círculo contra los inermes soldados españoles, de todos lados disparan los marroquíes, y en la bestial carnicería no hay fusil ocioso ni bala que se pierda. Encañonados a quemarropa, caen médicos, camilleros, ocupantes de camillas; los pelotones de tropa dan en tierra como racimos; cúbrese de cadáveres el repecho. Quién, huye abriéndose paso a puñadas y mordiscos; quién, implora piedad del que lo remata a corte de gumía. Aquí se esconden unos entre los cuerpos sangrantes de los asesinados; allá corren y se atropellan otros buscando romper el cerco de infames cazadores. En esta parte se finge alguno muerto cuando le acuchillan caído; acullá hay quien al morir se lleva en las crispadas manos la vida de su verdugo. Arden en las gavillas de una era los que allí fueron a ocultarse. Son cosidos a gumiazos los 200 moribundos de la enfermería.

Por dondequiera, destrucción, barbarie, crímenes y muerte.

Se consumó la obra. Destruídos los poblados, arrasadas las huertas, derruídas las explotaciones mineras, ya pueden los caudillos visibles de la rebelión recibir a periodistas franceses, ir a París en triunfo, leer en len-

gua colonista que «il est faux, absolument faux qu'Abd-el-Crim, les chefs qui l'entourent, et les riffains soient des assassins; non, ce sont des soldats, et des soldats qui défendent pied á pied leur indépendance contre des envahiseurs» (1). Ya pueden el sultán francés y su mentor Lyautey apesadumbrarse por las hordas malvadas, y consentir se fijen en las mezquitas de su zona supuestas proclamas de Abd-el-Crim, que pregonan la guerra santa contra los españoles; y tranquilizar a los mensajeros rebeldes cuando vayan a inquirir si les enoja que sigan combatiendo a España (2). Con Monte Arrui se derrumba el último vestigio de doce años de labor espléndida.

Pero aun queda algo. Casa Davalillos y sus compañeros de infortunio hallaron refugio en la vivienda de Ben Chelal y se busea su rescate. «Yo —dice el jefe de Ulad Chaib (3)— les prepararé el paso para Melilla, que hubiera sido posible por el zoco del Arbáa y la Restinga; pero cuando todo estaba dispuesto, la noche misma de la marcha a Mar Chica se presentó en mi casa Si Manun, el Chenguiti, de la región de Changuet, en la zona francesa, adicto de Abd-el-Crim. Se presentó con su gente y gentes de Metalza y de Beni Bu Yaji, conminándome a que les entregase mis huéspedes, amenazándome con tomar represalias, de no hacerlo, en mi familia, que se hallaba en Nador... Yo les dije: «Esperad a mañana y os lo entregaré». Y aquella misma noche, mientras Si Manun, el Chenguiti, y los suyos dormían, yo propuse al general y a los demás jefes la fuga a la zona francesa: «Sí, les dije, venid conmigo; yo lo dejo todo y me expongo a todo por poneros en salvo. Podemos huir esta misma noche». Pero el general me respondió que él no quería huir, vencido, a otra tierra que no fuese la suya, y los demás jefes asintieron; y yo, entonces, no tuve ya palabras ni voluntad para conven-

(1) *L'Union Française;* Tánger 13 de febrero de 1922.
(2) Declaraciones de Abd-el-Crim a Jean du Taillis, enviado de *Le Journal*; 23 de enero de 1922.
(3) Goy de Silva: Melilla. *La Correspondencia de España;* 1 de febrero de 1922.

cerles. Y así fué cómo cayeron, forzosamente, en manos de Abd-el Crim».

Estamos en la canícula de 1922. Dícese que el general Picasso ha concluído el expediente averiguador de responsabilidades y, bien porque sólo preocupan las responsabilidades subalternas, bien porque nos falta sensibilidad, es lo cierto que todo el mundo juzga terminado el expediente. Nótase, empero, que faltan las declaraciones más valiosas, tal vez las únicas que pueden cubrir de luz los orígenes del infortunio. Nadie hallará en ese formidable mamotreto el testimonio del barón de Casa Davalillos, segundo jefe de la Comandancia general de Melilla en el período donde se incubó el desastre, y jefe directo de los 6.000 hombres aniquilados desde Bátel a Nador. Nadie hallará el testimonio del coronel Araujo, jefe de las tropas quedadas en Dar Quebdani por obra del parte radiotelegráfico expedido desde Río Martín. Nadie hallará el testimonio del comandante Villar, encargado de la toma de Monte Abarrán y hace poco muerto en Beni Urriaguel. Nadie hallará los testimonios de aquellos jefes y oficiales cogidos por nuestros contrarios en Zeluán, Monte Arrui, Igueriben, Dar Mizzián, Buimeyán, Imarufen, Tiguinit, Issel Lassen. Sobreañadiendo, sábese que dos Reales órdenes, suscriptas por el señor Cierva, prohibieron al general Picasso recoger indicios de culpa referibles a determinada persona... ¡Y está terminado el expediente depurador de responsabilidades!

Va a cumplirse el primer aniversario de la tragedia. Sigue Casa Davalillos en Axdir, y la Prensa examina con asombro la forma en que se llevaron las gestiones de rescate. Óyese hablar de recompensas. Nadie habla de mostrarle al país la documentación *íntegra* del Ministerio de la Guerra, Alta Comisaría y Comandancia general de Melilla, correspondiente al período del 1921, que media entre enero y agosto. Marchito el fervor de las Cortes con su zambra tocante al «problema de Marruecos», siguen en la penumbra las causas militares de

lo que es tan sólo una rota militar. El señor vizconde de Eza, ministro de la Guerra del desastre, escribe artículos diciéndole a España lo que debe hacer en su zona. Ínterin puede imitarle el Alto Comisario, autor de un volumen que enseña cómo debe operarse contra moros, contradice sus propias lecciones con una campaña premiosa, sin ciencia ni arte, modelo de inhabilidad directora, donde no se tiene cuenta del tiempo, de los sacrificios económicos que soporta la nación, ni de haber ido en 1921 a Melilla hasta 74.000 hombres.

Indulgentísima la Prensa, bonachón el Parlamento, a la postre advierten que el fracaso absoluto del caudillo amenaza convertirse en absoluto fracaso nacional. Entonces pregona la política ser apremiante la conveniencia del relevo. ¡Pronto se ha decidido! A la semana se desdice: no, no urge tanto la cosa. Al mes, enuncia que no urge poco ni mucho.

De improviso —¡oh estupor!— resuelve el Supremo de Guerra y Marina pedirle responsabilidad al caudillo del derrumbamiento. Cabildean los amparadores, van y vienen, escriben, charlan y, poco a poco, tórnase apacibilidad el sobresalto. Es senador el caudillo y aunque no se procede en contra suya por hechos senatoriales, sino por sus disposiciones como General en jefe, cabe que al fin de una sesión enternecedora, henchida de lágrimas y golpes de pecho, determine el Senado que «no ha lugar a sumaria». ¿Quién ha de oponerse?... ¡Así estamos al promediar julio del 1922! Sepultas las víctimas, enlutados sus deudos, congojoso el país, la horrenda catástrofe parece haber dejado por único recuerdo la enorme fosa de Monte Arrui y la sombría cruz que se yergue a su cabecera.

¡Y todavía hay quien quiere empinarse a lo alto de la cruz para poner el «inri» que la piedad olvidara piadosamente!

FIN

ÍNDICE

Páginas.

PRÓLOGO IX
CAPÍTULO I.—La enemiga de Francia 1
— II.—¿Somos colonizadores? 21
— III.—La obra de un buen general 39
— IV.—El Comisario, el Ministro y la bahía de Alhucemas 55
— V.—Iniciativa funesta 65
— VI.—Ceguera e irreflexión de Silvestre 81
— VII.—El zarpazo de Abarrán 97
— VIII.—El irreflexivo y el prudente 109
— IX.—Las raíces de la catástrofe 129
— X.—Comienzan los «pequeños encuentros sin importancia» 151
— XI.—La noche triste de Annual 179
— XII.—La retirada 189
— XIII.—Un telegrama desencadena el desastre. 199
— XIV.—Estragos de la excesiva prudencia 227
— XV.—Hacia la cumbre del desastre 237
— XVI.—La tragedia de Monte Arrui 251

OBRAS COMPLETAS DE AZORÍN

DON JUAN
I. EL ALMA CASTELLANA
II. LA VOLUNTAD
III. ANTONIO AZORÍN
IV. LAS CONFESIONES DE UN PEQUENO FILÓSOFO (AUMENTADA)
V. ESPAÑA
VI. LOS PUEBLOS
VII. FANTASÍAS Y DEVANEOS
VIII. EL POLÍTICO
IX. LA RUTA DE DON QUIJOTE
X. LECTURAS ESPAÑOLAS
XI. LOS VALORES LITERARIOS
XII. CLÁSICOS Y MODERNOS
XIII. CASTILLA
XIV. UN DISCURSO DE LA CIERVA
XV. AL MARGEN DE LOS CLASICOS
XVI. EL LICENCIADO VIDRIERA
XVII. UN PUEBLECITO
XVIII. RIVAS Y LARRA
XIX. EL PAISAJE DE ESPAÑA VISTO POR LOS ESPAÑOLES
XX. ENTRE ESPAÑA Y FRANCIA
XXI. PARLAMENTARISMO ESPAÑOL
XXII. PARÍS, BOMBARDEADO Y MADRID, SENTIMENTAL
XXIII. LABERINTO
XXIV. MI SENTIDO DE LA VIDA
XXV. AUTORES ANTIGUOS (ESPAÑOLES Y FRANCESES)
XXVI. LOS DOS LUISES Y OTROS ENSAYOS

OBRAS DE PIO BAROJA

Vidas sombrías.
Idilios vascos.
El tablado de Arlequín.
Nuevo tablado de Arlequín.
Juventud, egolatría.
Idilios y fantasías.
Las horas solitarias.
Momentum Catastróphicum.
La Caverna del Humorismo.
Divagaciones sobre la Cultura.
La leyenda de Jaun de Alzate.

LAS TRILOGÍAS

TIERRA VASCA

La casa de Aizgorri.
El Mayorazgo de Labraz.
Zalacaín el Aventurero.

LA VIDA FANTÁSTICA

Camino de perfección.
Aventuras, inventos y mixtificaciones de Silvestre Paradox.
Paradox, rey.

LA RAZA

La dama errante.
La ciudad de la niebla.
El árbol de la ciencia.

LA LUCHA POR LA VIDA

La busca.
Mala hierba.
Aurora roja.

EL PASADO

La feria de los discretos.
Los últimos románticos.
Las tragedias grotescas.

LAS CIUDADES

César o nada.
El mundo es ansí.
La sensualidad pervertida.

EL MAR

Las inquietudes de Shanti Andía.

MEMORIAS DE UN HOMBRE DE ACCIÓN

El aprendiz de conspirador.
El escuadrón del Brigante.
Los caminos del mundo.
Con la pluma y con el sable.
Los recursos de la astucia.
La ruta del aventurero.
Los contrastes de la vida.
La veleta de Gastizar.
Los caudillos de 1830.
La Isabelina.
El sabor de la venganza.
Las Furias.

11.ª

VIVERO

EL

GRRUMBAMIENT

V

68 – 11

46